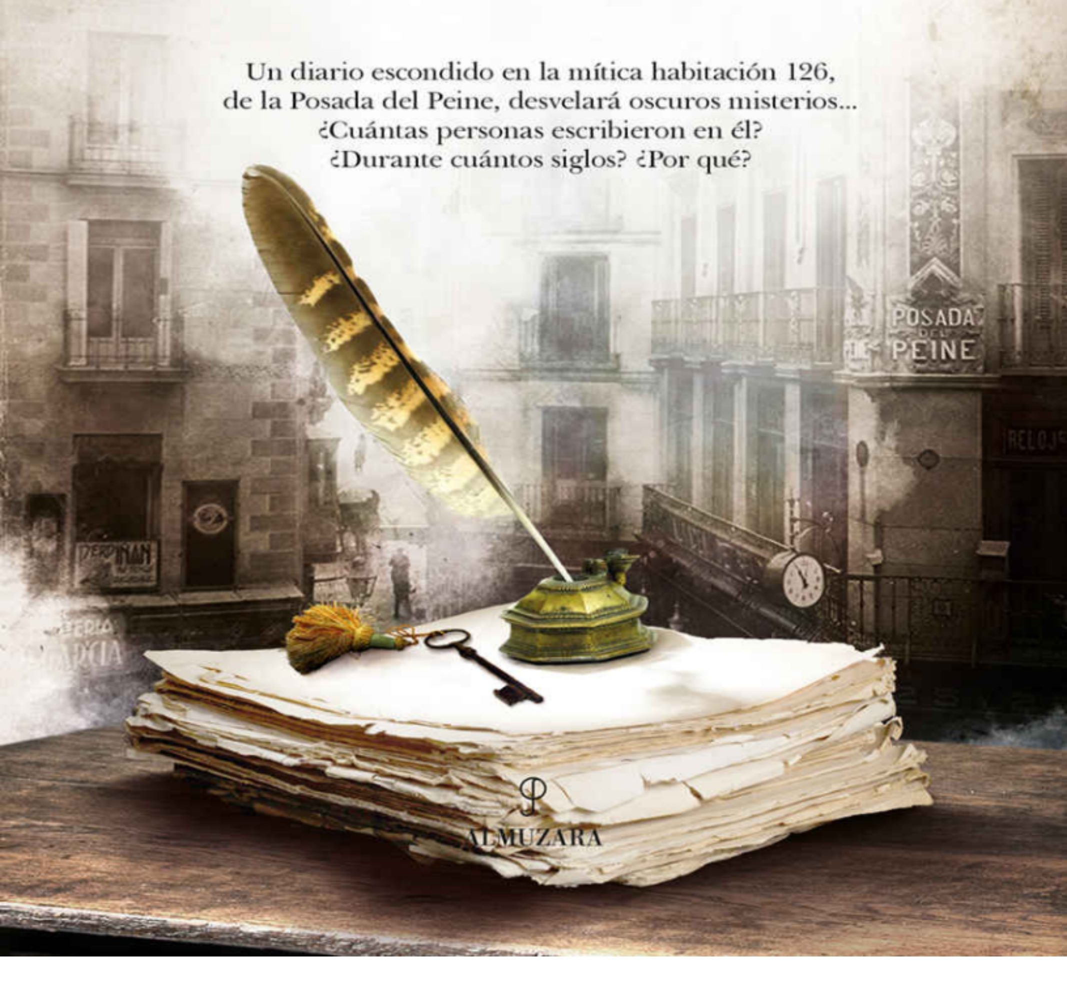
ANTONIO BASCONES

AYER

Un diario escondido en la mítica habitación 126,
de la Posada del Peine, desvelará oscuros misterios...
¿Cuántas personas escribieron en él?
¿Durante cuántos siglos? ¿Por qué?



ALMUZARA

Antonio Bascones Martínez

Ayer

Editorial Almuzara • Novela
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Editora: Ángeles López
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-18709-14-2

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A Consuelo, mi mujer, que me lee con interés
y me aconseja con amor e inteligencia.
A mis hijos, para que me lean más.
A mis nietos, que algún día me leerán,
y a Manuel Díaz Rubio, médico y escritor
con quien comparto la emoción de escribir.

1

Año 1995

Aquella mañana lucía un sol agradable. La luz entraba por el balcón rebotando en mi mesa de trabajo para, posteriormente, expandirse por la habitación. Había comenzado a escribir sin tener, aún, una idea de lo que iba a hacer. Era uno de esos momentos en que no se sabe a dónde ir y a qué lugar te llevará el destino de la escritura, pero tenía la necesidad de teclear alguna historia en mi ordenador. Comenzar una novela era lo más árido en mi profesión, al menos para mí. Si tuviera que elegir dos momentos complicados en la redacción de un libro, sería el del comienzo y el del final. Nunca me decidía por un desenlace de la situación. Era algo que siempre me ponía nervioso, y me alteraba hasta extremos insospechados. Por otro lado, nunca era un buen momento para finalizar una novela. Siempre me quedaba inquieto pensando que algo dentro de mí no había salido. Daba vueltas y vueltas a la trama, mezclaba los personajes, cambiaba los tiempos. Nunca me quedaba satisfecho con el estado del libro. Pensaba que algo faltaba o que sobraba. Cuando lo terminaba me quedaba, durante un tiempo, vacío, cómo si hubiese volcado en las páginas todo mi ser. Era incapaz de volver a escribir una novela hasta pasado un tiempo en el que me tenía que reciclar, recargar mis baterías intelectuales.

El tiempo pasaba y a mi cabeza agarrotada, entorpecida por el sueño que me embargaba, no llegaba ningún pensamiento que mereciera la pena volcar en la pantalla de mi ordenador. Seguía mirando a través del cristal de mi ventanal por ver si, de esta manera, me venía la inventiva.

En ocasiones, en otros tiempos, mi desvarío me llevó a escribir algunas páginas curiosas salpicadas de cierto ingenio que, por otra parte, pasaron desapercibidas para muchas personas, ya que la escritura es un medio muy poco visible. Son más conocidos otros elementos de difusión como la televisión, llamada con buen criterio, basura. Por eso no estaba preocupado, incluso hasta me regodeaba en la situación que, además, me parecía sugestiva. No me había pasado muchas veces, pero cuando ocurría era un momento fascinante, ya que las ideas se agolpaban intentando salir y, a pesar, de que ninguna de

ellas se atrevía a florecer, no estaba nada intranquilo ya que el sol entraba a raudales en mi cuarto que hacía las veces de despacho, cuarto de estar y lugar de encuentro de la familia. Y a fin de cuentas esto era lo único que me importaba. Era el lugar donde se explayaba la imaginación.

Estaba lejos del tráfago y febrilidad de la urbe, solo en el valle, rodeado de verdes montañas. Una suave brisa acariciaba las laderas y los peñascales rodeados de agrestes matorrales. Los prados, separados unos de otros, remedaban, en la distancia, un zurcido de retazos unidos, entre sí, con suaves líneas casi imperceptibles que separaban los diferentes matices de colores. Estas distintas gamas, tonalidades desiguales, distinguían a los propietarios. Los árboles lamían la falda de la montaña. Los repechos, escarpadas y desniveles daban una nota de agresividad bucólica. Una banda de cielo azul se extendía a lo largo de todo el horizonte. Los tejados de las casas, con sus tejas ordenadas, impregnaban al ambiente una nota rústica, agreste y pastoril. Mi mirada se prolongaba en un continuo deseo de amplitud; el tiempo pasaba y pasaba. Apagados murmullos en la lejanía. Los campesinos recorrían las trochas y caminos vecinales. Todo se veía como una gran película en la que la vida continuaba fuera de mi entorno.

Me encontraba levitando, flotando en un mar de especulaciones inconexas, sin sentido, sin ninguna característica digna de ser señalada. La luz seguía encharcando la estancia en la que me encontraba. En este charco tenía la sensación de chapotear y juguetear, en la calle, como cuando era niño. Era una necesidad imperiosa hacerlo, aún a riesgo de recibir el consabido castigo familiar.

Al cabo de una hora en blanco, sin ninguna idea que reflejar, sin nada que señalar, sin ningún pensamiento digno de evocar, aunque solo fuera un rudimento de intuición, decidí clausurar el ordenador, no sin antes cerrar los ojos, en un postrer intento de que viniera alguna idea digna de mención. No lo pensé más y así lo hice: terminé mi conato de escritura. Tiempos mejores vendrían y a ellos me entregaría en cuerpo y alma. Decidí dejar el campo e irme a mi domicilio de la ciudad. Había terminado el fin de semana y, fuera del descanso, no había conseguido escribir una página.

Sin embargo, en un último empeño de realizar algo positivo, ya en mi vivienda habitual, al regresar a casa donde pasaba toda la semana, me levanté de la mesa y me dirigí a mi biblioteca. Tomé al azar uno de los libros que tenía en uno de los anaqueles; uno a los que yo tenía más preferencia y estima. Lo abrí al azar por una de las páginas, un movimiento reflejo, algo instintivo. No necesitaba nada más. Era la historia que requería, la que me tendría entretenido los próximos meses, la que haría de mí un escritor que acababa de salir de la

oscuridad, de la nada, de un lugar donde las ideas no existen, los pensamientos campan por sus respetos y el ostracismo te rodea e invade. Allí estaba, ante mis ojos. No me había percatado de ello. Lo tenía junto a mí.

Pero sucedió algo extraño que marcó todos mis movimientos siguientes e incluso mi vida durante varios meses y quizás años. Junto a las páginas de ese libro, aparecía un diario, había unos recortes de periódico que, al abrirlo, cayeron al suelo. Eran unos papeles antiguos ya macilentos en algunas partes, amarillentos por el paso del tiempo en el que algunas líneas aparecían desdibujadas, pero aún se podía leer con bastante nitidez lo que decía. Parecían noticias de periódicos. Tuve que acomodar la vista a la nueva visión que se me presentaba. Había estado contemplando, hacía poco tiempo, un horizonte verde con unas montañas salvajes y, ahora, tenía ante mí unos papeles arrugados, ajados por el paso de los años, casi mortecinos que me pedían que no los liberara de su encierro. Habían estado allí mucho tiempo y era normal que no quisieran salir a la superficie. Era el ayer que se me presentaba de improviso, para decirme: «Aquí estoy yo». Eso pasaba muy a menudo entre la gente. Cuando alguien se afana en estar en un lugar durante años, después le cuesta mucho adaptarse a su nueva vida y con la carta sucedía lo mismo. Traté de no violentar la intimidad de quien la había escrito y la dejé en su lugar de reposo. Si había estado allí durante años no era yo el indicado para romper su secreto. No debía ser el que la liberara y la sacara a la luz. Hollar esa intimidad era demasiado peligroso. Quién sabe si contenía alguna íntima confidencia que yo no debía de violar por más que quisiera. Lo ignoto debía permanecer como hasta ahora desconocido para el mundo. Yo no podía ser la persona que descubriera ese enigma.

Una voz desde el umbral de la puerta me llamó con insistencia.

—¿Piensas desayunar? Llevas dos horas mirando por el balcón.

—Tienes razón. Estaba abstraído.

—¿Y qué has decidido? —La voz desabrida volvía a insistir machaconamente.

Tardé en contestar. Era la señora que limpiaba mi casa dos veces en semana. Me debatía entre cerrar el libro que aún tenía, abierto, entre mis manos o dedicarme a entrar en el arcano. Era una decisión importante ya que lo que se derivase de ella podía influir en mi incierto futuro. Si la abría era casi seguro que podría tener algún mensaje, o idea para mí novela, y si aceptaba la invitación a desayunar podía tener la posibilidad de volver al oscurantismo en el que me debatía hasta hacía pocos minutos. Opté, no sin antes dudarlo mucho, por dejar que la historia permaneciera en el anaquel. Que se mantuviera en los pliegues de la memoria de quien la escribió. Que el sueño en el que había vivido ese tiempo no fuera interrumpido por mi

atrevimiento. «Dejad descansar a los muertos», pensé con un adarme de ironía.

La biblioteca era antigua. Pertenecía a mi bisabuelo que fue coleccionando libros de una manera desaforada. Ocupaba una habitación grande y alta rellena de volúmenes. Sin exagerar habría más de diez mil títulos bien colocados por temas y por orden alfabético. Allí descansaban, desde muchos años antes, los viejos libros de la historia, las novelas que hicieron, durante tanto tiempo, las delicias de la familia, los incunables a los que era tan aficionado mi abuelo, las primeras ediciones, los ejemplares que había ido coleccionando, poco a poco, en sus paseos por el Madrid antiguo, por las casas de sus amigos que querían desprenderse de ellos. No había una semana en que alguno le llamase para decirle qué es lo que podía hacer con una serie de libros que ya no cabían en sus anaqueles. Era una costumbre que había adquirido y que últimamente se había convertido en una bibliomanía.

No había tenido la oportunidad de leerlos todos. Apenas un pequeño porcentaje había hecho de mí un lector empedernido, atento a cualquier detalle que me llamara la atención. Por eso el encuentro de esa carta, entre las páginas de un volumen, era para mí algo inusual pues no lo había visto en otros libros de esas estanterías. Claro que no lo podía asegurar totalmente, pero lo que estaba claro es que ese libro se encontraba en uno de los anaqueles inferiores y esas partes de la biblioteca sí que habían sido leídas por mí. Decidí dejar todo como estaba y aceptar la invitación al desayuno.

Pasaron varias semanas y ya no me acordaba del episodio de la carta y de su posible contenido. Seguía buscando ideas para desarrollar una novela. Mi editor me apremiaba un día sí y otro también. Me quedaba poco dinero del que me había adelantado a cuenta. Tenía un honesto pasar por salir adelante, pero nada del otro mundo. Parecía que mis libros tenían éxito y él les había sacado buen rendimiento por lo que siempre estaba dispuesto a apoyar un nuevo proyecto. Lo que no imaginaba es que yo estaba transitando por una etapa yerma, baldía, en que mi manía de tener todo bien atado me impelía seguir avanzando. Llevaba varios días sin escribir a excepción de un pequeño artículo que me solicitaron del periódico y con cuyo pago pude aumentar ligeramente mi peculio.

Estando en estos pensamientos recibí su llamada.

—¿Estas libre ahora?

—Para ti siempre —contesté con voz impostada.

—Es que me gustaría hablar contigo unos minutos.

—Pues empieza ya.

—No, tiene que ser en persona. Me gusta ver las caras de mi interlocutor.

Damián, que así se llamaba el editor, estaba acostumbrado a pedir las cosas como si fueran órdenes. Yo lo sabía por lo que no intenté entrar a la discusión. Preferí aceptar el mandato como si fuera una atenta invitación. De esta manera quedaba bien y no le tenía a contracorriente. Eso siempre era malo, en especial con él, acostumbrado a que todo el mundo le obedeciera sin dar posibilidad a la réplica ni la discusión. Lo mejor era estar de su parte, al menos, en la entrevista. Después ya sería libre para pensar y actuar, por mí mismo, sin trabas ni miedos.

—Supongo que será en tu oficina —sugerí irónicamente—. Le conocía desde hacía tiempo y generalmente sabía cuáles eran sus respuestas.

—¿Cómo lo adivinaste? —contestó de una forma mordaz.

Antes de que fuera a contestar ya me había colgado. Era así todo el tiempo y, quizás, en eso se basaba su éxito profesional. Había empezado con una pequeña librería y a los pocos años ya tenía no solo una gran tienda, en el centro, sino también una prestigiosa editorial a la que se acercaban los escritores más jóvenes ansiosos de que los recibiera y, al menos, leyera sus libros con la ilusión de que algún día pudiera ser su editor. Todo esto me animaba, dado mi lugar preeminente en su círculo editorial, a que le aceptara todas sus sugerencias sin discutirle la más mínima. Por eso entendí que el ruego de que quería hablar conmigo era, más bien, un aviso tajante encubierto con una frase ambigua y dulzona.

No habían pasado más de veinte minutos cuando ya nos encontrábamos, en su despacho, frente a frente. La mesa de nogal nos separaba, no solo en la distancia sino también en el cargo. En ambos extremos de la mesa se apilaban, sin ningún orden, una gran cantidad de legajos y manuscritos de los muchos escritores que pasaban por ese despacho. La mayor parte de ellos rechazados y que estaban a la espera de que la secretaria se los devolviera con una misiva, sino amable, al menos educada. En muchas ocasiones era ella la que redactaba la respuesta; la que le había dado Damián no era de recibo y significaría una gran frustración para el escritor principiante. Una secretaria que atemperaba el mal carácter de su jefe.

Él era un prestigioso editor y yo un simple escritor que, aunque con un moderado éxito, no le llegaba a la altura de su mirada hierática, fría y distante, detrás de unas gafas de concha último modelo. Con ella intentaba traspasarte, penetrarte hasta lo más hondo de tu intimidad tratando de entender tus pensamientos, tu posición ante una conversación y adivinar por donde iban a ir tus conjeturas. Iba siempre varios pasos por delante de las personas, y en especial en mi caso particular, esto era una máxima. Pienso que con los jóvenes escritores iría a años luz por delante. De nada servía que yo adoptase

una situación defensiva. Cada vez que tenía la conversación con esta persona mi posición era de total entrega. No podía adoptar otra postura, ni tampoco sabría. Mi disposición era total y completa.

Traté de mantener la compostura en el sillón en el que estaba acomodado. Su mirada incisiva me ponía nervioso por lo que decidí no hacerle frente y mirar a la biblioteca de madera de nogal, a juego con la mesa, que tenía a un lado. Mientras yo repasaba inconscientemente los diferentes títulos que se agolpaban en los anaqueles, Damián no cesaba de jugar con un bolígrafo, en un intento, quizás, de ponerme más nervioso de lo que ya estaba. Era una habilidad que tenía. Jugaba con un lápiz o lo que fuera, pasándolo de un dedo a otro, sin que se cayera y procurando que el interlocutor lo viera continuamente. De esta manera manejaba el curso del diálogo a su antojo y manera. Pasaron varios segundos que a mí se me hicieron eternos. En el exterior la lluvia retumbaba en el adoquinado con un sonido seco, frío y distante como mi editor. No entendía por qué no rompía ese silencio atronador que me retumbaba en el oído de una manera sarcástica. Cuando ya había perdido todo atisbo de esperanza, de que comenzara la conversación, tomó un pitillo de una cajetilla que tenía cerca, y cortando la quietud del momento preguntó con una frase lapidaria:

—¿Qué estás escribiendo ahora? —escupió más que hizo la pregunta.

Me pareció que estaba seccionando mi paz con un cuchillo afilado. Un bisturí que penetra sin ninguna contemplación, sin anestesia, cortando la epidermis, dermis y todo lo que se ponga por delante. Nada que objetar a la cuestión sino fuera porque se había realizado de esta manera tan brusca. Una guillotina sobre mi cabeza no lo hubiera realizado mejor.

—Pues… en este momento… la verdad es que nada. Estoy perfilando algunas ideas —dije al tiempo que tragaba saliva.

—Vamos que no tienes ni una cuartilla escrita. Me lo imaginaba. —Su capacidad destructiva no tenía límites. Me contestó con aplomo poniendo especial énfasis en unas palabras que arrastraba para dar mayor fuerza. Siempre le había gustado remarcar los finales de sus frases para dotar a sus comentarios del poder del miedo.

—No es eso —me atreví a balbucir—. Todos los libros necesitan de un período de reflexión y puesta a punto.

—¿En eso estás entonces? —dijo con la fina ironía que le caracterizaba en estas ocasiones—: la abstracción del escritor, la introspección intimista —señaló con una gran carcajada.

En ese momento me pareció que estaba ante un entrenador argentino que trataba de explicar un córner viendo a Borges en cada jugada de balón. Deseché el pensamiento y me sumí en la desabrida

conversación que tenía. Al menos esa era mi defensa, y mi futuro dependía de que fuera efectiva.

—Pronto tendré una parte de la novela. Ya sabes que tengo gran capacidad de trabajo —le recordaba una de sus frases que me dijo en cierta ocasión cuando le entregué la novela en dos semanas. Aquella sentencia quizás fue lo único amable que me dijo en estos tres años de colaboración.

—Pues ya conoces lo que tienes que hacer —dijo dando por terminada la conversación. No era hombre en el que el devaneo argumental hiciese mella en su persona. Dos minutos era lo más seguido que había hablado con las personas que trabajaban en la editorial.

—Pronto me verá de nuevo por aquí —dije de una manera desabrida y sin casi mantenerle la mirada.

Me dirigí a la puerta y sin volverme le contesté con un sencillo adiós que él no me devolvió. Estaba acostumbrado a que las personas se rebajaran a hablarle, solicitarle, pedirle y yo no lo había hecho, y eso no tenía perdón. Se tragó su orgullo de macho director de editorial. Pero, claro, le interesaba mi trabajo. Sabía que vendería libros y al fin y al cabo eso era lo único que quería. Era un mercader capaz de saltar por encima de los valores y principios de las personas. Cada vez que tenía una conversación salía con mal cuerpo. No entendía las razones por las que siempre tenía que ser desagradable. No era necesario ser una persona empalagosa, meliflua, pero una simple dosis de educación era de agradecer. Lo había comentado con las personas que trabajaban en la editorial y todas coincidían en que era arisco e insoportable.

Al salir de la oficina me dirigí calle arriba y entré en un café. Lo necesitaba. Ese corto paseo me había servido de válvula de escape. En el despacho me faltaba el aire y, ahora, el oxígeno había llegado a mis pulmones. Hacía tiempo que no había tenido una conversación tan desagradable. Palabras ásperas, conceptos broncos, ideas destempladas, displicentes. Todo esto se podía decir de la entrevista que habíamos tenido. Y eso era conmigo, que le interesaba mi trabajo, imagino lo que haría con el resto de compañeros que pasan por su despacho. Sentarse en ese sillón, aguantar su mirada incómoda, sus gestos huraños, sus palabras aceradas era como un tormento de la inquisición. Nada igualaba a estar unos minutos en esa sala. «Si puedo le mandaré el manuscrito por un mensajero. No tengo ganas de volver a verle. Por nada del mundo me volvería a sentar en ese sillón maléfico» pensaba, mientras entraba en el café. Noté unos ojos clavados en mí. Sentado en una de las mesas del fondo me encontré con un compañero de la editorial que al verme se limitó a decirme:

—Vienes de ver al jefe, como si lo viese, traes una cara de muerto

que no sabes disimular —me lanzó la andanada sin casi saludarme.

—En efecto. Una conversación como las de siempre. Ya sabes… Es un castrador intelectual. Te mina la moral nada más verte. Estoy deseando perderle de vista.

—A mí me tocó la semana pasada otro encuentro igual. Un día le mandé a freír espárragos —dijo Óscar, que así se llamaba, al tiempo que enmarcaba una amplia sonrisa.

—Yo, por desgracia, tengo que aguantarle un poco más. Al menos hasta que acabe lo que estoy empezando, pero te aseguro que no pasará mucho tiempo sin que lo haga. Necesito que me publique la novela y sobre todo necesito el dinero. Estoy llegando al final de mis posibilidades económicas.

Al contestarle pensaba en el dinero que me había dado a cuenta y que ya casi me había gastado.

—¿Y qué estás escribiendo ahora? —inquirió.

—La novela aún no está perfilada, pero creo que gustará.

—Las tuyas siempre gustan. Ya lo sabes. Tienes gancho y eso no es fácil. Sabes cómo atraer al público.

El comentario me agradó. Tenía tan baja la estima que cualquier cosa que se me dijera la subía. Salí del despacho subestimado y ahora, al menos, esta pequeña frase me aguijoneó, de una manera positiva, el espíritu.

—Tómate algo que invito yo —dijo señalándome una silla.

—¿Qué pasa has cobrado alguna colaboración? —inquirí con curiosidad.

—Alguna cosa tengo entre manos —me contestó con una leve sonrisa—. Pero no de la editorial —añadió—. Es de un periódico que me adelantó un dinero por varias columnas que les prometí.

—Así vamos, de chapuza en chapuza hasta que llegue el éxito —mascullé las palabras tratando de imprimir más fuerza en ellas.

—¿Qué estás leyendo ahora? —sondeé con un punto de curiosidad.

—Una novela que el otro día cayó en mis manos. Se titula *El retorno de Pedro* y es la historia de un emigrante que sale de su pueblo natal y llega a Cuba, donde hace un gran patrimonio. Es interesante y te hace reflexionar en muchas cosas de la vida.

—¿Quién la escribe? —pregunté de forma maquinal.

—Es un médico, Manuel Díaz Rubio. Ha comenzado a escribir hace poco, pero, a mi modo de ver, lo ha hecho con buen pie y con soltura. Cuando la acabe te la paso. Sé que te gustará. Desde el principio te atrae y eso es lo fundamental en este tipo de libros.

—Dos palabras: emocionar y atraer —concluí.

—En efecto, tú lo has dicho con economía lingüística —me dijo con cara de sorna.

—Ya sabes que la medicina y la literatura van muchas veces juntas.

Recuerda a Pío Baroja, Marañón, Laín Entralgo, Santiago Ramón y Cajal, Vital Aza…

—Arthur Conan Doyle, Anton Chéjov, Axel Munthe, Maimónides, Avicena, Paracelso, Somerset Maughan… —No se quería quedar atrás.

—Déjalo ya. Sabemos que los has leído —le dije preocupado de que me tuviera un buen tiempo con la lista.

—De este último me gustó mucho *El velo pintado*, una historia femenina del amor y la pasión —expresó, mientras se dirigía al camarero para solicitarle otro café.

—A mí, sin embargo, me impresionó *El filo de la navaja* que se publicó alrededor de la segunda guerra mundial, creo que era el año 1944. El protagonista es un veterano de la primera guerra que abandona el estilo de vida que llevaba y se traslada a la India. Es, en cierto modo, autobiográfica ya que él mismo rompe con todo y se va a este país. En todas las novelas ponemos parte de nosotros. Es como si al acabar un libro, perdiéramos unas células. Nos quedamos vacíos y necesitamos un tiempo para recargar las baterías. Para escribir no es necesario tener un nivel de transaminasas alto, simplemente es necesario la introspección, el ensimismamiento. El etilismo no es una condición necesaria —concluí mis reflexiones.

Pasamos un buen tiempo charlando. Hacía varias semanas que no nos veíamos. Siempre habíamos congeniado, así que estuvimos contándonos nuestras miserias y anhelos que, por otra parte, no eran nada de particular; algo inherente en el oficio de escritor. Estaba seguro de que la conversación entre otros amigos de este oficio no se diferenciaría de la nuestra en casi nada.

Afuera, en la calle, seguía lloviendo por lo que ampliamos la conversación con el objetivo de dar tiempo para que cesase el agua que caía con fuerza. De esta manera pusimos al día nuestras tristes subsistencias. Óscar era de la misma edad que yo. Habíamos estudiado periodismo en la misma universidad y, año tras año, fuimos completando las distintas asignaturas para acabar el mismo día y año. Incluso hubo una época que tuvimos unas novias y salimos juntos en varias ocasiones. Después nuestras biografías siguieron derroteros diferentes, pero frecuentemente, en algún lugar, nos encontrábamos para ponernos al día.

Le pregunté por la última novia que tuvo y me dijo que se casaron, pero que al cabo de unos años se separaron. Parece ser que la convivencia no era todo lo buena que debía ser y ante esta circunstancia decidieron cortar por lo sano. Yo, a mi vez, le conté que no me había casado ya que los ingresos con los libros no me daban esta posibilidad. No llegaría a la mitad del mes. Hubiera sido posible si hubiese encontrado una chica rica que se ocupara de darme de comer y dejarme tranquilo para que pudiera dedicarme a lo que más

me gustaba: la escritura. Esto, sin embargo, le dije, es difícil y hay que tener mucha suerte. Ahora estaba intentando escribir la novela de mi vida. Al menos eso le conté al editor y en esto estoy. Si en el camino me surge alguna rica heredera, me dedico en cuerpo y alma a este menester. Es lo que más me gusta. Y en caso contrario, seguiré deambulando por los despachos implorando la edición de algún libro.

—No sabes cuánto me alegro haberte visto. Hacía tiempo que pensaba por donde andabas. Eres un bohemio y un viajero empedernido; te creía en algún país lejano tratando de encontrar ideas para desarrollar.

—Pues ya ves que, de momento, sigo por aquí, pero no descarto algún día irme lejos intentando encontrar algo. Siempre en búsqueda de la imaginación. A veces una simple ocurrencia da para toda una novela. Ya sabes…

La lluvia había dejado de caer. Las personas que transitaban por la calle habían cerrado sus paraguas y los que se habían refugiado en los soportales salían para continuar con su paseo. La vida volvía y yo dando vueltas a mi cabeza. Así estaban las cosas.

—Parece que ha dejado de llover —dijo Óscar sin mucho ánimo de suspender la entrevista.

—En ese caso te tengo que dejar. Debo dedicarme a mi novela. Le he prometido enviarle, al menos, una parte en un par de semanas. Si no cumplo es capaz de cortar cabezas y la mía está en primera posición.

—Pues tú sigue con lo tuyo. Yo me quedo a tomar otro café —me contestó amablemente, al tiempo que me daba un abrazo—. Ya nos veremos otro día y si quieres salimos a almorzar. Tienes mi teléfono, así que me puedes llamar cuando quieras.

—Perfecto así lo haré —y al decirlo pensaba en que las dos próximas semanas me tendrían ocupado y no tendría tiempo de nada. Pensaba no salir a la calle en ese tiempo. Terminar lo que había empezado era mi primera opción.

Ya en la calle dirigí los pasos a mi casa. Estaba deseoso de abrir el ordenador y ponerme compulsivamente a escribir. Ya se me ocurriría algo mientras iba hacia allá. El paseo era la mejor medicina para el cerebro agostado. Por el camino iba pensando ideas. Tenía que perfilar algunas y podría comenzar con la trama. Lo fundamental era no agobiarme, dejar que todo fluyera paulatinamente. Era la mejor solución para una mente yerma. Enseguida brota la imaginación. Simplemente dejar paso a la fantasía, a la inspiración. Solo necesitaba, al principio, un pequeño soplo, un estímulo y todo iría cuesta abajo.

La carta me tenía inquieto y preocupado al mismo tiempo. Se me había olvidado pero un hecho casual me la volvió a traer a la memoria. Una chica bien parecida, rubia, de unos veinticinco años

venía hacía mí y por una casualidad del destino, y el viento que ayudó en ello, se le cayeron unos papeles que llevaba en la mano. Entre ellos una carta. Me agaché solícito y la recogí para entregársela. Cuando levanté la vista ella no estaba. Había desaparecido y yo me encontraba con la carta en mitad de la acera sin saber qué hacer. Nadie se había percatado de lo que había ocurrido. En el sobre estaba escrito nada más que una línea «Para quien lo quiera leer». Ya tenía dos cartas que me inducían a su lectura, una la de la biblioteca de mi bisabuelo y la otra, la de la calle. ¿Quién sería la chica? ¿Qué intenciones tendría para hacer lo que hizo? Ahora sí que estaba seguro de que todo había sido intencionado. Nada era por casualidad. ¿Sería el ensueño que necesitaba para comenzar a escribir? Volví la vista atrás intentando divisar por donde se había ido y regresé, el camino andado, a pasos rápidos para ver si la encontraba. Crucé la calle, doblé la esquina, anduve, de un lado a otro, más de cinco minutos. Todo sucedió en segundos. Imposible que se hubiera esfumado tan rápidamente. El tiempo que transcurrió entre que me agaché, para recoger la carta, y levantarme no había sido tan largo como para que ella no estuviera a la distancia de mis ojos. Regresé al punto de partida con la ilusión de que al darse cuenta de que le faltaba el sobre volviera para recogerlo. Allí esperé en vano. Nada más incierto. La única verdad es que ella había desaparecido y yo tenía su carta. Traté de recordar su fotografía. Rubia, pelo largo, bien parecida, joven, un metro setenta de altura, tacones, traje pantalón de color gris. Ahora me acordaba, al cruzar su mirada con la mía me sonrió. Seguramente pensaba que yo era la persona indicada para leer esta carta y toda la maniobra que siguió fue premeditada. Con seguridad podía afirmar que tenía una bonita dentadura. Era algo usual en mis descripciones de las personas. Siempre me fijaba en su boca y sus dientes. Una sonrisa taimada me rechazaba, sin embargo, una amplia me atraía. La primera me inducía a pensar en una persona hipócrita, falsa, tortuosa. La segunda una persona generosa, sincera, fácil para congeniar. Ella pertenecía al segundo grupo, pero desgraciadamente no tuve la oportunidad de comprobarlo. Introduje la misiva en mi bolsillo y tomé la dirección de mi casa. Desistí de encontrar a esta mujer fantasma. Tenía que leer esa carta, pero lo haría cómodamente, sentado en un sillón, y con una buena copa de coñac entre las manos. «Espero que aún esté la botella que dejé en la alacena, medio llena» iba pensando mientras subía lentamente las escaleras de mi casa. «Aquel día, qué extraño —deliberaba con ironía— el ascensor no funcionaba». En los últimos meses se encontraba siempre estropeado. Los vecinos no estaban económicamente demasiado prósperos, eran mayores y vivían de una jubilación, como para dedicar una parte de su patrimonio a estos arreglos. Había que seguir de esta manera por mucho tiempo más. Al

menos era un buen ejercicio y el corazón me lo agradecería. La luz de la escalera tampoco funcionaba. Debería convocar una junta de vecinos. Los asuntos generales de la casa estaban demasiado olvidados. Ahora, sin embargo, para mí no era el momento. «Lo pospondré para cuando termine la novela y cobre» pensaba mientras daba vueltas con la llave en la cerradura. Necesitaba un poco de grasa para ir más suave. «Se lo diré a la asistenta que sabe cómo hacerlo». Deseaba leer la carta y meditar tranquilamente en este asunto. Era la primera vez que me había surgido tan extraño suceso y estaba seguro que no era fruto de la casualidad.

2

Siglo XVIII

Muchos años antes, en el siglo XVIII, un acaudalado aristócrata, el marqués de Villena, que vivía en un palacete del centro de Madrid, concretamente muy cerca de la calle del Arenal, tenía la costumbre de pasear todas las tardes por la zona en la que vivía. Desde la calle del Arenal iba hasta la plaza del Palacio Real donde se encontraba con algunos amigos. Todos los días, después de su paseo, recababa en la casa de alguno de ellos donde se reunían para una tertulia, a las ocho de la tarde en verano y a las siete en invierno. Eran tiempos difíciles donde los acontecimientos políticos se sucedían a una velocidad vertiginosa. Todo iba muy deprisa. No había tiempo para sedimentar los acontecimientos. Cuando aparecía algo nuevo, a los pocos días ya había quedado como antiguo y había que pensar en lo que venía y no en lo que pasó. Solían departir un buen tiempo, aunque había libertad de entrada y de salida a las reuniones. Los asistentes eran personas influyentes y con cargos de responsabilidad, por lo que a veces tenían que salir antes de que finalizaran las tertulias. Casi todos ellos pertenecían a las distintas Academias e Instituciones culturales de la ciudad. Todos influían, más o menos, en los derroteros de cómo caminaba o debería marchar la política y la cultura del país. Cada uno tenía su propia opinión que exteriorizaba frecuentemente. Por eso gran parte de las discusiones las dedicaban a cómo cambiar las leyes, y qué cosas había que proponer a las autoridades para mejorarlas. Así ocupaban gran parte de su tiempo. Su principal distracción era la lectura por la mañana y los paseos por la tarde. En estas costumbres coincidían casi todos. Otra cosa era la coincidencia en su pensamiento político y en sus inclinaciones hacia tal o cual tendencia. En esto, muchas veces, eran radicales, y pocas veces daban su brazo a torcer. Unos pertenecían al partido liberal, y otros al conservador; ambos inamovibles en sus planteamientos. Podían mantener sus ideas durante horas, defenderlas con ahínco, y a veces con cierto furor, para posteriormente salir del lugar tan amigos. A veces se reunían en la casa del marqués de Villena, que pertenecía a este grupo, en la plaza de las Descalzas frente al Monasterio Real. En el palacio se habilitaba una sala para las discusiones, en las que el humo de los cigarrillos se

mezclaba con las ideas que flotaban en el ambiente. Todo en una perfecta sincronización de política, educación y elegancia. Nadie se alteraba más de lo que exigían las circunstancias, aunque todo el mundo defendía sus ideas con ardor y energía. Al cabo de dos horas de intercambiar las opiniones, la reunión se disolvía y unos iban a su carruaje que les esperaba en la misma plaza y otros, los días que hacía buen tiempo, iban caminando a su casa. Siempre con cuidado, al que estaban obligados, al pasear por la noche en ciertas calles oscuras. Generalmente llevaban su bastón-estoque y su pistola amartillada por si fuera necesario usarla. Alguno, relataba ciertos encontronazos desafortunados que tuvieron en estos largos paseos, pero habitualmente sin graves consecuencias.

La educación del marqués dirigida por su tío el obispo de Cuenca, Juan Francisco Pacheco, fue muy cuidada dada la importante biblioteca que poseía. Este grupo de personajes, don José de Solís Gante y Sarmiento, marqués de Castelnovo; don Francisco Pizarro, marqués de San Juan; don Vicencio Squarzafigo Centurión y Arriola, señor de la Torre del Pasaje; Bartolomé de Alcázar, José Casani, Gabriel Álvarez de Toledo y otros muchos defensores, en un principio, de la causa borbónica fueron el cimiento de la futura Real Academia Española.

Estas tertulias estaban de moda en toda Europa y fueron el germen de las futuras academias impregnadas del espíritu de la Ilustración y de los nuevos aires que venían de otros países. Los novatores fueron los que iniciaron los cambios que necesitaba la sociedad actual. La medicina, y con ella la investigación, deja atrás el empirismo, por el que se regía hasta ahora, y comienza un nuevo período de experimentación y raciocinio necesario en todas las ciencias en las cuales se impusieron estos nuevos enfoques y conceptos. La guerra de sucesión, que no de secesión como algunos pretenden decir, por ignorancia o mala intención, dividió a la sociedad en dos grupos: los borbónicos que defendían la causa de Felipe de Anjou, conocido como Felipe V, y los austracistas que respaldaban el acceso al trono del archiduque Carlos, José Fernando de Baviera. El primero estaba apoyado, no solo por el testamento de Carlos II sino también por doña Mariana de Austria y el cardenal Portocarrero. Sin embargo, Mariana de Neoburgo defendía la posición del archiduque junto con otras potencias europeas. La guerra acaba con el consenso del acceso al trono de Felipe V y el Tratado de Utrecht en 1713, por el que España renuncia a Milán, Nápoles, Cerdeña, Países Bajos, Sicilia, Menorca y Gibraltar. Más tarde recuperaría Menorca.

Este sería el contexto histórico en el que los intelectuales de la época debatían y discutían. Este era el ambiente en el que, Villena y sus amigos, día tras día, crecían y se desarrollaban. Las tertulias, las

discusiones, los intercambios de opinión estaban a la orden del día. Todo lo que sucedía en la corte eran estos coloquios, y lo que sucedía en el pueblo eran las murmuraciones y cotorreos. A veces, estas habladurías llegaban a oídos de los intelectuales que se hacían eco de ellas y daban, también, tres cuartos al pregonero. Era raro encontrar un grupo de más de tres personas, donde no se hablase de algo que concernía a la política o al derrotero de la situación. Era el Madrid de las tertulias, de los corrillos, de los rumores, donde cada día un comentario iba de boca en boca, salpicando personas, familias y matrimonios. Las murmuraciones relacionadas con los amoríos y pasiones eran las más picantes y las que gozaban de las mayores atenciones y, cómo no, de grandes exageraciones. Si habían visto a una dama de la corte acompañada de un señor que no era su marido, los dimes y diretes recorrían la ciudad en muy pocas horas Todo el mundo aderezaba la noticia con parte de su imaginación, con detalles desconocidos que se inventaban para dar un mayor colorido a la información. Así, de esta forma y manera, iban pasando los días en un continuo fluir de detalles cuanto más escabrosos mucho mejor. Si el chisme era adornado con comentarios procaces, escandalosos o simplemente picantes, viajaba por la ciudad mucho más deprisa que si fuera una noticia vulgar y sin picardía. Cuanto más marrullera fuera mucho más rápido era conocida por el pueblo. Los aristócratas y políticos del grupo de Villena no eran indemnes a estas informaciones, aunque obviamente las controlaban mejor. Su capacidad intelectual les ayudaba en estos menesteres.

La casa del marqués de Villena tenía su entrada por la calle de San Martín, llamada a la sazón calle de Bordadores, una calle estrecha que venía de la calle del Arenal y llegaba hasta la plaza de las Descalzas. Todo ello cerca de la iglesia de San Ginés donde, frecuentemente, el marqués y sus amigos asistían a los oficios religiosos, olvidando sus enfrentamientos políticos, aunque solo fuera por algunas horas. Pero la historia del marqués, y su rango aristocrático, se remonta al rey Juan II que, en 1445, concedió a Juan Pacheco, maestre de la Orden de Santiago y primer duque de Escalona, el marquesado. La herencia del señorío de Villena perteneció antes a Alfonso de Aragón el Viejo, aunque pronto revirtió a la corona. El hijo de Juan Pacheco, Diego López Pacheco y Portocarrero, perdió las tierras de Villena al sublevarse esta ciudad a favor de los reyes católicos en el año 1476. El título fue pasando de generación en generación hasta llegar al futuro presidente de la Real Academia Española. Juan Manuel Fernández Pacheco, octavo marqués de Villena y octavo duque de Escalona. La presidencia la desarrolló entre 1713 y 1725, fecha en la que falleció.

El marqués tenía por costumbre ir anotando, en un diario, todos los acontecimientos cotidianos que le llamaban la atención. Esta

costumbre le valió la consideración de sus allegados que veían en él una persona capaz de dirigir los destinos de la institución. Con minuciosidad exquisita iba anotando, día tras día, todo lo que acontecía a su alrededor. Cualquier pequeña minucia, cualquier detalle, era anotado con escrupulosidad digna de mención, ante la curiosa mirada de los asistentes y contertulios.

—Marqués me va a permitir una pregunta que a fuer de indiscreta creo que, por amistad, puedo hacerla —le espetó un día su amigo el marqués de Castelnovo en una de las sesiones a las que asistía.

—No es indiscreto, lo que se dice o hace, cuando viene del cariño —contestó el marqués de Villena al tiempo que daba un sorbo a la bebida que un criado acababa de servirle.

Tenía la costumbre de beber algo cuando se le hacía una pregunta. De esta manera ganaba tiempo para la respuesta. Era una técnica muy elaborada a lo largo de sus importantes reuniones y tertulias. Los asistentes siempre valoraban esta cualidad que le daba una aureola intelectual.

—¿Por qué se esmera tanto anotando lo que hacemos y los temas que discutimos? —preguntaba extrañado Castelnovo.

—Muy sencillo. Me gusta tener todo referenciado para recordarlo. Son etapas importantes las que estamos viviendo, momentos comprometidos y es bueno que quede constancia de todo lo que hacemos y decimos. En el futuro alguien nos leerá y sabrá qué pensamos y cuál fue nuestra responsabilidad. Es un documento para la historia, ¿no cree?

—¿Piensa usted que las cosas se pueden complicar? —preguntó Castelnovo, acariciándose la cuidada barba que llevaba.

—Los enfrentamientos entre los austracistas y los borbónicos son cada vez más frecuentes e intensos. Nadie puede prever lo que va a suceder en el futuro y es bueno que, nosotros que somos los testigos, dejemos conocimiento de todo ello. El testimonio de los que hemos vivido estos momentos puede ser importante y yo no quiero dejar pasar esta oportunidad de dar cumplimiento fiel a la historia. Alguien que nos lea nos juzgará. La tradición pervive de las evidencias orales y escritos, y la que tengo entre manos está directamente relacionada con los protagonistas que somos nosotros.

—La evidencia escrita es la mejor prueba de la certidumbre de los acaecimientos ocurridos —apostilló Castelnovo.

—¿Y cuando usted…?

—Cuando yo no esté —dijo Villena adelantándose al final de la pregunta —, será usted quien me continúe. Usted es más joven que yo y obviamente me sucederá, no sé si en la academia, pero sí en el grupo de los amigos, y podrá seguir con el testimonio escrito en este pequeño libro.

—¿Quiere decir que piensa que el diario debe continuar, aunque desaparezcamos las personas?

—En efecto. Me lo ha quitado de la boca. Eso mismo le iba a contestar. La historia no puede acabar con las personas, debe prevalecer a ellas.

Villena no daba un segundo para dar una respuesta. Parecía que la tenía preparada, aún antes de hacerse.

—Será necesario que deje usted la encomienda a alguien de su confianza, cuando…

—Cuando esté próxima mi muerte ¿quiere decir? —Ahora era Villena el que no había acabado la frase—. Lo pensaré en su momento. Aún es pronto para tomar una decisión. Todo debe ser a su debido tiempo.

—Pues sí, esto es lo que quiero que suceda. Me alegra tener esta conversación para dejar las cosas claras. Debe ir pensando quién le sobrevendrá. Tenemos que tener todo bien preparado.

—No se preocupe querido amigo. Tiempo tenemos de dejar preparadas las cosas —añadió Castelnovo.

—Así lo espero y ahora tómese otra copa. Celebraremos que hemos dejado aclaradas las obligaciones. La historia nos lo agradecerá.

La tarde tocaba a su fin. Hacía tiempo que el resto de tertulianos se habían retirado por lo que la conversación entre Villena y Castelnovo sucedía en un ambiente relajado y tranquilo.

—Son más de las ocho y los días son cada vez más largos ¿le apetece dar un paseo? —inquirió Villena con ánimo de levantar la sesión que aquella tarde había sido especialmente dilatada.

Caminaron en silencio por los alrededores de la casa de Villena. Cruzando la calle del Arenal llegaron a la Plaza Mayor, antes conocida como plaza del Arrabal.

—En otros tiempos aquí se celebraban las ventas del mercado —señaló Castelnovo.

—Y otros acontecimientos históricos populares —añadió Villena que siempre daba una nota de su vasta cultura.

A través del arco de Cuchilleros y siguiendo la Cava Baja llegaban a la plaza de la Paja; bajaban por la calle de Segovia hasta la costanilla de San Andrés donde hacían un alto. Alguna vez entraban en el palacio de Anglona y debajo de una pérgola se sentaban unos minutos. En su paseo cruzaban por callejones angostos, estrechos, sucios y malolientes en el que al grito de «agua va» caían de las ventanas sendos barreños de agua sucia. Se cruzaban, de vez en cuando, con personas embozadas que, al abrigo de la noche próxima y de la oscuridad que reinaría, pasaban desapercibidas. De sus intenciones nada se podía saber pero que en algunos casos no eran buenas estaba claro. La vestimenta contrastaba con las personas con las que se

cruzaban. Los chalecos con los botones metálicos, el frac de seda y el bastón imprescindible en esos paseos, ya que escondían un estoque de acero toledano que les serviría, en caso necesario, de medio de defensa. El sombrero de copa de amplia ala completaba el elegante atuendo.

—Vamos a entrar en la basílica Pontificia de San Miguel, un rato de meditación no nos vendrá mal —señaló Villena con la especial prudencia que le caracterizaba.

—Buen ejemplo del barroco madrileño —apostilló Castelnovo.

En esos momentos en que entraban en la basílica, el cielo azul entreverado con nubes algodonosas mitad blancas, mitad grises, daban un matiz de un cuadro velazqueño. Los dos eran amantes de la buena pintura por lo que miraron al cielo y se sonrieron, pensando en lo mismo. Habían recorrido juntos, muchas veces, las salas de Velázquez en el museo del Prado. La pintura y la música completaban el gusto que tenían por las tertulias. Eran de todo tipo y lo mismo hablaban de la última obra que se había estrenado como del próximo pasado encuentro político o militar. Todo cabía en sus disquisiciones y al acaloramiento de algunas de ellas, continuaban los más efusivos abrazos y paseos nocturnos por el centro de Madrid.

—Malos tiempos son los que corren amigo Villena — Castelnovo tamborileaba con la puntera de su bastón en el empedrado de la calle.

Un silencio acogió esta frase solamente interrumpida por el repiqueteo de la campana de la iglesia de San Ginés que llamaba a misa. Varias mujeres, vestidas de negro, aceleraban el paso para llegar a tiempo. Las puertas de la iglesia esperaban abiertas hasta el momento del comienzo de la misa. Después, se cerraban para dar intimidad a la ceremonia religiosa. La noche estaba ya encima. Las tinieblas se arremolinaban en las esquinas de las calles, tristes y lóbregas. A ciertas horas era prudente no pasear por ellas. En cualquier rincón te podía asaltar un desaprensivo y robarte cuando no acuchillarte convenientemente. En algún lugar extraño, maloliente y sórdido, una pareja de maleantes esperaba apostada a que pasara algún cliente desprevenido al que le pudieran sacar unas monedas. Pocas personas se atrevían a pasar por allí y los pocos que lo hacían iban bien pertrechados de defensas. Era un Madrid complicado, de lances y murmuraciones políticas. Una ciudad que en plena expansión se enfrentaba a unos cambios que la sociedad tenía que asimilar en poco tiempo, y para los que no siempre estaban todos preparados. La sociedad evolucionaba deprisa y había que adaptarse rápidamente a las novedades. No todos eran capaces de esta transformación, y a los que no fueran capaces de ello se los llevaba la corriente.

El diario, que inicialmente emprendió Villena, fue pasando de mano en mano, de persona en persona, y cada vez se escribían y añadían

con más detalles los acontecimientos. Al fallecimiento de Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, le continuó con la encomienda el marqués de Castelnovo y posteriormente fueron otros académicos los responsables hasta llegar a Francisco Martínez de la Rosa, prolífico escritor, que adornó el diario con múltiples aderezos románticos, fruto del momento. Una obra maestra digna de ser publicada, y no permanecer en el ostracismo de las repisas de una biblioteca.

El diario fue pasando de mano en mano y cada vez con más cariño se anotaba todo lo que ocurría en el momento. Cada hecho era aderezado con la opinión personal de quien lo refería. El diario tenía una construcción compleja y excesivamente poliédrica. Sin embargo, daba una nota real y sucinta de los distintos pormenores históricos. Era un auténtico tratado de historia, escrito por los verdaderos protagonistas de ella. Nada de lo verdaderamente importante, que pasaba ante los ojos del responsable de anotar los eventos, dejaba de ocupar su lugar en el diario. Todo era recogido con minuciosidad y prolijidad. Los enfrentamientos políticos, las anécdotas de las tertulias, los comentarios de la calle, las andanzas de las mujeres, que a espaldas de sus maridos, enviaban notas, algunas subidas de tono, a sus amantes. Todo era recogido allí con esmero. Se trataba de un verdadero libro de la realidad del Madrid, del XVIII y XIX, que ofrecía al lector un relato estricto de la vida cotidiana.

El insigne poeta Martínez de la Rosa, catedrático de Filosofía Moral en la universidad de Granada, redactó y cuidó el diario hasta su fallecimiento acaecido el siete de febrero de 1862. Durante toda su vida perteneció al partido liberal, participó en la Cortes de Cádiz y aprobó la Constitución de 1812.

Con el regreso de Fernando VII y el establecimiento del absolutismo, fue encarcelado. Puesto en libertad siguió participando en política, pero siempre actuó en el grupo de los liberales más moderados que representaban el ala más conservadora del liberalismo. Su prestigio le llevó a presidir la Academia de la Lengua de 1839 hasta 1862 así como del Ateneo de Madrid. Perteneció a otras reales academias como la de Ciencias Morales y Políticas y la de Historia. Fue presidente del Gobierno la primera vez en vida de Fernando VII en 1822 y la segunda vez tras su muerte en 1833. Tanto fue su prestigio y puestos en los que tuvo responsabilidad, que las páginas de su diario encerraban secretos y datos inimaginables que, de haberse hecho públicos, hubieran provocado más de un problema. Sus páginas no solo encerraban aspectos de la política, sino todos los sucesos que se desarrollaban en la corte, lances de amor, enfrentamientos, cuchilladas por la espalda, puñaladas a traición, reyertas, contiendas, trifulcas y todo lo que la mente humana pueda imaginar. Pero el

diario seguía su curso; era guardado en una arqueta de madera de nogal con fuerte herraje y cerradura en un lugar secreto de las casas donde se encontraba. Ninguno de los que poseía tal tesoro se aventuraba a compartir el secreto con otros. Solo a finales de su vida, cuando se veía que iba a perderla, era cuando se escogía al amigo más cercano y fiel para que continuara con la obra.

Sin embargo, se perdió el rastro del diario a mediados del siglo XX. Aún tuvo algunos dueños como fueron Antonio Maura y Montaner en 1913 y Ramón Menéndez Pidal en 1926, último responsable del que se tienen noticias. No hay datos de cuándo desapareció exactamente el diario y tampoco se sabe lo que contenía. Parece ser que un ladrón, no hay demostración de que hubiera varios, entró en la casa del que en ese momento tenía el diario y sospechando quizás con algunos detalles, que conocía previamente, se dirigió directamente al lugar donde estaba escondido.

Los periódicos dieron una amplia noticia de su desaparición. El robo fue muy comentado, en los mentideros políticos de la corte, haciendo cábalas sobre su contenido. Las especulaciones fueron de boca en boca hasta que dieron la vuelta a toda la ciudad. Los noticieros periodísticos lo comentaron, los corrillos lo ampliaron, las tertulias lo discutieron y no había casa en la ciudad en la que no fuera tema de conversación a la hora del almuerzo o de la cena. Hasta en el consejo de ministros se habló del robo y de sus posibles implicaciones. Todos sabían que sus páginas encerraban secretos de almohada, de salones reales, de intrigas palaciegas y de gran cantidad de misterios que nadie podía imaginar. Muchas personalidades estaban preocupadas por lo que pudiera contener y, aunque con disimulo, trataban que no les influyera en sus actuaciones políticas. Tantos años encerrados entre sus páginas que nadie podía entrever lo que contendrían. Las sospechas eran mayores que la realidad, pero el desasosiego era libre y no se podía evitar. Lo importante era que no se notara. Pronto pasó todo. El incidente cayó en el olvido y ya nadie, a excepción de algún personaje temeroso de lo que pudiera encontrarse en el diario, comentaba el episodio. Las noticias aparecían, crecían con el rumor, se estancaban y al poco desaparecían sin casi dejar rastro. Así era el momento que se vivía en el Madrid del XVIII. Nada permanecía inmutable. Todo podía cambiar en días o, incluso, en horas.

Sin embargo, Luis Alonso, un comerciante de vinos, que se hospedaba en la Posada del Peine, en la calle Postas esquina Marqués Viudo de Pontejos encontró el diario de una manera casual. Este establecimiento era de los más antiguos de Madrid ya que el edificio original se remonta a 1610 cuando la calle se llamaba Vicario Viejo. Su primer propietario fue Juan Posada que le dio un esplendor para su época. A lo largo de los tiempos se relaciona con Adolfo Bécquer, el

pintor Gutiérrez Solana y Benito Pérez Galdós que hace una referencia en su novela *Fortunata y Jacinta*. Camilo José Cela utiliza el lugar con una reseña en su discurso de ingreso en la Real Academia Española.

Su nombre se debe a la leyenda de que en las habitaciones había un peine atado a una cuerda, que colgaba del lavamanos, para evitar que los viajeros se lo llevaran de recuerdo. Era la costumbre del momento y había que poner remedio a ella y al dueño no se le ocurría otra cosa que atar el peine. Hay numerosas historias relacionadas con este edificio, pero es la habitación 126 la que tenía, en la parte superior de una de sus paredes, un armario tipo alacena con un acceso, a través de una escalera estrecha, a otro pequeño cuarto del piso superior y es justo allí, en un armario secreto, donde Luis Alonso encontró el diario. Parece ser que esta habitación estaba destinada a reuniones clandestinas o para esconder fugitivos. No obstante, no era la única estancia extraña; había otras que se comunicaban entre sí, por pasadizos, para facilitar las correrías nocturnas e incluso, cuenta el relato, que una camarera y un cliente se encontraron con una señora vestida de negro que nunca salió del alojamiento por miedo a ser descubierta. En una palabra, un lugar donde convivían personas de paso con otras que estaban allí como si fuera su vivienda habitual. Pero todo en un marco de misterio y enigma.

Al colocar, Luis Alonso, su ropa encontró un doble fondo en el que al quitar la tapa que lo cubría apareció el diario. Al principio no le dio importancia, pero en la primera página había un recorte de periódico. Era del *Heraldo de Madrid*, un significativo diario donde se relataban los acontecimientos y secretos de los últimos cien años y donde se daba noticia del robo. El diario *El Debate* recogía también la noticia y su recorte estaba entre las páginas. Relataba profusamente las características del robo de la casa del marqués.

El comerciante quedó maravillado con el descubrimiento; le faltó tiempo para sentarse en una de las sillas que había en el cuarto y leer algunos de los pasajes. Las noticias eran, en su mayor parte, políticas, pero también había algunas de lances y amoríos, secretos de alcoba de ilustres personajes, cuyo descubrimiento y difusión no harían ningún bien a sus protagonistas. La lectura de este diario le ocupó varias horas pues no en vano se remontaba a los años 1715, y con cierta meticulosidad avanzaba datos desconocidos para el gran público.

Uno de los episodios más curiosos fue el enfrentamiento, en un duelo, por el robo de un libro, que estaba en la biblioteca de la Real Academia Española, titulado *Lazarillo de Tormes*, donde el conde de San Diego, Eugenio Gutiérrez y González, de la Nacional de Medicina, fue retado por León de Zúñiga y Cantalapiedra. Este segundo no se presentó por lo que el conde quedó limpio en su honra. La historia acabó con el apresamiento del segundo que fue puesto en manos de la

justicia.

En otros lugares se señalaban historias de amoríos entre un aristócrata y una mujer conocida en los círculos cortesanos. Esto fue muy comentado entre los distintos curiosos de la corte. Había más detalles y noticias, unos simplemente rumores y otras reseñas reales de la vida madrileña en esos años. Era la sal y la vida del Madrid popular que contaba historias para romper el tedio de la cotidianeidad. Así iban transcurriendo los días y así se rompía la abulia y la monotonía.

Luis Alonso estuvo leyendo el diario durante varias horas, al cabo de las cuales el sueño le invadió. Al día siguiente, se olvidó del dietario y de su contenido y lo introdujo en su maleta junto con la ropa y demás vestuario. Cuando terminaron sus visitas comerciales, unos días después, tomó un tren y se dirigió a su casa en Salamanca. Se había olvidado de todo lo que significaba el diario. Su contenido no pasó, para él, de una simple anécdota, sin más importancia que el hecho del descubrimiento fortuito en un armario de su habitación.

En su casa lo dejó encima de la mesa del comedor sin más pretensiones que buscar un cajón de la alacena para colocarlo. Así estuvo durante muchos años y un buen día recibió una carta anónima que decía:

> Hace tiempo estuvo en la Posada del Peine. Me ha costado trabajo seguir el rastro suyo desde aquel día en que encontró un diario escondido en un armario. La habitación 126 era importante para mí. Fui yo el que lo puso allí y por lo tanto soy su dueño. Si quiere conservar su vida deberá devolverlo. Por ello tiene veinticuatro horas para depositarlo en el portal de su casa a las doce del mediodía y retirarse. Yo pasaré a recogerlo y este asunto estará ya zanjado; usted podrá seguir tranquilo el resto de su vida y yo también con lo que me pertenece. Procure seguir mis instrucciones para evitar daños mayores que podrían ser irreparables.

La cuestión es que el diario ya no estaba en manos de Luis Alonso. Lo había vendido, por un buen precio, a un bibliotecario de libros antiguos. Ante el temor de que se cumpliera la amenaza que contenía la carta se dirigió a este bibliotecario para tratar de recuperarlo.

—Buenos días —le dijo al entrar en la tienda—. ¿Me recuerda? Soy el cliente que hace dos meses le vendí un diario antiguo.

—Sí, claro. Era un volumen muy interesante y le di un buen precio.

—No vengo a discutir eso ahora. Me interesa rescatarlo y para eso le pagaré lo que usted me dio y algo más por los inconvenientes. Parece que me equivoqué vendiéndoselo. Era de un familiar que me lo reclama ahora.

—Es una lástima. Ya no lo tengo. Se lo vendí hace unos días a un coleccionista anónimo aficionado a este tipo de material. Me pagó lo

suficiente para que no me hiciera de rogar. Así que ya no está en mi poder.

—¿Sabe quién es ese señor?

—No me dijo su nombre ni tampoco su dirección. Me pagó en efectivo.

—¿Cómo era?

—Se trataba de una persona elegante, vestía bien. Llevaba un sombrero y un bastón de caoba con empuñadura de plata. En eso sí que me fijé ya que soy coleccionista de bastones y este me llamó la atención; era de gran calidad, muy original. Por cierto, tenía un amplio bigote. Vamos una persona de la que se puede decir, sin miedo a equivocarse, que tiene un buen porte y que come caliente. También me llamó la atención ese detalle.

—¿Dijo algo? ¿Alguna señal que lo identificase?

—Nada de nada. Pocas palabras. Sacó un fajo de billetes y me pagó sin más comentarios excepto la advertencia de que era un libro que llevaba tiempo buscando. En el umbral de la puerta le esperaba el conductor de su carruaje.

—¿Dijo eso?

—Sí. Me pareció extraño que dijera eso de que llevaba tiempo en la búsqueda. Era un libro muy raro, de los que no había noticia de su existencia. Nunca había visto nada igual, a pesar de que llevo en este oficio toda la vida.

—¿Tuvo ocasión de leerlo? ¿Por qué piensa que este caballero llevaba tiempo buscándolo?

—No tengo ni idea. Leí alguna crónica del marqués de Villena y después de otro, creo recordar, el marqués de Castelnovo, pero nada más. No le di mayor importancia a su contenido. Me parecieron dimes y diretes de la sociedad del momento. Una crónica que no me interesaba.

—Pues debía ser importante —señaló Luis Alonso, enormemente preocupado por el contenido de la carta y la posibilidad de que el anónimo cumpliera sus amenazas.

—Siento no poder ayudarle.

—Muchas gracias por su tiempo.

—Si tengo alguna noticia, ¿dónde le puedo encontrar?

Luis Alonso le dejó sus datos y salió de la tienda. No sabía que es lo que tenía que hacer. Había perdido una buena oportunidad y ahora, según la nota, su vida peligraba.

Fue a su casa. Vivía solo. No tenía de familia nada más que unos sobrinos lejanos a los que casi no veía. Al entrar en el piso vio la luz encendida y eso le llamó la atención. Siempre tenía buen cuidado en apagar todas las luces al salir. Una sombra se movió de un lado a otro y le apuntó con un revólver. Era un hombre corpulento, nervioso, que

le instaba perentoriamente a entregarle el diario.

—No lo tengo en mi poder. Si me da tiempo es posible que lo pueda recuperar.

—El tiempo se acabó. O me da el diario ahora mismo o su vida no tiene continuación. Acaba aquí mismo.

—Por favor, créame. No lo tengo. Trataré de devolvérselo.

Luis Alonso estaba demacrado, sudoroso. Veía que su vida pendía de un hilo.

—No hay excusas posibles. O me lo da o aquí mismo desaparece de este mundo.

—Se lo vendí a una tienda de libros antiguos. Yo no lo tengo.

—¿Qué tienda? ¿Dónde? —el tipo estaba verdaderamente nervioso y dispuesto a todo.

—Una tienda que está en la plaza —el único objetivo de Luis era ganar tiempo y que el tipo se fuera.

—Necesito el nombre de la librería —dijo con voz perentoria que no daba lugar a equívoco.

—Está en la plaza. No sé nada más. La encontrará fácilmente.

El forajido ya tenía suficiente información y no había razón para mantener con vida al comerciante por lo que le disparó a bocajarro en la cabeza y salió corriendo. Tenía miedo a que alguien hubiera oído el disparo. El suelo quedó manchado con un reguero de sangre que daba una nota tenebrosa al local.

3

Año 1995

Cuando llegué a casa me arrellané en un sillón y me dispuse a abrir el sobre. Me extrañó la indicación «para quien lo quiera leer». El contenido era una misiva corta pero explícita. Se trataba de una carta que rezaba de esta manera:

> Sé que usted tiene mi diario. Me lo robaron un día en la Posada del Peine. La habitación 126 es un lugar que tiene un mensaje para usted. Lo debe entender claramente: si no me devuelve lo que es mío su vida correrá peligro. Ese diario es de mi propiedad. Para usted no es importante y para mí sí lo es. Por lo tanto, siga las instrucciones que le daré en los próximos días. Ya ha habido una muerte por este tema y no quiero que haya más, aunque estoy dispuesto a llegar hasta el final.

Con seguridad esa carta no estaba dirigida hacia mí. El destinatario de la misma era la mujer que estaba llamando mi atención. ¿Qué es lo que sería tan interesante para el que escribió el anónimo? La mujer debería tener algo muy importante que justificaba la posibilidad de una muerte. Toda esta historia despertó mi curiosidad, que como escritor la tenía muy desarrollada. Tenía que llegar hasta el fondo, desmenuzar los detalles y aclarar todo lo relativo a la misiva. No era nada normal ir por la calle y que te lanzaran una carta para que la recogieras y desaparecer al instante.

Al leer este escrito lo primero que me vino a la memoria era saber quién era esa chica que se cruzó en mi camino y que, casi con toda seguridad, tiró el sobre para que lo leyera. ¿Cómo es que conocía que en mi casa se encontraba el diario? La segunda idea que me vino fue el por qué lo desestimé al encontrarlo en la biblioteca de mi bisabuelo. ¿Era este el diario a qué se refería? Posiblemente sí. Yo formaba, con toda seguridad, parte de la trama en la que de momento estaba el señor del anónimo y la joven que se cruzó en mi camino.

Me levanté como un resorte y me dirigí al anaquel donde recordaba que lo dejé. Al abrirlo volvieron a caer al suelo los recortes de periódicos. Eran de *El Heraldo de Madrid* y de *El Debate* y hablaban de un robo en la casa de un aristócrata importante. El diario eran una serie de páginas dedicadas a contar historias y asuntos, unos más

importantes que otros, que ocurrían en la corte. Nada de extraño, en un principio y a vuela pluma, pero era necesario leerlo con más detenimiento. A lo mejor, de su lectura, se podía desprender alguna historia para una novela. No podía desechar una oportunidad que se me presentara. Estaba dispuesto a leerlo completamente así que me dispuse, manos a la obra, lápiz y papel, para tomar notas y datos que me fueran interesando. De la chica ya me ocuparía más adelante. Ahora me interesaba la lectura pues, ciertamente, había una conexión entre la carta que recogí del suelo y el diario de mi biblioteca. Tenía que ver cuál era el hilo conductor, el cordón umbilical que unía carta y diario. Una casualidad que en muy pocas horas me encontrase con dos escritos que llamaran mi atención y que no eran fáciles de explicar.

El documento en cuestión era un importante ejemplar en el que se relataban los acontecimientos y secretos de los últimos cien años. Tenía que saber cuál era la relación de esta mujer con el hecho de que apareciera el diario y los recortes en mi biblioteca. Algo que no podía ser fortuito y que debería tener alguna explicación por extraña que pareciese. No se podía justificar de una manera simple. Esa mujer sabía lo que pasaba, tenía conocimiento de que el propietario era yo como heredero de mi familia. ¿Cómo llegó a manos de mi bisabuelo? Esa era la clave del secreto. Se me presentaban muchas incógnitas que tenía que dirimir y esclarecer. Pero la primera tarea que tenía ante mí era la de leer el diario y conocer su contenido. Estaba seguro que de su lectura se desprenderían algunos episodios que bien tendría que tener en cuenta. Después me ocuparía de la chica.

Aquella noche la pasé desvelado. Solo el café y los cigarrillos me acompañaron e hicieron que me mantuviera fresco todo el tiempo. Durante aquellas horas tomé datos, escribí ideas, anoté fechas tratando de dirimir lo que, de verdad, tenía sentido en sus páginas. Tenía, por fuerza, que haber algún episodio por el cual este diario tuviera tanta importancia y se hubiera mantenido oculto tantos años. Mi familia nunca me habló de ello. Quizás no sabían su importancia o quizás quisieron preservar el misterio de la historia. Lo único que sabía es que mi padre me contó, muchas veces, que su abuelo era un coleccionista de libros y que visitaba sistemáticamente las tiendas de libros antiguos comprando todo lo que le pareciera interesante, y que este diario lo debió de adquirir en una de sus correrías intelectuales. Él nunca lo leyó con minuciosidad, simplemente le echó alguna ojeada rápida. Solo recordaba que su abuelo muchas veces le contaba historias de secretos ocultos escondidos en lugares que nadie podía sospechar y que estaban escritos en algún lugar. Nunca precisó donde y qué era a lo que se refería. Esta historia, a fuerza de ser contada tantas veces, me llegó también a mí a través de las largas

conversaciones que tenía con mi padre. La biblioteca y su contenido eran materias sobre las que hablábamos muchas veces. Esto hizo que se acrecentara mi vocación de leer y escribir. Ya desde pequeño, mi vida y mis juegos eran los libros. Había pasado tantas horas encerrado entre los estantes que ya no recordaba otro tipo de distracción. La generación del 98, la del 27, el Siglo de Oro, la literatura inglesa, la americana habían sido mis compañeros de juventud.

Por ello pasar una noche leyendo el diario no era una labor extraña a mí. Al llegar a la mitad de la lectura encontré una nota pequeña, también un recorte de un periódico, que hablaba de un asesinato a sangre fría en Salamanca. Se trataba de un viajante de comercio que vivía solo en su casa. No había desaparecido nada. La casa estaba en orden. El asesino buscaba algo concreto, y al no obtenerlo se deshizo del comerciante. Un hecho que no pudo ser descifrado y que había ocurrido ochenta años antes. Una segunda nota hablaba de que la policía había archivado el caso al no tener ninguna prueba, ni tan siquiera indicios, de lo que había ocurrido en aquella casa. Echando cuentas llegué a la conclusión de que esta fecha coincidía con la vida de mi bisabuelo y que posiblemente el diario ya lo tenía cuando ocurrió el hecho. Era un poco misterioso que un libro de este nivel guardara entre sus páginas estas notas periodísticas. Algo debía tener relación con el diario y con su dueño.

Otro recorte hablaba de los coleccionistas de libros que visitaban habitualmente las librerías tratando de conseguir buenos ejemplares. Mi bisabuelo era conocido como uno de los principales coleccionistas de la época. La nota hablaba de la gran cantidad de libros que tenía, muchos de ellos primeras ediciones, y de la filantropía en donaciones a bibliotecas y diferentes instituciones. Por ello había recibido gran cantidad de distinciones y premios, así como el nombramiento de ciudadano ilustre de los lugares donde había donado parte de su dinero y de sus libros.

A pesar de todo, pensaba, que «tenía una gran biblioteca de la que, afortunadamente, yo soy su dueño». Esta reflexión me agradaba. Casi con toda seguridad, fue el anónimo comprador del diario. Ahora quedaba saber las razones por las que lo estaban buscando y qué es lo que pudo ver en sus páginas. Era muy importante leer con detalle todo lo que contenía el diario. Cualquier detalle que pasara desapercibido. Había llegado a la mitad y no había encontrado nada interesante que reseñar. Sin embargo, algo me llamó la atención hacia la parte final del diario, ya en las últimas páginas, un párrafo subrayado me hizo ponerme en guardia. Debía de ser de mi bisabuelo ya que era lo único que estaba marcado. Y si era así, entendía que buscara el diario con interés.

La nota se refería a un conjunto ajardinado del centro de Madrid del

siglo XVI, aunque fue reformado a principios del XIX. Iba acompañada por un pequeño plano de situación, pero debido a los años que habían transcurrido era imposible situarlo con exactitud. Hablaba de pequeños parterres y setos de boj que escondían algo. No se precisaba el qué, pero mi familiar había subrayado esta parte del diario recogido por uno de los académicos, del siglo XVIII, que continuaron al marqués de Villena. De cómo llegó esta noticia a su conocimiento nada se dice ya que el jardín fue construido hacia 1530. Estas líneas eran sospechosas de encerrar algún enigma que la historia había ocultado.

Las páginas seguían con otra serie de anécdotas y noticias acerca de lances de capa y espada, duelos en las madrugadas, aristócratas enfrentados y amoríos en la corte y en la política. Las desavenencias, las envidias, los celos y los enfrentamientos tenían su cabida en el diario.

Terminé la lectura, cuando ya era de madrugada. No había pegado ojo en toda la noche, pero estaba contento. Creía que había descifrado el secreto del diario. Un jardín del siglo XVI y un enigma que escondía. Mi bisabuelo lo descifró, pero, quizás, no tuvo tiempo de dedicarse al tema ya que fueron sus últimos años de vida. Sin embargo, tenía la ilusión de que alguien de su familia supiera ver el misterio encerrado entre sus líneas.

Ahora solo me quedaba conocer cuál era la participación de la mujer con la que me crucé en la calle y dejó caer el sobre. Ese misterio me daba vueltas constantemente. ¿Qué relación tenía con el diario? ¿Conocía que era propiedad de mi bisabuelo? No sabía cómo seguir esta pista pues desapareció al instante. Seguramente, pensaba, se volverá a poner en contacto conmigo. Si ha sido capaz de lanzar el anzuelo para que picara, esperará a ver si lo hago y luego tensará el cordel para cobrar la pesca.

Me levanté del sillón. Mis huesos estaban entumecidos. No me había movido en varias horas y necesitaba caminar. Lo primero que hice fue tomar un café bien cargado que me sirvió para estimularme. Una buena ducha completó el sistema de dotar a mis agarrotados miembros de una movilidad aceptable. Estaba ya dispuesto para emprender cualquier empresa, por difícil que fuera.

Decidí dar un paseo que completaría todo el proceso. Estaba amaneciendo. La poca gente que había en la calle caminaba hacia su trabajo. El cielo encapotado y gris presagiaba lluvia. Me vendría bien que se refrescase el ambiente. La noche fue excesivamente calurosa. Todas las personas con las que me cruzaba me daban la impresión de que estaban al tanto de mi diario. Sus miradas eran de curiosidad por lo que decidí no observarles de frente y hacer caso omiso de su presencia.

Di un corto paseo de media hora. Lo suficiente para poner todos los

miembros a tono. Cuando terminé subí, de nuevo, a mi casa y me encerré en la biblioteca con el diario entre las manos. Estaba enfrascado en mis reflexiones de cuál sería el jardín al que se refería la noticia cuando sonó el teléfono.

Una voz femenina, amable y delicada me preguntó:

—¿Es usted Fernando?

—Sí. ¿Qué es lo que desea? ¿Quién llama? —contesté rápido como un resorte.

—No me conoce. Necesito hablar con usted.

—¿Qué se le ofrece? ¿De qué quiere que hablemos? No necesito comprar nada —contesté de una manera agria.

—No quiero venderle nada —contestó de una manera desabrida.

—Pues entonces ¿qué es lo que quiere? Tengo muy poco tiempo para atender…

—No es una tontería, ya lo verá cuando me oiga. —Había sido capaz de leer mi pensamiento. Debía de ser inteligente.

—Está bien, pero no me haga perder el tiempo.

—Eso se lo diré en persona cuando nos veamos si usted acepta.

—Comprenderá que esta llamada es un tanto extraña —dije sin ninguna vacilación.

—Lo comprendo, pero cuando vea las razones y lo que le voy a decir, entenderá que no tengo otra solución para dirigirme a usted.

—Está bien. ¿Cuándo quiere? —ya me había entregado completamente y no estaba dispuesto a más negativas.

—Cuanto antes —contestó taxativamente sin dar tiempo a qué yo pensara una contestación. Me había intrigado tanto que no deseaba que pasase más tiempo sin conocer la respuesta.

Me quedé unos segundos en blanco. Los suficientes para hilar una respuesta adecuada. No la encontré.

—Venga ahora ¿puede? —dije como única solución al punto al que habíamos llegado.

—Por supuesto. En media hora estaré con usted —no tuvo tiempo de respirar para darme la contestación.

Cuando le iba a decir algo colgó apresuradamente como si cualquier pérdida de tiempo le fuese la vida en ello. No sabía la dirección, ni como me llamaba, ni ningún dato mío. Todo tan extraño…

Me dirigí, de nuevo, a la cocina a preparar unos cafés pues me parecía lo más conveniente para ofrecerle a esa hora de la mañana. Estando en esta maniobra me di cuenta que no le había dicho mi dirección y que ella no me la había preguntado. Esto me hizo ponerme en guardia ya que sabía más de mí que yo de ella. ¿Sería la mujer con la que me crucé en la calle, dos días antes, y me tiró el sobre al suelo? Si así era, todo iba encajando un poco más. No obstante, como no las tenía todas conmigo, puse una barra de hierro debajo del sofá por si

fuera necesario defenderme y escondí el diario entre los muchos libros de los estantes superiores. Esperaba que viniera sola y no trajera ningún acompañante por lo que al oír el timbre de la puerta miré por la mirilla. Estaba sola. Nadie la acompañaba y eso me tranquilizó. Al abrir la puerta me quedé mirándola unos segundos, los suficientes para corroborar que era la mujer de la calle. No había ninguna duda. Era la misma.

—Sí, soy la del otro día que le envié la carta. No tenía otro medio para hacerme notar. Mi nombre es Isabel. El suyo Fernando. Ya lo sé.

—Si somos precisos más que enviarme la carta me la tiró — contesté con una pequeña dosis de sorna, que a esas horas era un punto de comienzo interesante para una conversación.

—Bueno, llámelo como quiera —dijo de forma categórica mientras traspasaba el umbral de la puerta.

—Como veo que todo se lo dice usted, no me queda nada más que invitarla a pasar —le dije con una sonrisa no exenta de ironía al ver que ya casi se encontraba en la mitad del vestíbulo de la casa.

—Muchas gracias. Tomaré un café solo —contestó con un aplomo digno de mención.

—Vaya, se adelantó a lo que le iba a ofrecer.

—Me lo imaginaba. Por eso me decidí a ser la primera que rompiera el fuego.

—Pues, sin duda lo ha hecho —contesté con una leve sonrisa.

La acompañé a la sala de espera y la insté a sentarse en el sofá. Efectivamente, no me había equivocado en mis apreciaciones, rápidas y a vuela pluma, que hice en la calle. Esbelta, bien parecida, rubia, pelo largo, una estatura apreciable sin llegar a ser alta, buen tipo y unos veinticinco años. Una chica para elegir en el baile.

—Bien ¿ya me hizo la fotografía? —dijo con desparpajo.

Me puse rojo pues no pensaba que había sido tan evidente mi rápida ojeada. La verdad es que tenía, ante mí, una chica que no se amilanaba por nada y que me daba sopas con honda en lo que a relaciones entre un hombre y una mujer se refiere. Yo no tenía gran experiencia y ella, creo, se dio cuenta nada más verme.

—Me gusta conocer a las personas que entran en mi casa sin llamarlas previamente —contesté de una manera desabrida, tratando de defender lo poco que me dejaba en este cara a cara.

—Enseguida lo entenderá. Ahora tomemos el café y rompamos el hielo.

Unos minutos después estábamos con sendas tazas mirándonos sin saber qué decir. Sacó un pitillo y me lo ofreció.

—Gracias no fumo a estas horas.

—Ah, se me olvidaba. Usted empieza a fumar a partir de las ocho de la tarde. No me acordaba.

—¿Cómo lo sabe?

—Comprenderá que si tenía que venir a verle debería conocer a la persona con quién me iba a encontrar. Es un principio básico de las relaciones humanas. Cuánto más sepas de la otra persona mucho mejor. Hay que estudiar previamente con quien te vas a enfrentar.

—En ese caso yo estoy en minusvalía.

—Ese era el objetivo, pero pronto estaremos al mismo nivel. Ya lo verá. Dejemos unos minutos para abrir el encuentro a puntos más amables. Tiempo habrá para que nos conozcamos bien. No le aseguro que sea hoy, pero no pasarán muchos días sin que tengamos cierta complicidad y podamos llegar a conclusiones y objetivos comunes. Hay que dar tiempo al tiempo —concluyó su parlamento.

—¿Y por qué tenemos que entendernos bien?

Cada vez estaba más extrañado de la situación con la que tenía que enfrentarse. «Siempre será positivo», avanzó una respuesta con una simpática risa que dejó ver una atractiva dentadura.

—El caso es que acabamos de conocernos, hace unos minutos que ha entrado en mi vida y ahora me sale con que será más positivo. No comprendo nada.

—Le aseguro… te aseguro, voy a tutearte, que muy pronto vas a entender todo. Yo entré en tu vida hace mucho tiempo.

—No sé a qué te refieres. No sé ni tu nombre. —Notó mi gesto de extrañeza.

—Me llamo Isabel, ya te lo dije. —Comenzó a tutearme.

—Tienes razón. Se me había olvidado. Lo nervios…

—Te voy a explicar por qué te dije que había entrado en tu vida hace tiempo. Antes dame otra taza de café. A estas horas siempre me tomo tres o cuatro.

—Debes tener la tensión arterial por las nubes.

—No te creas. Es muy normal. Solo me sube cuando te sientas a mi lado —dijo Isabel sonriendo.

El comentario me puso nervioso, pero afortunadamente me había pedido otra taza de café y eso fue mi liberación. Podía ganar algo de tiempo para la respuesta. A partir de ese momento empecé a conocerla, sus reacciones, sus comentarios, su risa irónica. Con el tiempo, nada de lo que ella estaba pensando era desconocido para mí.

—Bien, iré por otra taza y piensa en lo que me vas a contar. Tiene que ser muy interesante para que se justifique el por qué estás aquí a estas horas.

De una manera intencionada pasé un tiempo en la preparación del café. Tenía que estar seguro de que ella mantenía la calma y se preparaba, convenientemente, para contarme una historia, que yo en principio, pensaba, que no me la iba a creer. Estaba dispuesto a escucharla pero no a creerla.

Al regresar al salón la encontré mirando un cuadro que había sobre la chimenea.

—Es de mi bisabuelo —contesté antes de que me hiciera la pregunta.

—Sí, ya lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Deja que te explique. Tu bisabuelo y mi bisabuela fueron muy amigos ¿sabes? No era nada más que una relación de amistad pura. No había otra cosa.

—¿Amigos? Es todo muy extraño.

—Nada de particular. Mi bisabuela estaba casada y tu bisabuelo era muy amigo del matrimonio. Él era viudo y pasaba muchas tardes en nuestra casa o a la inversa ella, acompañada de su marido, iba a visitarle. Los tres tuvieron muy buenos momentos. Salían siempre juntos e incluso, hicieron algún viaje.

—Me dejas de una pieza —contesté al hilo de su comentario.

—No me interrumpas que se rompe la secuencia de la conversación —me dijo cortante.

—Perdona, es que estoy tan… estupefacto que no salgo de mi asombro.

—Un día, ya eran todos bastante mayores —continuó sin hacer caso al comentario—, tu bisabuelo les habló de la compra de un extraño libro, que él definió como «diario», en un anticuario, especialista en libros, de Salamanca. Ya sabes, te habrán contado que era un gran bibliófilo y que cualquier libro que pasase antes sus ojos lo tenía, por fuerza, que adquirirlo. Este fue uno de ellos. Tenía una gran obsesión por acumular libros y si eran antiguos mucho mejor.

—¿Y qué te contó?

—Les dijo que era una pieza de un valor incalculable, no solo por su antigüedad, sino también por su contenido. Les habló de unos párrafos que le habían llamado la atención y que él en persona estuvo estudiando.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi bisabuela lo dejó escrito en su diario. También tenía esta costumbre y en él contó que tu antepasado estaba enfrascado en una investigación importante. Sin embargo, no creía que le diera tiempo pues últimamente había manifestado cierto decaimiento general.

—¿Y?

—A los pocos días escribía «ayer falleció mi querido amigo Álvaro y hoy le enterramos en su pueblo natal. En estos días, con las pocas fuerzas que le quedaban, nos contó sobre el diario y de lo que sospechaba que encerraban sus páginas: un importante legado económico, enterrado en algún lugar de Madrid por un aristócrata del siglo XVIII».

—¿Quieres decirme que en el libro, que yo tengo, hay una clave que conduce a un lugar donde se encuentran unas riquezas?

—Eso es lo que dice el diario de mi bisabuela.

—Vamos que tenemos dos diarios interesantes —dije a modo de pregunta.

El párrafo subrayado debía ser el que Isabel estaba mencionando. Desde el principio sospeché que estas líneas encerraban algo más que una simple descripción urbanística.

—En efecto. Esto es así. Sin embargo, en tu biblioteca debía de haber otro diario, el de Alonso de Alvarado —señaló hacia donde estaban los libros—y sin embargo no está. Mi bisabuela quiso dárselo como regalo a tu bisabuelo el día que cumplía noventa años.

—¿Cómo lo sabes? —mostraba mi extrañeza a cada momento, a cada frase que ella iba diciendo.

—Me lo contó mi madre —dijo con una voz trémula, embargada por la pena.

—Supongamos que esto es así, ¿por qué has esperado tanto para decírmelo?

—Yo me enteré hace pocos días. Mi madre falleció cuando yo era pequeña y me crie con mi abuelo que murió hace unas semanas. Ya cerca de su muerte me entregó el diario de mi bisabuela y me contó esta historia. También me dijo que había otro diario escrito por Alonso de Alvarado; su padre lo encontró en una librería de libros antiguos en París y lo perdió en un tranvía. Era una joya. Un documento extraordinario. Lo adquirió para regalo a un familiar, pero no pudo hacerlo ya que lo perdió. Un disgusto que le acompañó mucho tiempo.

—¿Y la carta que dejaste caer al suelo el otro día?

—Era necesario hacerlo de esta manera. Tenía que saber si eras tú. El mensaje lo recibí en mi casa. Lo pusieron en el buzón de correos hace unos días. No entiendo nada y por eso he venido a verte. Eres la única persona a la que me puedo confiar. Estoy tan preocupada…

Al pronunciar esta frase se echó en mis brazos con riesgo de que la taza de café cayera al suelo. Algunas gotas sí que se derramaron sobre mi camisa. Pero lo peor fueron los nervios que se me pusieron en ese instante.

No sabía a qué carta quedarme ni que hacer. Traté de consolarla. Hice lo que solo se me ocurrió: le acaricié el pelo. Parece que surgió efecto pues se quedó más tranquila.

—¿Te das cuenta cómo hay una explicación para que esté aquí?

—Me has convencido. Necesito una copa de ron. Ya son las doce de la mañana y creo que me vendrá bien. Todo esto es tan raro que no acabo de creerlo.

—Yo tampoco me hubiera podido imaginar que un día dos bisnietos

de dos familias estaríamos sentados en un mismo sofá y unidos por un misterio, un diario, un lazo que nos une. Un ayer que se nos presenta.

—¿Quieres un ron? —sugerí, siempre dispuesto a agradarla pues me parecía una mujer interesante. Junto a ella me sentía cómodo y confortable.

Pasamos un rato en silencio. En el exterior las nubes formaban extraños dibujos que se unían y separaban en un juego constante. Estuve unos segundos observando ese cielo azul entreverado de blancas nubes, arracimadas o desperdigadas al socaire del suave viento que, a esa hora, se levantaba. Una brisa que no era capaz de mover las hojas de los árboles, solo de acariciar la cara de los transeúntes que pasaban por debajo de mi ventana.

Una voz detrás de mí me sacó de la abstracción. Era Isabel que me preguntaba algo acerca del diario.

—Hemos hablado mucho del diario, pero no me dijiste si tú lo tienes.

La pregunta hecha de sopetón me sacó del éxtasis de las nubes. Algo tenía que decirla en relación con el tema que nos ocupaba, pero aún me quedaba alguna pequeña reticencia. Había aparecido, de improviso, en mi vida y no era el caso de enseñarla todo a la primera de cambio. Tenía que ganar algo de tiempo. Quizás mañana…, pensé, o la semana próxima.

—Tengo que buscarlo. La biblioteca es muy grande y eso me llevará tiempo —le contesté poniendo mi mejor cara de amabilidad.

Isabel notó mi renuencia a enseñarla el diario. Esta resistencia se derivaba de que aún no tenía confianza en su presencia. Me pareció una suerte de provocación, pero pensándolo bien ¿qué otra cosa hubiera podido hacer?

—Entiendo que no me lo enseñes aún. Es pronto todavía y prácticamente no me conoces. Yo, sin embargo, te he traído el diario de mi bisabuela. Ya ves que me fío totalmente de ti.

—No es eso… es que tengo mucho desorden. Apenas he tenido tiempo de ordenar todos los libros que hay —musité una excusa increíble.

No sabía si la excusa se la había tragado, pero, al menos, ganaba un tiempo necesario para conocer si venía con buenas intenciones.

—Creo que para ser la primera vez que nos vemos es suficiente. Te llamaré otro día, pero no olvides que me mandaron una nota amenazadora y el tiempo corre en contra mía — contestó Isabel al tiempo que se dirigía a la puerta—. No me abandones, en este tema tenemos que estar unidos —me dijo a modo de conclusión.

Esta última frase me dejó desconcertado. Que no la abandonara y acababa de conocerme. Me propuse llegar hasta el final de la historia y si era con ella mucho mejor. Ya en el umbral de la puerta depositó

un beso en mi mejilla y bajó las escaleras. Su figura se difuminó en la oscuridad de la misma. En la negrura del zaguán se fundió con su sombra. Solo el ruido de los tacones en la madera indicó que el descenso se estaba efectuando. La sonoridad del portal me indicó que había acabado de descender y se disponía a cruzar el umbral del portal.

4

Siglo XVIII

Álvaro, cuando se hizo dueño del diario se dedicó, de lleno, a su lectura. Había leído cosas de las distintas épocas protagonistas de sus páginas, pero lo que estaba conociendo era interesante y de gran valor para la historia. Los líos de camas, los lances y los amoríos secretos, continuos o fortuitos, no eran conocidos por el gran público. Su conocimiento histórico se enriqueció con estos datos. Allí se relataban, con profusión de detalles, las peleas en las esquinas y callejas al atardecer; los duelos al amanecer en los montes del Pardo. La historia nada decía al respecto. Todo quedaba encerrado entre esas páginas. El Madrid del XVIII era un hervidero de tertulias políticas, mentideros en San Ginés, enfrentamientos en las academias, personajes embozados, en sendas capas, que querían mantener el anonimato, doncellas que habían perdido la honra y entraban en el convento, soldados en las tabernas y posadas que bebían y se jugaban el dinero y las mujeres.

La Posada del Peine era un lugar de citas clandestinas, lugar de encuentro de parejas y escondite de delincuentes y forajidos. Todo un cúmulo de historias que Álvaro, su bisabuelo, anotaba cuidadosamente. Solo un párrafo le llamó la atención. Era la referencia a un importante legado económico, enterrado en algún lugar de Madrid por un aristócrata del siglo XVIII. Continuaba la nota con la explicación de un conjunto ajardinado del centro de Madrid del siglo XVI. Dos siglos separaban estos testimonios.

Durante mucho tiempo estuvo recapacitando en estos dos puntos: el legado y el jardín. Eran referencias importantes. Seguramente este jardín de 1500 fue el lugar escogido para que el aristócrata escondiese el tesoro. Nada más sencillo. Lo único que tenía que hacer Álvaro era localizar este jardín que al ser del siglo XV, uno de los más antiguos de Madrid, encontrarlo no sería difícil.

A los dos días de encerrarse en su biblioteca, para la lectura del diario, leyó la noticia de que el librero, que se lo vendió, había sido asesinado. Esto le hizo convencerse de la importancia de su diario y del hallazgo que acababa de encontrar.

En las siguientes semanas siguió, con interés, la reseña de la muerte del dueño de la librería. La policía no tenía pistas del asesinato, pues

había sido realizado de una manera limpia y escrupulosa. Parecía que era por encargo. Lo que le llamaba la atención es que el asesino se deshiciera, tan pronto, del librero ya que este era el único hilo conductor que llevaba al diario. No tenía más datos y si desaparecía el vendedor sería más difícil llegar al objetivo.

Por todo ello, pensaba Álvaro, el criminal debió convencerse de que allí no estaba el diario y, seguramente, le sonsacó datos sobre la persona que lo compró. Si este era el caso, su vida corría peligro. Debería ir con tiento durante una temporada y salir a la calle lo menos posible y, si lo hacía, siempre con compañía especialmente provista de un buen armamento.

Las cosas marcharon aceptablemente bien y sin contratiempos por lo que un buen día se decidió a dar un paseo por el parque del Retiro. Era un día de una primavera adelantada. Los pájaros parecían anunciarla a los cuatro vientos y los árboles vestían sus mejores galas. La gente se dedicaba a pasear, los novios embelesados en los bancos daban rienda suelta a sus pasiones y los niños, a la salida del colegio, jugaban a la pelota como si tal cosa. Nada hacía presagiar los acontecimientos que se iban a precipitar en muy poco tiempo.

Álvaro, acompañado de un detective que había contratado, paseaba tranquilamente por la arboleda. El sol, a esa hora, comenzaba a calentar. Unos pájaros levantaron el vuelo como anunciantes del peligro que se avecinaba. El agente, que miraba alrededor continuamente, se apercibió en muy pocos segundos de que una persona se acercaba sigilosamente. Tuvo tiempo de amartillar su pistola y prepararla en su bolsillo. El sujeto en cuestión se acercó, con cara de pocos amigos, y conminó a Álvaro a entregarle el diario. No mediaron más palabras. Le cogió por la solapa y le amenazó de muerte con la pistola. El detective, situado a pocos metros, sacó su arma, ya montada, y descargó dos tiros. El forajido cayó al suelo sin proferir un grito. Estaba herido gravemente, pero por suerte, nada mortal.

La policía acudió rápidamente al lugar de los hechos. En la mano del malhechor estaba la pistola preparada. Los hechos posteriores dieron la razón a Álvaro. Se demostró que era la misma pistola que había matado al librero y al comerciante, por lo que el juicio duró pocas semanas. Fue condenado a cadena perpetua.

Álvaro se tranquilizó y se dedicó, los pocos años que le quedaban de vida, a la lectura e interpretación del diario. Los datos que tenía los comentó con un matrimonio amigo. Sus sospechas eran fundadas. Necesitaba más tiempo para localizar exactamente el jardín del que hablaba la reseña. No debía de ser difícil ya que, en el siglo XV, en el Madrid de los Austrias, había pocos lugares que cumplieran los requisitos expuestos en el libro. A sus amigos les comentó que después de realizar algunas indagaciones había llegado a la conclusión de que

el jardín estaba situado en la plaza de la Paja. La referencia al Madrid de los Austrias no daba lugar a equívocos. El palacio del príncipe de Anglona fue un edificio construido, hacia 1530, para la residencia de un consejero de los Reyes Católicos y de Carlos I llamado Francisco de Vargas. Posteriormente, en 1802, se rehabilitó. Se trataba de una zona de recreo, de estilo neoclásico, con algunos detalles hispano-árabes. Hasta aquí las investigaciones que Álvaro comentó a sus amigos.

No había más datos en la carta que les dejó y, que a su vez, fue dada a Isabel a través de su padre pocos días antes de morir. En ese momento es cuando ella fue consciente de toda la historia. Hasta entonces nadie la había informado de nada. Pocas semanas después es cuando recibió la carta amenazante que le hizo ponerse en guardia. A partir de ese instante comenzó a investigar sobre la descendencia de Álvaro. Llegó a la conclusión de que Fernando era el único descendiente y, por tanto, debería ser el dueño del diario. El recibo de la carta anónima precipitó los acontecimientos y decidió ponerse en contacto con él. Nada sabía acerca de quién era, ni de su persona. Durante varios días indagó acerca de la forma de vida y sus costumbres. Cuando tenía completada su ficha personal es cuando decidió entrar en su esfera privada y exponerle la situación. El diario de su bisabuela y la carta donde se comentaban las investigaciones de Álvaro eran la mejor tarjeta de visita y también la mejor prueba de que ella no mentía. Tenía que convencerle de la importancia de trabajar unidos y en confianza. Esa era la base del éxito del proyecto. Podría haber especulaciones, más o menos importantes, pero los hechos objetivos estaban ahí y no se podían despreciar.

Isabel no comprendía quién le había podido enviar la carta y el por qué tenía conocimiento de la existencia del diario, pero estaba dispuesta a investigar la trama que se cernía sobre ella. A su preocupación se unía el que se encontraba sola en la vida. Sus padres habían fallecido y ella vivía en un piso expuesta a los avatares de los delincuentes que quisieran robarla. Conforme pasaban los días sus temores fueron creciendo hasta llegar a un punto en que tomó una decisión: haría participar al bisnieto de Álvaro. Entre los dos podrían tirar del hilo y desmadejar el ovillo en el que se encontraba. Por eso pergeñó un proyecto. Se haría la encontradiza con él y le tiraría la carta, simulando un pequeño accidente. Sería el primer aviso de lo que se traía entre manos. Casi con seguridad estimularía su curiosidad y a partir de ese momento cualquier cosa podría ocurrir, pero en este caso ya no se encontraría sola frente al peligro. Serían dos para enfrentarse a la amenaza. Tenía ante ella la historia familiar y debía de ser leal a la misma.

5

Año 1995

El forajido que atacó a Álvaro era el asesino del comerciante, que había encontrado el diario en la Posada del Peine y también de un librero en el parque del Retiro. Tenía un hijo de un matrimonio anterior a la época de entrar en la cárcel.
En una de las visitas, que le hizo su hijo, le entregó unos pliegos con informaciones sobre el diario. Le dijo que había llegado, a su poder, de una manera casual. No le dio más explicaciones.

Le dijo que un buen día, en uno de los robos en casa de un aristócrata, encontró un diario que le llamó la atención. Un amigo suyo, con cierta relación en las librerías de la ciudad, le informó del posible valor histórico que tenía. Nada acerca del jardín. No pudo comprender un párrafo donde se hablaba de Anglona y que más tarde Álvaro, el bisabuelo de Fernando, pudo descifrar. Enterró el diario en la Posada del Peine y allí lo encontró un comerciante, Luis Alonso, que se lo vendió a un librero.

El diario en cuestión desapareció un buen día. Este librero, a su vez, se lo vendió a Álvaro. Ese librero fue el origen y la razón por la que estaba en la cárcel condenado a prisión perpetua, el cual le dijo, poco antes de morir, que se lo había vendido a un importante coleccionista de libros y primeras ediciones, una persona intelectual relacionada con la alta sociedad.

Por ello su hijo debería investigar el paradero del diario y hacerse de nuevo con su propiedad. Sería su futuro medio de vida. Este legado, a través de las rejas, y con solo unos pocos papeles explicativos, fue suficiente para que se pusiera a trabajar. Sin embargo, no llegó a conclusiones importantes y el mensaje cayó en el olvido. Años después, se lo transmitió también a su hijo que sí puso interés en el tema y que, después de muchas indagaciones, llegó a la conclusión de que la persona que debería tener más información era Isabel; por ello envió la carta amenazante para ver si surtía efecto. Habían pasado muchos años, pero el hilo conductor les mantenía unidos en el enigma y el misterio de la historia.

Después de que Isabel saliera de mi casa, llamé al editor.

—Creo que tengo buen material —dije de sopetón sin saludarle.

Eran sus modos de conversación. Iban al meollo del tema sin preámbulos que distrajesen la conversación.

—Espero que sea lo suficiente interesante para justificar la llamada. —Su editor no cambiaba. Siempre era el mismo. Amable, empático, cordial. Cualquiera de los epítetos que se le podían aplicar era correcto, pensé con cierta ironía.

—A mí, me lo parece —contestó ciertamente malhumorado.

No comprendía estas dosis de malhumor. No sabía, a ciencia cierta, si era una postura especial para mantener el clímax de superioridad o un gen que le afectaba la convivencia y las relaciones humanas. Fuera lo que fuera, la conversación siempre se desarrollaba en un plano desagradable y su final siempre era el mismo: dame el manuscrito cuanto antes.

—Está bien —me atreví a contestar—, espero tenerlo a punto en un par de meses, pero en dos semanas le enviaré una parte para que vea bien de qué va la trama.

—Pues no te pongas en contacto conmigo hasta entonces — contestó secamente el editor—. Y ahora ponte a trabajar y no pierdas más tiempo, ni me lo hagas perder a mí.

Me quedé un poco cortado al oír el clic del teléfono. Tenía la intención de pedirle algo más de dinero de adelanto, pero no me atreví. Esperaría a mejor ocasión. Quizás cuando le enviara una parte de la novela fuera un buen momento. De todas maneras lo que me pasaba a mí con este tipo es que no me dejaba pensar, actuar con autonomía. Me sobrepasaba su mal carácter, su manera de llevar la conversación. No te dejaba pensar ni opinar. Una cualidad que no reconocía a nadie con los que yo hablaba. Era el único ser de este mundo que me aturullaba con su estilo y actitud imperiosa y altanera. En una palabra: una persona despreciable.

Tomé, de nuevo, el diario y comencé a leer el párrafo subrayado. Era todo lo que me interesaba. Revolví entre los libros de historia hasta encontrar uno que hablara de los siglos XV y siguientes. Los que más me interesaban eran el XV y el XVIII. Del primero la localización del jardín del que hablaba el diario y cuya referencia estaba subrayada por mi bisabuelo. Allí tenía que estar la respuesta al galimatías que tenía entre mano.

Recuerdo que Isabel me dejó su teléfono y me habló de unos datos que poseía de su bisabuela. Decidí llamarla por teléfono. Necesitaba desentrañar las múltiples dudas que se me habían presentado.

—Buenas tardes. ¿Qué haces? ¿Te molesto? —pregunté un poco azorado.

—En absoluto. Pensaba en el encuentro de esta mañana.

—¿Y qué pensabas?

—Que me gustó. Me pareció, cuanto menos interesante.

—A mí también me gustó —balbuceé una corta respuesta, sin querer entrar en detalles.

Lo de interesante me pareció una expresión que no quería decir nada y al mismo tiempo mucho. Era una palabra que no comprometía a nada. Estaba en esa fase en la que, desde su atalaya femenina, quería observar las reacciones de los demás. De esta manera podía tomar las decisiones sin un compromiso contractual. La expresión que acababa de llegar a mi cabeza me gustó y me aclaró cantidad de dudas que brotaban en ella.

—¿Qué es lo que deseas? —interrumpió abruptamente.

—Esta mañana hablaste de unas notas de tu familia sobre el jardín al que hacía referencia el diario y en el que centró mi bisabuelo gran parte de su investigación.

—Sí. Eso te dije. ¿Y qué?

—Bueno pues que me gustaría verlas.

—Qué simpático —dijo con una voz irónica—. O sea, tú me dices esta mañana que tienes que buscar el diario por el desorden que hay en tu biblioteca y ahora, ni corto ni perezoso, me pides los datos que tengo yo. ¿Y piensas que te los tengo que dar?

—Tienes que comprenderme. Entras en mi vida como una avalancha, como tromba que arrasa todo, y me preguntas sobre el diario. Yo tengo que tener cierta prevención en la respuesta y en mi posterior actuación, ¿no crees?

—Bien. Vamos a dejar las desconfianzas. ¿Qué quieres saber? —me soltó de sopetón sin darme tiempo a preparar una respuesta.

—Me gustaría ver los datos que están recogidos en esos papeles y que tu bisabuela escribió después de las confidencias de mi bisabuelo y también su diario.

—Pues pongamos las cartas sobre la mesa. Diario por diario, ¿te parece?

—Me parece.

—¿A qué hora nos vemos?

—Ahora mismo si estás libre —contesté rápidamente. Tenía ganas de verla. Me había gustado el primer encuentro y no quería que pasase más tiempo sin el segundo.

—En veinte minutos estoy contigo.

No había pasado el tiempo señalado cuando se oyó el timbre de la puerta.

—Ya estoy aquí —dijo Isabel al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

Noté que cada vez que me daba un beso era de una intensidad mayor, pero no hice caso y le pregunté:

—Has venido muy pronto, ¿vives cerca?

—No muy lejos. En taxi unos minutos como habrás podido observar.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté solícito.

—Una copa de ron como la que te serviste esta mañana.

—Veo que tienes buena memoria.

—Y buenos gustos también.

—Estoy indagando sobre el jardín del palacio del príncipe de Anglona. Fue la residencia de Francisco de Vargas.

—Sí. Estos datos ya fueron estudiados por tu bisabuelo. Se los dejó en esta carta a mi bisabuela.

En efecto, pude leer con claridad todo lo que decía el libro de historia que tenía abierto, precisamente por estas páginas.

Leí, en voz alta, que el jardín fue rehabilitado a principios del siglo XIX, justo en 1802, aunque en el siglo anterior, en 1761, también hubo obras para dar un característico toque de jardín hispano-árabe. En el siglo XIX fue Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Alfonso-Pimentel, nuevo príncipe de Anglona y marqués de Jabalquinto quien lo habitó además del conde de Benavente. Más tarde, ya en el siglo XX, fue abandonado y olvidado a los estragos del tiempo.

Al terminar con esta lectura Isabel me interrumpió para decirme:

—Esto es exactamente lo que pone en estos papeles que escribió mi bisabuela después de las conversaciones que tuvo con tu familiar.

—Sí, ya veo.

Seguí leyendo la descripción del jardín que se situaba en un terraplén que salvaba un desnivel entre la plaza de la Paja y la calle Segovia. Era pequeño, unos quinientos metros cuadrados. Seguían unas referencias a una fuente de piedra que presidía el cuerpo central del jardín, una pérgola y un paseo tipo rosaleda, así como un cenador de hierro. En toda su extensión había parterres y setos de boj. El jardín era de un tamaño más bien pequeño pero adecuado al centro de la ciudad. Un minúsculo oasis que servía de sosiego a un centro en el que el caos y el barullo reinaban por doquier. En los paseos por esta parte de la urbe, era normal entrar y sentarse en uno de los bancos gozando de una calma y silencio que un poco más allá de las puertas del recinto era imposible tener.

La plaza de la Paja —seguía leyendo— fue un lugar donde el mercado ocupaba gran parte de su protagonismo que se perdió cuando el rey Juan II de Castilla ordenó construir la plaza del Arrabal…

—Lo que hoy conocemos como Plaza Mayor —interrumpió Isabel mi lectura.

El nombre proviene de la obligación —continué con el libro— de los vecinos de entregar paja a los capellanes y cabildo de la capilla del obispo, cercana a la iglesia de San Andrés. En esta capilla, construida a instancias de los Vargas, se pensaba enterrar los restos de San Isidro que en el siglo XII perteneció a la servidumbre de esta casa, pero las disputas con la parroquia de San Andrés hicieron que el cuerpo fuera

trasladado a la capilla de San Isidro y finalmente a la colegiata que lleva este mismo nombre.

—Creo que necesito otra copa de ron —dije mientras me levantaba del sofá y me dirigía a la cocina donde reposaba, ya mediada, la botella.

—Sírveme a mí también otra copa —dijo Isabel con un guiño coqueto y amable, pleno de insinuación y sugerencia.

Estaba tan enfrascado en lo que leía que no me había dado cuenta de que Isabel estaba junto a mí y me miraba con ojos sugestivos. La luz de la tarde, entrando por el balcón, la bañaba con una claridad en la que un pintor se hubiera recreado. Llevaba una blusa color crema que refulgía al recibir una luz tan intensa. Fue en este momento cuándo me di cuenta de que tenía desabrochados los primeros botones y que exponía una visión generosa de sus atributos femeninos. Ciertamente — pensaba— era muy atractiva y lo sabía. Al andar, sus movimientos de cadera, acompasados, hacían presagiar un torrente en ebullición. Sus ojos eran glaucos, verdes claros como el agua del mar y me miraban fijamente queriéndome traspasar o quizás averiguar lo que estaba pensando.

Aparté estos pensamientos. Quería dedicar todo mi esfuerzo al trabajo que llevaba entre mis manos y no era momento de distracción ni de devaneos extemporáneos. Si algo tenía que llegar sería en su momento y no ahora.

Regresé en un par de minutos con sendas copas de ron. Entrechocamos los vasos y las miradas. Tuvimos sonrisas cómplices y amables que nos unieron más.

—Este jardín encierra algo y aún no ha salido a la luz —interrumpí su mirada con mi comentario.

—En siglo XVIII es cuando se enterró algo. Posiblemente fue en una de las rehabilitaciones que se hicieron —completó Isabel mi comentario.

—Solo nos queda conocer qué es lo que se escondió en esa fecha —añadí explícitamente.

—¿Dónde lo enterrarías si fueses una de las personas involucradas en la obra? —preguntó Isabel.

—Es difícil decirlo. Hay muchos lugares, aunque sea un espacio tan pequeño, pero la fuente que está en el centro sería uno de los sitios preferidos. En el dibujo del libro aparece en el centro como presidiendo todo el jardín.

—El cuerpo central del jardín —apostilló Isabel.

—Sí, eso quise decir.

—Tendremos que ir mañana a ver cómo está todo. Nos haremos una idea mejor de la situación —señaló Isabel, que como mujer era más práctica.

—Las cosas se ven mucho mejor en el lugar mismo donde ocurrieron los hechos.

La luz de la tarde iba disminuyendo. Tuve que levantarme para encender las luces de la biblioteca. Una sala que solo recibía la luminosidad, a raudales, una parte del día. El resto se alimentaba de la luz artificial. El libro de historia no daba más datos en relación con el jardín.

—Yo creo que por hoy ya hemos trabajado suficiente —aventuré a decir—. ¿Te apetece que vayamos a cenar?

En ese momento me acordé de que mis finanzas estaban a punto de flaquear, pero ya había hecho la invitación así que traté de arreglarlo.

—Bueno a tomar algo. Yo generalmente no suelo cenar — mentí—. Aquí cerca hay un bar. Tomamos una cerveza y un pincho y te acompaño a casa. Creo que salvé la situación y que ella no se dio cuenta.

—Como tú quieras —contestó solícita y afectuosa.

—Vamos, pues. Mañana visitaremos el jardín y como es un lugar de tapas nos permitiremos el lujo de tomar algunas.

Me daba la impresión de que Isabel estaba entregada pero no era el momento de tomar ninguna iniciativa. La había conocido el día anterior. No sabía nada de su vida. Acompañarla a su casa, como un perfecto caballero, era propio de una educación esmerada, y de momento no quería traspasar esa línea roja. No sabía a dónde me podía conducir.

En la calle, muchas personas se afanaban en encontrar una mesa libre en las terrazas. La primavera que acababa de llegar, y por los pronósticos para quedarse, estimulaba los encuentros y conversaciones, muchas de ellas, con una copa entre las manos. Buscamos una de las pocas mesas libres y pedimos dos cervezas y un pincho. Isabel estaba rabiosamente bella y su sonrisa, que acompañaba a cada instante, la hacía refulgir, si cabe, más todavía. Su encanto y amabilidad llenaba todo el entorno y la hacía rebosar de un esplendor que entraba en mi vida taciturna y sombría. En su casa, la despedida fue algo más cálida que el recibimiento al llegar a la mía. Me dio un beso rozándome la comisura de los labios. Fue imperceptible, pero a mí me supo a gloria. Me gustaba frenéticamente; creo que ella se había dado cuenta, y jugaba con ello, o quizás le gustaba yo también y era inocente todo lo que hacía. Una disyuntiva que, hoy por hoy, no estaba capacitado para discernir.

La dejé en el portal de su casa de una calle peatonal en la que los coches no circulaban. En la esquina vi como una sombra se escondía en uno de los portales. Nos habían seguido y eso no me entusiasmaba nada. Presagiaban malos tiempos por lo que me esperé a que detrás de Isabel se cerrara la puerta. Me quedé agazapado en un rincón y

observé cómo la persona que nos seguía se alejaba en dirección contraria. «Seguramente era la persona que escribió el anónimo, pensaba, y por lo tanto sería el descendiente del asesino del librero. Nada más sencillo y lógico».

Al llegar a casa la llamé y le dije que la recogería hacia las diez de la mañana y la conminé a que no saliera sola. Le conté que me había parecido ver una sombra cuando la dejé en el portal.

—Hace días que me sigue. Ya lo sabía —me contestó con indiferencia.

—Pues me lo podías hacer dicho. Estaba preocupado.

—De momento está estudiando mis movimientos y quiere saber qué es lo que hago. Ya te ha identificado y está atando cabos. No creo que haya peligro hasta que no tenga más datos. Él lo sabe y será prudente. No creo que quiera matar la gallina de los huevos de oro— precisó Isabel con fina ironía no exenta de gracia.

—Me dejas más tranquilo. Ahora duerme bien.

—Un beso.

Se oyó un clic al otro lado.

Esa noche soñé muchas cosas. Isabel se enamoraba de mí. Yo no quería. Le decía que lo principal era descubrir el misterio que unía a las dos familias y hasta entonces no debería pasar nada. Ella insistía y, de pronto, un ruido me despertó. Alguien estaba en la biblioteca enredando entre los libros. Debajo de la cama tenía, por costumbre, una barra de hierro. La cogí y me dirigí al lugar de donde había procedido el ruido. La sombra salió de la oscuridad y se dirigió a la puerta de la calle. Bajó las escaleras rápidamente. Estaba más asustada que yo. Cerré con pestillo la puerta. Posiblemente me la dejaría, de manera inconsciente, abierta. No recordaba haberla cerrado. Estaba tan cansado que no me di cuenta de lo que hacía. A partir de ahora teníamos que extremar las precauciones. No era cosa de pasar peligros.

Me acosté, de nuevo, con cierto miedo por lo que había pasado. Estaba buscando el diario. No había duda. Tenía más valor de lo que parecía. Ese párrafo, subrayado, me martilleaba la cabeza y no me dejaba conciliar el sueño. Me levanté y me preparé un café. Si no iba a poder dormir, al menos, estaría trabajando unas horas en la novela.

Al amanecer llevaba escritas unas veinte páginas. El comienzo había sido difícil. De siempre esta era la parte más complicada. Una vez puesta la directa, las palabras salían a borbotones de una forma incoercible. Cuando comenzaba a escribir no tenía idea de lo que iba a surgir de mi cabeza. Pergeñaba un par de ideas y las desarrollaba al mismo tiempo que iba escribiendo. De cuando en cuando, me levantaba, daba un paseo y pensaba en la solución que tenía que dar a la escena que me ocupaba en ese momento. La trama iba

desenvolviéndose conforme pasaban las páginas. No había nada previsto. Todo podía suceder y todo era plausible que sucediera. La situación era imprevista, espontánea, improvisada; estaba dependiendo de los acontecimientos. Las escenas no estaban presentidas. No había nada anticipado ni previsible. Jugaba con los tiempos, con los personajes, con las ideas que iban de una época a otra. Esta técnica me había dado buenos resultados, en un pasado, y en palabras de mi editor era lo mejor que yo tenía. Y debía de ser muy bueno para que él lo reconociera.

A las nueve de la mañana decidí acabar la sesión y después de una ducha y un buen café vi las noticias en la televisión. Nada nuevo, un terremoto en Asia, un desprendimiento de tierras en Sudamérica, unos emigrantes que atacaron a una persona en Europa, una bomba en el Extremo Oriente y una bolsa que no acababa de subir. El dólar unos días se debilitaba con relación al euro y otras se fortalecía. Una volatilidad extrema. Todo natural, idéntico a lo que pude ver la semana pasada y que vería la próxima semana.

Era casi la hora de recoger a Isabel. Al llegar a su portal toqué el timbre de su piso y esperé un par de minutos, al cabo de los cuales se abrió la puerta y allí estaba con unos pantalones que realzaban su figura. Como siempre me saludó efusivamente. La relación se iba estrechando peligrosamente para mi soltería. Mi libertad se veía atacada cada vez que me enfrentaba a Isabel. Ella ponía el cerco alrededor de mi persona y yo no tenía posibilidades de huida. Presumía de mi autonomía; no quería perderla, pero me preocupaba que últimamente estuviera contra las cuerdas. Se agarró a mi brazo y me dijo con una amplia sonrisa:

—Vamos a ver el jardín.

Le contesté con otra sonrisa y un movimiento afirmativo con mi cabeza. Nos encaminamos, sin dilación, hacia nuestro destino. Fuimos dando un paseo. La mañana invitaba a ello y no era cosa de despreciarlo. Muchas personas seguían también nuestra idea y hacían lo propio: un paseo en una agradable mañana primaveral. Sin embargo, al poco rato se levantó un aire frío. El cambio de tiempo fue ostensible. Todo se trastocó en un día lluvioso, frío y destemplado. La gente que nos encontramos en nuestro deambular caminaban deprisa. No eran momentos de detenerse a hablar. Después de dar unas vueltas por la plaza de la Paja y bajar por la calle Segovia, a la izquierda nos encontramos con la costanilla de San Andrés. Haciendo ángulo nacía la calle del Príncipe de Anglona donde se encontraba el palacio y en un lateral de la misma se abría la puerta que daba entrada al jardín. Teníamos que andar con cuidado por los charcos de la calle. El cenador se encontraba anegado. Tuvimos que esperar un tiempo hasta que se secase la entrada. Decidimos ir a tomar un café para hacer



tiempo y tener posibilidades de entrar sin necesidad de meter los zapatos en el barrizal.

6

Año 1995

El trazado del mismo coincidía exactamente con lo que decía el libro de historia. El pórtico dio paso a un oasis en un Madrid vertiginoso, loco, lleno de coches. El paseo por su interior nos retrotrajo a una época pasada, donde los nobles de la ciudad asistían a su interior, para tertulias y conversaciones, mientras daban pequeños paseos. En mi cabeza, veía la aristocracia más granada, de la corte, en elegantes recepciones, y a los sirvientes y lacayos ofrecer refrescos en las tardes soleadas del verano madrileño. Algunos bancos salpicados de manera asimétrica, a lo largo del perímetro, daban una nota de descanso al paseante solitario y a una pareja que, ardorosamente, dejaba expandir su cariño como notas musicales que se desprenden de un instrumento.

En el centro una fuente observaba todo lo que ocurría a su alrededor. De ella no emanaba agua, parecía solo vigilar que todo se desarrollara convenientemente. La desgana invadía el entorno. El ambiente era de una total languidez, desmadejamiento general que llevaba a un tedio reparador. Era un fotograma estático, translúcido, desdibujado como un velo del siglo XVIII. El diseño era de un boceto casi geométrico, a la manera del jardín francés, tan en boga en los siglos XVII y XVIII. Se veían los parterres como detalles ornamentales traídos por la Ilustración, que se acompañaban de las pérgolas y los arcos enramados que facilitaban una perspectiva visual de gran belleza. El aire del romanticismo flotaba en todas partes. Un cierto escenario barroco de teatralidad rodeaba los extremos del cuadrilátero. Era un espacio concebido para el aislamiento en una pequeña extensión en el que se vislumbraba una evolución del jardín renacentista italiano. Se creó hacia 1750 y es uno de los pocos jardines nobiliarios del XVIII que se conservan.

Allí acudirían personalidades de todo tipo y pelaje que, alrededor de la fuente y paseando por la pérgola, departirían sus opiniones sobre distintos temas. En el siglo XVI, sobre la conquista, y en el XVIII, sobre la Ilustración y los nuevos vientos que azotaban el país. Eran reuniones donde las mujeres presentaban sus mejores galas. Las joyas y los tocados brillarían por todas partes. Los mensajes entre los enamorados, escritos en sendas tarjetas, notas y esquelas, plagadas de

engaños, iban de un lado a otro. Las damas menudeaban en estas reuniones. No había recepción que se considerara de alto nivel sino asistían las amantes y las esposas en un juego amoroso que, a veces, se antojaba peligroso. Los lacayos y sirvientes iban de un lado a otro portando sendos mensajes. Sin embargo, este peligro era algo que, si no buscaban, al menos, no rehuían y ponía una nota de tensión emocional a los encuentros furtivos bajo la pérgola del jardín. El abanico, en el verano, era un objeto de lenguaje gestual que las damas utilizaban para llamar la atención de sus enamorados. Un juego que practicaban en las tardes calurosas y en los salones donde se celebraban las tertulias. Era la expresión de un desahogo, a caballo entre la elegancia y el deseo, la declaración de amor o la cita en un lugar apartado. Sígame, quiero entablar conocimiento con usted, tenga cuidado nos observan, no sea osado soy una mujer casada ¿no se ha dado cuenta?, te quiero, espérame, y otras frases hechas en función de la posición que toma el abanico o del movimiento que se realiza con él.

—No solo era un complemento de vestir sino el correo electrónico que utilizamos ahora —señaló Isabel como si me estuviera leyendo la mente.

—¿Cómo sabes lo que estaba pensando?

—Las mujeres no solo somos objeto de decoración, sino que, a veces, pensamos y nos damos cuenta de todo —expuso con un aire entre profesoral e irónico.

Isabel cuando quería ser cáustica y corrosiva no dudaba en hacerlo. Podía ser la mujer más cariñosa de este mundo, pero también cuando se lo proponía la más sardónica.

—Lo del correo electrónico me ha gustado. Un símil muy acertado. La inmediatez del abanico solo se puede comparar con la del internet aplicado a los mensajes —añadí—. La diferencia a favor de aquel es que puedes ver la cara que pone quien te lo envía.

—Para eso también tenemos el *face time* de las conversaciones telefónicas. Puedes ver la cara de tu interlocutor —contestó ella con rapidez mientras se acercaba a la fuente central.

—De acuerdo. Pero yo prefiero una comunicación detrás de un abanico viendo una cara excitante, un mohín cariñoso y unos ojos que te dicen: te quiero y te espero mañana a la salida de la misa de diez.

—Estas damas van acompañadas por su preceptora a la iglesia y allí organizan, con el consentimiento y el secreto de su consejera, las citas amorosas —especificó ella.

—El abanico comienza la fiesta y la misa la acaba —contesté con un acento ligeramente sarcástico.

Esta frase llegó a oídos de Isabel cuando ya se apoyaba en la fuente central del jardín. Un movimiento extraño con el pie en la base del

pedestal dejó al descubierto una pequeña oquedad.

—¿Has visto este agujero en la piedra? —pregunté extrañado de lo que estaba viendo —. Parece que oculta algo.

—No me había dado cuenta.

—Pues creo que hay un papel. Voy a meter la mano —afirmé con voluntad de saber, a ciencia cierta, qué es lo que había en su interior.

—Ten cuidado no haya una culebra —me dijo cariñosa y preocupada.

Pude sacar, a duras penas, un pequeño pergamino, que por su antigüedad juzgaba que era de varios siglos.

—Ya lo tengo.

—Da la impresión de que las repetidas rehabilitaciones que se han llevado a cabo en este jardín no han puesto al descubierto este mapa —señaló Isabel, con buen criterio.

En efecto, era un reducido plano que señalaba alguna cosa. Su tamaño tan diminuto fue la causa de que no se viera en las obras. La fuente se trasladaría de un lugar a otro, pero mantuvo siempre este pequeño contenido en su base.

—No me extraña que haya escogido este jardín y esta fuente para su proyecto. Son los lugares adecuados para ello —señaló Isabel con una voz vibrante que denotaba su nerviosismo.

—Vamos a casa para estudiar con cuidado qué es lo que tenemos aquí —dije mientras me metía el mapa en el bolsillo—. Nadie nos ha visto. Todo seguía igual. La pareja del fondo con sus efusiones amorosas y los niños jugando distraídamente ante la curiosa mirada de sus padres.

Isabel me siguió hasta la entrada como si el hallazgo fuera normal. No queríamos llamar la atención. Tiempo tendríamos de investigarlo.

A esa hora había poca gente en el jardín. Algún turista despistado y una pareja de novios que habían descubierto un lugar adecuado a sus carantoñas. Los parterres y la pérgola ayudaban a sus deseos y efusiones.

Después de la visita al jardín de la plaza de la Paja tomamos unas cervezas y unos pinchos en la zona. Al acabar le pregunté a Isabel:

—¿Quieres que vayamos a mi casa?

—Por mí como quieras.

—Quiero escribir todo lo que hemos visto para que no se nos olvide y leer sobre lo que comenta el mapa.

Ya en casa, cómodamente sentado, tuve que leer el documento, qué decía y de qué lugar hablaba.

En la biblioteca estuve un buen rato buscando un libro que hablara sobre la zona norte de Burgos. El mapa era el lugar que señalaba. No tardé mucho tiempo en encontrarlo.

—¿Por qué te has ido directamente al norte de Burgos sin pensarlo?

—preguntó Isabel extrañada.

—¿No ves este dibujo? No puede ser nada más que una zona del norte de esta provincia —contesté sin mirarla—, la conozco bien.

—Lee lo que dice —insistió Isabel presa de un nerviosismo fuera de toda explicación.

—«Ojo Guareña —leía en voz alta— es un conjunto de cuevas situado en la provincia de Burgos, al norte, exactamente en la comarca de las Merindades entre la Merindad de Sotoscueva, Espinosa de los Monteros y la Merindad de Montija. Es un complejo kárstico, de los mayores de Europa, con una serie de galerías subterráneas. Se trata de un yacimiento arqueológico del Paleolítico Medio. El río Guareña junto con el Trema son los responsables del conjunto de galerías, simas, dolinas y lagos. Las cuevas son una atracción turística de primer orden y un referente social, religioso y cultural de la zona. Completa la riqueza del lugar, la ermita de San Bernabé enclavada en la disolución de la roca calcárea por la acción del agua del río Guareña. Desde 1885 a 1924 se celebraban sesiones en la sala conocida con el nombre de Sala del Ayuntamiento que posteriormente se trasladaron al pueblo de Cornejo. La ermita rupestre conserva una talla de san Tirso y otra de san Bernabé, así como unas maravillosas pinturas murales en sus paredes y bóveda. Parece que la época se remonta a 1705 y 1877, y en ellas se exponen los martirios de san Tirso y sus milagros. El más llamativo, y al que el libro de historia dedicaba más extensión, es el martirio de la sierra por el cual san Tirso resistió la fuerza de esta herramienta».

—Cuenta la leyenda que en la época de los celtas un príncipe se introdujo en la cueva persiguiendo a una hermosa pastora y que no pudiendo encontrar la salida murió dentro de ella no sin antes proferir unos gritos desgarradores.

—Qué interesante es todo esto —se atrevió a comentar Isabel, extasiada de todo lo que estaba oyendo.

—Es aquí donde nos conduce el plano que hemos encontrado en la fuente del jardín.

—¿Qué pueden significar todos estos dibujos?

—No lo sé, pero es extraño. Fíjate que son once escenas relativas a los suplicios de san Tirso y todas van acompañadas de una leyenda «Aquí san Tirso pide el bautismo y el obispo con mucha humidad se lo dio»; «Aquí le hataron al sto martir tirso de pieimanos y le dieron de bofetadas»; «Pornueoras a s. tirso la sierra trabajo librándolo Dios dello a los ministros caso».

—Este último es complejo de entender —dijo Isabel—. Un castellano muy antiguo. Si en el colegio escribo «ataron» con h me suspenden todo el año.

—En absoluto, está explicando que por nueve horas seguidas

intentaron serrarle un miembro y que Dios le libró. Claro — añadí—, hay que leerlo despacio y pensando.

—En esta otra página habla de once milagros protagonizados por vecinos de la zona, especialmente del pueblo Cueva. Aparece una enferma de parto, una caída con un cuévano con ollas, otra que se cae por la peña con el carro, guardando cabras y en todas las circunstancias que te parezca. Todo esto nos lleva a entender la religiosidad en un plano muy local y, al mismo tiempo, popular — Isabel leía al tiempo que yo la miraba extasiado.

—Es original el que relata a la pasiega que viene al santuario con un cuévano de ollas y se cae por la peña. Invoca a los santos por las ollas que no se rompan, pero ella queda muerta —señalé con precisión.

—Yo lo interpreto con un sentido moral. Es una crítica a la avaricia de la pasiega.

—Buena explicación —contesté—. A estas alturas ya me había convencido de que Isabel era muy perspicaz. Desde el principio supe que era una mujer especial, pero conforme iba conociéndola me daba cuenta de otras cualidades que no eran palpables en una primera vista.

—Mira lo que dice aquí —señaló Isabel refiriéndose a un párrafo que hablaba de la posible presencia de los moros en la zona y de la existencia de un tesoro en una cavidad, conocida como «cueva del oro» o «cueva del moro», en la que los musulmanes escondieron una bolera hecha de este metal.

—Pues escucha este otro en el que el conde Badoglio, en las guerras carlistas, «escondió un tesoro que no pudo volver a rescatar». El lugar parece que lo señala bastante claramente como cueva de la Mina, en el sumidero del Trema, en las cercanías de Cornejo.

—No es raro, entonces, que el mapa nos lleve a ese lugar. En el siglo XVIII ya eran conocidas estas cuevas, la ermita de san Justo y san Bernabé y las leyendas de los tesoros enterrados proliferan por todas partes —concluyó Isabel.

—Las cuevas que albergan la ermita parece que son del siglo VIII.

Las otras cuevas y las galerías subterráneas son del período Paleolítico ya que ocupan más de 110 kilómetros. Por lo tanto, el que hubiera querido enterrar un tesoro allí tuvo tiempo para ello —señalé.

—Lo que sí está claro es que el que se decidió por esconder algo lo hizo plenamente consciente de que iba a ser difícil, por no decir imposible, su localización —afirmó Isabel mientras estiraba las piernas dando un paseo alrededor de la estancia.

—A estas horas creo que nos merecemos un descanso —me parece que estás agotada.

—El día ha sido fuerte, no tanto físicamente como por las emociones de lo que estamos descubriendo.

Coincidía en todo lo que había dicho. Había sido una sesión demoledora y habíamos llegado a un punto en que tenía que anotar todo lo que veíamos y leíamos.

—Si te parece me vas a dejar media hora que pase a limpio todos estos datos —le dije mientras la servía, sin haberla preguntado, un ron.

—Perfecto. Veo que has leído mis pensamientos. Me dedicaré a husmear en la biblioteca. A lo mejor encuentro alguna cosa interesante.

—Puedes hacer lo que te plazca. Solo déjame tranquilo un rato y después…

—¿Después qué? —preguntó con una sonrisa.

—Después me dedicaré a ti —supe salir del atolladero con cierta elegancia. Estas florituras dialécticas no eran mi especialidad. No me había batido en lances, de este tipo, muchas veces, y las pocas que lo hice, no salí tan airoso como en esta ocasión.

Estuve anotando concienzudamente todo lo que había recogido en mi cabeza desde la visita al jardín, la fuente y el mapa que encontramos, así como las reseñas históricas sobre Ojo Guareña. Todo era substancial en el proyecto que Isabel y yo llevábamos además de ser unas referencias sólidas para mi novela. No solo cumplíamos con unos mandatos familiares, sino que también podía dar cumplida satisfacción a mi editor y a mis honorarios de los que estaba tan carente. Una inyección económica sería básica en estos próximos meses. Mis ahorros estaban entecos; era necesario engordarlos, máxime ahora que estaba Isabel y a la que debería atender. Me hacía ilusión invitarla a cenar a buenos restaurantes y no solo a tomar pinchos. Ella no me lo dijo, pero sé que ayer quería ir a un buen lugar. Se había vestido para la ocasión y yo la llevé a un bar de cañas.

El tiempo señalado para la escritura había acabado y yo también con mi cometido. Me levanté del ordenador donde había abierto una carpeta con el epígrafe de novela. Allí iría introduciendo todos los datos y documentos. Después solo tendría que ordenarlos, darles forma y encadenar la historia. Era básico balancear los capítulos, los tiempos, equilibrar los datos y dar cumplida forma a la trama.

Isabel estaba inspeccionando un libro de una estantería dedicada a la historia, justo donde había colocado el diario de mi bisabuelo. Me acerqué por detrás, sin hacer ruido, y le di un beso en el cuello. Parece que se lo esperaba pues ni tan siquiera se inmutó. Se volvió lentamente y me plantó un tierno beso en los labios. Los acontecimientos se estaban precipitando. Tendría que tener una gran prevención por si las cosas no marchaban bien, y debía guardar mi retaguardia.

—¿Has visto el diario? —le pregunté.

—Sí. Pero quería que me lo enseñaras tú.

—Buena chica —dije acariciándole el pelo. Era mi primer acercamiento.

—¿Y lo vas a hacer?

—Claro. ¿Es que te imaginabas que no quería enseñártelo? Cada cosa tiene su tiempo y el tiempo de que lo veas ha llegado ya.

Tomé el diario y le ofrecí que se sentara junto a mí en el sofá. Lo hizo sin ninguna dilación mostrando todo su interés. Durante un buen tiempo fuimos leyendo lentamente hasta que pasadas un par de horas llegamos al párrafo en cuestión.

—Aquí radica el meollo del asunto —comenté sonriendo—. Este es el núcleo de todo y la base para que mi bisabuelo le diera a tu bisabuela toda la información que me diste.

—¿Por este párrafo mataron al librero? —preguntó un tanto nerviosa.

—Así fue. Alguien tuvo que darle información. Y por este párrafo hay una persona siguiéndote. Es el núcleo fundamental donde radica el meollo de la cuestión.

—Me estás poniendo nerviosa —dijo Isabel mientras estrechaba su cuerpo al mío.

—No es mi intención hacerlo, pero es la realidad.

—¿Cómo es que tu bisabuelo se dio cuenta de lo que encerraban estas palabras?

—Era una persona muy sagaz. Al menos eso es lo que se decía en casa —había oído tantas veces este comentario que nada me extrañó la pregunta que hizo Isabel.

—Por fuerza tenía que serlo. El diario es muy largo y tiene anotaciones y comentarios de muchas personas. El poder intuir y entresacar esta información entre tantas páginas le tuvo que llevar mucho trabajo.

—La cuestión es que lo hizo y nos ha venido muy bien pues tenemos la mitad del trabajo realizado. Si no llega a ser por él no hubiéramos podido ver, esta mañana, el jardín.

—Ni la fuente —exclamó Isabel con una nota de humor.

—En efecto. Esto ha sido, verdaderamente, el éxito de la operación —Añadí remarcando las palabras.

—¿Por qué no vamos a cenar? —me preguntó sin evasivas.

Estaba esperando esta pregunta en cualquier momento. No tenía dinero para hacer ningún gasto extra. Lo poco que tenía era para pasar estas dos semanas hasta llegar al despacho de mi editor.

—La verdad… es que…—No me salían las palabras.

—Pensaba invitarte por haberme enseñado el diario. Las herencias me han dejado bien colocada y este exceso no creo que desequilibre mi economía. —Había leído mi pensamiento.

—Está bien —confesé—, mi editor me dará un buen adelanto dentro de dos semanas. Hasta entonces tendré que vivir de la caridad ajena —le dije con una mueca entre graciosa y socarrona, al tiempo que mis mejillas se arrebolaban.

—En ese caso me tendrás estas dos semanas contigo…

—¿Conmigo?, acabas de conocerme y ¿ya te subes al barco?

—Subir en cualquier momento es bueno. Bajar dependerá de ti.

—Trataré de que no llegue ese momento. No quiero soltar amarras. Me quedaré en el puerto siempre que tú quieras.

—Entonces tiraré el ancla —Isabel sabía ser socarrona cuando quería.

—Me alegra que decidas no plegar velas.

No había acabado la frase cuando Isabel me cerró los labios con un sentido beso. Emotivo, afectuoso, cálido, efusivo, fueron los adjetivos que me vinieron, en ese instante, a la memoria.

—Me estás impresionando —acerté a decir balbuciendo unas palabras que, a duras penas, me salían.

—No me digas que nunca te han besado.

—¿Así? Nunca.

Una sonora carcajada salió de su boca y sus ojos misteriosos me enviaron una luminosidad indescriptible que me envolvió. Estaba verdaderamente entregada a un hombre que apenas conocía, pero que le había inspirado un cariño y una ternura fuera de lo común. El legado familiar era un nexo de unión difícilmente olvidable.

—Pues vas a tener que acostumbrarte —me soltó de sopetón. Una mujer acostumbrada a decir por derecho lo que pensaba.

Mi respuesta fue una sencilla sonrisa y una mirada intensa. Ambas cosas completaban un estado anímico meloso.

—Si sigue en pie la invitación creo que aceptaré.

—¿Solo crees? ¿No estás seguro? —Una pregunta irónica muy de su personalidad. En sus manifestaciones, tenía la costumbre de alternar la socarronería con la dulzura, y eso me excitaba cada vez más.

—Esta vez, dada mi situación financiera, estoy seguro —Yo también quise imitarla en los comentarios satíricos.

—Tendrás que devolvérmelo con creces —me contestó.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes, una cena no se paga con otra cena. Debe haber algo más sólido.

—¿Cómo qué?

—Eso lo tendrás que decidir tú. A mí no me corresponde.

Otra vez el plano irónico bordeando el equívoco. En esto era una perfecta especialista, una maestra de la dialéctica del doble sentido, del juego amoroso, de la insinuación sensual. Le encantaba jugar con los sentimientos y darles patente de corso para hacer lo que quisiera.

Jugar conmigo era su distracción, pero yo no estaba dispuesto a que, en esta guerra, fuera ella la que llevara la batuta y marcara las reglas del juego. Yo también tenía algo que decir.

«Recordaba aquella novia, que tuve hace años, que no hacía nada más que zaherirme con sus juegos de palabras, doble sentido, malas interpretaciones en una época en la que me encontraba especialmente débil, sentimentalmente hablando. Aquella sí que era una farsa y acabé rápidamente. No estaba dispuesto a que durara más de la cuenta y, por fortuna, acabó. Se cruzó un amigo en el medio y se la llevó. Nunca le estaré tan agradecido. Pero Isabel no es igual. A la ironía siempre antepone una cara angelical, femenina, con mohines que me llevan al cielo».

—¿Qué piensas? ¿Vamos o no? —su voz me sacó de mi ensimismamiento.

—Deja que me arregle un poco. Me voy a duchar. ¿Me esperas un rato? —corté sus preguntas—. Será cosa de poco, añadí.

—Te espero toda la vida —contestó en un tono cálido.

La frase me impactó. Era fuerte y con un gran contenido. No se me ocurrió nada cariñoso para contestarla. Era el momento oportuno y, sin embargo, callé. Mi timidez era ostensible.

—Será suficiente quince minutos —corté por lo sano un momento que se me hacía difícil—. No creo que necesite más. —Zanjé cualquier atisbo que diera lugar a equívocos. Tenía que ganar tiempo y no sucumbir al primer envite.

Mientras me duchaba pensaba en las casualidades de la vida. Hacía tres días no tenía idea de la trama de la novela y no conocía a Isabel. De pronto, entra en mi vida y la cambia totalmente. Todo lo veía con una claridad meridiana y estaba dispuesto a seguir hasta donde fuera necesario. Desenrollar la madeja era una labor a la que me iba a dedicar los próximos meses.

El agua caliente de la ducha, nuevamente, me sacó de mis cavilaciones. No era una persona que cantara bajo el agua, pero en esta ocasión me apetecía entonar una napolitana. Y sin más preámbulos inicié tatareando la clásica canción para estas circunstancias de *O sole mío, sta infronte a te*. La canción napolitana de finales del XIX era uno de los platos típicos de los grandes tenores de ópera.

Tan intensamente cantaba que los sones traspasaron el cuarto de baño, caminaron por el pasillo y llegaron a la biblioteca donde Isabel husmeaba.

—¿Estás contento? ¿Se debe a algo en particular? —me espetó cuando salí con una camisa limpia y totalmente repeinado.

—Tú sabrás —acerté a pronunciar mientras le daba un efusivo beso en los labios que le hizo tambalearse ligeramente.

Había roto el hielo. A partir de ahora todo podía ser diferente.

—Vamos o no sé qué será de ti —dijo sarcásticamente.

—¿De mí o de ti?

—De ambos —concluyó ya en la escalera, mientras apretaba el botón del ascensor.

Yo vivía en un tercer piso. Ya lo habían arreglado. Mis continuas llamadas al administrador hicieron efecto. La vivienda era de mi padre que a su vez la había heredado del suyo. La biblioteca de mi bisabuelo estaba en otra casa; el traslado llevó mucho trabajo, según me contaron, pero, afortunadamente, no se perdió ninguno de los libros. Todos quedaron clasificados por estantes y anaqueles de acuerdo al tema y, dentro del mismo, por orden alfabético. Por lo tanto, yo había crecido entre esos libros, un lugar donde se respiraba el recogimiento y la cultura.

Mi infancia creció con los libros de Salgari y Julio Verne. Más tarde comencé a leer los poemas de Bécquer y la literatura del Siglo de Oro y al llegar a la juventud me enfrasqué con la generación del 98 y la del 29. Por lo tanto, un crecimiento acorde con lo mejor de la literatura española. Cuando cumplí los veinticinco años leía a los grandes autores de la literatura francesa e inglesa. Todos ellos me acompañaron mucho tiempo; Zola, Moliere, Chateaubriand, Balzac, Dumas, Stendhal, Dickens, Milton, Joyce, Conan Doyle, Shakespeare, Wilde, Virginia Woolf y tantos otros que hicieron que me volviera un lector empedernido y prácticamente no saliera de casa. Cuando cumplí los treinta años leí a Fitzgerald, Capote, Hemingway, Twain, Allan Poe.

John Steinbeck con sus *uvas de la ira*, de estilo sencillo, me cautivó durante tiempo. *La perla*, donde se plasmaba el enfrentamiento de dos sociedades, la rica y la pobre, fue uno de mis libros preferidos en esta época. Esta dualidad rico-pobre es una máxima que se repite constantemente en la literatura, siendo nada más que un trasunto, un reflejo, de lo que determina a la humanidad.

Con ellos aprendí a escribir, a leer, a reflexionar sobre las distintas historias, unas reales y otras ficticias. Todas me educaron en la escritura y en la emoción que debía tener para escribir. Si yo estaba emocionado podía, a mi vez, transmitir esa emoción a mis lectores y esto era, al fin y al cabo, lo que pretendía. Uno de los objetivos del escritor es que el lector se confunda con el personaje, que se mezcle con él y acabe pensando de la misma manera. Yo por mi parte dirigía mis escritos a una confusión, una amalgama, entre la realidad y la fábula, todo ello, muchas veces, con una leyenda de fondo. De esta forma creía que la lectura surtiría más efecto. Porque en el conocimiento no solo hay que encontrar una educación y una cultura, sino una imaginación que evoque situaciones que nos hagan pensar,

destellos de luz, de utopías, de ilusiones, de nuevas fantasías y visiones diferentes de nuestra realidad. Puede ser una búsqueda de algo que no tenemos, que nos falta, de algo que deseamos encontrar. En fin, con la literatura podemos satisfacer cantidad de anhelos y ensueños, quimeras y mitos, esperanzas y anhelos que nos lleven a vivir en otros planos, en otras esferas.

Comencé temprano con la escritura, me inicié alrededor de los quince años, aunque no fue hasta que cumplí los veinte cuando llenaba las páginas que luego guardaba en carpetas que nunca vieron la luz. Cuando cumplí los veinticinco terminé una novela que envié a un editor, desconocido para mí, sin demasiada esperanza. No había transcurrido más de una semana cuando una llamada telefónica de su secretaria me dijo: «El jefe quiere recibirlo esta tarde a las cinco». No tuve elección. El día y la hora me venían marcados, dados por las circunstancias, y yo no podía ni quería cambiarlas. Así que esa misma tarde me presenté a una entrevista que no duró más de diez minutos. Los tres primeros los empleó para decirme que lo que había leído le había gustado y que había decidido editarla; los siguientes tres minutos para decirme que tenía a mi disposición un cheque de adelanto por las posibles ventas; dos minutos más para decirme que si estaba dispuesto a escribir otra más me daría otro adelanto la semana siguiente y los dos minutos finales para indicarme la puerta de salida y que esperaba el siguiente manuscrito en un par de meses. Su despedida fue lacónica «adiós y hasta otra». Y en esto andaba ahora en haberle podido sonsacar una ampliación del momento final de entrega y un adelanto sobre la futura novela. El pago por la anterior ya me lo había gastado en su totalidad, y por esta que acababa de comenzar casi no me quedaba nada del adelanto. No obstante, desde que traspasé la puerta de su despacho, me propuse escribir una novela en el menor espacio de tiempo posible. El contacto con Isabel supone, para mí, una circunstancia excepcional y esta coyuntura podría significar un buen manuscrito. De momento, nada me apartaría de continuar con lo que nos habíamos propuesto.

La cena fue en un lugar agradable que ella conocía. La mesa, bien situada en un rincón, dio pábulo a los comentarios de los vecinos; no fue por las efusiones, que no hubo, y no por carecer del deseo por parte de ambos, sino por los retazos de conversación que traspasaban la distancia de mesa a mesa, a pesar de nuestra discreción. De vez en cuando ciertas palabras como tesoro escondido, siglo XVIII o bien asesinato y persecución ponían a los vecinos en alerta sobre nosotros que hablábamos inocentemente y nos cogíamos de las manos en un intento de acercamiento sentimental. Todo transcurrió normal, conforme a lo planeado que no era ni más ni menos que pasar una velada juntos conociéndonos y planeando el futuro. La única sombra

que se cernía sobre nosotros era la que seguía nuestros movimientos y no nos perdía de vista, en especial a Isabel. Tendría que ocuparme de que no le sucediera nada. Ahora, esto era lo más preocupante para mí.

7

Año 1939

El 1 de septiembre empieza la segunda guerra mundial con la invasión de Polonia por las tropas de Hitler que llevaba la idea de fundar un Tercer Reich alemán sobre Europa. En consecuencia, Francia, Gran Bretaña y la Commonwealth declaran las hostilidades a Alemania. Fueron unos años de destrucción de la convivencia y de las distintas sociedades de los países implicados. En Francia comienzan una serie de movimientos clandestinos a partir de 1940 y en especial en los años siguientes. Entre el 22 de junio de 1940 y diciembre de 1944 Antoine y Juliette, una pareja de enamorados que se encuentran en el centro de la vorágine parisina se involucran en acciones de sabotaje, información, creación de redes en las que tenían como objetivos luchar contra las tropas alemanas y contra las fuerzas del régimen de Vichy. Se habían conocido en la escuela. Contactaron con un grupo de partisanos deseosos de hacer algo más que la simple expectación de los acontecimientos, y por ello se involucraron en los ataques puntuales a ciertos objetivos, aunque posteriormente se especializaron en el apoyo de los pilotos que cayeron en territorio francés.

Los primeros grupos de la resistencia se agruparon alrededor de las *Forces Francaises de l ´interieur* que en un principio trataban de estimular la dignidad individual, frente al empleo de la violencia, para liberar al país. Más tarde los *Franc-Tireurs Partisans* comenzaron a practicar sabotajes y atentados contra los militares alemanes. Algunos grupos derivaron a la creación de los maquis. La filosofía había cambiado y la guerra de guerrillas se había impuesto.

—¿Crees que hemos tomado una decisión correcta? —era la pregunta que continuamente se repetían, en especial Juliette.

—Es lo que teníamos que hacer. Si queremos cambiar las cosas es necesario implicarse —contestaba Antoine—. No tenía intención ni ánimo de contemporizar en este asunto.

Llevaban varios meses transportando pasquines de un lado a otro. Lo introducían debajo de las puertas de viviendas, de comercios, de empresas. Su trabajo durante esta época fue preparar en una imprenta clandestina unos folletos que incitaban a la resistencia y hacer que el mayor número de personas pudieran leerlos. Iban de un lado a otro,

infiltrándose en los lugares más insólitos, con el fin de mejorar la distribución. Al ser profesores de escuela pública la redacción no presentaba ninguna dificultad para ellos. La información tenía que ser precisa, escueta y bien redactada, y ellos esto lo hacían a la perfección.

—Los tiempos de la universidad quedan ya lejos —le decía Juliette. Acuérdate cuando íbamos a la clase de literatura española. Era una maravilla estudiar a los clásicos del Siglo de Oro.

—Nos gustaba mucho Lope de Vega y Calderón. Lo recuerdo perfectamente y ahora, entre bomba y bomba, los echo de menos.

—Ya tendremos tiempo de volver a leerlos. Esto no puede durar mucho —dijo Juliette más optimista que Antoine.

—No lo sé. La guerra se está complicando. Ya ves que los alemanes avanzan en todos los frentes.

—Los aliados se acercan. Les cogió de improviso y sin tiempo de armarse, pero poco a poco se están recomponiendo y la situación revertirá. Tenemos que tener confianza —contestó Juliette.

—Yo la tengo a veces y otras me deprimo viendo el saqueo que están realizando los nazis, el robo de obras de arte, la quema de libros, las detenciones y los fusilamientos.

—Dicen que hay unos campos de concentración donde llevan a los prisioneros, pero nadie sabe nada de lo que se hace allí —expresó Juliette con un deje de tristeza.

Los comentarios que circulaban sobre estos campos de concentración no eran muy halagüeños. Todo el mundo sospechaba, aunque no se decía nada en concreto, que se hacían experimentos con ellos y que al final acababan en las cámaras de gas. Se sabía que si te detenían, lo más frecuente que te podía pasar es que te llevaran a uno de esos campos y allí desapareciera cualquier dato de tu vida. Se habían llevado a mujeres, hombres, niños y nadie podía decir que les habían visto regresar. El que iba era a un viaje sin retorno. Esa era la única verdad que nadie se atrevía a decir en público y que solo se comentaba en los ambientes familiares reducidos.

Allí, en la universidad, se habían conocido, habían tomado responsabilidades en sus muchas reflexiones y discusiones sobre el estado de la política y finalmente decidieron hacer algo más que la simple discusión que no iba a ninguna parte. Pasaron de la pasividad a la actividad. Al principio pequeñas reuniones para comentar la realidad política de Europa, más tarde discrepancia con las órdenes del mariscal Pétain que contrastaban con lo que muchos de los partisanos y miembros de la resistencia pensaban, y finalmente la extensión de la resistencia a distintas capas de la sociedad. Sus miembros pertenecían diferentes clases sociales como obreros y tenderos, pero también había románticos y estudiantes que creían en

la libertad del pueblo francés y no estaban dispuestos a que el régimen de Vichy se impusiera en la vida diaria y se entregaran los valores y principios del pueblo francés.

La caída de París marcó un punto de inflexión. Al margen de las decisiones políticas, surgen distintos grupos de *collabos* o colaboracionistas que, al amparo de los alemanes invasores, tratan de sobrevivir en esa jungla con delaciones, denuncias de sus propios vecinos a partir de un discurso de Pétain que animó a la colaboración con los nazis. Este régimen de Vichy, de traidores oportunistas, enfrentó al pueblo. Nadie se fiaba de nadie. Todo eran miradas furtivas, conversaciones en baja voz, de pequeños secretos de persona a persona, finalizando con actividades de parte de la población que trataba de hacer más difícil y complicada la vida de los invasores. El objetivo era mantener en guardia a la mayor cantidad de militares alemanes, y de esta manera detraer estas tropas de los frentes de guerra.

Así es como surgieron las pequeñas imprentas clandestinas cuya misión era informar al pueblo de que no debía colaborar con el invasor. Se organizaban distintos grupos. Unos estaban imprimiendo los pasquines y otros se dedicaban a repartirlos por los distintos lugares de trabajo y negocios particulares. Se movilizaban, preferentemente, en bicicletas que les daban una gran movilidad. Al principio era una actividad meramente informativa, aunque más tarde se extendió a la liberación de los pilotos caídos en territorio francés. Esta fue una actividad creciente que reportaba grandes logros en la lucha contra los alemanes.

Antoine y Juliette montaron una red de apoyo. Trataban que los pilotos ingleses, americanos, canadienses y de otras nacionalidades, que se habían lanzado en su paracaídas, al ser derribado su avión, atravesasen la frontera de los Pirineos y se refugiaran en los consulados en España, para desde allí, volver a sus países a reiniciar, de nuevo, su actividad. Era necesario tener una estructura y una organización de acuerdo a los intereses y objetivos. La red consistía en establecer diferentes puntos a lo largo de su trayecto para ir desde los pueblos de la Francia ocupada hasta la España neutral que había salido de una guerra civil y, por lo tanto, no estaba implicada, de manera directa, en la segunda guerra mundial.

Lo primero que hacía la red era darles ropa civil, escondiendo la militar y una documentación falsa para poder moverse con cierta libertad. Después había que darles alimentación, ya que llevaban varias horas sin comer. No era conveniente manejar a estas personas en un estado de debilidad, máxime, teniendo en cuenta que había que trasladarles muchos kilómetros y atravesar los Pirineos. Era necesario trabajar con personas bien alimentadas y descansadas. Por lo tanto, no

se podía iniciar el operativo hasta que pasasen unos días y estuvieran en forma para iniciar el proyecto. En estos casos había que tenerles escondidos en lugares donde no hubiera controles. Ponerles a salvo, durante unos días, era una labor cuanto menos complicada, por la alimentación y ejercicios que debían de realizar antes de ponerse en marcha. Las granjas eran lugares aceptados por el grupo, ya que combinaba la posibilidad de tener escondites y refugios adaptados a estos fines, con el espacio necesario para que los pilotos pudieran hacer ejercicios de adiestramiento. Tenían que estar en perfectas condiciones físicas ya que había que cubrir una gran distancia, primero en tren y después a pie, subiendo y bajando zonas de grandes pendientes y escarpas, muchas veces en terrenos resbaladizos y embarrados.

Además, por otro lado, había que darles una serie de enseñanzas de las costumbres locales y de las que existían, en estas circunstancias, con los alemanes. La vida había cambiado y, por otro lado, eran muy distintas de las que ellos tenían en sus países de origen. Estas instrucciones las daban personas especialistas que se ocupaban de estos detalles que, aunque menores, no eran menos importantes. Montar esta infraestructura llevó varias semanas y requirió el esfuerzo de diferentes grupos. Cada uno aportaba lo que pudiera. De esta manera la célula, aunque autónoma en su trabajo, estaba ligada en sus objetivos a toda la estructura de la resistencia.

Un problema que vino a sumarse a los ya conocidos fue el del gran número de jóvenes francesas que dieron a luz en esos años. Aproximadamente fueron unos doscientos mil niños de padre alemán desde que comenzó la ocupación que o bien por violaciones o por colaboraciones en situaciones consentidas y clandestinas, fueron considerados como los hijos de la vergüenza. La consecuencia era rapar a la mujer al cero por relacionarse con el enemigo. Esto fue un hecho corriente, al final de la ocupación alemana, en la Francia de 1945. A los alemanes se les llamaba *boches*. Con este término peyorativo se trataba de llamarles cabeza cuadrada o cabeza de asno en el argot coloquial francés. Los hijos y nietos de estos embarazos recibieron durante años este apelativo. Había que tener cuidado con las mujeres embarazadas, muchas de ellas colaboracionistas, ya que a la primera de cambio realizaban las denuncias de las personas que repartían los folletos. Estaban agradecidas a los alemanes que les daban alimentación y las proveían de ropas y utensilios domésticos, por lo que eran peligrosas. Por eso cada miembro de la célula tenía prohibido hablar y hacer comentarios con nadie, aún a sabiendas de que eran personas conocidas. Nadie podía poner la mano en el fuego por otro. Las sospechas estaban a la orden del día y cada lugar, cada habitante, vecino o conocido podía ser un colaboracionista.

Un comentario a deshora, una frase extemporánea o fuera de contexto, podía ser interpretado de mala forma y acabar con la operación que en ese momento estuviera llevándose a cabo. Esto lo sabían todos y era la primera lección que recibían al entrar en el grupo. «Nadie, ni tu propio padre puede saber que estás en este juego» era la orden principal que se les daba al ser parte integrante del sistema. Era su bautismo de fuego. Debían de recelar de cualquiera, del amigo más íntimo, de un familiar o de un convecino. «El del piso superior en la casa donde vives puede ser un delator y con él acaba el grupo y tú vas directo a la cárcel y te expones a ser fusilado inmediatamente». Era la primera lección que recibían. A veces resultaba que esta orden se llevaba tan a rajatabla que dos amigos íntimos o dos familiares pertenecían a la misma célula de la resistencia y no lo sabían. Se encontraban por casualidad en una misma acción. Era una sorpresa para ambos. Así eran las cosas y por ello la resistencia pudo llevar a cabo muchos operativos. La seguridad era primordial tanto para los aviadores como para los integrantes de la célula.

Antoine y Juliette trabajaron en esta red y cada vez que se requerían sus servicios se ocupaban de esconder a los pilotos en sótanos y túneles de alcantarillas, hasta que la operación estaba preparada para dar el salto hacia el sur. Este desplazamiento no estaba exento de peligro, ya que durante el mismo había que sortear gran cantidad de controles que los nazis habían establecido en todo el trayecto. La documentación falsa ayudaba a mantener el incógnito. Ellos se ocupaban en todo lo referente al vestido, papeles y alimentación durante el tiempo que durase la preparación. Por lo general se movían en grupos pequeños, no más de cuatro por lo que los viajes cruzando los Pirineos cada vez se hicieron más frecuentes. El paso de las montañas en pleno invierno de 1941 significó unas dificultades que tuvieron que sortear con tesón, ingenio e ilusión. Los sacrificios tenían al final el premio de la consecución del objetivo final: dejar a los pilotos sanos y salvos en los consulados. A lo largo de todo el país se habían creado grupos de la resistencia que de forma autónoma trabajaban en la consecución de los ideales de libertad. El único problema es que tenían que estar en guardia no solo frente a los alemanes sino también, lo que era más complicado, a los colaboracionistas.

Nadie se fiaba de nadie. El vecino del piso contiguo, el tendero que te servía las legumbres, el panadero que te servía el pan recién horneado o el cartero que te traía la correspondencia podía pertenecer a los traidores que te denunciaban a la mínima sospecha, a cambio de mejores cartillas de racionamiento o distintos extras en la alimentación, lo que en esos días era muy importante.

Los gendarmes, en otros tiempos guardianes de la libertad y el orden, ahora pertenecían a los grupos de renegados que se habían entregado a los alemanes. Iban de casa en casa, de centro de trabajo en centro de trabajo, buscando judíos y personas que estaban ayudando a los pilotos. Esconder un judío en casa o simplemente ayudar a un aviador caído en territorio francés, estaba penado con la cárcel en el mejor de los casos y con el fusilamiento en el peor. Nada escapaba a un férreo control de personas y documentación. El toque de queda era una norma. Estaba prohibido circular por la calle después de la hora señalada. Cualquiera que lo hiciera sin un motivo importante estaba condenado a ir a la cárcel. Registraban el domicilio, requisaban lo que, a su entender, estaba prohibido o simplemente denotaba cierta connotación con la resistencia y quemaban los libros que no les daban buena impresión. A los dueños les llevaban presos y las obras de arte que pudieran tener robadas. Muy frecuentemente se veía a los oficiales salir de las casas con pinturas bajo el brazo que introducían en los coches y que iban a parar al patrimonio personal, o bien se amontonaban en almacenes desde donde iban a ser trasladadas a los museos de Berlín y otras ciudades. De esta forma el patrimonio pictórico de los nazis aumentó en grado sumo.

—Ayer recibí un aviso de nuestro grupo —le decía Antoine a Juliette—. Tenemos que ocuparnos del piloto que está escondido en Amboise, en el valle del Loira. Lleva varios días y el grupo que lo protege nos ha dicho que no pueden aguantarlo más. Necesitan documentación adecuada. Además, la comunicación con él se hace difícil ya que no conoce nuestro idioma.

—¿Y ropa? —preguntó Juliette.

—De eso no me hablaron. Solo de la urgencia de que atraviese los pirineos cuanto antes —contestó Antoine mientras se preparaba un café bien cargado—. Tenemos que ponernos en marcha lo antes posible.

—Parece que está escondido en el granero de una granja cercana al pueblo. Allí, de momento, está bien, pero se piensa que puede haber algún registro en los próximos días y están preocupados.

—Iremos en tren y en la estación de Amboise nos recibirá nuestro contacto para llevarnos a la granja, que según me dicen, está a solo quince kilómetros de la ciudad. Viajaremos como una pareja más de enamorados.

Al día siguiente, con documentación en blanco para el piloto y alguna ropa de abrigo debajo de las suyas, se encaminaron hacia Amboise. El trayecto estaba lleno de alemanes que, por fortuna, no les molestaron. Hicieron gran parte del recorrido ovillados en el silencio de la noche. A la luz de la luna se veían las carreteras que estaban abarrotadas de gentes que huían de París. Familias enteras con sus

bártulos a cuestas, en carritos, coches y todo lo que encontraron a mano, caminaban desde París a Tours. Allí se mezclaban mujeres, niños, viejos. Era un amasijo de diferentes clases, una procesión donde se mezclaban las categorías altas, las medias y las inferiores. Los oficinistas junto con los directores de bancos, los mayordomos al lado de los marqueses a los que habían servido durante años; ahora estaban todos al mismo nivel. No había desigualdades. Todos eran lo mismo. Iban en busca de la libertad y, de momento, de una barra de pan y un vaso de agua. La subsistencia era básica en esos días y cada uno vigilaba por la suya. El que iba a su lado era, en potencia, un ladrón que le robaría la comida en el primer descuido. Tenían que tener los ojos bien despiertos ya que el hambre aguza el ingenio. De vez en cuando un altercado rompía el silencio de la procesión. Alguien había robado la comida a un vecino del grupo.

Atrás quedaban los tiempos en que la comida se servía en varios platos, regada con un buen Moet Chandon o Laurent Perrier para las mujeres y un vino rojo Cabernet Sauvignon para los hombres. No se podía acabar el almuerzo sin una copa de coñac Martell, comprado personalmente en el pueblo que lleva el nombre de coñac en el departamento de Charente de la región de Nueva Aquitania. Entre las clases acomodadas era costumbre visitar, de vez en cuando, la región para abastecerse de los buenos licores. ¡Qué contrasentido! Ahora se peleaban por un bocadillo. De poco les servía el dinero. Las enfermedades, la muerte y los conflictos ponían a todos en su lugar y al mismo nivel. La gasolina escaseaba y cuando el coche no tenía más, era abandonado en la cuneta y los pasajeros seguían avanzando a pie. En cada tramo del camino se podía ver un automóvil abandonado, una maleta desvencijada, con toda la ropa volcada en las acequias, un colchón que se había caído del transporte en el que iba. Una serie de utensilios domésticos que antes eran fundamentales en la vida diaria y, ahora, se habían convertido en una carga pesada para la huida. Un sándwich era un manjar por el que se peleaban los parisinos en su huida en busca de la libertad o lo que ellos creían como tal.

En el departamento del tren en el que estaban, un grupo de unos seis militares conversaban alegremente sobre la guerra. Las noticias para ellos eran positivas. Iban avanzando y ya Francia estaba dividida en dos partes, la ocupada y la libre, pero pronto todo el país sería suyo, afirmaba un chico rubio, alto con cara de soberbia acrecentada por su mirada altanera, al mismo tiempo que inquisitiva, torva y amenazante que no resistía nada que se interpusiera por delante. No tendría más de veintitrés años. Estaba en el podio del poder, en el pedestal de la razón. Se sabía poseedor de valores eternos. Nada ni nadie le podían discutir sus convicciones esculpidas en su cerebro a sangre y fuego. Todo su pensamiento se reforzaba al ver, a través de

las ventanillas del tren, la procesión de los franceses en su largo caminar hacia donde nadie sabe. Los demás le escuchaban sumidos en el éxtasis de los que saben que tiene razón. Debía de ser el líder del grupo, el que mantenía el espíritu de la gloria. Llegaban al país a limpiarlo de personas que no pensaban como ellos. Querían hacer un mundo nuevo creando los cimientos de unos principios inamovibles y supremacistas. Se sabían poseedores de un mensaje superior, de una carga genética diferente, y su mirada altanera y soberbia así lo atestiguaba. Su arenga iba acompañada de un cigarrillo detrás de otro, de un sorbo de coñac de la cantimplora y de una carcajada estentórea y fuera de contexto.

Juliette al cruzar su mirada con la de él, bajó humildemente los ojos para no llamar la atención, pero su belleza no podía estar al margen del alemán, y este mantuvo su desafío durante breves segundos. Afortunadamente un compañero le tocó el hombro para ofrecerle un cigarrillo *gauloises*. Se habían acostumbrado a la marca por su fuerte olor parecido a la quema del alquitrán. Pronto se extendió por todo el departamento un espeso tufillo a caballo entre lo fétido y lo hediondo.

—Espero no molestar, *madame* —acompañaba su frase con una leve sonrisa, a sabiendas de que el olor que desprendía no era agradable a las personas cercanas.

—*Il n'y a pas de problème* —contestó Juliette poniendo su mejor cara amable y bajando los ojos con sumisión. No era cuestión de levantar sospechas ni tampoco de iniciar conversaciones que podrían llevar a situaciones complicadas. Lo mejor era seguir así, como dos enamorados que van a su casa. Un par de carantoñas, a tiempo, liberarían la tensión del momento.

El alemán siguió con las risas y comentarios que desde que entraron en el tren estaban llevando a cabo. Eran tiempos en que no se preocupaban del cariz de la guerra. El viento soplaba a su favor. Todo exhalaba un éxito difícil de asumir para los perdedores.

Al llegar a la estación de Amboise bajaron del tren. Por fortuna los alemanes continuaron el viaje por lo que, de momento, no había que esperar situaciones comprometidas, aunque en la estación estaban otros grupos de nazis que no se fijaron en ellos. Al final del andén estaba refugiada detrás de una farola una mujer con un cesto de fruta; era la contraseña. Estaba esperando para llevarles a un coche destartalado que se encontraba en las afueras. Sin mediar palabra y con una conducción lenta y polvorienta, después de cuarenta minutos llegaron a una granja. El camino cruzaba trochas y veredas intransitables. No era un lugar que incitase al paseo. La puerta de entrada era una desvencijada verja de hierro, cuyos goznes estaban totalmente cubiertos de herrumbre por lo que el giro de la puerta era imposible. La cancela que daba acceso a la vivienda estaba combada y

a duras penas cerraba adecuadamente.

Habían cubierto el trayecto en silencio. Eran momentos importantes y solo deseaban ponerse a cubierto para no ser vistos ni oídos. La habitación principal presentaba una mesa cuadrada de madera antigua y varias sillas a su alrededor. Al fondo un fogón donde barboteaba un guiso que, presumieron, habían hecho para ellos. Hacía tiempo que no comían nada parecido. Tenían necesidad de este pequeño refrigerio. En París había empezado a escasear la comida y con las cartillas de racionamiento solo se podían encontrar verduras y alguna legumbre. El pan, cuando lo encontraban, estaba duro. El recién horneado era para los alemanes.

—Podéis sentaros y descansar mientras yo cierro las ventanas y cancelas —dijo nuestra acompañante que se llamaba Annette.

A continuación, y sin mediar palabra se acercó a la alacena y moviendo un resorte desplazó el mueble dejando paso a un hueco por el que podía pasar una persona. El interior era oscuro y no se veía nada. Simplemente unos leves cuchicheos indicaron que había varias personas en su interior.

—Pueden salir caballeros —dijo en un tono amable que hizo que los cuatro pilotos salieran de uno en uno.

La imagen de ellos era todo menos militar. Estaban vestidos con unos pantalones de pana que a varios les resultaban cortos y anchos y a otros largos. Se veía a la larga que no había intervenido un sastre en su confección, aunque los tiempos no estaban para ello. Había que utilizar lo primero que tenían a mano. Continuamente se frotaban los ojos ya que la luz del exterior les provocaba una cierta desazón. Habían estado encerrados varias horas en un estrecho cubículo sin posibilidades de hacer otra cosa que no fuera descansar y dormir. Ahora, tenían la posibilidad de estirar los miembros y hacer un poco de ejercicio. Generalmente cuando estaban en esta situación salían a las siete de la mañana y, durante una hora, hacían algo de gimnasia o caminaban alrededor de la granja. Siempre sin alejarse mucho. A esa hora, no era previsible que hubiera un control de los alemanes. En cuanto oyeran el más pequeño ruido del exterior tenían orden de regresar sin dilación al escondite. Era un lugar muy seguro y solo sería descubierto después de un registro minucioso que solo se llevaba a cabo después de una denuncia. Las batidas normales no eran excesivamente minuciosas.

—Frank Connor, teniente de la RAF.

Iban presentándose según salían del escondite.

—George Taylor, teniente de la RAF.

—Harry Davies, capitán de la RAF.

—Seven Mason. Yo soy estadounidense. Mayor del ejército.

—Nosotros somos Antoine y Juliette y os vamos a llevar a cruzar la

frontera con España y dejaros en el consulado británico de San Sebastián. No será un camino de rosas, pero cruzaremos las montañas. Haremos varias etapas. Ya tenemos la red de escape terminada por lo que a excepción de la etapa final el resto será más o menos tranquilo. Podemos cruzar también por San Juan de Pie de Port. Preferimos la ruta a través de Urrugne que es más directa. Ese era el momento en que Juliette se dedicaba, durante un buen rato, a explicarles todos los inconvenientes que se iban a encontrar en el cruce de los Pirineos.

—De cualquier forma, hay que subir y después bajar sea por un lado o por el otro —se apresuró a decir Juliette que hasta el momento había estado callada.

—En Urrugne nos reuniremos para tener las explicaciones específicas del cruce. Tendremos como ayuda un especialista en la región. Allí estaremos escondidos en una granja un día completo para descansar y aclimatarnos a la zona. No es fácil por lo que necesitaremos todas nuestras fuerzas para la empresa. Conviene que estemos descansados —remató Antoine con aire profesoral. Ahora, después de la comida, descansaremos todos, ya que saldremos a las cinco de la madrugada. Las etapas las haremos, principalmente, de madrugada. Descansaremos por el día en algún lugar que nos dirá nuestro guía. Conoce a la perfección la zona. Nadie mejor que él, para decirnos lo que tenemos que hacer. Será nuestro jefe mientras dure la etapa.

8

Siglo XVIII

A primeros del año 1705 desembarcaba en Tazones, cerca de Gijón, un capitán, Alonso de Alvarado, que regresaba del Nuevo Mundo. Había estado allí no menos de veinte años. Era originario de Barcarrota, un pueblo de Extremadura; había oído hablar del médico Hernando Enríquez, uno de los pioneros de la conquista que se enroló en las filas de Francisco Pizarro en los años 1535 y don Diego de Almagro, y que se estableció en la ciudad de Cuzco, aunque las desavenencias de ambos hicieron que su vida llevara otro derrotero diferente.

Alonso de Alvarado, muchos años después, en su deseo de una nueva vida y con la ilusión y esperanza puestas en una aventura que se le antojaba excitante, sufrió en ese país toda suerte de calamidades pudiendo conocer, de manera directa, los enfrentamientos que hubo, en aquellos años de 1500, entre Pizarro y Almagro. Estuvo en La Habana, una ciudad en pleno desarrollo que nada tenía que ver con la ciudad que conocieron los primeros conquistadores. De allí pasó a Cuzco donde finalmente se asentó.

El conocimiento de las plantas medicinales le dio fama y dinero con el que construyó una gran hacienda. El comercio textil, de tabaco y de metales preciosos, entre otros, fue decisivo para incrementar el poderío del capitán Alonso de Alvarado. Su patrimonio iba aumentando día a día. Llegó un punto en que no deseaba continuar con los negocios.

La situación cada vez iba empeorando más y los enfrentamientos entre criollos, mestizos y españoles eran complicados. Por otro lado, las reformas borbónicas en el campo comercial generaban un cierto descontento que cristalizaba, a veces, en luchas por el poder. A todo esto, se añadían los ataques de los piratas, corsarios y filibusteros, especialmente en el puerto del Callao que era el que se dedicaba con más énfasis al comercio. Su esposa había fallecido de unas fiebres que nadie supo curar, su hijo tuvo un accidente montando a caballo y murió en pocas semanas de una septicemia. No le quedaba más que mucho dinero y sesenta años. Ya se sentía viejo y quería regresar a su tierra para morir en paz. Barcarrota, su pueblo, le esperaba. Su linaje procedía de los antiguos judíos de la Baja Extremadura; era posible

que muchos de los nombres que circulaban de boca en boca, como prohombres de la región, fueran antepasados suyos. La limpieza de sangre era algo que se miraba con lupa. Nadie quería tener entre sus allegados cualquier referencia a la raza judía. Habían sido expulsados en 1492. Esto era una cuestión que le impedía regresar a su pueblo. Una ciudad más grande donde pasar desapercibido sería mucho más fácil. Así se lo habían aconsejado personas con las que habló esos días.

Atracó un buen día del mes de enero, del año 1705, provisto de una flota compuesta de veinte marineros de recia experiencia. Habían tenido la suerte de no ser atacados por los piratas ya que hicieron el viaje, junto a otras naves, en el sistema de flotas y galeones, por el cual se protegían unas a otras. Este sistema constituyó un gran éxito ya que se fletaron infinidad de flotas y solo dos de ellas fueron capturadas, pero no por los corsarios sino por las marinas de guerra de otros países.

El pequeño puerto que se le presentó, ante su vista, significó la vuelta a su juventud cuando se enroló camino de las Indias. Un lugar salpicado por pequeñas casas de pescadores, que transmitía tranquilidad al visitante y anonimato al que recalaba entre sus paredes. El clásico lugar para perderse y vivir una vida alejada del bullicio de la ciudad y de las conspiraciones de los parásitos de la sociedad.

Un cobijo adecuado a sus pretensiones, al menos, en esos primeros días en que necesitaba el reposo y la reflexión. Todo eran recuerdos, había dejado atrás una esposa y un hijo, muchos años de duro trabajo, y una hacienda en explotación que vendió por un buen precio. Ahora era un hombre rico, viejo y cansado, solitario, que no deseaba nada más que descansar y gozar de los últimos años que Dios le permitiese estar en este mundo.

Lo primero que hizo fue dirigirse a una posada cercana al puerto donde llevaron sus bienes en varios baúles llenos de oro, plata y joyas. Muchas de ellas las había llevado su esposa y, ahora, reposaban en el fondo de una maleta, una valija rica en valor y escasa en amor. Tiempo tendría de decidir qué hacer con ella. De momento, solo dormir en el mesón durante unos días y dar paseos por el bonito puerto. La nave, en la que había regresado, que era de su propiedad, se la vendió, por un precio bajo, a la marinería que había realizado el trayecto de repatriación con él. Fueron fieles en el viaje y debían recibir su premio. Por supuesto ignoraban el contenido de los baúles. Pensaban que era ropa y utensilios del hogar.

Descansó varios días mientras se informaba de algún carruaje que le pudiera trasladar a Barcarrota, donde quería vivir.

Sin embargo, en la posada conoció a un hombre de negocios que le habló de las maravillas de la corte. Vivir en Madrid era algo diferente.

Podía tener amigos, asistir a espectáculos y convivir con la aristocracia más acrisolada de la ciudad. De paso conocer, de primera mano, los acontecimientos que se estaban viviendo. La idea le empezó a gustar pues deseaba llevar una vida totalmente diferente a la que había tenido en tierras extrañas. Era una experiencia que, desde el principio, le cautivó y le atrajo. A simple vista le pareció atractiva. Podría codearse con lo más granado de la sociedad, entrar en los círculos de la intelectualidad y quién sabe si dedicarse a la política, aunque esto último no era su idea capital. Lo que principalmente le subyugaba era los nuevos conocimientos de un estatus social al que nunca habría podido llegar por sí mismo.

«Pasaría desapercibido y su origen no sería obstáculo para ser bien recibido en los grupos de la corte» le repetía, una y otra vez, su recién amigo ya conocedor de su linaje judío.

No lo pensó más y como este hombre iba también a Madrid le ofreció su carruaje para el traslado. Para el camino Alonso de Alvarado contrató un cochero y dos soldados con armamento conveniente por lo que pudiera ocurrir. Su nuevo amigo, comerciante y financiero aceptó de sumo grado el ofrecimiento por lo que una mañana, cinco días después del desembarco, iniciaban con el alba el viaje a Madrid. Irían juntos. El camino se haría más agradable y, en caso de algún problema, se podrían ayudar mutuamente.

Alejandro de Tazones procedía de este puerto, aunque vivía en Madrid y era un buen compañero de viaje. Conversador en extremo y de fina ironía era el perfecto interlocutor para tenerlo durante unos días. Alonso compartió tertulia y compañía. De esta manera el trayecto se le hizo corto. Pernoctaron en posadas del camino. En esos tiempos eran muchas las que había y el trato era inmejorable, máxime cuando veían que se trataba de unos grandes señores los que solicitaban los servicios del mesero. El porte que mostraban los dos, el carruaje y el grupo que les acompañaba daba una idea de que los que solicitaban habitación y posada no eran unos cualquiera. Eran atendidos como príncipes.

A los pocos días entraban en la capital y Alonso de Alvarado se instalaba, en principio, en la casa de su amigo. Era un palacete grande, céntrico, con varias habitaciones y salones que le daría cierta intimidad. En un ala de la mansión habitaba su esposa y sus dos hijos, de temprana edad, por lo que él podría estar en la otra ala totalmente aislado e independiente. «Nadie te molestará, si no lo deseas» le dijo en uno de los momentos del viaje. Alonso aceptó de buen grado el ofrecimiento, aunque insistió que sería hasta que encontrase una casa de acuerdo a sus gustos. Tenía intención de adquirir una en el centro y adecuarla a su personalidad. El contrato verbal se cerró casi antes de plantearse ya que los dos amigos habían congeniado en el viaje.

La entrada de Alonso de Alvarado en Madrid, en los primeros meses del año 1705, encontró una ciudad convulsionada y revolucionada, no solo en la política sino también en las costumbres y en la cultura. El primero de noviembre de 1700 había fallecido Carlos II, haciéndose público que el elegido era Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. Una de las preocupaciones máximas de Carlos II era transmitir el trono íntegro, sin desmembrar el Imperio español. Luis XIV pensaba en repartir esta potencia entre los distintos reinos de Europa, pero el testamento de Carlos II lo dejaba fuera de duda. Su nieto reinaría en España y él podría tener acceso al comercio americano.

Así las cosas, Mariana de Neoburgo apoyaba al archiduque Carlos; Mariana de Austria, la reina madre, lo hacía con José Fernando de Baviera y el testamento de Carlos II favorecía a Felipe de Anjou. El cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo y consejero de Estado, apoyaba al de Baviera, pero al morir este se inclinó por el Borbón.

La no renuncia al trono de Francia se interpreta como una prepotencia borbónica por lo que se agudiza un sentimiento de engaño en las potencias de Europa como son Inglaterra, Holanda, Portugal y Saboya. Por lo tanto, hay una alianza contra los Borbones, temerosos de su poder, y todo lo que signifique el proceso de entronización. Tenían miedo a que la rama borbónica, de España y Francia, se convirtiera en la dominante de Europa.

El clero de mayor rango es partidario del archiduque Carlos, pero el secular defiende a los Borbones. La nobleza es partidaria del archiduque, pero la nobleza baja apoya a los Borbones. El pueblo dependiendo de la región apoya a uno u otro y así Castilla y Aragón apoyan al Borbón y Cataluña, en especial Barcelona, al archiduque. Valencia está dividida, una parte apoya a uno y otra, al contrario.

El origen de los Borbones se retrotrae a la muerte de Enrique II de Valois en 1559, lo que da paso a los Bourbon-L´Archanbault que tienen su casa solariega en el departamento de Aubergnie, en Francia. A partir de entonces la rama borbónica se instala en Francia. El jefe de los hugonotes, protestantes, Enrique de Borbón aspira al trono, con el nombre de Enrique IV, de la católica Francia —París bien vale una misa o lo que es lo mismo el fin justifica los medios— por lo que decide convertirse al catolicismo y realizar una política populista. Por otro lado, intenta mejorar las condiciones del pueblo introduciendo, por el edicto de Nante, la tolerancia religiosa. Enrique IV es asesinado por Ravaillac que es ejecutado posteriormente en la plaza pública. Le sucede Luis XIII que se hace ayudar por el cardenal Richelieu, el padre de la razón de Estado. Eran los tiempos de los tres mosqueteros y Alejandro Dumas. Se consolida un enfoque hacia la administración central, hacia la monarquía absolutista.

A su muerte le sucede Luis XIV que goza de un largo reinado desde

1643 hasta 1710. Es el Rey Sol, el amo de Europa, que lleva a Francia a ser una potencia hegemónica.

En estos años es cuando Alonso, acompañado de su amigo Alejandro, se instala en la casa-palacio de este último, en la calle Arenal. Aquí es cuando comienza la vida en la corte, el alterne con la intelectualidad y lo más granado de la sociedad madrileña. Una nueva vida que se le presenta ante sus ojos de la mano de su amigo Alejandro que le abre puertas y salones.

Ya establecido, comprueba como la corte francesa es el modelo a imitar. El nieto del rey de Francia toma posesión del trono de España. Es el orgullo dinástico de la rama borbónica que cambiará la sociedad. Luis XIV estaba deseando entrar en el comercio con las Indias y para eso nada mejor que tener a su nieto en el trono. Le casa con María Luisa Gabriela de Saboya, personaje clave en los primeros años del reinado de Felipe V. En su gobierno este recibe, por este orden, los nombres de legítimo, animoso, vengativo y por fin enfermo.

En estos años, que coinciden con la inmersión de Alonso en los cenáculos de la corte, es cuando se acrecienta el enfrentamiento entre Felipe V y el archiduque Carlos, los borbones contra los austracistas. Y es aquí donde pivotan esos años de conflicto que arraigan en la sociedad española y que en algunos momentos anuncian un desastre.

Aguas procelosas inundan la corte, hervidero de comentarios, insinuaciones, críticas y toda suerte de interpretaciones de la realidad que llevaban, en ocasiones, a luchas por el poder. No solo era el trono de España sino también el acceso al comercio americano, precisamente el lugar de donde regresaba Alonso de Alvarado, ya cansado y deprimido por una vida que dejó atrás, unos recuerdos que quedaron en un tiempo pasado y que trataba, con la ayuda de su amigo, de olvidar. En 1701 ya Luis XIV, previendo la situación, desplaza ejércitos en el continente, lo que provoca que la Gran Alianza de los otros países se refuerce.

En los años siguientes a la llegada de Alonso se producen una serie de hechos que desembocan en la guerra de sucesión, mal llamada por algunos de secesión. En 1704 la Gran Alianza a través de Portugal intenta entrar en España y los austracistas ocupan Cataluña, que estaba a su favor. Dos años más tarde Felipe V rodea Barcelona y al año siguiente obtiene la victoria de Almansa. La batalla de Villaviciosa fue decisiva a favor del borbón. En 1711 el archiduque Carlos abandona Barcelona y toma posesión del trono de Austria con el nombre de Carlos VI lo que se traduce en una frustración de los catalanes.

Hay un hecho, especialmente significativo, posterior a la boda de Felipe V con María Luis Gabriela de Saboya. Unos años antes de la llegada de Alonso de Alvarado al pueblecito de Tazones, Felipe V, en

noviembre de 1701, se traslada a Barcelona, con motivo de su boda, hasta el mes de abril de 1702. Su intención era calmar las aguas revueltas y para eso nada más sencillo que instar a las cortes catalanas a que hicieran planteamientos al Estado español. Las peticiones no se retrasan, el dinero, el puerto franco de Barcelona y otras prebendas que Felipe V acepta, sino de buen grado, al menos con prudencia. Admite que dos barcos al año puedan mantener comercio con las Indias. Por otro lado, con el fin de atraerse a las masas de la sociedad, hace que los burgueses pasen a ennoblecerse y les concede multitud de títulos nobiliarios. Lo que sí no reconoce es la demanda de estar exentos del alojamiento de tropas que, según los catalanes, era oneroso para ellos y complicado para la convivencia. Se atienden mejor las condiciones económicas que las políticas ya que pretenden, sin ser aceptado, que el rey no eligiera los cargos públicos. Felipe V plantea un modelo de pactismo versus absolutismo. Con una parte de éxito en su estancia catalana regresa a Madrid, y ya en la primavera de 1702 se inicia la guerra de sucesión.

Mientras tanto, en estos años de revueltas y algaradas, donde los levantamientos y las insurrecciones estaban a la orden del día. Alonso de Alvarado ya había tomado posesión de su palacete de la calle del Arenal, muy cerca de la plaza de la Encarnación. Este nombre se debía a que tenía casa en esa plaza una mujer que gozaba de gran fama debido a sus poderes de adivinación, santera y echadora de cartas. Se comentaba, en esos días, que como pago de su trabajo no pedía dinero, sino que quería ser pagada con carne. De ahí el nombre de la plaza.

En esa época Madrid era un lugar donde los sanadores, los hechiceros, santones, brujas y curanderos eran muy solicitados por sus poderes mágicos y milagrosos. Hacía muy poco tiempo que habían desaparecido las sangrías, para solucionar enfermedades, y tomaban cuerpo de naturaleza las pócimas a base de ungüentos, hierbas, trementina y otras sustancias que, muchas veces, permanecían en el secreto de los que las administraban. La superchería impregnaba a la sociedad en todos sus estamentos y a ella acudían nobles y pueblo, con la esperanza de ver cumplidos sus deseos.

El palacete era un edificio amplio de tres pisos. En el inferior estaba el carruaje y la vivienda del servicio. En la primera planta los salones y la biblioteca, el comedor y la cocina y en la tercera planta los dormitorios. Había diseñado varios con el fin de poder invitar a los amigos a quedarse en su hogar unos días. Alejandro le introdujo en los círculos de la ciudad más selectos, por lo que era raro que en las tardes no tuviera una reunión en algunas de las moradas de sus amigos, todos ellos, pertenecientes a lo más señalado de la corte de Madrid. Su vida se circunscribía a las tertulias desencadenadas por el

movimiento de la Ilustración que los borbones traían a España.

Los novatores, en esa época, dominaban los cenáculos y las tendencias que venían del exterior. Descartes con el método, Newton y otros manejaban el conocimiento del que Alonso se nutría día a día. Una sociedad anestesiada, dormida, se levantaba, de pronto, como un resorte, ante los estímulos literarios, médicos y filosóficos. Los cambios de la educación significaron cantidad de discusiones en las reuniones de los cortesanos y académicos eminentes. La llegada de la investigación a partir de la experimentación es un paso decisivo en el movimiento de la ilustración. Años antes estaba prohibida por la Inquisición, por lo que este cambio significó un aporte al desarrollo de la ciencia. Se va a la fuente, a la documentación directa. Es una nueva metodología de investigación. Todo esto entra con fuerza en la naciente sociedad española.

Años antes de la llegada de Alonso, Mariana de Neoburgo, con un carácter ejecutivo digno de mención, cesa a Oropesa que tenía una mala imagen, consecuencia de sus derrotas militares y unos cambios económicos desacertados. En esa época ya no existen los validos de los reinados anteriores. El duque de Lerma con Felipe III y el conde-duque de Olivares con Felipe IV habían pasado a la historia. Ahora el poder radicaba en el rey o en sus regentes.

Alonso bebe directamente la cultura del venero de una nueva sociedad que se implanta desde el exterior. Dado que venía de las colonias y de otros países del Imperio español, estos movimientos le atraen y, desde el principio, toma protagonismo en esos cambios. Participa en todas las reuniones a las que le invitan. Acude con puntualidad a ellas y, a su vez, es el anfitrión de otras. En su casa, los cenáculos están a la orden del día. Las idas y venidas hacen que el entorno sea muy ameno. Cada día, cada hora, un nuevo cambio, una nueva idea toma sentido en un grupo y al instante, se extiende como la pólvora. Una mancha de aceite no lo haría mejor. Todo aparece, a los ojos de Alonso, como inédito, fresco, lozano, capaz de impregnar su espíritu y crear una escuela distinta de pensamiento. Algo que hasta ahora no existía. Así es la marcha de los acontecimientos. Un ritmo trepidante en una sociedad que hasta hacía poco tiempo estaba insensible, embotada, a los cambios. La revolución de las ideas había llegado para no irse; lo hacía para quedarse. Todo estaba en constante metamorfosis y Alonso se alimentaba de ella. Un manantial de agua fresca entraba cada mañana por su ventana y se hacía dueña de su intelecto marcando otra ideología diferente. Cada idea marcaba tendencia y Alonso se dejaba guiar por ella. En las tertulias la especulación, la discusión y el encuentro intelectual eran la tónica diaria. En su casa pivotaban corrientes, aires de transformación. La renovación era la regla y consecuencia de esta continua evolución. Era

el reformismo borbónico que impregnaba todos los estamentos de la sociedad.

Hay cambios políticos y del sistema económico de la monarquía, cambios en la administración centralizándose la burocracia y limitando los excesos periféricos y para ello nada mejor que crear un cuerpo de funcionarios sólido y ejecutor. Se moderniza el ejército que frente al austríaco mal pertrechado e ineficaz, consigue ciertos resultados.

En 1704 las tropas aliadas desembarcan en Gibraltar con el objetivo de tomar Cádiz, pero al no poder cumplir sus deseos se quedan en el peñón. Los ingleses defienden su permanencia en la roca. Se abren dos frentes, el europeo y el peninsular. Por otro lado, comienza el debilitamiento de la Francia hegemónica y Luis XIV intenta firmar la paz con Inglaterra. Posteriormente se intenta, de nuevo, entrar en España a través de Lisboa, sitiando Badajoz en un intento de llegar a Madrid. Otros intentos son a través de Cataluña y Valencia. Los de Altea se ponen al lado de los austracistas. España está dividida, los apoyos a los diferentes sentimientos se realizan en función de las distintas regiones del país.

Hay momentos en que la causa borbónica se ve amenazada por los aliados. Era el año 1706, un año dulce para ellos. Una reacción posterior de los borbones, con Felipe V al mando de las tropas, ataca la fortaleza de Montjuic. El rey borbón debe regresar a Madrid. En 1706 la reina y la corte se trasladan a Burgos. Es el momento en que Luis XIV reacciona y manda refuerzos de infantería y caballería y en 1706 las tropas borbónicas entran en Madrid y expulsan a los aliados y a Carlos.

Las guerras en Europa siguen los mismos parámetros que las de España. La batalla de Rasmilliers es una victoria de los aliados que se hacen con Bruselas, Amberes y Gante. La toma de Ostende por los belgas es el comienzo de la independencia de Bélgica. La presión de los aliados, en las fronteras de Francia, obliga a Luis XIV a retirar tropas del frente italiano al mismo tiempo que intenta la vía diplomática ya que la hambruna toma cuerpo en el pueblo francés. En España algunas batallas son favorables a los borbones. La toma de Cuenca, Orihuela, Elche y Cartagena dan un respiro al rey. La batalla de Almansa es una victoria contundente de los borbones.

Sin embargo, en el año 1709, Luis XIV quiere emprender, nuevamente, las conversaciones de paz. Felipe V sigue su guerra y llega un momento en que la corte tiene que abandonar Madrid, de nuevo, huyendo en dirección a Valladolid ya que en septiembre de 1710 los austracistas entran por segunda vez en la capital. Los castellanos, partidarios de Felipe V, no dan facilidades a los austracistas por lo que estos, de nuevo, se repliegan a Aragón y

Cataluña. La batalla de Villaviciosa, a finales de este año, marca un punto de inflexión importante.

En enero de 1711 fallece el emperador de Austria José I y el siguiente en la línea sucesoria es su hermano Carlos, lo que hace que renuncie al trono de España para tomar el nombre de Carlos VI como emperador. Es en este momento cuando los aliados temen que sea rey de Austria y de España al mismo tiempo por lo que no le apoyan. Temen un desequilibrio en Europa. Por todo esto 1711 marca el camino de la paz, un punto de inflexión en los enfrentamientos. La guerra da paso a la diplomacia. De esta manera Gibraltar y Menorca quedan en manos inglesas además del comercio de los esclavos negros y tratamientos comerciales ventajosos para este país. El Tratado de Utrech se reafirma y en 1714 el Tratado de Rastatt firma la paz definitiva.

Todas estas vicisitudes son vividas por Alonso y sus amigos con especial interés y con cada éxito o fracaso, de unos o de otros, discuten con vehemencia las distintas posibilidades de actuación. La vida en la corte era intensa. Después de las tertulias, siempre alrededor del centro de la capital, daban un paseo por las estrechas callejas del Madrid de los Austrias. A veces tomaban un refresco en la plaza Mayor o en sus alrededores. En sus paseos, iban provistos del bastón-estoque o de una pequeña pistola que les daba la tranquilidad de poder defenderse en caso de que algún malhechor les atacara. Eran tiempos de agresiones y robos. Los enfrentamientos y discusiones en la calle estaban a la orden del día.

El fin de la guerra de sucesión le coge ya, en cierto modo, mayor. Sin embargo, participa de las discusiones y toma de posición intelectual en el Tratado de Utrecht en 1711 donde se reconoce, por fin, la legitimidad de Felipe V en el trono de España. Unos años después, en 1714, Felipe V toma la ciudad de Barcelona, el último bastión de los austracistas. A raíz de este movimiento se suprime la autonomía catalana y se implanta una administración centralista.

Alonso conoce las discusiones del tratado con la pérdida de Nápoles, Cerdeña, Sicilia, Gibraltar y Menorca. Estas dos últimas plazas pasan a manos de Inglaterra. Su fallecimiento hace que no pueda ver que Menorca pasa, de nuevo, a manos españolas en el año 1729. Sin embargo, ha vivido, en primera persona, los acontecimientos del cambio de realeza. Una gran parte de la historia de España ha pasado ante sus ojos. La dinastía de los Austrias cambia a la de los borbones, no sin alto coste en vidas, dolores y sufrimientos. La sangre corrió por las calles de la corte y de muchas ciudades de España y Europa, y todo por un mero enfrentamiento real.

Las consecuencias fueron claras. Al hambre, pérdida de población, y muerte se unieron las malas cosechas y las lluvias torrenciales, por lo

que España entró en un período triste. Sin embargo, las reformas hacen que el país siga adelante. El cambio dinástico es lo más importante en estos años a los que se une la pérdida de territorios peninsulares como Gibraltar y extra peninsulares como los Países Bajos e Italia. Comienza la desaparición de la presencia de España en Europa.

El absolutismo monárquico se implanta en la vida de la corte. El rey está por derecho divino. Se continúa con el reformismo borbónico con la homogeneidad para todas las regiones, y se redactan los decretos de nueva planta con la presencia de las secretarías de despacho, para diferentes asuntos como guerra, hacienda, Indias, Estado. Se empieza a utilizar el nombre de Reino de España como sinónimo de Estado. Comienza un centralismo suprimiendo muchos de los fueros que existían como los aragoneses y valencianos. Otra reforma importante es que el nombre de las Indias utilizado por los Austrias cambia a ultramar por lo que surge una atlantización de la monarquía. Se quiere reforzar la presencia en esos países ante el ataque comercial de otros países de Europa.

Alonso vivió de primera mano la creación de la Reales Academia de la Lengua y otras instituciones de la cultura. Conoció al marqués de Villena, y aunque nunca perteneció a su círculo más íntimo sí que pudo codearse con él en más que contadas ocasiones. Fue invitado con cierta asiduidad a su casa y, a su vez, Alonso le invitó a la suya. Ambas estaban cercanas y, muchas veces, pasearon juntos por las estrechas callejas del centro de Madrid antes de recalar en algún mesón. En pleno invierno, cuando los días eran más cortos, se hacían acompañar por dos ayudantes que iban bien armados. No eran infrecuentes los lances y luchas en los rincones más oscuros de la ciudad. Cuando tomaban algo en uno de las posadas del centro se unían, a veces, otros amigos, compañeros de tertulias y allí continuaban los debates ante la presencia silenciosa de los parroquianos que asistían a los intercambios de opinión y razonamientos que se exponían, muchos de ellos, al calor de las jarras de vino que ingerían.

La Plaza Mayor era escenario de sus paseos y siempre recalaban en alguna posada para charlar.

—Debéis saber que en esta plaza, el corazón porticado de la ciudad de Madrid y lugar de reunión del pueblo llano, en ciertos momentos de la historia, lo mismo se quemaban herejes, se canonizaban santos o se estrenaba una comedia de Lope de Vega o un acto de fe. —Y continuando con su análisis de los alrededores de la plaza les dice que, cerca de ella, una estrecha y corta calle que desemboca en la plaza, llamada calle del Pozo, había una vez un convento llamado de la Victoria, en la vecina calle que lleva este nombre; los soldados

alemanes que acompañaban al archiduque Carlos, reinando Felipe V, intentaron robar las joyas y alhajas de la iglesia, así como un relicario de oro que contenía dos espinas de la corona del Nazareno; lo arrojaron todo al pozo. Las dos espinas aparecieron años después en la superficie del agua —ilustró Villena.

—¿Pensáis que esta guerra durará mucho tiempo? —preguntaba Alonso al marqués de Villena, hombre ducho y experto en política internacional.

—Eso depende de Luis XIV. Si cierra el grifo o si continúa dando material a nuestras tropas.

—Los lazos familiares tiran mucho —avanzó Alonso, menos entendido en estos temas.

Estaba claro que el marqués era hombre de sólida cultura, astuto y diestro en la diplomacia. Como hombre más experimentado que Alonso, muchas veces, se reservaba la opinión tajante y categórica. Quería huir, a todas luces, del dogmatismo contundente de los absolutistas y mantenerse, en lo que pudiera, en una línea de marcado eclecticismo.

—Es natural que un abuelo vea con buenos ojos la entronización de su nieto —contestó Villena.

—Máxime si con ello puede manejar dos tronos y dos países importantes —confirmó Alonso—. Así no habría nadie que le tosiera.

El marqués no se atrevió a rebatir la idea, no solo por prudencia sino también porque en su fuero interno estaba de acuerdo.

—En eso estoy de acuerdo —corroboró Alejandro de Tazones, que a veces les acompañaba.

—Luis XIV sería, con ello, el dueño integral de Europa y de los países del imperio.

Se había labrado una estrecha amistad entre Alonso y Alejandro y es por eso que aquel insistía en el deseo de que les acompañara en sus paseos vespertinos. Cuando hacía buen tiempo, la calle era un hervidero de gentes que paseaban deseosas de entablar conversación y comentar los últimos acontecimientos. Los mesones y figones se ponían atestados de personas. Afortunadamente, el marqués siempre tenía una mesa reservada para él y sus amigos. El Madrid del siglo XVIII pasaba ante ellos en amenas conversaciones

—Buen negocio, pues —afirmó Alonso.

—Las cosas no son tan fáciles como a primera vista se ve. Hay otras potencias europeas que están dispuestos a impedirlo. Como en realidad parece que está sucediendo —reconoció Villena, que en esos momentos ya estaba convencido de lo que decían sus interlocutores.

Entre opinión y opinión, comentario y comentario, las jarras de vino iban y venían. La enología ayudaba, en parte, a una conversación más dicharachera. Los vinos de Castilla tenían una buena aceptación en las

tabernas de Madrid. La industria vinícola data del siglo XIII, aunque hay referencias a viñedos de la época romana.

—Este vino nos ayuda a enriquecernos culturalmente. Ya el Arcipreste de Hita lo cita en sus obras —avanzó Villena dotado de una cultura importante; se había instruido con las obras de este escritor.

—En el Siglo de Oro también los autores escriben sobre las virtudes de estos caldos. —Terminó su disertación.

—Yo he leído que principalmente son los pueblos de Arganda, Alcalá de Henares, Valdemoro, Cadalso, Pelayos, Fuencarral y Torrelaguna los que aportan una mayor producción —señaló Alejandro que en esto de la buena vida no le iba a la zaga a nadie.

—Te has dejado Navalcarnero —señaló Alonso—. El otro día probé uno de esta zona y os aseguro que nada me pareció tan bueno como ese caldo.

El consumo de vino se había popularizado en todas las clases sociales. En las casas, en los figones, en las tertulias, siempre había una jarra de vino que hacía las delicias de los comensales y tertulianos. Prácticamente no había una reunión donde no existiera una mesa con varias jarras. Las normas monásticas, tanto de frailes como de monjas, aconsejaban un consumo moderado en las comidas. En estos años se perfeccionó la recolección, fermentación, crianza en tonel de madera, en botella con tapón de corcho y el reposo dentro de una temperatura y humedad adecuadas. Eran reglas que había que seguir si se quería comerciar el vino a gran escala. Ya en la época de Felipe II se abrió el puerto de Bilbao para exportar el vino a Inglaterra ya que los conocimientos de la edafología del terreno y la climatología se habían desarrollado exponencialmente.

Madrid era ciudad de gastronomía y fórmulas curativas y milagrosas. Algunos de sus productos se conocieron con el nombre del santo como las yemas de Santa Teresa, las rosquillas de San Isidro, la ensalada de este mismo santo, los panecillos de San Antón, los mantecados de San Expedito. La devoción del pueblo se traducía en estos alimentos que hacían las delicias de todos. Otros milagros como que las parturientas acudieran, nada más dar a luz, a la Virgen de la Paloma a rogar salud para sus hijos o que las modistillas bajaran el 13 de junio a San Antonio de la Florida a pedir novio merced a la costumbre de meter la mano en una pila donde hay alfileres. Dependiendo del número de alfileres que se quedara, así es el número de novios que les iban a salir. Y qué decir del pan bendecido de San Antón en el mes de enero o de la devoción a Jesús de Medinaceli o a Santa Gema. Un Madrid devoto, creyente en los milagros y no solo de tabernas y mesones.

—Cada vez hay más mojones, es decir catadores de vino, que tienen, para mí, la enorme virtud de discernir por el olor, color y

sabor las características de los vinos —completó la conversación el marqués—. Ya Sancho Panza se lo cuenta al caballero del Bosque —Villena, una vez más, daba ejemplo de su vasta cultura.

—En efecto, creo recordar que algo leí —señaló Alonso, que últimamente, siguiendo los consejos de sus amigos, se dedicaba a leer a los escritores clásicos españoles.

—«El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho» —sentenció el marqués.

—Cervantes solía dar en el clavo cuando hablaba —apostilló Alejandro, que en el tema de la cultura no quería quedarse atrás.

—Es Madrid ciudad bravía, que entre antiguas y modernas, tiene trescientas tabernas y una sola librería —y con esto Villena dio por terminada la conversación.

Los tres se levantaron de la mesa, movidos como por un resorte.

Estaban maravillados por el conocimiento del que más tarde, aún no lo sabían, sería el primer director de la Real Academia Española. Nadie más indicado, no solo por su cultura, sino también por su saber hacer, su bonhomía, su porte y su educación, que hacían las delicias de los tertulianos a los que asiduamente reunía.

Salieron de la taberna, seguidos a pocos pasos, por los agentes que les defendían y que no perdían ojo de todo lo que estaba transcurriendo. Su trabajo era ese. Custodiar a sus señores de cualquier altercado, al volver a su casa, en un callejón oscuro. Eran épocas malas donde los robos y altercados, especialmente a altas horas de la noche, eran constantes. La prudencia no estaba reñida con la vida diaria, especialmente de las clases acomodadas.

9

Año 1995

Habían pasado unos días, desde que Isabel llamó a mi casa, y ya habíamos intimado convenientemente. Cada día que transcurría disfrutábamos más de lo que hacíamos y de lo que llevábamos entre manos. La única nube negra de nuestro panorama era el tipo que nos seguía a todas horas. Husmeaba en todo lo que hacíamos. Era nuestra sombra de día y de noche. Ya estábamos acostumbrados a ella. Pero no teníamos nada concreto para denunciar. Hasta el momento se había comportado de una manera exquisita. Sabía que le veíamos. Ya no se ocultaba, pero de ahí a presentar una denuncia había un gran trecho. Su trabajo era seguirnos y ver qué pasos dábamos. En el momento oportuno se abalanzaría sobre nosotros para apoderarse de lo que hubiéramos descubierto. Estaba seguro de que algo traíamos entre manos, y él no quería dejar de ser un invitado a esa mesa. No iba a ser un testigo mudo de nuestra historia.

Después de dejar a Isabel en su casa, por las noches, la llamaba para ver si todo iba bien y al levantarme, por la mañana, lo primero que hacía, antes de asearme era llamarla para ver cómo había pasado la noche.

—¿Has descansado? —era mi pregunta habitual.

—He dormido de un tirón —era su respuesta reiterada.

Así cada mañana, la pregunta y la respuesta se repetían, mientras estudiábamos todos los detalles de Alonso de Alvarado. De esta manera íbamos cerrando el círculo de la historia al tiempo que labrábamos el amor del futuro.

—Un tipo peculiar —avanzó Isabel, mientras se preparaba una taza de café.

—¿Quién? —pregunté de manera maquinal.

—¿Quién va a ser? Alonso de Alvarado —Ella misma se contestó a la pregunta.

—Prepárame otra —dije aún somnoliento después de que como un autómata abrí la puerta; ella se dirigió directamente a la cocina—. ¿Te has dado cuenta de que has entrado en mi casa y no me has dado un beso?

—Perdóname. Vengo dormida.

—¿Te han seguido? —pregunté abruptamente.

—Si lo han hecho no me he enterado —respondió de forma fulminante.

—Está bien. Cuando tengas las dos tazas de café vente a la biblioteca. Yo me voy a duchar —añadí.

—¿Has escrito algo? —Su voz se oía a través de la puerta entornada del cuarto de baño.

El agua caía con fuerza; no me dejaba oír lo que decía. Tuve que chillar para hacerme oír.

—Estoy dando los últimos retoques a mis ideas. Quiero escribir una historia que emocione, que haga que el lector vibre — dije casi a gritos para que pudiera entenderme.

—Pues tómatelo más en serio. El tiempo pasa —manifestó una sardónica Isabel que aprovechaba cualquier ocasión para tomarme el pelo—, pero es necesario que la novela avance.

Cuando concluí mi aseo salí preparado para contar lo que tenía en mente.

—¿Está preparado ese café?

—Lo tienes en la mesa de la biblioteca. Cuando te seques la cabeza, y no manches, te enseño lo que te traigo.

—¿Qué es?

—El diario de mi bisabuela. Tú me mostraste el tuyo y yo, como una niña buena, te enseño el mío.

—Ahora déjame que te cuente la historia que voy a escribir. Se trata de algo que esconde un secreto guardado por siglos: un diario. Los descendientes de aquellos que lo tenían se dedican a buscarlo. En el intermedio hay dos muertes y un misterio. ¿Qué te parece?

—Pues ¿qué es eso sino la historia que tenemos entre manos?

—¿En qué lo notaste? —pregunté irónico.

—Espero que hables bien de mí —dijo Isabel, poniendo su mejor sonrisa.

—¿Qué quieres que diga? Ahora estás a tiempo.

—Pues… que soy estupenda y que… me gustas mucho. —Y sin encomendarse a nadie se lanzó a mis brazos y estuvo a punto de tirar la taza de café que tenía en la mano.

—Tendrás que ganártelo. Eso no se hace así como así.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó con un mohín.

—Eso se deja a elección del consumidor —dije con mi mejor sonrisa —. No sé si lo intuyes —concluí.

—¿No crees que vas muy deprisa?

—Me refería a que me prepararas un buen almuerzo. Deseo quedarme en casa para trabajar —contesté mientras observaba su cara de decepción.

—Quiero que cuentes una historia que salga de lo más profundo de

tu ser. Que expulses en esas páginas todo lo que tienes dentro. Que consigas impresionar, la primera a mí, por supuesto. La emoción agita nuestro interior y nos lleva a planos superiores —expuso Isabel con cierto aire de suficiencia al tiempo que marcaba sus palabras para darles más fuerza.

—Creo que entiendes el mensaje que debe transmitir un escrito. No es fácil conseguir lo que me dices. A veces te quedas a mitad de camino entre lo que pretendes y lo que consigues. Escritores hay muchos, pero los que impresionan no son tantos —expuse mis temores ante la salida de un posible libro—. Acabar una novela es un proceso capital. Es como si te tiras de un edificio muy alto y a mitad de camino piensas que te has equivocado y no te deberías haber tirado. En cambio, comenzarla es lo contrario. Piensas que no debes tirarte de ese rascacielos y que estás muy bien donde estás.

El café humeaba y desprendía un olor intenso por toda la habitación.

—Unos ejemplos un poco traídos con alfileres —dijo Isabel poniendo una cara a medias entre la incredulidad y la sorpresa.

—¿Cuantos cafés habrán degustado estos libros? —me atreví a preguntar.

—Supongo que muchos —me contestó sin pensar en la pregunta sino en lo que le había dicho sobre la escritura.

—Imagino los contertulios de mi bisabuelo, alrededor de esta mesa, discutiendo sobre política. El eterno problema de este mundo siempre dividido en dos grupos —comenté mientras cerraba los ojos para dar más fuerza a mi palabra—. Se reunirían en la biblioteca. Un café humeante serviría para estimular las neuronas y pasarían la tarde entre tertulia y conversaciones acerca de lo divino y de lo humano. Serían unas discusiones entretenidas.

—¿Te hubiera gustado asistir a ellas? —preguntó Isabel con un punto de curiosidad no exento de picardía.

—Hubiera dado lo indecible por estar en ellas, participar, comentar, discutir. Una vida muy sugestiva —comenté mientras me servía otra taza de café—, al menos me hubiera gustado ver el ambiente a través de un agujero en la puerta.

—Sería interesantísimo participar en sus tertulias —señaló Isabel a la que la idea no le hacía tampoco ascos.

—Yo solo escucharía y hablaría lo menos posible. Sería una experiencia extraordinaria que me gustaría conocer a través del túnel del tiempo, ¿te imaginas?

—Ya sabes que en las sociedades, desde antiguo, está el polo positivo y el negativo, el sí y el no, la dualidad que hace que todo tenga dos polos —precisó Isabel.

—Es el principio de la polaridad —corté yo—, norte-sur; frío-calor;

alto-bajo; amor-odio, que se aplica, de alguna manera, al pensamiento político. Existen los liberales y los conservadores, la derecha y la izquierda…

—Los rojos y los nacionales —terció ella—, y a propósito lo de amor-odio espero que no se aplique a nosotros.

—Tiempo al tiempo. Ahora estamos en el plano…

—El plano del amor. Dilo sin titubeos —señaló Isabel con la precisión con la que siempre actuaba mientras me daba un abrazo que cerraba con la pasión de un beso intenso.

—Tú siempre tan precisa.

—Por supuesto. Nada mejor que ir al grano. Nada de titubeos, vueltas y revueltas. Solo sirven para perder el tiempo, si al fin, vas a llegar al mismo objetivo, pero con un rodeo.

—A veces es bueno establecer un entorno, un ambiente, que nos conduzca a la situación deseada —contesté en un intento de parar lo que se me avecinaba e intuía.

—Estoy de acuerdo, pero en este caso, el escenario ya está creado. Hay que dejar que actúen los protagonistas.

—Que somos tú y yo ¿verdad? —señalé perspicazmente.

—Tú lo has dicho. Y así la obra comienza, y esperemos que tenga buen final.

—¿Y cuándo quieres que comience la obra? —pregunté, más que por curiosidad, para estar preparado. Quería tener preparadas a mi alcance las armas.

—Es un poco pronto. Es necesario que haya más ensayos. Los que ha habido, hasta ahora, no han sido suficientes —me dijo sonriendo.

—En ese caso me avisas. Me gustará estar prevenido.

—Creo que te voy a dejar trabajar en la novela. Mientras tanto yo leeré algún libro de tu biblioteca.

—Y cuando te canses preparas la comida. Tengo una botella de Rioja que está diciendo «ábreme y degústame».

—Eso suena muy sensual —especificó Isabel al tiempo que hacía un gesto femenino.

—No era mi intención que lo fuera. Simplemente me refería al vino.

Con esta frase me levanté del sofá y me acomodé en el sillón frente al ordenador para seguir el hilo de la trama que estaba pergeñando. Todavía era un esbozo, pero ya iba tomando cuerpo y en los días que me quedaban para completar las dos semanas, seguro que tendría las suficientes cuartillas para que mi jefe-editor aflojara la mosca y me hiciera el consabido adelanto económico. Estaba en el capítulo en que los personajes principales habían descubierto un mapa debajo de la fuente del jardín de Anglona que les llevaba a un punto en el norte de la provincia de Burgos, la comarca conocida como Ojo Guareña. Había dejado, en la biblioteca, a la protagonista leyendo uno de los múltiples

libros. El siguiente cuadro tendría que ser, por fuerza, en ese lugar. Allí pensaría un escondite en el que una persona importante hubiera guardado un tesoro.

—¿Has preparado algo para comer? —pregunté, de improviso, a Isabel.

—Deja la novela y ven a la mesa. Ya verás que ricos están estos espaguetis. Vete abriendo la botella. Es necesario acompañar este plato con un buen caldo y parece que lo tienes preparado.

No lo dudé un instante. La opción que se me presentaba era sugestiva, y la cara de Isabel para ofrecérmela era lo mejor que me estaba ocurriendo. Así que interrumpí la escritura, cerré el ordenador y me acomodé en la mesa, no sin antes abrir la botella prometida. Era el reposo del guerrero, el descanso del provocador, el que trataba que con su escritura pudiera estimular el ingenio del que leía mis novelas. Ese era uno de los objetivos que me proponía al escribir. Hacerlo sin más no merecía la pena. Era obligado avivar, fustigar, comprometer al lector. En una palabra, espolear la imaginación, fomentar su complicidad con los personajes e incluso con el mismo escritor. Esta era, a mí modo de entender la literatura, la cualidad que debía de tener un buen libro. Si el escritor y el lector no participan en un proceso activo y bidireccional, no merece la pena lo que se haga. Poner las palabras en un folio en blanco, sin algo detrás, no es el objetivo que quería tener. Un texto debe comunicar algo, contribuir a un proceso intelectual entre el autor y el lector, con el libro como vehículo de transmisión. Nada hay peor que alguien al terminar de leer tu novela te diga: «Está bien. Me ha gustado». Es un comentario frío, descarnado, crudo. Puede ser real, pero al tiempo es triste. El escritor lo recibe como un jarro de agua en pleno invierno.

—¿Cómo va la escritura? —abordó una pregunta como si fuera mi editor al tiempo que rompía el ritmo de la reflexión.

Serví dos copas de Rioja y le ofrecí una. Así pude tener unos segundos para dar una respuesta cabal.

—Avanzando. Creo que en unos días visitaré la oficina del jefe para entregarle algunas cuartillas.

—Y que te pague. No se te olvide —especificó Isabel, siempre más en la realidad de los tiempos. No estamos para perder oportunidades. Además, ya se sabe que el escritor siempre está a la cuarta pregunta y necesita ser engrasado de vez en cuando.

—No te preocupes, ni a él ni a mí se nos olvida. Tiene mal genio, es un déspota, pero en los temas del dinero es honrado —contesté rápidamente.

—Pues así es mejor.

—Estos espaguetis están para chuparse los dedos —dije mientras me introducía un bocado bien repleto.

—Siempre me han salido muy buenos. Me alegra que te gusten —sonrió al agradecer mi satisfacción gastronómica.

—Mañana salimos para Ojo Guareña —dije de improviso.

—¿Cómo? —mostró su mejor cara de sorpresa.

—Pues eso que mañana salimos para Burgos.

—¿Y eso por qué? —hizo la pregunta sabiendo cuál era la respuesta, pero tenía que decir algo.

—Tenemos un mapa que lo dice. Hay algo escondido en esas grutas milenarias.

Isabel supo desde el principio, al menos desde que estuvieron en el jardín de Anglona, que le pediría que le acompañara, y también supo que no se negaría a ello.

—¿Y cómo piensas que vayamos?

—Muy sencillo. En coche. Parece que es la mejor opción.

—¿En cuál?

—En el mío ¿en cuál va a ser?

—No sabía que lo tuvieras.

—No me lo preguntaste —contesté rápido como una flecha—. Lo uso muy poco, solo cuando salgo a carretera. En Madrid es imposible y prefiero el transporte público.

—¿Y podías decirme algo del plan? —preguntó ligeramente airada, más que nada por no haberle pedido la opinión ya que se sentía coprotagonista de esta historia.

—Lo organizamos sobre la marcha. Vamos a ese lugar. Dormimos en un pueblo que está cerca, a unos quince kilómetros. Espinosa de los Monteros es un lugar muy interesante, blasonado y con casas solariegas. Muchos indianos regresaron desde lugares lejanos.

Ella se quedó pensativa. Quería dedicar un tiempo a pensarlo. Salí al balcón. Unas nubes grises presagiaban lluvia. Venían preñadas de agua y querían soltarla en cualquier momento. Un cielo encapotado y triste, que dejaba ya caer algunas gotas señalando lo que se avecinaba. En unos segundos las pocas personas que iban por la calle comenzaron a correr de un lado para otro. Unos se resguardaban en los portales esperando que escampara; otros tenían la esperanza de poder llegar a su casa antes de que el cielo se precipitara como una tromba y se llevara por medio todo lo que encontrara a su paso. De pronto el cielo se abrió en dos partes y dejó caer el diluvio universal. Grandes ríos de agua bajaban por la calzada inundando aceras y soportales. De cuando en cuando, recias ramas de los árboles nadaban en esas aguas y los coches se movían al compás de la corriente. Una tormenta de las que, al día siguiente, hablarían los periódicos, contando las salidas de los bomberos, los derrumbes de techos y los garajes anegados. No recordaba algo parecido, aunque cuando era pequeño, cierta vez, hubo un vendaval parecido acompañado de agua. Las ráfagas azotaban

nuestra casa. Un auténtico aguacero de los que marcan época y que a nosotros nos cogió, en aquella ocasión, en la casa de verano. Afortunadamente no ocurrió nada que tuviera consecuencias. La ventisca paró a las pocas horas y con ella las trombas que inundaron el campo. Dos días después no había casi señales del huracán. Algunas ramas rotas, árboles caídos, derrumbes de algún techo y poca cosa más. El cielo se mostraba claro y limpio.

Me volví hacia el lugar donde estaba Isabel. Estaba pensativa sin saber a qué carta quedarse.

—Entonces ¿qué has decidido? —pregunté de repente sin casi darle tiempo a la contestación.

—Me hubiera gustado que me lo hubieras preguntado.

—Eso ya me lo dijiste antes.

—Te lo digo de nuevo porque no me has dado una explicación convincente.

—Ni convincente ni no convincente. No te la he dado —mascullé mi respuesta arrastrando las palabras.

—Pues empieza a decirme algo.

—Quería que fuera una sorpresa —dije titubeando mis expresiones ante la dureza de las suyas.

—Y así ha sido.

—Se me ocurrió de pronto. No lo tenía previsto antes. Tenemos un coche, el mapa que nos indica la zona ¿qué hay de malo en que vayamos a ese lugar? No lo conoces y así haces turismo.

—Ninguno, pero insisto, si me lo hubieras preguntado hubieras quedado mejor.

—Está bien —me levanté y le di un beso que parece que, de momento, calmó la tempestad.

—¿A qué hora quieres que salgamos? Debo hacer la maleta.

—Ya lo había pensado. Te llevaré a casa. Te espero mientras la preparas y te vienes aquí. Así salimos directamente desde mi casa. Calculo que tardaremos cuatro horas en llegar a Espinosa de los Monteros y al día siguiente, a primera hora, vamos a las grutas.

—Me parece un plan perfecto —me dijo sin dejar ninguna duda a su aceptación.

—Será un viaje interesante para mi novela —contesté con cara de agradecimiento. Tenía mis dudas en cuanto a que asumiera el programa en su totalidad.

—Y también para que estemos juntos —contestó con cara de arrobo.

—Es otra posibilidad —apunté con expresión que dejaba traslucir alegría.

—Además, esto me servirá para conocerte mejor —repuso con su mejor gesto. Un mohín que a mí se me antojó que traducía una confidencia íntima, como las mujeres cuando manejan los abanicos,

un lenguaje gestual que lo dice todo sin manifestar nada. Una sensualidad a prueba de tipos duros.

Estaba anocheciendo. Las nubes ya habían descargado todo lo que tenían que liberar. Se habían desfogado a conciencia, aunque las calles estaban desiertas. La tromba de agua había sido la excusa para que todo el mundo desapareciera y, por lo que se veía, no volverían a salir a la calle hasta la mañana siguiente. Era un buen momento para acompañarla a casa y recoger la maleta. La tormenta dejó un aire nítido, claro, transparente.

—Te espero en el coche mientras preparas tus cosas.

—¿No quieres subir? Tienes sitio para aparcar.

—Como quieras —respondí dando sentido a mi deseo de conocer su vivienda.

El piso estaba situado en un barrio de clase media, y en una calle peatonal más bien estrecha por lo que encontrar lugar para dejar el coche no era tarea nada fácil. Afortunadamente, esa noche con el aguacero era más sencillo encontrar sitio para aparcar. Era un segundo piso por lo que utilizar el ascensor era potestativo. Al cruzar el umbral del domicilio me encontré con un amplio vestíbulo que daba acceso a varias puertas. La de la derecha era la del salón que se comunicaba con un comedor del que salía una puerta a la cocina. De la entrada salía un pasillo que comunicaba con varios dormitorios y cuartos de baño. Al ser una casa de construcción antigua la distribución del interior no era moderna pero el conjunto estaba bien acoplado. Había tres dormitorios y dos cuartos de baño muy modernos. Isabel había vivido con sus padres hasta que murieron hacía dos años. Sin más dilación me condujo al salón bien decorado con un diseño moderno. Una televisión amplia, de pantalla plana, presidía el conjunto de sofá y sillones. Dos vitrinas, una a cada lado, eran el adorno heredado de sus antepasados. En su interior figuritas de porcelana, relojes antiguos, un juego de café del siglo pasado y otras menudencias salpicaban las repisas. En un rincón un reloj de pie daba las campanadas a nuestra entrada. Al fondo una gran biblioteca que, sin ser tan grande como la mía, era considerable. En ella descansaban libros de todas las edades y temas. Los anaqueles rezumaban sabiduría. Estaban los de historia, los de política, las novelas de la literatura española. Pérez Galdós junto con Pío Baroja, Unamuno con Machado, todos juntos y en camaradería, dormían el sueño de los justos.

—Siéntate y toma posesión de tu casa —señaló nada más franquear la puerta del salón—. Iré a preparar la maleta.

Estas palabras sonaron a mis oídos como música celestial. ¿En serio me había ofrecido su vivienda? ¿O era solo una frase educada? Creo que la había pronunciado con sinceridad.

—Prefiero fisgar en tus libros ¿te importa? —pregunté mientras me

acercaba lentamente al lugar donde reposaban los libros.

—En absoluto. Mira lo que quieras mientras preparo mi maleta.

Estuve unos veinte minutos, que se me hicieron segundos, visitando su mausoleo literario. Pude observar que su bisabuela y los demás antepasados enriquecieron los anaqueles de este lugar con preciosos libros, ricamente encuadernados en piel. Algunos tenían, además, las iniciales de los dueños de los libros. La mayor parte de ellos tenían en la primera página el sello de exlibris, lo que coincidía también con parte de los míos. Especialmente de los más antiguos pues era una costumbre de los antepasados. Yo había perdido esta costumbre, pero estaba dispuesto a recuperarla en cuanto acabara con lo que tenía entre manos.

Esta locución latina significa «de entre los libros» y suele ser una etiqueta, grabado, rótulo o sello colocado en el reverso de la cubierta o tapa del libro o bien en su primera hoja en blanco indicando el dueño del volumen. Siempre me había gustado esta sencilla costumbre que daba impresión de nobleza, de un brillo especial, de una acrisolada cultura que definía al poseedor del libro como un caballero hidalgo, lleno de dignidad y porte. Un esplendor especial que denotaba señorío. Parece que su familia también era aficionada a coleccionar libros antiguos. Su bisabuela era una gran lectora y se afanaba en comprar todo lo que se le ponía por delante.

La cuestión es que aquellos veinte minutos de mi excursión bibliófila, se transformaron en una hora mientras ella, pacientemente, esperaba sentada en el sofá.

—Por mí no te preocupes. Tómate tu tiempo —me dijo impregnada de la sorna que la caracterizaba. Y añadió con cierto desparpajo—: yo con verte tengo suficiente.

Me volví para ver qué cara había puesto al pronunciar esta frase y en efecto pude contemplar su fina ironía y agudeza.

—Termino enseguida —contesté medio avergonzado al tiempo que mostraba mi reticencia a dejar este menester—. Me tienes que invitar otro día con más tiempo. Hay muchos libros para ojear. Es una delicia rodearse de este ambiente. Un entorno sorprendente que te cautiva al entrar.

—Siempre que quieras. Ya te he dicho que esta es tu casa —y volvió a hacer ese mohín que me encantaba.

Estaba claro que conmigo había encontrado a alguien que la comprendía, con el que disfrutaba de su compañía. A mí me sucedía lo mismo. Nunca hasta ahora había tenido esta sensación. Tuve otras novias, pero ninguna de ellas me había llenado como esta. Teníamos los mismos gustos, disfrutábamos con los libros y con la lectura. Congeniábamos en todo o mejor dicho en casi todo ya que a veces se picaba por ciertos comentarios o incluso por palabras y frases no

pronunciadas. Tan malo era lo dicho como lo callado. Así que, a veces, no sabía cómo acertar. Pero en todo lo demás la afinidad era cien por cien.

—Aceptaré tu invitación más pronto que tarde —dije exultante por lo que ella traslucía con sus ojos glaucos. Ese mirar sereno, ese brillo especial de unos ojos acuosos, ese reflejo que inundaba el entorno, todo era una expresión de candidez, ternura y éxtasis.

—Nada más que volvamos del viaje —contestó como una flecha en dirección del objetivo.

No tardamos más de media hora en subir de nuevo a mi piso dejando el coche en el garaje. Había sido un día duro y teníamos ganas de descansar.

—Esta es tu habitación —le dije cuando cerramos la puerta detrás de nosotros —la mía es la de enfrente. Cada una tiene su cuarto de baño. Podrás estar cómoda.

—¿A qué hora salimos? —preguntó.

—Si te parece a las ocho. Desayunamos de camino en un lugar que conozco y donde siempre acudo cuando voy por esa carretera.

Isabel cerró la puerta. A los pocos segundos se oyó el clic de la luz. «Debe estar cansada» pensé mientras me metía en la cama «un día largo y lleno de emociones. Mañana tendremos más». Mientras me metía en la cama y me preparaba para dormir pensaba en todo lo que me había sucedido en los últimos días. Todo muy deprisa, un ritmo vertiginoso que casi no me había dado tiempo a digerir. En la habitación contigua estaba ella, una preciosa mujer a la que hacía muy poco no conocía y, sin embargo, estaba ligada a mi vida con un cordón umbilical de dos familias separadas en la distancia, pero unidas en el tiempo.

10

Año 1940

El paso de los Pirineos en pleno invierno era un suplicio. Antoine y Juliette lo solían hacer juntos ya que, aunque conocían el camino, después de hacerlo varias veces, se apoyaban mutuamente en sus dificultades. Siempre les acompañaba un guía que conocía la región palmo a palmo, ya que cruzaba esa ruta casi todos los meses. El grupo se componía de cuatro pilotos y el guía que les acompañaba justo hasta la frontera y regresaba por el mismo camino. En total eran siete personas, lo que hacía que fuera relativamente fácil la estructura. Ellos caminaban en la retaguardia y el guía, que no siempre era el mismo, iba delante marcando el camino e informando de las distintas vicisitudes que se iban encontrando. Caminar por monte era complicado. Había que salvar vados, veredas agrestes, trochas, muchas de las cuales no habían sido holladas por el hombre. Y si esto era difícil en primavera, otoño o verano, en invierno la situación se dificultaba por las inclemencias del tiempo. La lluvia, la nieve y las bajas temperaturas obstaculizaban los caminos por lo que la marcha no solo era más lenta sino también más peligrosa. A veces una caída daba al traste con el éxito de la operación y obligaba a que los compañeros del grupo tuvieran que improvisar unas parihuelas para transportar al herido. Todo esto enlentecía la marcha hasta el punto de que el paso de los Pirineos podía durar bastantes más horas que las previstas. Nada de esto estaba improvisado. Se había tenido en cuenta cualquier eventualidad y la solución posible por lo que, a pesar de la dificultad, el recurso era la consecuencia del problema. Ya llevaban material para, sobre la marcha, preparar unas camillas y colocar al herido en ellas. Afortunadamente los pilotos eran fuertes y capaces de subvenir al transporte. La marcha era algo más lenta pero así mismo efectiva.

Nada más entrar en territorio español se dirigían al consulado británico de San Sebastián. Saludaban al cónsul, el cual les daba dinero para continuar con el trabajo. El abastecimiento de la red era difícil y costoso. Después de un pequeño refrigerio y descanso por unas horas, se despedían de los pilotos y tomaban el tren desde Hendaya a París, para volver a empezar otra vez.

El viaje de regreso tenía que tener las mismas precauciones que el de la ida. Afortunadamente el trayecto era directo y no tenían que hacer transbordo por lo que se arrellanaban en el departamento, cogían un libro y no levantaban la vista de sus páginas. Entraban y salían alemanes en las distintas paradas, pero ellos no se inmutaban. Hacían como si las cosas no fueran con ellos. Cuando algún alemán les miraba de manera sospechosa, ellos hacían como si no les vieran, manteniendo la vista baja. Alguna vez algunos de los militares les hacían preguntas y ellos contestaban con monosílabos sin querer mantener una conversación. Esa era la táctica empleada en su viaje y, hasta ahora, había sido positiva. Afortunadamente los alemanes entraban y salían en cada parada del trayecto. Nunca el mismo grupo de militares comenzaba con ellos y terminaba en París. Mantener esta posición, durante tanto tiempo, era muy complicado. Generalmente, cuando llegaban a la estación de París Montparnasse les esperaba su contacto siempre con idéntica contraseña: un cesto de frutas bajo el brazo. Sin ningún saludo, comentario o conversación se dirigían a un viejo Citroën que les conduciría al refugio: una librería, conveniente disimulada en un barrio periférico. Todos los que entraban y salían de la misma tenían la precaución de llevar libros en la mano. De esta manera trataban de pasar desapercibidos. Estas precauciones eran necesarias y obligatorias. La manera de ponerse en contacto era siempre un cesto de frutas o verduras que debían transportar. No había otra contraseña. El silencio y el cesto de frutas eran suficiente.

La librería se encontraba en una calle estrecha, junto a una entrada de coches que daba a un gran patio donde aparcaban el vehículo. Salían lo más rápido posible y entraban por una puerta lateral. El interior estaba plagado de libros de todas clases y temas diversos. En los anaqueles se agolpaban libros, manuscritos antiguos, legajos y toda clase de material de lectura. La mesa de la recepción, desde donde el librero atendía a los clientes, era de madera vieja, destartalada en los ángulos y desvencijada en el centro. Era conveniente no apoyarse con fuerza ya que se corría el peligro de ir al suelo con ella y con los libros. Detrás, había una cortina que daba paso a una gran habitación con otra serie de aposentos. En el fondo de una de las estancias laterales había una estantería que hacía las veces de rinconera que se movía, merced a un resorte disimuladamente escondido, dando entrada a otra habitación. Con una leve presión y una ligera rotación se daba acceso a una estancia amplia que tenía en su centro una mesa camilla y varias sillas alrededor de ella. En una alacena se guardaban algunas botellas de cerveza y de vino, así como una cafetera. Era necesario para aguantar las largas sesiones de espera y conversación que se desarrollaban en ella.

Allí sentados, desordenadamente, los miembros del grupo discutían

sobre los distintos pasos que iban a dar en el futuro. Decidían los folletos que querían distribuir e incluso los redactaban. Uno de ellos los llevaba a una imprenta, al otro lado de la ciudad, donde se imprimían y se dejaban preparados para su distribución. Nunca eran los mismos, ya que la célula se dividía en varios grupos y cada uno tenía una misión distinta que cambiaba convenientemente para evitar las sospechas. Se movilizaban en bicicleta si la distancia era larga y si era corta andando, pero siempre de dos en dos, procurando que fueran hombre y mujer juntos. Una pareja de enamorados era lo mejor para salvar cualquier situación complicada. Todo esto requería una perfecta organización. Si alguno de ellos no daba señales de vida en veinticuatro horas, el grupo se disolvía ante la sospecha de que estuvieran vigilados o de que una redada los cogiera en plena faena. No había otra reunión hasta que pasara una semana y siempre en un lugar distinto que, por supuesto, se decidía en ese momento, y así el que había sido hecho prisionero no sabía el siguiente lugar de reunión. De esta manera se preservaba la integridad del grupo. El que cayera ante la policía francesa o ante los alemanes estaba al corriente que no podía poner en peligro a sus compañeros por lo que debería estar callado, al menos, por un día.

Se necesitaba una compleja estructura que iba variando en función de las circunstancias. Nada era inmutable y cada paso se sometía a la opinión de los otros, de tal manera que las operaciones que se llevaban a cabo eran sometidas a un análisis completo. Cada miembro daba su sugerencia y no se aprobaba si no tenía, al menos, los dos tercios favorables del grupo. Las decisiones eran consensuadas y muy bien analizadas, pues los franceses colaboracionistas estaban por todas partes. Nadie se fiaba de nadie. Se había dado un caso en el que dos amigos íntimos pertenecían al mismo grupo de resistencia y ninguno de ellos sabía lo que hacía el otro, hasta que en un momento preciso coincidían en la misma misión. El anonimato se extendía no solo a los amigos sino también a las familias. Cada grupo era autónomo e independiente de los otros. La caída de uno de ellos no debía afectar al resto ya que nadie tenía información de lo que hacían los otros. E incluso dentro del mismo grupo la información de cada uno era específica para él y no sabía lo que hacía el otro ni donde se reunía. Todo estaba enfocado a la compartimentación del conocimiento. De esta manera se mantenía, en lo posible, el anonimato y el secreto de las distintas actividades. Todo el país estaba cubierto de diferentes células independientes, desconocidas de unos y otros. El objetivo era hacer el mayor daño posible con el menor riesgo para los integrantes de los diferentes grupos. Si caía uno ya se sabía que el final era un campo de concentración o el fusilamiento ante un paredón. Los pasquines iban de un lado a otro, los paracaidistas, al principio

desperdigados y después integrando distintos grupos, caminaban a España por distintos caminos. Los responsables de este trabajo eran Antoine y Juliette, aunque no siempre, pues para evitar sospechas, de vez en cuando, descansaban y eran otros los que se hacían responsables de este trabajo.

—Estoy bastante cansada —le dijo Juliette a Antoine, cuando este estaba enfrascado en el estudio de unos mapas de la región—. ¿Qué estudias? —apuntó una pregunta dado que no había mostrado interés a su comentario.

—He recibido órdenes nuevas de que tenemos que ir a recoger a un piloto que se encuentra escondido en una granja cerca de Tours. Parece que deambulando, totalmente desorientado, por el bosque cercano tuvo la suerte de encontrarse con un partisano que le ayudó a esconderse y le dio ropas de campesino, pero que no sabe qué es lo que tiene que hacer ahora.

—Imagino. No tiene infraestructura para seguir con el problema. Sabe cómo esconderle, pero no qué hacer después — contestó Juliette.

—Exacto esa es la situación —y ahí entro… entramos, mejor dicho.

—Pensaba que yo no tenía parte en este entierro.

—Espero que no lo sea —contestó Antoine haciendo caso omiso al comentario fúnebre.

—Es una frase hecha. Yo tampoco deseo problemas con nadie y menos con los paracaidistas que se están jugando la vida en esta guerra.

Estaban en la trastienda de la librería. El ambiente tenía una sensación de letargo, de adormecimiento. Estar rodeado de manuscritos antiguos y libros de todas clases da una especie de modorra, un sopor imposible, máxime cuando llevaban casi dos semanas sin parar, de un lado a otro. Los alemanes rodeaban toda la ciudad. El toque de queda marcaba el tránsito en las calles. Nadie podía circular por ellas a no ser que llevara una documentación especial que se lo permitiera. En unos pocos minutos las calzadas eran un desierto. Nadie se atrevía a circular por ellas y los pocos que lo hacían iban deprisa, escondidos en las sombras; de portal en portal, tratando de esquivar los controles que había en cada esquina. La cartilla de racionamiento era todo lo que poseían los franceses para su subsistencia. No les daba para muchas cosas y, por supuesto, para ningún capricho. Una alimentación básica con legumbres, verduras, algún panecillo y una botella de leche a la semana. La carne escaseaba y solo se encontraba en el mercado negro. Los más pudientes, que tenían dinero ahorrado y escondido en el colchón, podían tener la fortuna de encontrar algo más agradable al paladar. En esa época era una costumbre esconder el mucho o poco dinero que se tuviese en los entresijos del colchón. La gente se encontraba de esta manera más

tranquila.

La somnolencia que invadió a Juliette hizo que cayera dormida en el jergón que ocupaba uno de los rincones, y que era utilizado por alguno de los aviadores escondidos en la librería. Antoine aún podía mantenerse en vigilia por lo que se dedicó a revolver los legajos que estaban en el suelo, junto a una alacena. Al principio no les dio importancia, pero poco a poco, su curiosidad pudo más que su cansancio, vio que algunos documentos tenían valor. Eran semblanzas de la Francia real antes de la revolución. Estaba buceando en la médula de la historia. Había algunas cartas manuscritas de Voltaire, Rousseau, el documento original de las *Fleurs du mal* de Baudelaire, un conjunto de poemas editados en 1857, pero lo verdaderamente asombroso era que, en estas páginas desordenadas, los poemas estaban escritos a mano. Un descubrimiento extraordinario, aunque en los tiempos que corrían tenía poco valor. Era más importante poseer una barra de pan que estos poemas. También pudo encontrar los famosos cuentos de Guy de Maupassant. Había también primeras ediciones de Gustave Flaubert con su novela Madame de Bovary y Honoré de Balzac con *las ilusiones perdidas*. Stendhal, uno de los escritores que Juliette gustaba de leer en su juventud, en especial *Rojo y negro*. Una trama de la Francia de 1820 en torno a las ambiciones de un joven para salir de la pobreza. Una buena muestra de un estudio psicológico que influyó en los escritores del realismo.

En otra parte del rincón había un montón de documentos de autores desconocidos. Parecían ser manuscritos rechazados que no habían visto la luz de la imprenta, y que alguien no había encontrado mejor lugar que dejarlos amontonados en espera de un final feliz. Posiblemente algún editor desbordado por tantos originales que no había podido aceptar y que optó por dejarlos en un rincón de la librería en espera de tiempos mejores. Existía también un cúmulo de legajos históricos, que seguramente procedían de algún coleccionista privado que los habría dejado a mejor recaudo en la librería. No quiso revolver más pues el cansancio estaba haciendo mella en él. Antes de buscar un lugar para acomodarse y echar una cabezada, encontró un pequeño librito que se guardó en el bolsillo sin siquiera echarle una ojeada. Le llamó la atención el forro de piel y el cuidado con el que estaba editado. Estaba hecho a mano y eso le imprimió curiosidad. Se le cerraban los ojos. No podía mantener los párpados abiertos. Su curiosidad fue menor que su debilidad. Se recostó en una esquina del habitáculo, frente a Juliette, y se quedó dormido en unos segundos.

Cuando Juliette se despertó vio a su novio junto a ella, descansando a pierna suelta. Miró el reloj. Eran casi las siete de la tarde. Había estado durmiendo dos horas. Le dejaría dormir un rato más y después se irían a casa. No quería que el toque de queda les cogiera en el

camino. Era muy peligroso andar por la calle después de esta hora. Si no tenías una buena justificación podías ir preso y eso no era conveniente. Empezarían los interrogatorios, las pesquisas, los registros y al final sabrían lo que estabas haciendo y pondrías en peligro al grupo. Por supuesto irías a la cárcel y quién sabe si no fusilado por colaboración con la resistencia. Era alta traición al Reich. También te exponías a que te llevaran a un campo de concentración lo que significaba una posible muerte diferida. Lo mejor era no tentar a la suerte y seguir las instrucciones marcadas. De esta forma se podría continuar con la labor de sabotaje y asedio continuado. Esto era muy efectivo y ponía a prueba la paciencia de los alemanes que no sabían ni cuándo ni de donde les vendría el golpe. Además, por otro lado, les obligaba a dedicar muchas fuerzas a este menester. En otro caso las tropas tendrían que estar en los frentes con el consiguiente problema para los aliados. Por todo esto su labor y la del resto del grupo eran fundamentales y tenían que continuarla.

A veces desfallecían y entraban en depresión, pero ambos se animaban y volvían a coger nuevo impulso. Solo necesitaban tres o cuatro días de descanso. El jefe del grupo le obligaba a ello. No quería tener con él personas cansadas, deprimidas o simplemente angustiadas. Les exigía optimismo y convicción en lo que hacían.

—Esta semana ha sido dura. Los alemanes están aumentando los controles —dijo Isabel en uno de los momentos de desaliento.

—He oído que el Reich ha mandado estrechar, aún más si cabe, los controles y las vigilancias de las calles. Parece que están muy molestos con la resistencia. No pueden tolerar ante la opinión pública que estamos liberando a los pilotos. La radio inglesa lo repite una y otra vez.

—Estamos socavando su orgullo nazi, su jactancia y soberbia que no tiene límites. Están llegando a pensar que son invencibles y que han venido a este mundo a implantar un orden nuevo basado en unas razas superiores en las que ellos creen —concluyó Juliette.

—Esto es lo que más les duele. Los periodistas están escribiendo ríos de tinta sobre el particular y esto les afecta en lo más íntimo de su estructura. De nada les valen los éxitos del frente si en la retaguardia están perdiendo la batalla. Y de eso somos nosotros los culpables.

—Al menos la guerra de la información. Y esto es fundamental para el éxito de una empresa.

11

Siglo XVIII

Alonso de Alvarado vivía estos años un Madrid lleno de cambios y un país sujeto a las veleidades de los políticos y gobernantes. Lo vivía con la intensidad del que no tiene otra cosa que hacer, aparte de gastar su dinero.

Los enfrentamientos estaban a la orden del día. Unas veces eran los austracistas los que ganaban y los borbónicos los que llevaban la peor parte y otras al revés. Así estaban las cosas y, mientras tanto, las tertulias y los círculos de discusión estaban en todo su apogeo. No había reunión, cenáculo o corrillo popular donde no se comentase la situación del país. Todo eran coloquios, dimes y diretes. Los mentideros de San Ginés estaban atestados de personas ávidas de conocer, de primera mano, lo que estaba pasando. En las recepciones los comentarios alternaban con las artes amatorias y los balanceos de los abanicos como si la guerra fuera un pasatiempo amoroso. «En la guerra y en el amor todo vale» era la frase que circulaba en esos lugares. La gente iba a enterarse de lo que pasaba y a transmitir unos mensajes que, a veces, llegaban deteriorados desde que se iniciaron. Los cambios en el camino eran frecuentes. Salían de una forma y llegaban a su destino de otra. La imaginación popular hacía el resto.

Los mentideros eran el periodismo oral, una especie de lugar donde se compartían los chismorreos de la ciudad. La costumbre venía desde el Siglo de Oro. Se localizaban en el barrio de las letras donde, en la plazuela de la calle del León, el mentidero de representantes, las gentes dedicadas al teatro y a la literatura lo frecuentaban. Otro lugar era la parte delantera del Real Alcázar donde personas relacionadas con la gobernación se reunían con otras deseosas de favores o concesiones. Otro sitio interesante eran las gradas de San Felipe en el convento que lleva su mismo nombre en la Puerta del Sol. La iglesia daba a la calle Esparteros y la calle Mayor. Aquí se reunían los que deseaban tener noticias de primera mano de las posesiones españolas. Era un lugar que frecuentaba Alonso. El interés que tenía era consecuencia de la vida que pasó en esos países y el atractivo por la política que, a pesar de la distancia, aún no había perdido. Este rincón estaba muy concurrido por la cercanía de la calle Mayor por la que

paseaba todo Madrid y Alonso lo hacía repetidamente. Los dos lugares a los que asistía eran este y el de San Ginés. Estaban muy cerca de su casa y eran cómodos.

Muchos de los asistentes hacían el recorrido por todos los mentideros ya que estaban en el centro, y de esta manera, experimentaban una información precisa de lo que pasaba; tenían la oportunidad de contrastar informaciones. Sin embargo, no todo lo que se cocía en ellos era verdad. Abundaban los chismes y las especulaciones. El imaginario popular era el deporte favorito de las clases medias y bajas. Las altas lo combinaban con los escarceos amorosos y navajazos políticos. Una mezcla de frivolidad y murmuración. La especulación era la base de los cenáculos. De esta forma iban pasando las semanas y las comidillas variando de protagonistas. Los enredos afectaban alternativamente a unos y otros dependiendo del momento y circunstancias.

Otro lugar al que acudía Alonso, con cierta regularidad, eran las corralas donde los poetas, actores y cortesanos, soldados y gentes de cualquier condición y catadura, vivían y donde los corrillos también eran fuente de información. Las corralas de la calle de la Cabeza, el Corralón situado en el cerrillo del Rastro, las de las calles de Lavapiés y Latina eran los lugares donde Alonso y su amigo Alejandro pasaban las horas perdidas. A veces se quedaban a ver la representación de alguna obra pues también eran lugares donde la comedia tenía su asiento. Un lugar donde las horas pasaban deprisa y donde los corrillos tomaban cuerpo de naturaleza.

Ese era el Madrid de la época. Era convulso pero excitante, inquieto pero interesante, donde las intrigas menudeaban en la calle, en las corralas y en los grandes salones. Todo incitaba a la picardía, a la argucia política o amorosa. Daba lo mismo: seducción o traición. Muchas veces el lance terminaba en el monte del Pardo. Era el capítulo final de una obra, muchas veces inacabada. A Alonso le tocó, más de una vez, ser padrino de uno de estos duelos. Era algo obligado, aunque no deseado. Su sentido del deber le llevaba a estos extremos y no tenía más remedio que canalizar una situación hasta su acto final. No había pretexto ni fingimiento ante una situación de este tipo. La provocación debía de acabar con la muerte de uno de ellos. A veces el duelo terminaba ante la primera sangre. De esta manera se evitaba la muerte, al menos en una primera instancia, aunque a veces se derivaba de la herida que se infectaba o que era de una gravedad extrema. Así la afrenta podía ser reparada y el encuentro amoroso, si lo hubo, olvidado.

—Me gustaría hablar con usted despacio —dijo un día Alonso a Alejandro.

—Cuando lo desee. Estoy a su disposición.

—Si le parece mañana damos un paseo por la casa de Campo. Parece que estos días hace bueno —señaló Alonso.

—¿A qué hora desea?

—Sobre las once creo que estará bien. Como vivimos cerca le espero a esa hora en mi casa. El cochero nos llevará y podremos hablar tranquilamente.

—Perfecto. A esa hora estaré allí. Será una buena oportunidad de pasar unas horas conversando. Hace tiempo que no lo hacemos y eso siempre es bueno.

El día amaneció con un cielo azul entreverado de nubes blancas, algodonosas, de dibujos y formas caprichosas. Alonso, después de tomar un café bien cargado y dado que tenía tiempo, decidió dar una vuelta por las calles aledañas a su casa. Como siempre iba acompañado de su bastón-estoque que, en alguna ocasión, le había sacado de algún apuro.

Por la calle del Arenal llegó a la plaza de Oriente, donde se levantaba el Alcázar Real. A finales de 1734 hubo un incendio que destruyó el Alcázar; cuatro años más tarde comenzó la construcción del Palacio Real. En el momento del incendio, en el convento de San Gil, tocaron las campanas a rebato y acudieron los cerrajeros, los únicos que en ausencia de los reyes podían entrar, que ayudaron a salvar las obras de arte.

Alonso, ya en sus años finales de vida, paseaba ayudado por su bastón; renqueaba conforme a su edad. Pudo ver los restos del incendio y cómo comenzaban las obras de construcción. Le invadió un sentimiento de desolación, de melancolía. Miró con tristeza el entorno. Una sensación de desconsuelo y amargura. A su vista se presentaban las obras del palacio y atrás los restos del convento de los Franciscanos Descalzos conocido popularmente como convento de San Gil, demolido por orden del rey José Bonaparte para abrir la plaza de Oriente. Sería la última vez que pasearía por esos lugares, y él lo sabía. Se acercaba la hora de la cita con su amigo Alejandro al que tenía decidido comentarle su última voluntad. Estaba cercano a los sesenta años; sabía que no le quedaba mucho tiempo y quería dejar las cosas claras y arregladas. Había venido de las Indias con una ingente fortuna y deseaba que acabara en alguien que se lo mereciera por su valor e inteligencia. No iría a cualquiera su riqueza. Tendría que ganársela.

Lentamente se dirigió a su casa ya que no quería llegar tarde a la convocatoria. Era muy importante esta entrevista con su amigo.

Cuando llegó a su casa, Alejandro ya le estaba esperando. Sin más dilación subieron al carruaje. El cochero salió despacio dadas las calles estrechas por las que tenía que pasar. Un lacayo cerró el portón cuando lo traspasaron.

—Vamos a los montes del Pardo —ordenó Alonso, haciendo un gesto con su bastón— o mejor, dijo cambiando de opinión sobre la marcha, vamos a la Casa de Campo. Hace tiempo que no la visito y me apetece ver cómo está en esta época.

—Creo que vamos a dar un buen paseo —intuyó Alejandro, mientras se repantingaba en el sillón del carruaje.

—Pongámonos cómodos y disfrutemos del recorrido.

Hicieron gran parte del camino en silencio. Cada uno mascullaba en su interior pensamientos que rebullían una y otra vez. Los de Alonso eran siempre sobre la cercanía de la muerte. Su gran paso que le acercaría a reencontrarse con su esposa y su hijo. Habían transcurrido muchos años y aún los recordaba día tras día. No eran fáciles de olvidar tantos años en el Nuevo Mundo, luchando por levantar un imperio, dar trabajo a sus múltiples trabajadores y crear una familia unida en el amor y en el quehacer. Y, ahora, después de tantos años, se encontraba en un carruaje camino de la Casa de Campo, sumido en tristes pensamientos y deseando cumplir su último deseo, algo que ya le comentó a su esposa antes de fallecer.

Al llegar Alonso a España los viajes, principalmente los realizados por el pueblo llano, se hacían a pie o en caballería, pero las clases pudientes y aristocráticas se movilizaban por diferentes medios de transporte entre los que se incluían los coches de caballos. Alonso adquirió, nada más llegar a Tazones, una calesa que le serviría para trasladarse a la capital. Un vehículo ligero, de viaje, con cuatro ruedas, capota en la parte trasera y suspendido por ballestas. En España había otro modelo. Estaba abierto por delante y con capota de cuero con asientos de dos plazas y dos laterales. El que compró Alonso tenía ciertas mejoras ya que estaba cerrado y tenía dos puertas de acceso, una a cada lado. Su antiguo dueño lo había adaptado de tal manera que fuera ligero para los viajes largos, y también sólido como para estar resguardado dentro de él. Un auténtico medio de transporte donde la seguridad y el anonimato primaban sobre otras cuestiones.

Cuando hizo la compra encargó un escondite donde pudiera guardar un par de armas que en caso de necesidad serían apropiadas como método de defensa. Una era la pistola de chispa que solo servía para un primer disparo; el segundo tiro era muy lento de cargar, pero podía tener un efecto muy lesivo para el atacante. La otra era una pistola tipo pedernal que debía sujetarse bien en el momento del disparo y que requería gran habilidad. Había que ser un tirador experimentado. Alonso lo era. Había aprendido a tirar con todo tipo de armas en las colonias e incluso utilizaba la espada con cierta soltura.

—Yo por mi parte suelo proveerme de esta daga española con una empuñadura antropomorfa de bronce que me la dio mi padre; a él le sirvió en contadas ocasiones, nunca se arrepintió de llevarla a mano

—avanzó Alejandro mientras se echaba mano al cinto y se la presentaba a su amigo.

—Vamos bien pertrechados. Mi cochero lleva también un fusil de cañón largo que dispara balas de largo alcance. Es un arma preciosa que trabaja con el mecanismo de llave de percusión. Me la regaló un amigo armero hace unos años y, desde entonces, nunca salgo con el carruaje sin que el cochero la lleve.

—La conozco. Consiste en un martillo-percutor que golpea una cazoleta de cobre con un cebo que al ser aplastado por el percutor explota liberando una llama por la chimenea que origina la ignición de la pólvora y la salida de la bala —señaló Alejandro que también tenía conocimientos de autodefensa.

—Hace años que no he tenido la posibilidad de utilizar ninguna de estas armas, pero en caso necesario siempre son bien acogidas. Recuerdo que una vez —Alonso continuaba con la explicación—, en una de las salidas nocturnas, que tuve que realizar urgentemente, me asaltaron dos individuos en plena carretera del monte del Pardo. Uno de ellos quedó muerto, y tendido entre los zarzales, y el otro malherido huyó como alma en pena. No creo que fuera a la policía a denunciar el asunto. Yo tampoco lo hice. El forajido quedaría en los anales de casos sin resolver y como enfrentamientos entre bandas.

—No son objetos de los que haya que renegar. Son prácticos y muy útiles…

—Especialmente cuando se necesitan —cortó Alonso con una leve sonrisa.

La amena conversación hizo que casi sin darse cuenta hubieran llegado a la Casa de Campo. Era un lugar de recreo y caza, así como dedicado para la cría del ganado. En la época de Felipe IV perdió parte de interés a favor del Buen Retiro. Con la llegada de los Borbones toma de nuevo interés ya que la construcción del Palacio Real reaviva la moda francesa y la consiguiente remodelación de los jardines. Un entorno preñado del romanticismo de la Ilustración. Era costumbre, en los días de la primavera y del verano, más largos que en invierno, salir a pasear con los amigos o la esposa. Por otro lado, también, era un buen lugar de encuentro para los amantes, a salvo de miradas indiscretas y rumores malintencionados. En esos tiempos la rumorología estaba a la orden del día.

—Yo suelo venir por aquí varias veces al año, especialmente en esta época en que los días son más pródigos y se puede aprovechar mejor la brisa de Madrid —señaló Alonso al tiempo que daba órdenes al cochero para que les llevara a un lugar tranquilo y apartado—. No quiero que nadie nos importune —terminó el mandato.

Lentamente, los movimientos de ambos no eran los de unos jóvenes, bajaron del coche y se dirigieron hacia un lugar que le gustaba a

Alonso. Eran los plátanos de sombra del huerto de la partida, un grupo pequeño de árboles de tronco alto y blanquecino, con grandes hojas palmeadas y frutos del tipo de pica-pica. La luz de la mañana les daba un reflejo especial que a Alejandro se le antojó luminoso y refulgente.

—Suelo venir a este lugar con cierta frecuencia y a estas horas. Está bien resguardado y tiene la ventaja del banco de piedra que, a pesar de su dureza, es cómodo —y dirigiéndose al conductor le dijo—: quédese cerca por si fuera necesaria su ayuda, aunque parece todo muy tranquilo.

—No se preocupe querido amigo. No hay nadie a la vista en varios cientos de metros. —Alejandro había sido marino en su juventud y presumía de una buena vista.

—Seguramente se preguntará para qué le traigo aquí — manifestó Alonso mientras se sentaba y apoyaba su bastón cerca. Había tenido la prudencia de sacar del carruaje una de las pistolas por si fuera necesaria.

—Le conozco hace tiempo, y si me ha traído hasta aquí convengo que será para algo importante. De otro modo un paseo por el centro de la ciudad hubiera sido suficiente.

—En efecto, querido amigo Alejandro. Desde que le conozco me ha dado ejemplo y muestra de una gran prudencia en sus manifestaciones. Cualquier decisión que le he visto tomar ha estado impregnada de sentido común.

Alonso apoyaba su mentón en el bastón. Su barba recortada y su amplio bigote le daban una imagen profesoral. Una persona curtida y dedicada toda su vida al trabajo, lo contrario a un docente que se ha pasado la vida en las aulas transmitiendo conocimientos. En el Perú dedicó todo su tiempo, a la familia y al esfuerzo. Dio un buen ejemplo con seriedad hacia sus responsabilidades. Nunca tuvo problemas en los negocios. Su caballerosidad fue paradigma de una labor bien realizada. A lo largo de los años tuvo la oportunidad de dar trabajo a muchas personas y parte de la fortuna que pudo hacer la repartió entre sus allegados que más lo necesitaban. Era famoso por su probidad y buen hacer y en todos los ambientes era respetado como persona de bien. Por eso cuando ocurrieron los tristes acontecimientos de la muerte de su hijo y, posteriormente, de su esposa, su casa era un hervidero de allegados y amigos que querían acompañarle en esos momentos tan luctuosos.

Alejandro, por el contrario, dedicó sus primeros años a la marina y en el momento en que consideró que su experiencia era suficiente y ya era mayor para continuar con esta profesión, decidió dedicarse al comercio. Su experiencia le avalaba en estas artes. En este oficio es donde le encontró Alonso cuando desembarcó en Tazones. De complexión fuerte, por sus años embarcado, presentaba una imagen de

persona elegante y bien parecida. En estos últimos años junto con Alonso había aprendido muchas cosas merced a las largas conversaciones con el marqués de Villena y el resto de los académicos. Sin pertenecer a esta institución sí que solían acudir de manera regular a las conferencias y a las tertulias públicas. Su patrimonio intelectual se fue enriqueciendo al tiempo que la amistad crecía.

—Querido amigo, me tiene a su completa disposición —dijo Alejandro.

—Necesito conocer su opinión en algo que he decidido hacer. Su mesura siempre me ha gustado y creo que, en este momento, me vendrá bien.

—Usted dirá —contestó Alejandro, para quien los deseos de su amigo eran órdenes. Era tal el afecto que le tenía que era incapaz de no agradarle hasta en sus mínimos deseos.

—Hace tiempo que vengo dando vueltas a una idea. Ya voy cumpliendo años, muchos más de los que mis compañeros tienen.

—Yo le veo muy bien. Está en plena forma… Todos cumplimos años. La alternativa siempre es peor —al decir esta frase, Alejandro sonrió levemente tratando de quitar hierro a la conversación que se avecinaba.

—Déjeme terminar. Por favor no me interrumpa. Le estaba diciendo que no me van a quedar muchos años de vida por lo que quiero y debo preparar mi legado. He decidido que sea para una persona que demuestre valor e inteligencia. Dos virtudes que siempre he admirado.

—¿Qué piensa hacer para ello? —preguntó Alejandro con un punto de extrañeza al tiempo que de curiosidad.

—Pensaba esconderlo en un lugar lejano de la capital. Pero quiero introducir antes un mapa para que se pueda identificar el lugar donde entierro mi fortuna. Bueno, no toda, solo parte. Dejaré una buena cantidad para obras de caridad.

—¿Está diciendo que quiere colocar un mapa donde aparezca el lugar donde va a esconder el tesoro? —cortó Alejandro.

—Pues dicho así no puede estar más claro —Alonso se distraía dibujando unas rayas en el suelo con el bastón. Durante unos segundos continuó con este juego.

Alejandro pensaba que era una manera de ganar tiempo. Alonso se levantó del banco, se acercó al tronco de uno de los árboles y con la punta del estoque hizo un corte.

—¿Ha visto este corte en la corteza? —preguntó de improviso.

—Sí. ¿Qué es lo que me quiere decir con ello?

—Muy sencillo. Igual que este tronco tiene un corte, mi vida también. Antes y después del regreso a España. Es necesario que tome una decisión con mi hacienda. La casa la dejaré a unas monjas de la vecindad. Ya he hablado con ellas y lo saben. Debo repartir todo mi

patrimonio antes de que muera y no pueda realizar este sueño. Quiero, de esta manera, trascender a otra época y a otras personas. Una reencarnación, ficticia, si quiere llamarlo así.

—¿Y qué ha pensado hacer?

—Esconder el legado en un lugar lejos de Madrid. Estoy dando vueltas, pero me parece que me decidiré por una zona en el norte de Burgos.

—¿Por qué esa zona? ¿Hay alguna razón especial?

—Mi esposa procedía de esa región. Había venido con sus padres desde un pueblo llamado Espinosa de los Monteros. Buscaban, como todos, salir de la pobreza y el aislamiento de sus lugares de origen. Salieron muchos de ese pueblo. Todos iban en busca de una vida mejor. Cuando llegó era prácticamente una niña. Nos conocimos cuando cumplió los dieciocho años y nos enamoramos enseguida. Sus padres dieron el consentimiento a la boda y allí mismo con un cura, que había ido con nosotros, nos casamos. Compramos una casa muy cerca de la de sus padres. A ellos les iba bastante bien la vida ya que habían montado un comercio y ganaban suficiente para sus necesidades e incluso para sus caprichos, entre los que se encontraba dar una buena educación a su hija. Pocos años después murieron los dos en un accidente y nos quedamos los tres, mi esposa, mi hijo y yo. Esta es la historia sucinta de mi vida en aquel país. —Terminó su disertación con una mirada triste y una voz apagada.

—Nadie lo encontrará si esta es su decisión —Alejandro quiso cortar los recuerdos de su amigo.

—Esconderé un mapa en un lugar, que quiero compartir con usted, de esta ciudad. Uno que nos retrotrae al pasado. Se trata de un jardín perteneciente a un palacete antiguo del centro de Madrid. Está junto a la plaza de la Paja en el barrio de los Austrias.

—¿Cómo se le ha ocurrido esto? —preguntó Alejandro mostrando toda su extrañeza.

—Quiero que el que encuentre el tesoro, en las grutas que hay en el norte de Burgos, sea alguien que muestre el valor y la inteligencia. Valor para realizar la empresa e inteligencia para interpretar el mensaje. Mi esposa siempre me hablaba de que había unas cuevas cerca de donde ella vivía y que alguna vez, cuando era pequeña, sus padres la llevaron a pasar el día. —La voz a estas alturas estaba ya totalmente ahogada por los recuerdos.

—Es muy buena idea. La aplaudo. Pero ¿qué pasa si nadie lo encuentra?

—Dejaré suficientes señales para que eso no ocurra.

El día mostraba todo su esplendor. La luz incidía, con fuerza, en las hojas del árbol bajo el que se estaban refugiando. La primavera enviaba todas sus señales de alegría y resplandor. Una ostentación

propia de la estación que acude, a su cita anual, con regularidad en una demostración de brillantez. Alejandro y Alonso alternaban sus comentarios con momentos de silencio. Realzaban, de esta manera, la profundidad de su conversación.

—El sol aprieta. Creo que deberíamos regresar —señaló Alejandro.

—Me parece bien. Pero no me dio su opinión sobre el proyecto que llevo entre manos.

—Es una buena idea, pero expuesta. Será necesario ir con prudencia.

—Trataré de dar señales. Por ejemplo, usted sabe que el marqués de Villena tiene en su poder un diario en el que va escribiendo informaciones, deslavazadas unas, inconcretas otras, pero que en su conjunto conforman un cuerpo de historia sólido. Es la memoria, agavillada en pequeños retazos, del Madrid de esta época. Allí escribiremos detalles del mapa que voy a enterrar. Le vamos a dar datos para que los inserte entre sus páginas. El poseedor de este manuscrito deberá leer entre líneas y extraer esta información. Con ella puede seguir el hilo de la investigación, llegar al mapa que está en el jardín de Anglona, y con este plano en la mano puede llegar a Ojo Guareña, el lugar donde estará mi fortuna. —Y añadió a continuación —: en esto es donde le requiero. Ya no soy joven y mi movilidad es reducida por lo que una persona como usted, leal y prudente, es lo que necesito. Es por esto que se necesita valor e inteligencia para llevar a cabo la misión.

Alejandro se quedó en silencio. Pensativo y callado, no tenía palabras para contestar. Un gesto afirmativo, con la cabeza, sustituyó a sus palabras.

El regreso a casa fue reservado. Ambos estuvieron sin hablar gran parte del camino. Cada uno abismado en sus pensamientos, en sus recuerdos, en sus vivencias personales. El carruaje traqueteaba conforme iba avanzando por el sendero pedregoso que solo desapareció al llegar a lugares más céntricos, ya casi en su vivienda.

—¿Le apetece quedarse a almorzar en mi casa? —preguntó Alonso de sopetón, como le gustaba hacer en momentos transcendentales—. De esta manera iremos dando cuerpo a esta historia.

—Es un honor para mí. Ya sabe de mi admiración por su persona.

—Le diré al servicio que ponga un cubierto más. Espero que no sea la última vez que me acompañe, en especial por este vino que le voy a ofrecer.

—Le haré los honores como se debe —replicó Alejandro que no hacía ascos a un buen almuerzo acompañado de un buen caldo.

—Ya sabe que la riqueza vinícola de Madrid, aunque no abundante es buena y data de época antigua. Este vino, que le voy a obsequiar, procede de unas vides de Alcalá de Henares desconocidas para el gran

público, pero no para nosotros, los *gourmets*, que sin llegar a ser catadores profesionales sabemos elegir. Me lo traen específicamente para mí, ya que es una cosecha muy pequeña que no sale al mercado. Solo es para los amigos que son capaces de degustarla.

—Usted siempre ha sido persona de buen gusto y sabe rodearse de lo mejor.

—No crea que esto ha sido así siempre. En las tierras allende los mares también tuve días de escasez y de lucha por la subsistencia. No me vino nada del cielo. Tuve que trabajarlo. Afortunadamente, Dios siempre estuvo conmigo y pude salir de situaciones difíciles y complicadas. Era otra forma de vida. —Álvaro no quiso continuar con sus recuerdos. Unas lágrimas le surcaron sus mejillas cuando hacía referencia a ellos.

En la sobremesa departieron largamente sobre el proyecto y los diferentes aspectos colaterales del mismo. No era nada fácil. Conseguir que Villena anotara en el diario los datos iniciales que llevaran al mapa era cosa sencilla, pero mantener en el secreto este plano, durante tiempo, se trocaba en algo más arduo. Había que pensar en un lugar seguro, pero también, al mismo tiempo, factible de encontrar para una persona que demostrase ingenio y probidad.

—Esta tarde iremos a casa del marqués y le informaremos de mi decisión. Es fundamental que lo sepa pues todo el programa debe tener un principio y este es el diario. Tiene que anotar algunos detalles para la posteridad.

—Ya lo había pensado. Es importante, en este negocio, que el que lea el diario tenga el suficiente ingenio para poder averiguar el lugar donde está el mapa. —Alejandro miraba distraídamente por la ventana.

—Para desenrollar el ovillo hay que empezar por ahí. Valor e inteligencia —repetía Alonso sin cesar.

—Sin embargo, creo amigo Alonso que hay algo que se le escapa. Me alegro que haya contado conmigo pues le demostraré que soy un buen asesor.

—¿A qué se refiere? —inquirió con cara de preocupación.

—Si vamos a enterrar el mapa, y perdone que lo diga en plural, ya estoy haciendo mía esta aventura, necesitaremos un albañil o una persona de confianza que sea capaz de enterrar el plano en el pie de la fuente, de tal manera que no sea visible, al menos, en los primeros tiempos. Este proyecto tiene que ser para dentro de trescientos años.

—Por lo menos —remató Alonso. Pero eso ya lo había pensado. Lo tenía en cuenta y era un tema que me preocupaba estos días. Encontrar una persona honrada y leal no es fácil.

—Conozco a esa persona —cortó Alejandro.

—Tiene que ser leal a la idea que llevamos entre manos. No creo

que sea necesario hacer como los antiguos: matarle o dejarle ciego y mudo —señaló Alonso mientras, riendo, se servía una copa de coñac.

—Una buena comida necesita un buen final. Le acompañaré con la copa.

Durante breves instantes paladearon el licor, haciendo tiempo para la visita a la casa del marqués.

—¿Quién es esa persona? —interrumpió Alonso que no paraba de reflexionar con el problema del escondite.

—Alguien que me debe favores y al que conozco hace muchos años. Será nuestro hombre fiel hasta la médula. Me ha hecho trabajos especiales.

—Hable con él. Podemos tener una reunión mañana a primera hora y si está de acuerdo nos vamos al jardín. El mapa ya lo dibujé hace tiempo, pues vengo dando vueltas a este tema desde hace meses. Lo tengo bastante bien pergeñado y espero que no se me escape nada.

—Sabía que usted era previsor, pero no hasta este punto. Vaya usted a la casa de Villena y yo me acercaré a ver a esta persona. Vive cerca del río Manzanares. He estado en su casa varias veces. Creo que sabré como encontrarla.

Madrid en esa época tenía un gran desorden urbanístico donde convivían la opulencia de los palacios de la aristocracia y las oscuras casas de los obreros. Un ambiente en que los pillos y delincuentes alternaban, por su vecindad, con la nobleza más acrisolada de la ciudad. Los riachuelos, los charcos, el barro estaban a la orden del día y, a veces, era difícil caminar, aunque se fuera en un carruaje.

—Le llevará mi cochero. Yo no necesito el coche. La casa del marqués está muy cerca y un paseo me vendrá bien.

—Mañana nos vemos a las diez. Le explicaremos la idea pues yo esta tarde no le voy a decir nada más que necesitamos de sus servicios y que se traiga las herramientas. Quiero que sea usted en persona el que le ponga al día de nuestras pretensiones.

—Está en todo, querido amigo. Nos vemos aquí mañana. Cuídese. Esos andurriales no son tranquilos.

—¿Olvida que voy armado? Nunca he tenido un contratiempo, aunque no bajo la guardia. Son tiempos delicados y complejos y la suerte no siempre va contigo.

—De todas maneras, no se confíe. Los cementerios están llenos de personas confiadas.

—Nunca se sabe. Seguiré sus consejos. El peligro acecha detrás de cada puerta. Mañana me tendrá aquí con el obrero.

12

Año 1995

Iniciamos el viaje sobre las nueve de la mañana. Era un día soleado donde la primavera vestía sus mejores galas. El sol comenzaba, a esas horas, a señalar que ahí estaba y que nos acompañaría toda la jornada. Había venido para quedarse, diría Isabel. Era de agradecer después de un invierno en cierto modo duro. El coche avanzaba lentamente por la carretera nacional N-1. En unas tres horas estábamos en Burgos, habiendo parado en Lerma para ver el casco histórico.

A esta ciudad se la conoce, también, como villa Ducal de Lerma. Su historia está unida a Francisco de Sandoval y Rojas, primer duque de Lerma, el valido de Felipe III. Es un conjunto herreriano, que llama la atención por su gran riqueza. El parador está situado en el palacio de Lerma. Fue allí donde propuse a Isabel tomar un café y descansar un poco.

—¿Qué te parece la plaza Mayor? —pregunté y sin esperar respuesta continué—. Es una de las más grandes de España.

Ella abría los ojos que parecía que iban a salirse de las órbitas. Era la primera vez que estaba en esta ciudad.

—Me gustó la entrada al casco antiguo a través del Arco de la Cárcel.

—Hay tres conventos de monjas de clausura. Por esto es muy conocida la villa. Están las carmelitas, las dominicas y las antiguas clarisas, hoy conocidas como Iesu Communio. En la plaza Mayor es donde se celebraban antiguamente las transacciones comerciales y la venta de ganado. En ciertas ocasiones servía de plaza de toros. El palacio Ducal es uno de los más importantes de esa época. En la Guerra Civil se utilizó como cárcel. Hoy es uno de los mejores paradores de España. El Arco de la Cárcel, que tú has comentado antes, es la única puerta medieval que se conserva. Hay una serie de conventos que hacen que esta ciudad sea muy popular. Está la colegiata de San Pedro, el convento de San Blas, el de Santa Teresa y los monasterios de la Ascensión, de San Francisco de los Reyes y de la Madre de Dios.

—¿Cómo sabes tanto de este lugar?

—Estuve viviendo cerca de un mes, en un momento en que un periódico me contrató para que le hiciera una serie de reportajes. ¿Sabes que en la plaza está enterrado el cura Merino, un héroe de la guerra de la Independencia contra Napoleón Bonaparte?

—Qué curioso es todo lo que sabes sobre historia y arte.

—No tiene un mérito grande ya que lo he vivido en primera persona. Estaría tres días explicándote la historia.

—¿Tres días con sus correspondientes noches? —recalcó ella.

—Las noches las dedicaría a otra cosa.

—Siempre pensando en lo mismo.

—Me refería a dormir. Es un buen momento para el descanso —recalqué con un deje de ironía.

—Así me gusta. Dormir y callar.

Seguimos hacia Burgos donde le propuse comer algo. Aparcamos cerca del Espolón, un lugar arbolado del centro de la ciudad, que conecta el Arco de Santa María con el Teatro principal. En el siglo XVIII, los carruajes pasaban por el centro del paseo. A finales de ese siglo se colocaron los cuatro reyes en un cuadrado frente a las Casas Consistoriales.

—Uno de los edificios que más me gustan es el Círculo de la Unión llamado también el Casino. Necesitó varias obras de remodelación y ampliación para tomar el aspecto actual. Los monumentos de Alfonso VI, el Cid Campeador y San Millán de la Cogolla tienen mucha relación con esta ciudad. Sin embargo, el Arco de Santa María es uno de los monumentos más emblemáticos de esta localidad. En la Edad Media era una de las puertas de acceso que comunica, merced al puente que lleva su nombre sobre el río Arlanzón, con la plaza del rey San Fernando donde está la catedral —parecía que me habían dado cuerda en mis explicaciones. Conforme iba paseando me venían a la cabeza uno detrás de otro los recuerdos de mi etapa de Lerma.

—¿A qué siglo pertenece el arco?

—Al XVI. Está construido en piedra caliza. Lo que más me gusta son las hornacinas donde están los personajes más significativos de la ciudad como los jueces de Castilla, Fernán González, el Cid y el emperador Carlos I al que la ciudad dedicó el arco después de las revueltas de los comuneros. Sobre ellos el ángel custodio de Burgos. ¿Lo ves en lo alto?

—Se ve muy bien. Es una maravilla de arco. Una puerta de entrada a la villa de la categoría de la catedral —señaló Isabel extasiada con lo que estaba viendo.

—Si te parece comemos algo. Yo no tengo mucha hambre. El conducir me lo quita, pero algún pincho sí que pediré.

—Pues a mí me pasa lo contrario —contestó Isabel sonriendo—. Vamos a buscar un buen lugar.

El paseo del Espolón, a esa hora, era un hervidero de gentes que hormigueaban de uno a otro lado. Encontrar una mesa libre no fue tarea fácil ya que la buena temperatura estimulaba estar en las mesas de terraza. En esta ciudad de provincia, el tiempo no tenía dueño. Era de todos.

—¿Queda mucho para llegar?

—Creo que una hora y media. Iremos en dirección a Villarcayo hasta el crucero y allí tomaremos la carretera hacia Espinosa de los Monteros. Es un buen camino. Solo el puerto de las Mazorras es la parte difícil, pero ahora está muy bien. Tenías que ver esta parte hace unos años. Era muy peligrosa.

—Pues creo que pegaré una cabezada en cuanto suba al coche. Cuéntame algo sobre el pueblo donde vamos a dormir.

—Espinosa de los Monteros es un pueblo emblemático. Las casas, en su mayor parte blasonadas, se esparcen por toda la villa. Pertenece a la comarca de las Merindades, y ha sido colonizada por los romanos y los visigodos. Los palacios y casas nobles salpican todos los rincones. Allí se encuentra la torre de Velasco, junto al río Trueba, la iglesia de Santa Cecilia y Santa Eulalia y el palacio de los Fernández-Villa y el de Chiloeches, ambos de estilo renacentista. El periódico para el que trabajé también me envió una semana a este lugar, por lo que tuve que estudiarme todas las casas nobles del pueblo. Vamos a dormir en Torre Berrueza, una torre del siglo XII de tipo defensivo que hoy es una casa rural y un restaurante de calidad. Ese era el lugar donde me buscaron alojamiento mis jefes. Ya verás cómo te gusta. Es un lugar muy acogedor que te invita a visitarlo de vez en cuando. —Mi verborrea no tenía límite. Isabel estaba dando una cabezada cuando acababa la explicación.

El viaje a Espinosa fue relativamente cómodo. La temperatura muy agradable y la carretera bastante solitaria. En estos días no hay muchos coches. Isabel cumplió lo que prometió. Nada más sentarse en el coche se durmió, por lo que hice esta parte del viaje en silencio. Tenía tiempo para reflexionar.

Hacía pocos días que estaba preocupado por no tener un proyecto, en firme, sobre la trama de una nueva novela y las dos semanas que le prometí al editor estaban avanzando. El tiempo pasaba y las ideas no venían. Estaba empezando a preocuparme. Había quedado con mi amigo Óscar en que pronto tendría algo más sólido. Él también pasaba por estas etapas de sequía, según me contó, y me comprendía muy bien. «En nosotros los escritores estas cosas pasan», me dijo dándome una palmada en la espalda, «seguro que te viene la inspiración en el momento en que menos la esperes y continuó dándome ánimos». Y así fue. Una llamada por teléfono y toda una historia en mi cabeza. Tenía que hilar una buena trama a partir de una idea, de un hecho. Y, en el

medio, Isabel con su sonrisa pícara, en sus ojos dos aguamarinas, de mirada clara, acuosa, a ratos perdida y otras con ese brillo especial que se me clavaba en el corazón. Desde el principio me gustó su cuerpo, esbelto, grácil, bien contorneado, su melena sobre los hombros, su frente despejada, inteligente, su boca sensual que encerraba unos dientes blancos, bien alineados y, sobre todo y, ante todo, su capacidad de exponer las cosas, de improvisar en la inmediatez del tiempo una contestación que mereciese la pena, un comentario inteligente, sagaz, irónico, sarcástico o ponderado de acuerdo a las circunstancias y al momento. Su lenguaje corporal era lo que más me llamó la atención. Todo ello conformó una argamasa de conceptos, de ideas, que con los jirones de memoria que tenía sobre mi vida anterior, era suficiente para armonizar una trama bien organizada. Mientras iba pensando en esto el coche iba avanzando lentamente, sin prisa, por una carretera llena de curvas y zonas rectas con poca circulación.

Los pueblos, unos detrás de otros, se quedaban atrás. A veces, la travesía cruzaba por el centro de un pequeño lugar. Nada de particular, cuatro casas desperdigadas, unos viejos que miraban extrañados el vehículo que frenaba su marcha y un par de niños que acababan de salir de la escuela y que muy pronto emigrarían en busca de aires mejores. El tiempo se les iba de las manos. Todo dentro de lo razonable, de lo perfectamente sensato y de lo que se esperaba. Quizás alguna campanada suave, limpia, musical, eterna en su sonido; en la distancia marcaba un tiempo que desaparecía. Su tañer se repetía en un continuo sahumerio expandiendo sus notas más allá de la plaza. Unos labradores que volvían del campo, con su cansino caminar, con su azada al hombro y con su mirada perdida. Todos con sus pantalones de pana antigua, sucia a trozos, remendada y ajada por el tiempo. Unas mujeres, vestidas de negro, sentadas en la puerta de la casa, esperando no se sabe el qué; una conversación sobre el tiempo, la cosecha o la lluvia que no acababa de llegar. De la fuente de la plaza brotaba un agua idéntica, la que llevaba fluyendo los últimos cincuenta, cien años. Nunca se sabría cuantos y, sin embargo, igual en su color, en su ritmo, en su fluir constante y repetitivo. El escenario no había cambiado en años. El tiempo estaba parado, era un símbolo del tedio. Las miradas indiferentes, desganadas, con el desinterés de lo cotidiano, de lo que una y otra vez se repite en una rutina que arranca fragmentos del corazón. El reloj de la vida se rompió hace años, como el de la torre de la iglesia que un chiquillo reventó de una pedrada. Dicen que se llamaba Pablo, el padre del actual alcalde que ya va para muchos años. Pero no fue la única piedra, ya que sus amigos Jorge y Diego rompieron los cristales de las ventanas superiores del ayuntamiento. De ellos quedan sus hijos que vienen del campo, de la

cosecha. Son tiempos duros y así lo testifica su cara cuarteada por el viento, sus manos duras por los callos y sus ojos cansados de tanto otear el paisaje. Me crucé con ellos. Iban en silencio, mirando al cielo para ver la lluvia o mirando al suelo como expresión de su tristeza. En lo de las piedras les ayudó Rodrigo, que emigró a Alemania, y nunca se supo más de él. Dicen que hace unos años vino una pareja, ya mayores. Hicieron preguntas, miraron el reloj de la iglesia y los cristales del ayuntamiento y en silencio se fueron como vinieron. Estaban como cuando lo dejaron. Nadie se fijó en ellos. En el pueblo nada había cambiado; el mismo riachuelo en el portón de la casa del alcalde, un socavón que manifestaba el señorío del lugar, la hidalguía del que no quiere o no sabe cómo arreglarlo. Docenas de ojos lo miraban al cabo del día y nadie ni nada hacía presagiar un cambio en su aspecto. La casa más antigua del pueblo, la que dicen las crónicas era del siglo XIII, se encontraba a punto del derrumbe. Nadie se preocupaba de la historia. Bastante tenían que preocuparse de su situación, del día a día. Unas piedras sobre la calzada, un arco antiguo que señalaba nobleza y un tejado medio derruido, era todo lo que marcaba la historia. Un ayer que no volvería y que había desaparecido en el pasar del tiempo, en el correr de los años en una vida vista desde una silla en las puertas de las casas. Veían la película, su película, en fotogramas cortos y deslavazados en los que las escenas no eran más que retazos de sus tristes existencias. No comentaban nada. Se les habían secado las palabras en esas bocas amargas, sedientas, secas por el sol del estío y frías por la dureza del invierno. Su mirar cansado era lo único que podían hacer.

Tuve la necesidad de pararme frente a la farmacia y caminar alrededor de la plaza. Ese lugar donde la gente se reúne, los niños se arremolinan alrededor de un balón y los viejos comentan los últimos acontecimientos de la cosecha. Rodean la plazoleta unas casas con puertas combadas, alabeadas, desvencijadas por la humedad, testimoniando que el paso del tiempo se ceba no solo en las personas, sino también en las viviendas. Caminé en silencio, a paso lento y acompasado, degustando el sabor del espacio y del tiempo. Quería atraparlo y era imposible. Se me escapaba con la fuerza de la naturaleza, con la realidad de un mundo difícil, cambiante, que yo veía distante y que quería volcar en mi novela. Esas emociones interminables, donde mi conciencia está aprisionada y mis recuerdos, retazos de historia, se entremezclan con las sensaciones de la realidad. Dejé pasar un buen tiempo.

Isabel se había quedado dormida en el coche. Me coloqué en una sombra, bajo un árbol de hoja caduca, junto a la farmacia. No quise despertarla. Ese paseo era solo para mí. Era un pueblo, era mi pueblo, y tenía que caminarlo sin prisas y en quietud. Me vino muy bien.

Tomé apuntes mentales para mi novela. Los iba anotando en mi ordenador cerebral, clasificando y acotando, para en el momento adecuado trasvasarlos a la pantalla de la computadora. En este viaje tomaría muchas notas, que me servirían para exponer mis vivencias personales, que pudieran encajar con mis personajes. Esto era lo más difícil. Conseguir unos protagonistas que pudieran tener la suficiente fuerza para expresar toda la emoción que yo quería darles. Una desazón que yo les transmitiría y que ellos, a su vez, trasladarían a los lectores. Este era el triángulo que deseaba conformar. No era una relación bidireccional entre el autor y el personaje sino, más bien, que estos trasfirieran, asimismo, idéntica emoción al lector. De esta forma se cierra el triángulo que siempre había defendido en mis trabajos. Estando en estas elucubraciones una voz detrás de mí me decía:

—Me dejas sola en el coche y te vas a pasear. Qué bonito — me dijo nada ver mi cara a través del cristal de la ventanilla.

—No quise despertarte. Dormías como un ángel. Sigamos el viaje — dije por toda explicación.

Los árboles vestían sus mejores vestidos de mil colores en una primavera florida y exuberante cuajada de verdes. Todo invitaba a una marcha alegre, mientras que Isabel dormía plácidamente ajena a todo. Nuevamente se había dormido. Tenía una gran facilidad para ello. Al llegar al puerto de las Mazorras decidí pararme para gozar de la vista desde la altura. Fue en ese instante cuando se despertó para preguntar:

—¿Hemos llegado?

—Queda un poco. No me resistía a pasar por aquí sin contemplar este valle y en lontananza esos pequeños pueblecitos. Es un espectáculo verdaderamente extraordinario.

—¿Te imaginas a Alonso en su carruaje, en el siglo XVIII, bajando este puerto? —inquirió Isabel, siempre dispuesta a escarbar en la historia.

—La verdad es que lo tenía difícil, pero su decisión debía ser firme.

—Tan inquebrantable fue su determinación como era su deseo de pasar a la posteridad. Pienso que tenía un convencimiento estricto de que con esta acción iba a entrar en los libros de la tradición. Quería realizar algo insólito y extraordinario que sorprendiera. —Isabel insistía en la trascendencia de la obra que llevaban entre manos.

—Pues creo que va a conseguir esa repercusión.

—Veremos si nosotros la obtenemos. No es tarea fácil la que nos hemos propuesto, y si no es porque estás aquí nunca me hubiera apuntado a esta aventura —concluyó una Isabel medio somnolienta que miraba el entorno queriéndolo abrazar con la mirada.

La bajada del puerto fue un descenso suave, agradable, melodioso. Isabel ya no dormía. Me acompañaba, unas veces con su silencio y

otras con su amena conversación o con las consabidas preguntas sobre este u otro particular, teniendo en cuenta que yo esta región la conocía por haberla recorrido en varias ocasiones para mis reportajes.

—Quedan pocos kilómetros para llegar —corté su silencio de una manera violenta— acabamos de cruzar lo que se conoce como el crucero. Desde aquí unos quince kilómetros.

—El viaje se me ha hecho muy corto.

—No me extraña. Te lo has pasado dormida —exclamé poniendo una nota sarcástica en mis palabras. Aquí el que se lo ha trabajado ha sido el conductor.

—No seas falso. Ha sido solo un rato. Desde Burgos un par de veces. Hasta entonces estuve despierta.

—Como estarás descansada, esta noche te llevaré a cenar. Ya verás cómo te gusta el lugar donde vamos a dormir y el restaurante donde quiero que paladees sus mejores manjares.

—Me dijiste que se llamaba Torre Berrueza, ¿verdad?

—En efecto. Es una casa rural sobre un torreón del siglo XII. El restaurante está en un edificio contiguo a la torre. Todo está remodelado a la época actual, pero sin perder el sabor señorial de otros tiempos.

—¿Hay muchas personas hospedadas en la casa rural? — curioseó Isabel al llegar a la recepción. Como mujer quería conocer el entorno donde iba a estar.

—Ustedes que ocupan la habitación número cinco y un comerciante que ocupa la seis. Todavía es muy pronto para que los turistas vengan. Suele ser a partir del mes de mayo cuando acuden. Y en esos momentos no podemos atender a todos — señaló el dueño del hotel que era una persona amable, de complexión fuerte y con una barba incipiente testimonio de que no se rasuraba todos los días.

—¿Podemos cenar?

—Por supuesto. Tomen posesión de la habitación y después bajen que les atenderé con sumo gusto.

La habitación estaba en el primer piso de una torre defensiva del siglo XII. Unas escaleras de madera daban acceso al primer rellano. Todo muy de la época. El interior con dos camas. Yo había tenido la precaución de llamar previamente para reservarla. No quería violentarla en sus sentimientos y para eso nada mejor que mantener las distancias convenientemente.

—Veo que lo has estudiado perfectamente —señaló Isabel, nada más entrar.

—¿El qué?

—No te hagas el despistado. Sabes a qué me refiero.

—Ah, bueno ¿a lo de las dos camas?

—Sí, a eso.

—Son todas las habitaciones así —mentí en la respuesta.

—Sabes que no, pero vamos a dejarlo. Así está bien.

Isabel con esta respuesta ya marcaba las distancias y dejaba las cosas claras desde el primer momento.

—Me voy a duchar y bajo al comedor ¿te parece? —dije mostrando cierta indiferencia a su comentario.

—Perfecto. Te espero abajo.

El comedor no desdecía del ambiente creado por el dueño. Las mesas eran muy pocas y estaban desperdigadas por una habitación relativamente pequeña. Al entrar conté unos veinte cubiertos, lo que hacía que el negocio no fuera extraordinario, pero al ser un matrimonio y un camarero aislado quienes lo regentaban, no tenía excesivos gastos. La cubertería era agradable, *delicatessen*, muy bien diseñada y la comida al gusto de los mejores paladares. No éramos gastrónomos, pero tampoco hacíamos ascos a la buena mesa. La atención recibida era perfecta. El *foie* de los mejores y la ensalada de tomate fantástica. Cada plato era una excusa para sorprender al comensal, y así nos pasó a nosotros que toda la noche estuvimos asombrados e impresionados. Pero yo a la fascinación que me producía el entorno tenía que añadir la turbación que me producían aquellos ojos grandes, como dos aguamarinas claras, que me miraban con desconcierto, a caballo entre el deseo y el sueño de algo inalcanzable. Pasé nervioso toda la cena pues sentía sus ojos clavados en mí. Estaba aturdido sin poder experimentar todas las sensaciones gastronómicas en su justa medida. Deseaba, por un lado, terminar cuanto antes la cena y, por otro, alargarla hasta la eternidad y perderme en ese vacío del tiempo y del espacio en que levitamos.

Afortunadamente la noche la di por acabada con el postre, un helado de sabores escandalosos, que nunca antes había probado. Nos retiramos pronto. Estábamos cansados, especialmente yo que había sido el conductor. Ella, al menos, vino parte del camino dormida.

—Creo que vamos a recogernos ya —dije al tiempo que me levantaba, dando muestras de un cierto cansancio.

—Estás en lo cierto. Has conducido todo el día —razonó ella—. Yo no conduzco, pero imagino que tanta tensión debe ser cansado.

—No es que fuera un trayecto muy largo, pero son muchas cosas que hay que tener en cuenta. Así que vamos a descansar —dije prudentemente.

Ella me siguió obediente. Al llegar a la habitación una sorpresa nos depararía el destino. Encima de una de las camas una carta. La abrí con miedo y cierto desasosiego por lo inusual de la situación.

—¿Es del hotel? —preguntó Isabel a medias entre la ansiedad y la alarma.

—No parece —dije mientras la abría y me disponía a leerla.

Al comenzar la lectura me di cuenta de lo inusual que era la misiva y me senté en el borde de la cama. Así podría leerla con más atención.

> Después de un viaje largo hemos llegado todos hasta aquí. Como veis estoy al tanto de vuestros pasos. Ambos tenemos los mismos intereses, por lo que es normal que llevemos idéntico camino. El final, por lo tanto, tiene que ser parejo. Imagino que no habéis venido hasta aquí para hacer turismo, aunque, en verdad, la ciudad lo merece, pero no es el caso.
>
> En relación con el tema que nos ocupa necesito que compartamos la misma información. Sé que tenéis un mapa que nos ha traído hasta aquí y fijaros que digo «nos» pues yo tengo copia de ese mapa. Mi antepasado lo copió y lo ha ido transmitiendo a las generaciones futuras. No tenía ánimo de aprovecharse de él, pero tampoco quería que se mantuviera en el ostracismo. Ahora os preguntaréis ¿quién era ese antepasado? Os lo diré. No hay inconveniente en ello. Era el obrero que enterró el mapa. No se aprovechó de su conocimiento, pero por si en algún momento lo necesitaba, lo copió. De esta manera ha llegado a mis manos. Mi abuelo quiso completar esta información con la posesión del diario, pero no tuvo suerte y fue descubierto. Cómo sabéis murió en la cárcel, no sin antes dar toda la información a mi padre y este a mí. De esta manera estamos todos aquí metidos en el mismo saco y en un callejón sin salida. Por eso estoy dispuesto a llegar hasta el final. Así que tenéis dos opciones o compartir vuestros datos conmigo o ateneros a las consecuencias. Recibiréis mis condiciones. Permaneced atentos a lo que os diga y obedeced sin más miramientos. Os va la vida en eso.
>
> Un amigo que no lo es.

Nos quedamos de piedra. Nunca nos hubiéramos imaginado una cosa igual. Resulta que el tipo, que seguía a Isabel en Madrid, era el descendiente del obrero que ayudó a Alonso a enterrar el mapa, y el nieto del que asesinó al librero y que murió en la cárcel. Lo que estaba claro es que el obrero no acompañó a Alonso y a Alejandro a enterrar la fortuna en Ojo Guareña porque, en otro caso, su descendiente lo sabría y por el contenido que expresaba en la carta no tenía ni idea. La información acabó en la fuente del jardín de Anglona. Se iba cerrando el círculo. Las preguntas comenzaban a contestarse.

—Lo que no me queda claro es cómo sabía nuestro trayecto hasta Espinosa —expuse en voz alta.

—Yo tampoco lo entiendo. Tomamos la decisión sobre la marcha de un día a otro —señaló Isabel con buen criterio—. No hablamos con nadie. Es imposible que pudiera tener esta información. —Avanzó una Isabel preocupada.

—No se me ocurre pensar nada más que hubiera estado apostado en la puerta de mi casa cuando fuimos a por la maleta y nos hubiera seguido.

—Nos hubiéramos dado cuenta. Hemos hecho varias paradas y no hemos observado nada extraño. Un coche que sigue a otro es fácilmente identificable.

—No nos queda más remedio que seguir adelante e ir improvisando

sobre la marcha —indiqué mientras guardaba la carta en mi maleta—. Ahora vamos a dormir que mañana tenemos una jornada complicada.

—¿Qué cama quieres? —preguntó Isabel.

—Me da lo mismo. Elige tú.

—Pues la que está cerca de la ventana —señalé. Desde siempre me gustaba que la luz me diera directamente en la cara para despertarme —. Apago la luz —terminé la conversación. Estaba verdaderamente cansado.

En la oscuridad noté como unos labios silenciosos se posaban en los míos y un cuerpo se introducía en mi cama. No tuve tiempo de reaccionar. Aquello fue demasiado y no me lo esperaba. No sucedió nada más que lo que tenía que suceder.

Al día siguiente sonó en mis oídos una pregunta complacida:

—¿Cómo has pasado la noche?

No quise contestarla. Esbocé una sonrisa, perfilé una mirada y en mi cara apareció el tierno reflejo del amor. Fue una respuesta suficiente y demostrativa de mi estado de ánimo.

—Vamos a desayunar —fue toda mi respuesta. No estaba para compromisos mayores que los que tenía en este momento.

Ella me entendió y me lanzó, desde la distancia, un mohín que me supo a gloria. Me gustaban a rabiar esos gestos de ella. Los sabía hacer y ponderar cuando las circunstancias lo exigían. Era muy proclive a ellos ya que su conversación gestual era una de sus más granadas cualidades y de las que hacía gala en cualquier momento. Su toque femenino era su caudal más significativo.

13

Año 1940

Juliette, ante la cercanía del toque de queda, tuvo que despertar a Antoine. Eran casi las ocho y tardarían un buen rato en llegar a su casa. Tenían que atravesar el Sena, cruzando varios distritos y subir hacia el Norte por la *rue* de Renard y *rue* de Beaubourg hasta llegar a la *rue* de Vertbois por detrás del Consevatoire National des Arts et Metiers. El conservatorio era una importante Institución pública de enseñanza superior; estaba adscrita al Ministerio de Educación e investigación, situada en el distrito III de París y muy cerca del metro de Arts et Métiers. Se fundó en plena Revolución francesa en 1794 por el abad Henri Grégor con la finalidad de enseñar el empleo de las herramientas utilizadas en los oficios y en las artes.

Juliette, al rodear el edificio, no pudo evitar, desde la distancia, mirar con pena la utilización que se estaba haciendo, por parte de los alemanes, con la bandera del Tercer Reich que ondeaba, orgullosa y enhiesta en el lugar en que debía estar la bandera de Francia. Una lágrima rodó por su mejilla por tanto sufrimiento por el que estaba pasando. La gente caminaba deprisa tratando de llegar a su casa cuanto antes. Nadie quería tener la experiencia de encontrarse lejos en pleno toque de queda. Si no daban una explicación muy convincente serían apresados hasta que la situación se aclarase.

Dos militares estaban de guardia en la garita de la puerta principal Era un almacén de material militar rodeado de efectivos de toda clase. Vivían en una calleja adyacente a pocos metros del edificio, lo que por un lado le daba cierta protección a su vivienda, ya que los controles, al ser una zona tan militarizada, no podían suponer que a escasos metros una célula de la resistencia trabajara sin descanso. Sin embargo, en la esquina de la calle había dos alemanes que paseaban de arriba abajo, sin dar demasiada importancia a la inspección de la zona. Estaban tranquilos en cuanto a los franceses. No esperaban nada especial de ellos. Era una zona por la que nadie se atrevía a deambular ni de día ni de noche. Tenían tanto miedo que lo único que les preocupaba era alimentarse y mantenerse con vida. Dentro de poco tiempo sonaría el toque de queda y ya sí, en ese momento, pondrían más interés en todo lo que pasaba alrededor del edificio.

—Por fin en casa —dijo Antoine, al tiempo que se hundía en un sillón desvencijado—. Nunca he deseado tanto como ahora entrar en el hogar.

—Si se puede llamar hogar a donde estamos —cortó Juliette.

—Al menos es lo único que tenemos y entre estas paredes estamos a salvo —reconoció Antoine mientras sacaba un pitillo y exhalaba el humo con una cierta satisfacción.

—Este camino es para mí un auténtico suplicio. Cuando llego me encuentro un poco a salvo. Encerrada entre estas paredes es como si fuera libre. Ya sé que no es así, pero es la sensación que tengo. Mi pequeña libertad dentro de un caos absoluto que me rodea. Aquí es donde encuentro ese atisbo de liberación, esa autonomía de mi persona. Es como una rebeldía ante todo un mundo que se abalanza contra mí, que no me deja pensar, actuar, moverme de acuerdo a mi voluntad.

—Será en un plano teórico —apuntó Antoine son sorna.

—Sea en el plano que sea, es un desahogo cuando cruzo el umbral de la puerta. Me siento libre y eso es un don en los tiempos que corren.

—Ha sido un día duro. Cuando te quedaste dormida en el camastro, me dediqué a revisar los libros y manuscritos que había en un rincón de la trastienda —señaló Antoine—. No te puedes imaginar lo que encontré y, sin embargo, en estos momentos nada me hace más feliz que un bocadillo.

—En estas circunstancias, la literatura queda en un segundo nivel. Ahora, lo más importante, que tenemos, es la subsistencia.

—Pues a pesar de todo no sabes lo que disfruté viendo lo que estaba escondido allí. Un auténtico tesoro. Lástima que lo haya visto en estas circunstancias. Alguien lo quiso preservar de los robos de los alemanes y lo dejó escondido en la librería. Están incendiando las bibliotecas de los que piensan que son enemigos del Reich —continuaba Antoine con su comentario—. Tener un libro en estos días y de estas características es un peligro y si el autor es de origen judío significa la prisión o la muerte. Esto me recuerda a lo que pasó en Europa con la Inquisición. El Santo Oficio sembró el terror. Se quemaban los libros, se tapiaban en las paredes, se escondían en los entresijos de una casa, todo por miedo a que los encontraran. Había que responder ante la autoridad pertinente y arriesgarse a ser quemado. Una muerte atroz por el simple hecho de tener en tu casa uno de estos libros.

—Tienes razón. Ayer cuando me dirigía a la librería, pude ver en una plazoleta como estaban quemando una importante cantidad de ellos. Me dio una gran pena. Es como si estuviera ardiendo parte de mi cuerpo. Todo el trabajo de autores, toda una vida de reflexiones y experiencias, todo un cúmulo de emociones de los escritores cuando

escriben, estaban allí, presas del pasto de las llamas. No tuve el valor de acercarme para salvar alguno.

—Es la muerte de las letras, de la cultura —terminó Antoine al tiempo que con su cara manifestaba una mueca de pena. No podía superar estas experiencias. Toda su vida dedicada a leer, a la enseñanza en la escuela donde trabajaba, a todo un patrimonio que había recibido de sus padres.

—¿Recuerdas el índice de los libros prohibidos? Cuando estudiábamos la literatura española, el *Lazarillo de Tormes* era uno de los libros prohibidos y, sin embargo, es una joya de la erudición, el paso de la Edad Media al Renacimiento —apostilló Juliette—. En este momento lo más importante que tenemos a mano es tratar de apoyar a los aviadores que han caído en suelo francés y nada ni nadie debe desviarnos de este objetivo. Tiempo vendrá en que nos ocupemos de salvar estas obras literarias —señaló algo más práctica.

—Por supuesto. Tenemos que esperar a recibir órdenes. De momento no tenemos nada que hacer. El equipo está esperando nuevas propuestas. Lo mejor es que descansemos unas horas. Mañana será otro día. Se quedaron abismados en un silencio profundo, salpicado por sueños idílicos, donde se alternaba una casa en el campo rodeada de niños y un bello paisaje al atardecer en una campiña de la Francia en paz.

Tenían veinte años y ya se sentían viejos.

En la alacena había un plato con algo de comida que había quedado del día anterior. La tomaron, sin muchas ganas, y se acostaron en unos camastros que tenían en el dormitorio. Era una casa que había perdido parte de su mobiliario y en la actualidad estaba desvencijada y presa de la suciedad y del polvo. Los anteriores dueños, un matrimonio mayor, tuvieron que salir rápidamente ya que una denuncia sobre su origen judío les puso en el punto de mira de los alemanes. Eran de cuna muy humilde. Trabajaban en la tienda de comestibles de la esquina de la calle. Él bajaba todos los días a atender a los parroquianos que acudían a comprarle.

Ella se ocupaba de las labores domésticas. No eran nada peligrosos, no se metían con nadie. Vivían su sencilla vida con paciencia. Su único lujo era un pequeño paseo por el parque los domingos por la tarde. Cuando recibieron el chivatazo de que iban a por ellos, colocaron en una camioneta antigua, de unos amigos, los pocos muebles que tenían, y salieron de madrugada unos días antes. No se olvidaron de un pequeño cuadro de Claude Monet, heredado de un familiar. Días después Antoine vio a un comandante de las SS, con el cuadro bajo el brazo, dirigiéndose al coche oficial. Los augurios sobre la vida del matrimonio no eran muy halagüeños.

Todo el mundo observaba en silencio, volvía la vista a otro lado y

nadie se quería implicar en algo que, según ellos, ni le iba ni le venía. Esa era la vida que imperaba en esos días. Cada uno trataba de subsistir de la mejor manera posible procurando no meterse en líos y sobrevivir ante los avatares que les rodeaban. Cuando alguien pasaba por un portal en el que se estaba haciendo una redada y veían introducir en una camioneta a niños, mujeres y viejos, volvían la vista a otro lado apresurándose a caminar deprisa y en silencio. Ese no era su problema, pensaban con tristeza en su corazón. Lo primero mantener la vida y después alimentarse lo mejor posible. Esos eran los objetivos que imperaban en aquellos días entre la población. Antoine y Juliette estaban en esta misma tesitura, pero además con la diferencia de que luchaban contra el enemigo, ayudando en lo posible en una guerra desigual, que aunque hacía mucho daño era difícil y sacrificada. A veces, los bombarderos les obligaban a refugiarse en los sótanos de las viviendas. Bajaban deprisa, en silencio, a empujones, sin luz. Las velas iluminaban las tristes sombras en los subterráneos. Allí agazapados, ovillados unos con otros, dejaban pasar el traqueteo y ruido de las bombas. El tiempo lo pasaban sentados en el suelo, temblando y mirándose unos a otros sin pronunciar palabra. Cuando la sirena finalizaba, subían con miedo, con pesar de descubrir la destrucción que habían producido las bombas. Al menos seguían vivos, pensaban con angustia.

Antoine, después de comer estas sobras, se quitó el sobretodo, sacó el librito que había cogido de la trastienda y sin más interés lo dejó sobre la mesa y se acostó. Juliette les siguió a los pocos minutos. Todavía podían dormir unas horas hasta la mañana siguiente donde tenían que ir al lugar de cita para recibir órdenes.

Cuando se despertó Antoine, pudo ver que Juliette estaba leyendo el volumen que había traído el día anterior. Estaba ensimismada con la lectura y no se percató de que él se acercaba por detrás y le daba un beso en el cuello.

—¿Qué haces? —pregunté sin un afán desmedido de curiosidad.

—Estoy leyendo este librito que trajiste ayer.

—¿De qué trata? —indagué ya con un punto de intriga.

—Es algo original. Nunca había visto una cosa parecida.

—¿A qué te refieres? —La pregunta tenía ya una carga importante de inquietud.

—Pues es un diario escrito por un tal Alonso de Alvarado.

—¿Y quién es?

—Un conquistador que regresa de las Américas con mucho dinero y cuenta su vida en el Perú y lo que le sucedió a su regreso a España en el año 1705. Entra en barco por un pueblo del norte, Tazones, entre Asturias y Galicia.

—¿Qué es lo que dice?

—Cuenta sus experiencias, reflexiones, contactos en ese lejano país de la conquista española, y sigue con el relato cuando llega a tierra. Narra todos los avatares que le suceden al llegar a Madrid. Parece que entra en relación con una parte alta de la sociedad, asiste a tertulias, pasea por los rincones de esa ciudad y en un momento dado decide enterrar su fortuna. Es la crónica más interesante que he leído. La transmisión oral de los verdaderos protagonistas.

—¿Para qué la cuenta?

—Buena pregunta. No tiene familia. Su esposa y su hijo murieron en el Perú y desea perpetuarse de alguna manera en alguien que encuentre su dinero. Desea que lo dedique, en parte, a hacer obras de caridad y después, si lo desea, que lo vuelva a enterrar para que otra generación lo pueda volver a encontrar y así su vida se perpetuaría varios cientos de años.

—Es una manera de pervivir a lo largo del tiempo. Buena idea. Continúa —señaló Antoine con un adarme de impaciencia.

—No he leído mucho más. Parece que entra en contacto con Alejandro de Tazones con el que viaja a Madrid y allí conoce al marqués de Villena, el primer director de la Academia de la Lengua de España, y a otros aristócratas. Asiste a sus reuniones y eventos culturales. No he tenido tiempo de leer más.

—Parece un documento interesante. Al menos por ser de 1700. Un siglo histórico importante en España —señaló Antoine—. Es el siglo de la Ilustración. Entró en España la cultura francesa —concluyó.

—¿Quién sería el dueño? —una pregunta que Isabel se repetía una y otra vez.

—Nunca lo sabremos —resumió Antoine.

La cultura de Antoine y Juliette les capacitaba para leer el español y comprender todo lo que en el libro se decía. Antes de la invasión, ambos eran profesores de literatura en una escuela pública y nada de lo que estaban leyendo les era desconocido. Allí se conocieron y con el tiempo se enamoraron. No podían vivir el uno sin la otra y fue allí donde decidieron, ante los acontecimientos de la guerra, dar el paso definitivo para defender a su país. Se implicaron todo lo que se podía, hasta que llegó un momento en que pasaron a pertenecer a un grupo de resistencia. Dejaron de ser parte pasiva y pasaron a activa. Su conocimiento del idioma español les permitió moverse, con cierta soltura, trasladando a los aviadores del norte de Francia a San Sebastián, desde donde podían viajar a sus respectivas unidades. Esta misión les llevó varios meses, en los cuales no descansaban. Proveer de documentación, trajes de paisano, alimentación e información para el traslado era complicado y requería de un gran esfuerzo al tiempo que unos nervios de acero. Tenían que superar múltiples trabas y para ello su imaginación y el temple de su carácter eran cualidades

imprescindibles para realizar el trabajo.

Con el tiempo y la experiencia fueron conociendo los distintos problemas que acaecían en el viaje y también las diferentes soluciones en función del caso. Tenían cantidad de respuestas que variaban dependiendo de los momentos. La improvisación era una cualidad imprescindible en su trabajo. Necesitaban echar mano de múltiples recursos que cada vez, conforme iban adquiriendo experiencia, eran más necesarios. No podían aplicar la misma medida en cada eventualidad. Cada momento requería su resolución específica. Cuando caminaban por la calle y había un control; cuando iban en el tren y unos alemanes se sentaban a su lado; cuando uno de los aviadores con traje de paisano transitaba con ellos en una estación y más adelante se estaba realizando una inspección. Cada caso era diferente y, por tanto, con una solución distinta.

Todas las actuaciones eran especiales y debían de tener un procedimiento adecuado a la gravedad de las mismas. Lo peor eran los registros. Para estos había muy pocas soluciones y la improvisación era la regla. Lo mejor era huir de ellos, y cuando en la calle se presentará alguno era necesario doblar la esquina y pasar por otro lado sorteando los obstáculos. Si no se podía, había que idear una respuesta acorde con el problema y para eso la imaginación y los nervios de acero eran fundamentales. Afortunadamente ellos aún no habían tenido que pasar por estas desagradables situaciones. Conocían bien las calles donde estaban los controles, los caminos y las estaciones donde, de vez en cuando, inspeccionaban a los que circulaban por ellas. Con Antoine y Juliette no había problema. Iban como simples novios, acaramelados y haciéndose carantoñas a cada paso, por lo que los alemanes no les tenían en cuenta. Es más, se reían. Les miraban con cara de sorna y hacían comentarios entre ellos. Esto muchas veces evitaba que les pidieran los papeles. Tenían documentación que les permitía ir de un lado a otro. Siempre quedaba la excusa de ir a visitar a un familiar que estaba enfermo. A este pretexto generalmente no ponían trabas. Era perfectamente asumible y podían pasar desapercibidos sin demasiada dificultad. Si en algún momento se encontraban en apuros se hacían carantoñas y pasaban desapercibidos. Lo mejor era guardar silencio, mirar a otro lado como si la cosa no fuera con ellos, y tratar de que esta eventualidad fuese eludida lo mejor posible. De esta forma pasaron varios meses en los que los viajes a España se repetían casi cada semana, pero siempre por un camino diferente para no llamar la atención. Se juntaban en un caserío poco antes de cruzar los Pirineos, donde descansaban unas horas y esperaban al guía que los conduciría al otro lado. Cada vez era uno distinto, pero con la particularidad de que conocían perfectamente la zona.

—Bueno ya conversaremos sobre el libro en otro momento, ahora es necesario ir al punto de reunión —dijo Antoine, cortando el diálogo.

—De acuerdo. Ya amaneció. Hay luz suficiente para caminar sin toques de queda ni nada parecido. No obstante vayamos con cuidado.

Salieron del portal mirando a uno y otro lado de la calle. Todo parecía tranquilo. Los controles no estaban. La gente comenzaba a salir de las casas. El movimiento de la gran ciudad comenzaba. La vida tenía, por fuerza, que seguir. Se vivía una etapa complicada, llena de trabas y problemas y las personas iban resolviendo, día a día cómo podían, lo que se presentaba. Nadie programaba la vida por encima de las veinticuatro horas. El conflicto era hoy y, por lo tanto, era hoy mismo cuando había que darle respuesta. Nadie programaba para mañana. Antoine y Juliette estaban en esta tesitura, en este juego cotidiano que les obligaba a tomar decisiones en el momento, muchas veces sobre la marcha, sin tener tiempo a evaluarlas. Si la decisión que tomaban era la equivocada, mala suerte. Había que atenerse a las consecuencias. Si era la correcta, debían seguir adelante hasta tener que solventar el siguiente problema. Afortunadamente, hasta ahora, no habían tenido inconvenientes insalvables, por lo que su vida y su trabajo en la resistencia seguían igual; siempre estaban preparados para una contingencia adversa. Les habían preparado para esto y la experiencia de cada día les mantenía en acción. No podían fallar. No solo estaba en juego su vida sino, también, la de la célula y sus amigos, así como la de los aviadores que trataban de ayudar. Por eso cada paso que daban tenía una serie de implicaciones con multitud de ramificaciones, que podían llegar hasta el descubrimiento de toda la resistencia y todos los elementos que colaboraban con ella. Antoine y Juliette lo sabían, pero también tenían muy presente la importancia de su trabajo y su participación en él. Cada día estaban más involucrados y cada día más contentos de lo que hacían. Ayudar a su país era algo que llevaban en su patrimonio genético más acendrado.

14

Año 1995

Unos días antes, cuando la pareja había salido de casa para dar un paseo, una figura joven, de unos treinta años, merced a una serie de artilugios y llaves entró en la casa. Su nombre era Carlos. Lo primero que hizo fue colocar unos pequeños receptores, conectados entre sí, con el fin de conocer las conversaciones que se llevaban a cabo en ese piso. Los lugares fueron una lámpara de mesa, detrás de un espejo, en uno de los anaqueles de la biblioteca y en la cocina. Desde abajo podía oír todo lo que se hablaba en ese piso. Tuvo la suerte de poder alquilar por un mes el piso contiguo que estaba vacío, con lo que el sonido le llegó muy puro, y en mejores condiciones que si hubiera estado en el coche.

De esta manera pudo conocer, de primera mano, todas las disquisiciones e informaciones que le interesaban. Se enteró de la hora de salida y a donde iban. Salió antes de esa hora y llegó a Espinosa con suficiente tiempo de reservar una habitación contigua a ellos, dejar la carta y colocar también un pequeño receptor. Al ser solo una estancia con un pequeño aparato en la mesilla de noche sería suficiente. Nuevamente tuvo información de sus planes para el día siguiente. Nada más conocerlos se puso en marcha. No tenía necesidad de ir detrás de ellos. Podía ir por delante y hacerse un turista más de los muchos que visitaban las grutas. Les esperaría con su máquina de fotos.

Años antes, Carlos había estado en la cárcel por un asunto de drogas y allí entabló amistad con un delincuente especializado en este tipo de tecnología. Aprendió todo lo que necesitaba sin saber si en algún momento le sería útil, pero su compañero de celda no tenía otra conversación que hablar de este tipo de cosas que utilizaba a menudo en su profesión. Sea por lo que sea, aprendió todo lo que se tiene que saber. Al salir de la prisión fue cuando le vino la idea de seguir los consejos de su padre fallecido hacía unos años. Quién sabe si le podría ser útil lo que aprendió. Conoció a Isabel. Se la presentaron en una cafetería y allí mismo hilvanó la idea del diario cerrando los puntos oscuros con la información suministrada por su padre. Se hizo el encontradizo con ella varias veces merced a la presencia de unos

amigos comunes por lo que se enteró donde vivía y cuál era su procedencia familiar. De esta manera ató cabos para hilar un proyecto. Estuvo preparando concienzudamente todo el plan y cuando Isabel entró en contacto con Fernando, él ya había pergeñado unas ideas para llevar a cabo. «Ahora es cuando los receptores le iban a venir bien» pensó mientras tomaba una cerveza con unos amigos entre los que se encontraba Isabel.

Además, por si fuera poco, la chica contó un día, a sus amigos, que iba a conocer una persona que era descendiente de un amigo de su bisabuela. Parece que tenían muchos contactos y que se tenían afecto. Habló algo más de la cuenta. Para el resto de los amigos nada extraño, pero para Carlos, qué estaba sobre el tema, y con los oídos dispuestos, toda esa información le vino perfectamente. Tardó muy poco en relacionar todos los detalles. Cuando los tenía agavillados, en un pensamiento común, es cuando diseñó su plan de trabajo que no debía apartarse un ápice del cometido planteado.

No tuvo grandes problemas cuando se presentó en el jardín de Anglona antes que ellos y, como si tal cosa, leer un libro sentado en un banco a una distancia conveniente. Estaba perfectamente caracterizado para evitar que Isabel le reconociera. Pudo ver, de esta manera, todos los movimientos que hacían y cómo introducían la mano para sacar algo que él dedujo debía ser una carta o un plano. Tampoco tuvo problemas cuando se enteró que, al día siguiente, saldrían para un lugar conocido con el nombre de Ojo Guareña, pero que antes dormirían en un pueblo llamado Espinosa de los Monteros. Esa misma noche robó un coche de gran potencia para trasladarse a ese lugar. Ellos saldrían más tarde. Dado que él estaba enterado de todos sus movimientos podría adelantarles.

En Espinosa reservó una habitación cercana a la de ellos. Al tener tiempo suficiente puso la carta en la cama y un receptor para conocer exactamente cuáles eran sus planes.

Salió temprano y llegó con tiempo suficiente a las grutas. Extendidas en un área de la comarca de las Merindades, su estructura se remonta a muchos siglos atrás. Son más de cien kilómetros de galería y una de las diez más importantes del mundo que encierran un gran valor cultural para la espeleología. Allí se han encontrado santuarios prehistóricos de enorme riqueza en flora y fauna, por lo que ha sido declarado Monumento Natural. En el Paleolítico Medio y la Edad Media era refugio de diferentes grupos tribales. La vegetación que rodea estas zonas está compuesta de robles, hayas, encinas, avellanos, chopos y alisos. Hay vestigios del paso del hombre con la industria lítica y las pinturas rupestres, especialmente en la cueva conocida como Prado Vargas.

En una de las entradas del complejo kárstico está construida la

ermita de san Bernabé, aunque en un principio fue dedicada a san Tirso. Las pinturas murales son de una gran belleza y se remontan al año 1705 y narran la vida y los milagros de san Tirso y san Bernabé.

Carlos se había informado convenientemente leyendo sobre el tema antes de iniciar el viaje. Sin duda ese lugar tenía que tener relación con el viaje de sus perseguidos. Todo el entorno era propicio.

***

—He dormido perfectamente —contesté a una Isabel muy complacida por las horas pasadas.

—Pues creo que ya es momento de ponernos en marcha. No sabemos lo que nos podemos encontrar.

—Tenemos todo el día por delante, aunque no creo que lo solucionemos hoy. Es posible que tengamos que volver en otra ocasión —dijo una Isabel aún somnolienta.

Después del desayuno nos dirigimos a nuestro objetivo. Atrás quedaron pueblos pequeños como Quintanilla del Rebollar, Quisicedo, Vallejo de Sotoscueva y Cueva. Recorrimos los quince kilómetros que nos separaban en poco menos de veinte minutos. Ascendimos, a pie, un corto trecho de camino pedregoso hasta llegar al santuario de san Tirso y san Bernabé. La visión con la que nos encontramos fue verdaderamente increíble. Una fachada en piedra, excavada en la roca, que da acceso a una ermita con la bóveda pintada en donde se detallan los martirios de san Tirso y los milagros de ambos santos. La fachada era de una auténtica belleza. Llamaba la atención desde la distancia y conforme nos acercábamos la impresión era cada vez más profunda. El guía nos hablaba del año 1705 cuando se realizaron estas pinturas lo que, por otra parte, coincidía con nuestros datos sobre Alonso de Alvarado.

—¿Has visto las tallas de los santos en el altar? —la voz de Isabel a mi espalda me sacó de mi éxtasis.

—Ya lo he visto. Es un lugar que habrá que tener en cuenta.

El guía, mientras tanto, seguía con sus explicaciones. «Aquí está la sala del ayuntamiento, donde hasta 1924 se celebraban las sesiones. Antiguamente —su voz grave se elevaba en el interior de la ermita— los concejos de los regidores de la Merindad se celebraban al aire libre, cerca de la encina sagrada hasta que en 1616 se trasladaron a esta ermita. Desde 1885 hasta 1924 la sede del Ayuntamiento de la Merindad de Sotoscueva se encuentra en este salón plenario. Hoy día se ha trasladado al pueblo de Cornejo. Debo señalar, también, la romería que se celebra cada año; parte de la encina sagrada donde las autoridades nombran al carbonero mayor, un oficio en estas tierras ricas de encinas y robles. Después todos los asistentes se dirigen hasta

la campa de la ermita donde, al aire libre, se celebra la misa mayor. Posteriormente hay un aperitivo con danzas, música y festejos populares. Todo muy amable. Muchos noviazgos han salido de estas fiestas».

La voz del guía se dejó de escuchar cuando Isabel y yo nos acercamos al altar donde se encontraban las tallas de los santos. El grupo se mantenía a una distancia prudencial por lo que nadie podía ver lo que hacíamos.

—¿SI hubieras sido Alonso donde lo habrías escondido? — pregunté de improviso sin apartar la vista del lugar.

—No me cabe la duda de que hubiera sido en el altar. Pienso lo mismo que tú. —Isabel me contestó, también, sin igualmente desviar la mirada.

—¿Cómo sabes lo que pienso?

—Ya nos vamos conociendo —me contestó dándome la mano en señal de aprobación y de cercanía. Cada vez daba mayores muestras de complicidad conmigo. Día a día se iba labrando el amor.

—No olvides que la talla de san Tirso es del siglo XIII y posiblemente está en este lugar desde entonces. No creo que haya sido difícil colocar el patrimonio de Alonso a los pies del altar.

—Recibiría alguna ayuda, imagino —Isabel estaba pensativa mirando el altar.

—Seguramente. Era mayor de edad cuando lo hizo y estas cosas son complicadas.

—¿Te has fijado que hay pocos turistas?

—Esta época no es de turismo —aclaré—. Tienes que venir dentro de un par de meses. Ya verás la cantidad de visitantes que hay.

—Hay una persona que no nos quita ojo ¿te has dado cuenta? —señaló Isabel que como mujer observadora nada se le escapaba a su atención.

—No había reparado en él.

—Pues fíjate, si nos movemos se coloca a una prudente distancia de nosotros, pero nos vigila. Eso está claro.

—Vamos a separarnos a ver qué hace. Voy a salir. Fíjate si me sigue —la dije al oído mientras le daba un beso—. Te espero fuera.

—Hasta luego cariño.

Salí al exterior a fumarme un pitillo y ver la reacción del tipo que no se hizo esperar. Salió como si tal cosa, con su máquina de fotos a tomar recuerdos del entorno. ¡Que bien merecía la pena!, pensé yo.

Isabel quedó dentro observando el altar, y el modo que tendríamos de investigar su base que sería el lugar donde estuviera enterrado en el caso de que fuera allí.

Al salir me dijo que estaba convencida de que era ese el lugar donde Alonso enterró la indicación de su patrimonio.

—Tendremos que volver otro día y esperemos que este tipo no esté por aquí.

—Yo creo que es el que nos ha dejado la carta en la habitación de la casa rural y el que me seguía a mí en Madrid — señaló Isabel con buen criterio.

—Regresemos a Espinosa y trazaremos un plan de trabajo.

En la habitación de Torre Berruezo volvimos a leer la carta. Decía, de manera insistente, que debíamos compartir la información con él. En otro caso nos tendríamos que atener a las consecuencias.

—Supongo que se referirá a la información sobre lo que está en Ojo Guareña —dijo Isabel.

—Está claro que tiene más información que lo que nosotros creemos. No se cómo la ha conseguido, pero lo cierto es que la tiene.

En ese momento Isabel me hizo un gesto para que me callara. Se había percatado que debajo de la pantalla de la lámpara de la mesilla de noche había algo extraño. Lo estuvo mirando sin decir nada y cogió un papel y un lápiz y escribió: «Parece un receptor, creo que nos han estado espiando».

Tomé el papel y escribí: «Este ha sido el método para conocer nuestros planes y, de esta manera, adelantarse a nuestros movimientos». Isabel tomó otra hoja para escribir «a lo mejor en tu casa hizo lo mismo y por eso sabía que veníamos hacia aquí». Contesté en el mismo papel: «Debemos hablar de cosas intrascendentes no vaya a sospechar porque estamos callados». «Sospecho que tiene alquilada la habitación contigua y nos oye fácilmente; además que tuvo factible colocar la carta encima de nuestra cama y poner el receptor» dijo Isabel. Seguí escribiendo: «Debe tener una gran habilidad para entrar en las habitaciones y en los pisos».

—Estoy algo cansado. Creo que voy a dormir un poco —dije, al tiempo que escribía «así podemos estar callados un tiempo y comunicarnos por este papel».

—Yo también dormiré un rato. Después vamos a comer algo ¿te parece? —señaló Isabel.

Durante breves minutos seguimos comunicándonos a través del papel. El silencio, en la habitación, era total. Solo los pájaros en el jardín con sus trinos daban una nota musical al entorno. Nosotros con nuestras miradas transmitíamos lo que nos queríamos decir. Y entre mirada y mirada, Isabel me premiaba con besos que nunca olvidaré. Al cabo de una hora, ya descansados, salimos a dar un paseo. En esos momentos recordé que una figura salió velozmente de mi casa unos días antes. Se lo dije a Isabel a la que no le había contado el incidente por no alarmarla.

La villa era un lugar apacible, armónico, decorado con grandes escudos en las fachadas de las casas que invitaban a un viaje a siglos

pasados, desde donde salieron conquistadores, esperanzas e ilusiones, en busca de un futuro, camino de las Indias. Viaje de ida y casi con toda seguridad sin regreso. Solo unos pocos eran los afortunados.

De allí partió, un día de 1535, Juan de Salazar y Espinosa que se unió al grupo mandado por Pedro de Mendoza, primer Adelantado de Río de la Plata. Más tarde, Salazar, se rebeló contra Alvar Núñez Cabeza de Vaca y regresó a España. Pocos años después, en 1547, regresó, de nuevo, como tesorero a Río de Plata para colonizar Paraguay donde falleció en Asunción, la ciudad que él fundó. Tuvo que convivir con el pueblo guaraní, dividido en varias tribus, que se extendía desde el Río de la Plata hasta el Imperio inca. La Asunción fue el centro, para Salazar, de la conquista del Río de la Plata.

El pueblo cercano, Medina de Pomar, según les dijo un parroquiano mientras tomaban un vino, tiene una estatua a Juan de Salazar en memoria de su esfuerzo y trabajo en la conquista. «Ellos dicen que nació en ese pueblo, pero la realidad es que es de aquí; y sino ¿qué pinta el apellido de Espinosa?». Terminó su argumentación y al hacerlo me apuntaba enérgicamente con el dedo índice de la mano derecha con el fin de dar más peso a sus palabras. La historia a veces miente, gritaba con cierta vehemencia que me obligó a servirle otro vaso de vino. «Cálmese, que le creo» le dije amistosamente.

«Otro conquistador conocido de esta villa fue Juan de Espinosa que nació en 1536 y que con diecinueve años se enroló en la expedición de Martín de Orúe, nacido en Orduña, y se asentó en la ciudad de Asunción y más tarde con Juan de Garay fundó la ciudad de Santa Fe de la que fue alcalde. En esos países coincidieron, en uno u otro momento de la historia, los conquistadores Alonso Cabrera, Alvar Núñez, Irala y Juan Ortiz de Zárate. Todos alrededor de la región del Paraguay. Francisco Espinosa de los Monteros fue otro conquistador, con el grado de capitán, que procedía de esta villa».

El tipo del bar parece que estaba en su salsa, contando los antiguos exploradores que habían pertenecido a este lugar y de los cuales su padre lo había oído de su abuelo y, a su vez, este de su padre que lo oyó de su bisabuelo y así hasta el siglo XVI.

Una transmisión oral que con ciertos cambios por las inclemencias del tiempo pasado llegó hasta nuestros días. Estos datos obtenidos de fuentes directas, aunque no muy científicas, servirían para mi novela. Isabel, mientras tanto, escuchaba en silencio todo lo que el paisano decía. Era un manantial, estancado y presto a desbordarse, de sabiduría, aderezado de cuando en cuando con comentarios entresacados del acervo popular y salpicados por otros comentarios de los parroquianos asistentes a la barra del bar. La tertulia nos ocupó un buen tiempo, y al cabo del mismo continuamos nuestra ruta acompañados por dos voluntarios de la caterva de personajes que

estaban en el local donde celebramos la conferencia. Acompañados por estos dos ciudadanos, recorrimos la pequeña villa, deteniéndonos en cada fachada y escudo, al mismo tiempo que escuchábamos las explicaciones pertinentes que hicieron que el paseo se convirtiera en una delicia histórica, donde faltaban datos bibliográficos y sobraban referencias localistas del entorno. Se codeaban con cada familia desde la que partieron algunos de ellos, lo que hizo que el conocimiento se convirtiera en algo más que una simple exposición magistral para entrar en lo personal y anecdótico; lo que no viene en los libros, me aclaró después Isabel.

Al terminar el recorrido no tuve más remedio que invitarles a cenar. Se habían portado de manera excelente y por mi parte, por nuestra parte, aclaré después, era obligado.

Cenamos en un lugar que ellos conocían bajo la promesa de que serían nuestros invitados. El lugar era un típico mesón, a la antigua usanza, que no desmerecía en nada a lo que existía en el siglo XVIII, a excepción de la vestimenta de los clientes. Todo lo demás era de otra época. Las sirvientas, el mesonero, las jarras de vino, la lumbre en el rincón, el fogón sobre el que descansaba un cabrito, las mesas y sillas de madera ambientaban un lugar amable y atractivo e incluso una escalera de tablones que subía al piso superior, donde casi con toda seguridad, estarían las habitaciones de la posada. Me llamó la atención, incluso, una de las sirvientas tocada al uso antiguo. Tenía la constitución de las del siglo XVIII, con grandes pechos y más bien lozana y metida en carnes. Una auténtica hembra de las del siglo pasado. Se veía que los parroquianos no eran del lugar. Parecían turistas que habían venido, llamados por la propaganda, a conocer otro ambiente. Nuestros guías estaban exultantes con el efecto que se había creado en nosotros. Un entorno que nos hacía regresar a otros tiempos y nos hacía introducirnos en la época de Alonso de Alvarado cuando recaló, a ciencia cierta, en esa ciudad para su propósito.

—¿Tú crees que Alonso estaría en este lugar? —pregunté a Isabel en un aparte.

—Es casi seguro. No te has fijado en el cartel que hay a la entrada que dice «abierto desde 1700».

—Pues la verdad es que no me he dado cuenta —la perspicacia y dotes de observación siempre me habían impresionado. Isabel derrochaba estas cualidades. Nada escapaba a su observación.

—Para eso estoy yo aquí —me dijo apretándome la mano, gesto que no fue advertido por nuestros acompañantes, más preocupados de que el cabrito estuviera a gusto de los visitantes que de las posibles carantoñas que pudiéramos hacernos.

—Lo que es seguro es que la moza no estaba entonces — señaló Isabel con una cierta ironía en sus palabras—, no la has quitado ojo en

todo este tiempo.

—Tampoco me he fijado mucho —contesté riéndome.

—Pues ya va siendo hora de que te fijes en mí al tiempo que bajaba la voz. —me dijo entre azorada y coqueta.

Nuestros acompañantes estaban demasiado interesados en discutir con el posadero sobre el cabrito y sus distintas maneras de prepararlo. Insistían, asimismo, en que el vino no era como el de la última vez que estuvieron allí y que sus amigos debían paladear el mejor de la región.

La cena transcurrió en una charla amistosa en la que nuestros nuevos camaradas nos comentaron historias de las grandes familias de la villa que enviaron a sus hijos, al inicio de la juventud, a la conquista de nuevas tierras y a explorar otros lugares. Algunos jamás volvieron, otros regresaron; como Juan Salazar que lo hizo pocos años después para retornar nuevamente ya como tesorero a Paraguay. Muchos murieron en la conquista por enfermedades como el paludismo o la disentería e incluso por otras de origen desconocido. Algunos fallecieron por las heridas recibidas en los enfrentamientos con las distintas tribus o entre los diferentes grupos de españoles. También hubo muchos que llegaron a ser unos próceres en la ciudad que fundaron.

Unos pocos se casaron, tuvieron hijos y rehicieron una nueva vida en estas tierras. Los hijos les continuaron en los negocios que habían emprendido. Los menos regresaron con dinero, ya en la vejez, a morir a la tierra que les vio nacer. A estos últimos se les llamó indianos; construyeron grandes casas con los escudos nobiliarios, en la fachada, que la corona les dio por su trabajo en favor de España. Esas casonas estaban repartidas por toda la región de Burgos y en especial por las Merindades.

El valle de Mena estaba salpicado con algunas casas que mostraban a los visitantes su abolengo y señorío. Se levantaban enhiestas, orgullosas frente a la historia y al paso de los años. Con seguridad, les decía yo, verían transcurrir la vejez desde la atalaya de sus años y de su experiencia. Habían regresado con patrimonio, pero solitarios, a envejecer en su tierra, en su pueblo y quizás alguno, a casarse y tener hijos, su canto de sirena final ante la vida. Ya no encanecerían solos. Estarían acompañados en la última travesía de la vida. Saldrían, de vez en cuando, a pasear por los alrededores de su casa blasonada, acompañados de su esposa e hijos, con su bastón decimonónico de empuñadura de pomo labrado en plata y marfil, madera de boj, no solo símbolo de elegancia y prestigio, sino también de apoyo ante las inclemencias del paso de los años o de defensa con su estoque final escondido en su interior. Con seguridad se lo trajeron de tierras lejanas, aseveró Isabel, atenta a todas las explicaciones.

Todos estos datos eran suministrados por nuestros comensales con

pelos y señales al tiempo que dábamos buena cuenta del cabrito que, poco a poco, regábamos con el tinto de la localidad. Fue toda una lección de historia práctica, con testimonios que no vienen en los libros y que yo, para mí pensaba, completarían sendos capítulos de mi manuscrito. En suma, fue una velada de lo más interesante. La información que nos dieron fue sugestiva y en palabras de Isabel, que más tarde me comentó la cena, una historia fascinante diferente de la que viene en los libros.

Nada más llegar al hotel me senté en la mesa escritorio y pasé a limpio todas las notas de nuestra conversación. En caliente sería más fácil guardar completa toda la información. «Mi editor estará encantado con todos estos datos» pensaba mientras iba transcribiendo, desde mi memoria al papel, las referencias de los paisanos de la villa. Una transmisión oral que, con ciertas imperfecciones, sería fundamental para enriquecer la trama que me había propuesto. Tal y como tenía enfocado el asunto, le podría entregar, en fecha, la primera parte de la novela. Eso sería suficiente para que me adelantase el estipendio acordado, y que yo pudiera atender a Isabel como creía que se merecía.

—Deja eso ahora y vente conmigo —me susurró al oído, evitando manifestar al oyente que teníamos sus deseos más íntimos.

—¿A dónde quieres que vaya? —escribí en una hoja en blanco del cuaderno que estaba usando para apuntar los datos.

—Ya sabes —escribió y apagó la luz.

No me dijo más. Sabía, desde el principio, lo que quería. Vi su cara en el mesón, su mirada insinuante, su media sonrisa adorable y sus movimientos perturbadores que me enviaban continuamente mensajes encendidos de magia. Cuando quería ser divina lo era. Cuando quería ser sardónica también, pero cuando quería mandarme mensajes de ardor era única. No había conocido nada igual. Un rescoldo que nunca se termina, una llama que nunca acaba y una explosión volcánica en continua ignición. La noche fue larga, llena de susurros y silencios, y no solo por el receptor que teníamos en la habitación, sino por la fogosidad que ponía en sus vibraciones.

Carlos, en la estancia contigua, se durmió sin oír nada que le interesase. En algún momento debería haber una señal, una frase, algo que le indujese en una u otra dirección. De momento, todo era un estanque de quietud. Nunca imaginaría que le habían descubierto y estaban poniendo trabas a su proyecto. Hubiera deseado tener el don de la ubicuidad y estar en las dos habitaciones al mismo tiempo, pero no era posible. Tendría que conformarse con oír lo que se dijera a través del aparato. Ahora solo le quedaba dormir y esperar.

Al día siguiente, cuando la luz irrumpía con fuerza por los cristales de mi balcón, unos ruidos extraños me despertaron. Procedían de la

habitación contigua. No me atrevía a abrir la puerta por si era el tipo que nos había colocado el receptor. Pegamos el oído a la puerta para ver si podíamos entresacar algún punto de la conversación. No fue posible. Las voces se mezclaban unas y otras. Tener a un espía, tabique con tabique, no era nada agradable y, por ello, teníamos que extremar la prudencia. Al cabo de unos segundos, que se me hicieron eternos, los ruidos finalizaron y, de nuevo, el silencio invadió el entorno. En mi cabeza revoloteaban distintas explicaciones sobre el extraño percance. Nada más lejos de la realidad encontrar un esclarecimiento adecuado. Por mucho que le daba vueltas no encontraba ninguna razón, con suficiente carga de certidumbre, para que me quedara tranquilo y pudiera continuar con mi sueño.

—¿Qué han sido esos ruidos? —una voz a mi lado inquiría una respuesta apropiada.

—No tengo ni idea —contesté sin demasiado convencimiento—. Debe de ser algún huésped poco correcto que se ha dedicado a hacer ruido con las maletas.

—Pues debían de ser muchas las valijas que llevaba y, además, había voces salpicadas de silencios y suspiros, que cuchicheaban.

—También lo escuché. No pude entender lo que decían.

—Algo así como que están dormidos. Ahora es el momento de marcharnos —dijo Isabel—. Creo que fue eso o algo parecido lo que dijeron.

—Creo que eran dos o tres personas —contesté.

—Me inclino porque eran tres —dijo una Isabel precisa en sus apreciaciones. Eran demasiadas voces para solo dos.

La luminosidad del cuarto ya era ostensible. La noche se había marchado y venía, una vez más, el día con sus incógnitas, sueños, misterios y enigmas, fruto de un arcano aún por descubrir. Decidimos levantarnos y prepararnos a recibir la nueva jornada. Habíamos decidido regresar a Ojo Guareña para ver qué es lo que había debajo del altar de san Tirso y san Bernabé. La empresa no era fácil ya que era necesario que no hubiera turistas en ese momento. Teníamos confianza en ese intento ya que era el último eslabón de nuestro proyecto y nos conduciría directamente al lugar donde Alonso de Alvarado enterró su patrimonio.

15

Siglo XVIII

Alejandro regresó al día siguiente acompañado por un tipo corpulento de edad media, con una cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda, fruto de una pelea de juventud, según declaraba al ser preguntado. No tenía reparos en dar todas las explicaciones convenientes, pues a esta hora de la vida estaba orgulloso de su valentía. Sus brazos eran fornidos, consecuencia de una vida dedicada al esfuerzo y al trabajo físico.

Enseguida le pusieron al corriente de cuál debería ser su función en esta aventura. Lo comprendió sin hacer ninguna pregunta y aceptó el encargo sin más dilación.

—Será necesario hacerlo a una hora temprana; para ello, utilizaré una vestimenta de trabajo que pase desapercibida por los turistas que pueda haber en el jardín a esa hora —argumentó adelantándose a los comentarios que pudieran realizar sus interlocutores.

—Muy buena idea —señaló Alonso, cuya impresión del obrero era aceptable.

—Me parece excelente —arguyó Alejandro, orgulloso de que la elección de su amigo hubiera sido positiva—, hay que tenerlo todo previsto. Supongo que tendrás que llevar alguna herramienta.

—Yo nunca me desplazo a un encargo sin mi caja de instrumentos. Es mi segunda personalidad. ¿A qué hora debo estar aquí? Ahora ya es un poco tarde y querría estar trabajando a las nueve de la mañana.

—Me parece perfecto —señaló Alonso—. Nos veremos a esa hora en la puerta principal. Nosotros seremos, así lo espero, los únicos visitantes y nos colocaremos, charlando, en un banco que hay a la entrada del jardín. En ese momento le daremos lo que usted tiene que dejar enterrado al pie de la fuente.

—¿Con eso acaba mi trabajo? —preguntó el obrero.

—En absoluto. La semana próxima nos desplazaremos a un lugar que ya le diremos para la segunda parte del proyecto.

—De momento ya tengo suficiente para empezar mi faena. Mañana estaré, a esa hora, en la puerta principal del jardín.

Cuando el obrero, llamado Ricardo, salió del palacete, Alonso y Alejandro quedaron en la biblioteca comentando la situación ante

sendas tazas de café. La fisonomía y la mirada limpia les habían convencido. Era un hombre parco en palabras y en gestos, pero sólido en su interior y con una lealtad a prueba, según comentó Alejandro que le conocía desde tiempos antiguos.

—Podemos fiarnos completamente. Nunca nos traicionará.

Alonso, que estaba contento porque veía que su proyecto caminaba en la dirección correcta dijo:

—A mí me ha causado buena impresión por lo que podremos continuar con la segunda fase lo antes posible. Si usted está conforme saldremos el próximo lunes. Necesitaremos cuatro personas de apoyo, bien armados y dispuestos. Ricardo irá en el pescante con el cochero y los cuatro detectives irán detrás del carruaje. Yo me ocuparé de todas las particularidades del viaje. Es complicado y no quiero dejar nada al azar —terminó mientras se servía otra taza de café.

—¿Quiere más café?

—Muchas gracias, Alonso. Dos tazas para mí son suficientes. ¿Cuánto tiempo calcula que tardaremos en llegar?

—Entre siete y diez días. Depende de las postas y del camino. Hay partes complicadas. Ya lo he estudiado y creo que en ese tiempo se puede hacer cómodamente —contestó Alonso—. He calculado las posadas y mesones donde pernoctaremos; no creo que tengamos demasiadas dificultades.

—Usted siempre tan preciso.

—Es necesario, mi querido amigo, en especial en los tiempos que corren. Y ahora si le parece dejaremos esta conversación pues debo ponerme manos a la obra en la preparación de los aspectos de intendencia. Esta tarde nos veremos en la casa de Villena para comentarle nuestros progresos.

—Allí me tendrá a las siete de la tarde.

Un lacayo acompañó a Alejandro a la puerta de salida, mientras Alonso escribía en un papel todas las actuaciones que tenía que preparar en estos días y las personas que les acompañarían. No eran muchos con los que podía contar, pues estaban a mediados de la semana y habían decidido salir al lunes siguiente. «Lo más complicado sería encontrar los cuatro agentes que debían acompañarles. Seguramente Villena conocería a alguien de confianza». Esta tarde pensaba preguntárselo.

Alonso tenía joyas y una cantidad amplia de monedas de oro, de un escudo, de dos escudos llamados doblones, luises de oro, de ocho escudos acuñados en las colonias y en el Madrid de Felipe V. Junto con las monedas había cantidad de broches, collares, esmeraldas y toda suerte de piedras preciosas que había traído de su periplo en la conquista, y que guardaba celosamente bajo una traviesa de madera en su biblioteca. Un escondite que le preparó un lacayo que falleció

poco después, por lo que nadie estaba en el secreto del lugar. El tesoro tenía un buen peso por lo que había que reforzar convenientemente la arqueta donde estaba. Esta era la razón por la que tenían que ir bien pertrechados con las armas dispuestas ante cualquier percance.

—La idea me parece bien —adujo Villena—, pero yo le añadiría un pequeño detalle para que llegue a la perfección.

—¿Y cuál es señor marqués? —preguntó Alonso que creía que había pensado en todos los detalles.

—Necesita una persona que complemente todo el grupo; que vaya adelantada para ver si el camino está expedito. Es una prudencia aconsejable en estos tiempos. Ella sola no llamará la atención como lo hace un carruaje defendido por todos los agentes.

—Es una idea excelente. A propósito ¿conoce algún grupo de seguridad que podamos contratar para este servicio? —preguntó Alonso.

—Conozco el mejor. A mí me han hecho varios servicios y siempre acabé contento con su trabajo.

—Me gustaría hablar con el jefe. ¿Le podemos ver mañana en su casa a esta hora?

—Nada me complacería más que esto, amigo Alonso, ya que demuestra una gran certidumbre en mis consejos —continuó hablando —. Son una misma familia, lo que da más confianza al grupo. Un padre y los tres hijos. Todos bien preparados y aguerridos. Muy valientes. Los he visto luchar y le aseguro que no desmerecen de otros. Han realizado cantidad de servicios para mí y para mis amigos.

—Siempre tuve fe en usted, señor marqués. Ya lo sabe y le he dado buenas muestras de ello.

—En ese caso daré órdenes de que vengan mañana, a esta misma hora, para hablar con usted. Así se ponen de acuerdo en los distintos aspectos. En mi casa, tengo otras personas que podían ocuparse de este trabajo, pero creo que es demasiado difícil para ellos. No se pueden pedir peras al olmo. No asumimos esperar que alguien haga algo que extralimite sus capacidades. No podemos esperar lo imposible —cortó Alonso y añadió —: por la cuestión económica no voy a discutir. Lo que exijo es lealtad y eficiencia. Con esas dos características, y que vengan recomendados por usted es suficiente —y al decirlo se levantó lentamente—. Si no decide nada más me retiro. Tengo varias cosas que hacer antes del viaje.

—Magnífico, amigo Alonso. Descanse y esté tranquilo. Todo saldrá a pedir de boca.

El marqués era muy propicio a cerrar sus recomendaciones con expresiones del acervo popular. Estos proverbios los intercalaba, de cuando en cuando en sus alocuciones y siempre al acabar una frase.

Al día siguiente Alejandro y Alonso se encaminaron al jardín,

donde, desde lejos, vieron a Ricardo que ya se preparaba para entrar. Ellos se colocaron en el banco previsto.

—Fue una buena idea venir antes para conocer el entorno en el que nos vamos a desenvolver —señaló Alonso.

—Siempre ha sido mi costumbre conocer, por adelantado, el ambiente en el que tengo que trabajar.

—Hay que convenir que la idea del uniforme de trabajo ha sido definitiva —especificó Alonso al tiempo que ofrecía un cigarrillo a su acompañante.

—Me pareció magistral, qué quiere que le diga —apostilló Alejandro—, ya le dije que era un tipo de muchos recursos labrados en experiencias de índole diferente.

—Vamos que ha toreado en muchas plazas —aclaró Alonso, influido por Villena en su costumbre de usar los refranes españoles.

—¡No se imagina usted en cuántas!

Mientras esta conversación estaba desarrollándose el obrero, imbuido por su afán de laboriosidad, se dedicaba a preparar una oquedad donde introducir el mapa, que previamente le habían dado, y que sobresalía en su bolsillo del uniforme. Con una gran meticulosidad, no exenta de rigor profesional, iba preparando el hoyo donde colocarlo. Tenía, por fuerza, que ser un resquicio lo suficientemente grande para mantener el mapa a salvo de humedades y otras inclemencias, y además tan pequeño que no llamara la atención. La maniobra estaba, en cada momento, vigilada por Alonso que, a distancia, seguía los distintos movimientos de Ricardo. El mapa que le había dado estaba cubierto herméticamente por un material que le preservaría del tiempo y le mantendría incólume a la historia. Todo ello, además, en una pequeña cajita de cobre, un recipiente escogido con cierto detalle por Alonso, y comprado en una tienda que encontró en sus grandes paseos por el centro de Madrid.

—Lo del cofre donde va el mapa ha sido una gran idea.

—Lo adquirí hace un par de semanas mientras, con la cabeza, iba dando vueltas a mi proyecto.

—Pues debo asentir que ha sido una ocurrencia portentosa.

—No obstante, el pequeño baúl no estaba como es ahora. Por fuerza debía tener un tamaño muy pequeño y estar forrado con una capa gruesa de cobre y otra de plomo. Para este menester tuve que aceptar los servicios de un metalúrgico. No en balde tenía que soportar muchos años…

—Nunca se sabe —cortó Alejandro— pueden ser varios o un par de siglos. Todo depende…

—Sí, la verdad, todo puede ser relativo.

El obrero ya estaba acabando su trabajo y con cierto disimulo les hizo una seña para que observaran que todo estaba correcto. A esa

hora, solo unos pocos visitantes merodeaban por el contorno del jardín sin sospechar, siquiera, que la persona que trabajaba con un uniforme no era del ayuntamiento.

Ricardo se retiró convenientemente a uno de los bancos para limpiar y colocar las herramientas en la caja, dando tiempo a que Alonso y su amigo se acercaran para ver la obra realizada. Unos movimientos, casi imperceptibles para quien no estuviera en el ajo, de aceptación llevaron la satisfacción a Ricardo, que observaba la maniobra de acercamiento y aprobación con verdadero interés.

Sabiendo que todo estaba conforme se levantó y se dirigió, por su cuenta, a la casa de Alonso, donde habían quedado después de realizar el trabajo. Tenían que cerrar la segunda parte del proyecto.

Alejandro y su amigo después de dar la aprobación a la operación realizada regresaron, a su vez, a la casa de Alonso. El carruaje les esperaba en la misma plaza de la Paja. Al llegar, lo primero que hizo Alonso fue ofrecer un agradable refrigerio a Ricardo y a Alejandro. No era costumbre compartir estos momentos con los obreros que trabajaban a las órdenes de los señores, pero en este caso, decidió hacer una excepción. Sentados cómodamente en el salón, comenzó a trazar un plan de actuación que comenzaba con el avituallamiento y el armamento que debían de llevar. Esa misma tarde se tenía que entrevistar, en casa de Villena, con el jefe del grupo que debía de escoltarles.

—Ricardo, ¿sabe usted manejar armas? —preguntó Alonso de sopetón.

—He tenido que bregar en muchos frentes y, aunque esté mal el decirlo, con la espada no me gana nadie y en puntería soy un buen tirador. Por mí no se preocupe sé cómo defenderme.

—Espero que no tengamos necesidad de sus cualidades — contestó Alonso.

—He llegado a luchar con varios rufianes a la vez —insistía reiteradamente para dar más brillo a sus ornamentos.

—Nos vendrá bien tu ayuda —añadió Alejandro que no perdía nada de la conversación—, pero no está de más que requiramos el apoyo de otras personas diestras en artes defensivas. Los atacantes pueden ser varios y debemos estar preparados.

—Esta parte del programa la estoy llevando con especial mimo —señaló Alonso que dio por zanjada la discusión—. Prepárese convenientemente; le esperamos el próximo lunes a las ocho de la mañana en este mismo lugar. Usted irá en el pescante con el cochero. Detrás del carruaje irán cuatro agentes y por delante uno que nos indicará si el camino está libre o no.

—¿Ha contactado ya con los que nos van a ayudar? —preguntó Alejandro cuando Ricardo había desaparecido por la puerta de la

calle.

—Esta tarde tengo una cita en casa del marqués. Para ello necesito su concurso. Cuatro ojos ven más que dos. Su ayuda me vendrá muy bien para la elección del grupo de defensa. Es una parte muy importante de esta empresa. No quiero que falle nada.

Afuera, en la calle, llovía ligeramente por lo que la gente se refugiaba en los portales. Era una lluvia fina, que peinaba las calzadas, y que sin ser molesta podía, sin embargo, calar lo suficiente como para no desear pasear en esos momentos.

—En ese caso iré a almorzar a casa y así veré a la familia que estos días no les hice mucho caso. Parece que uno de mis hijos tiene algo de fiebre. A la hora acostumbrada estaré en casa de Villena —Alejandro se dirigía a la puerta con su mejor sonrisa.

—Hasta luego; muy agradecido por sus consejos que son muy apreciados —Alonso le acompañaba amablemente al portón—. Nos vemos más tarde. Vaya deprisa que llueve —le aconsejó con una voz salpicada de afecto.

Alonso de Alvarado hizo un gesto de dolor al oír hablar a su amigo de la fiebre del hijo. ¡Cuánto hubiera dado él por decir lo mismo! Aquel maravilloso hijo de doce años que murió en tierras extrañas después del accidente de caballo, afectado de una septicemia. Allí quedó enterrado con su esposa que falleció, también, por unas fiebres de causa extraña, y que los médicos no pudieron explicar. Todo su trabajo, sus ilusiones, su esfuerzo, el cariño que supo darles, quedaron en esas sepulturas. Trajo un gran patrimonio, pero eso ¿para qué? No tenía a nadie a quien dejárselo.

Alonso se encontraba sentado en el sillón, mirando por la ventana una lluvia fina que repiqueteaba en los cristales, en un día intenso de primavera, bosquejando un plan de actuación, sin pies ni cabeza, sin una razón coherente, aunque para él plena de sentido, en el que saldría beneficiado alguien que no conocería, de un tiempo sin especificar. Cien, doscientos años, qué más da. Alguien se aprovecharía de su fortuna; esperaba que la utilizara para buenas acciones. Sin saber quién sería el anónimo agraciado debía de escribirle unas líneas, explicando su proyecto. Tenía que conseguir dar una lucidez a su acción. Para eso nada mejor que escribir una carta explicativa. Se acercó a su mesa de trabajo y tomando un papel y una pluma, redactó con una punzada de ansiedad un documento:

> A quien en este momento me lee:
>
> Quien quiera que seas, hombre o mujer, te enfrentas ahora por la casualidad, con una gran riqueza, fruto del trabajo de una persona honrada, que en la conquista española, allá en la ciudad de Cuzco, amasó con perseverancia este patrimonio. Te extrañará lo que has encontrado y las razones por las que tomé esta decisión.

En tierras lejanas tuve una familia, esposa e hijo, que fallecieron y quedaron sepultados bajo la tierra peruana. Sumido en el dolor por esta pérdida, decidí regresar a mi país y dedicarme a realizar buenas obras. He dejado parte de mi fortuna repartida en varios conventos para obras de caridad. Sin embargo, tomé la determinación de dejar una parte importante a la persona que tuviera la inteligencia, el valor y la perseverancia de encontrar el mapa y posteriormente el dinero. Ese alguien afortunado has sido tú y aquí estás leyendo esta carta. Quiero, de esta manera, trascender y lo haré en tu persona.

La riqueza que has encontrado debe servir para que realices acciones buenas. Yo lo hice en el tiempo que me tocó vivir, pero es seguro que en el tiempo en que te encuentras, ahora, habrá otro tipo de necesidades a las que tienes que asistir. Tienes suficiente dinero para que tú y tu familia no tengáis necesidades el tiempo en el que viváis y también para que puedas auxiliar a personas de tu entorno que lo necesiten.

Tengo, también, que hacerte una petición y es que una parte de la riqueza que encuentras la debes enterrar, tal y como lo hice yo, para que dentro de otros cien o doscientos años alguien, como tú, la encuentre, de nuevo, y realice lo mismo que yo te pido. Todo esto debes explicárselo en una carta como la que en este momento estás leyendo. De esta manera mi espíritu trascenderá al menos varios siglos. Busca en la encina sagrada. Allí hallarás la respuesta.

Si cumples mi deseo serás feliz toda tu vida, y si no lo respetas serás maldito tú y tu generación futura. Si deseas que esto no suceda debes satisfacer mi empeño. Que Dios te lo premie y si no te lo castigue.

Tu desconocido bienhechor,

Alonso de Alvarado.

Estaba contento con el manuscrito que había redactado. Cogió la carta y la introdujo en un pequeño baúl. Esta carta y el tesoro tendrían que ir en lugares distintos. Sobre el terreno decidiría los lugares.

Pensaba que el agraciado cumpliría sus pretensiones y llevaría ese dinero a los más necesitados. Seguro que en el tiempo que le hubiera tocado vivir habría otras carestías distintas. Él había apoyado las que se encontró en su momento histórico, pero, ahora, deseaba que su patrimonio sirviera, también, para ayudar las estrecheces de otra época.

No quería limitarse solo a su tiempo. Aspiraba a extenderse a otros períodos de la historia. Pensaba que de esta manera no moriría y que su espíritu perviviría muchos años, justo los que tardaran en encontrar la fortuna. El deseo humano de eternidad, de que el espíritu traspase las barreras del tiempo. La trascendencia no debía limitarse al período que le había tocado vivir sino extenderse más allá del momento de su muerte. Con esta esperanza es con la que pergeñó este proyecto. Su deseo de trascendencia, era lo que le impulsaba a pasar de dentro afuera, superando la limitación del tiempo y lo efímero de la vida. No quería que esta se circunscribiera a unos años y a una etapa vital. No quería, tampoco ser inmanente, agotar su ser y su actuación en este tiempo, sino superar este período que le había tocado vivir. Un

misterio inconcluso y en permanente revisión que le llevó al deseo de ir más allá del mundo natural. Si alguien encontraba su legado, habría conseguido el propósito con el que diseñó la idea. Podía llegar a la trascendencia a través de la meditación y la oración, pero él quería llegar, también, a través de su espíritu, aunque este fuera a base de riquezas. Últimamente se había refugiado en la introversión y la plegaria, pero anhelaba algo más y eso lo había encontrado con este proyecto. Su destino estaba decidido. Volvería a revivir otra vida con los afortunados que encontraran su patrimonio. Sabía que después de muerto no iba a resucitar, pero sí que podía reencarnarse en otra persona, con otro cuerpo físico, pero con la mente suya. Esa búsqueda de la inmortalidad que tanto le había hecho reflexionar la tenía ahora en su mano, simplemente con que su proyecto se llevara a cabo.

Con todas las labores realizadas, a falta de contratar al grupo que les acompañaría se fue a dormir. Un día intenso. Por la mañana el jardín. Las miradas de los pocos visitantes que había. Todos, pensaba, sospechaban de la trama que se estaba desarrollando. Los nervios de la situación, el deseo de no ser visto por nadie, la aspiración de que su secreto no fuera compartido por muchas personas. El obrero, su amigo Alejandro y el marqués eran los únicos que conocían el tema. Con este último tenía menos intimidad, pero no abrigaba ninguna duda de su lealtad y honestidad. Había demostrado su probidad, a cada momento, con sus comentarios, actuaciones y decisiones que señalaban un acatamiento a los valores más profundos de las personas.

16

Año 1995

Después de desayunar en un día que prometía calor, Isabel y yo nos dirigimos al coche que teníamos aparcado en la puerta de Torre Berrueza. Al sentarme en el asiento comprobé que había una nota sobre el volante. Era más bien escueta pero muy significativa: estábamos siendo vigilados todo el tiempo. La nota decía lo siguiente:

> Veo que tenéis muy avanzadas las ideas sobre Ojo Guareña y que habéis decidido regresar allí. Quiero que me deis toda la información que tengáis. La podéis dejar debajo de vuestro coche cuando lo dejéis aparcado en la casa rural. Nosotros tomaremos esa información y si nos vale ya no nos veréis más. Es fácil lo que os pedimos. Si no queréis ser molestados más haced lo que os pedimos.

—Qué cosa tan curiosa, comienza el escrito en singular, y después continúa en plural ¿te has dado cuenta? —preguntó Isabel que no apartaba los ojos de la carta.

—Está demasiado claro. Da la impresión que este negocio lo empezó solo pero que ahora prosigue con varios. Como si estos se hubieran unido a mitad de camino.

—Sí. Eso es lo que pienso.

—¿Tendrá relación con las voces que escuchamos esta mañana a primera hora? —inquirió Isabel extrañada por tanto misterio alrededor de ellos.

—Por supuesto, no me cabe la menor duda —convine con un movimiento de asentimiento.

—Tendremos que ir con cuidado. Esto se está poniendo muy peligroso —señaló Isabel.

—Yo lo dejaría simplemente en peligroso —corté rápidamente con la idea de no aumentar el miedo. En su cara podía ver cierto temblor que la delataba.

—¿Qué vamos a hacer? —insistía Isabel con una mirada de ansiedad que denotaba por lo que estaba pasando.

—De momento ir otra vez a Ojo Guareña. No conviene precipitarse y tenemos que hacer movimientos pequeños que no llamen demasiado

la atención.

—Y allí ¿qué haremos? —preguntó una Isabel extrañada por mi propuesta.

—Volveremos a hacer fotografías como dos turistas cualesquiera. Si vemos alguna oportunidad investigaremos lo que hay en el altar.

—Será difícil si está el guía con explicaciones del grupo — insistía Isabel sin dar aún aquiescencia a la proposición.

—¿Te diste cuenta de que ayer salía el guía con todo el grupo, cerraba la puerta y a la media hora volvía a entrar con otro grupo?

—Sí. Me fijé en lo que dices.

—Pues muy sencillo —aclaré las dudas— nos escondemos, o mejor lo hago yo solo para no llamar la atención e investigo el altar. Tengo media hora entre grupo y grupo. Suficiente para lo que quiero. —La idea me pareció fantástica.

—¿Y qué hago yo mientras tanto?

—Te quedas fuera, compras otra entrada para el siguiente grupo de visitantes, te unes a ellos y vuelves a entrar.

—Parece fácil tal y como lo dices.

—Pues lo es. Ya verás como todo sale bien —neutralicé sus miedos con un beso.

Ella se quedó más tranquila al ver la seguridad con la que hablaba. Eran momentos en que no cabía la zozobra ni la duda. Había que seguir adelante dado el punto al que habíamos llegado. El asunto no tenía marcha atrás. Esa misma mañana deberíamos volver a Ojo Guareña y hacer lo que la dije.

Teníamos esta conversación alrededor del coche. Habíamos leído la nota y estábamos preocupados por lo que pudiera suceder. La zona alrededor de la casa rural estaba vacía. No había nadie. El que puso la hoja en el parabrisas había desaparecido. Si estábamos siendo observados no nos dábamos cuenta.

—Creo que debemos marcharnos. Aquí no hacemos nada — sentenció Isabel.

—Tienes razón. El que puso la nota ya está lejos.

En Ojo Guareña entramos como dos turistas más. Escuchamos todas las explicaciones del guía como si fuera la primera vez que las oíamos. Yo no podía apartar los ojos del altar y buscaba un lugar para esconderme en el momento en que todos salieran de la cueva. Esta oportunidad se me presentó, al cabo de unos minutos, cuando el guía apremiaba a que todos salieran ya que había terminado la visita. En ese instante hice una seña a Isabel y me escondí en un hueco que había en la pared. Todo muy natural y nadie, excepto ella, se percató de la maniobra. Todos salieron lentamente y la puerta se cerró. Tenía una media hora hasta que el grupo volviera a entrar. Era tiempo suficiente.

El altar consistía en un bloque rectangular de mármol que descansaba en cuatro columnas, una en cada esquina. La mesa y el soporte llamado también estipes conformaban una estructura sólida y compacta, aunque eran piezas distintas. Esto me llamó la atención. Las columnas eran también de mármol y había una quinta columna en el centro que presentaba la parte de atrás rellena de cemento. Me fue fácil, con un destornillador que llevaba, rascar lentamente la base de esta quinta columna y encontrar un pequeño manuscrito, escrito a mano sobre un papiro que podía resistir el paso del tiempo, que rápidamente introduje en el bolsillo. Limpié cuidadosamente la base de la columna y, casi sin tiempo, me volví a esconder cuando ya los primeros visitantes entraban. Afortunadamente todo sucedió a pedir de boca y a la media hora salía como uno más sin llamar la atención. Isabel me esperaba fuera haciendo unas fotografías como una turista cualquiera.

—¿Cómo te ha ido? —fueron sus primeras palabras.

—Vamos al coche. Ya te contaré.

Ya resguardados de miradas indiscretas pudimos leer el documento. Pasaron varios minutos en los que yo leía, en silencio, el texto. Estaba verdaderamente impresionado por lo que allí decía.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó inquieta.

Está escrito a principios de los años 1700 por una persona, parece que relacionada con la aristocracia, que desea dejar su riqueza a la persona que haya encontrado el mapa del jardín y haya podido llegar hasta este lugar. Es un hombre que vino de Cuzco donde hizo una gran fortuna. No tiene nadie en su familia ya que, según dice, murieron allá lejos.

—¿Qué razones da para tomar esta decisión?

—Parece que lo que quiere es trascender a otra época y que su recuerdo sirva para ayudar a otras personas y nos emplaza a qué nosotros hagamos lo mismo con una parte de su legado. De esta manera seguirá trascendiendo otros siglos más.

—Pero ¿dónde está todo esto que dices? —Isabel estaba muy nerviosa. Me lanzó una mirada de eternidad.

—Yo no lo digo. Lo dice él.

—Me da lo mismo. ¿Dónde está?

—En la encina sagrada. Allí está enterrado. Quiere que continuemos con el encargo.

—¿No puedes explicarme algo más? Utilizas un lenguaje excesivamente críptico.

La encina sagrada está en la parte alta de la montaña que estás viendo. Está rodeada de catorce asientos de piedra que fueron usados por más de seis siglos, desde el siglo X hasta el año 1616 en que se trasladó a la ermita de san Tirso y san Bernabé.

—¿Para qué se utilizaban los asientos?

—Era el ayuntamiento hasta que se trasladó al interior de la ermita. Había una romería donde se nombraba al carbonero mayor. No olvides que esta tierra es rica en robles y encinas. Desde este lugar la gente se trasladaba a la ermita donde se celebraba la misa mayor acompañada de un pequeño ágape, bailes y música popular. La encina parece que ha desaparecido, pero no creo que nos sea difícil encontrar el lugar donde estuvo situada.

El culto a los árboles son mitos de muchas culturas. Los celtas tenían la idea de que, según la fecha de nuestro nacimiento, estábamos ligados a un árbol específico que nos concedía virtudes y espiritualidad que conformarían nuestra personalidad. Las deidades menores habitan, según su creencia, en el interior de los árboles. La encina es el árbol sagrado del Mediterráneo. Cuenta la leyenda que Zeus meditaba debajo de ellos. Pero hay otro detalle que no se me ha pasado por alto. Y es que el 11 de junio se celebra la romería a san Bernabé.

—¿Por qué crees que eligió la encina para enterrar su tesoro?

—Hasta aquí quería llegar. No lo tengo comprobado, pero posiblemente esta fecha sea el día de su nacimiento.

—¿Cómo has llegado a esta sospecha?

—Muy sencillo. Su deseo de perdurar está relacionado con el día que nace y el que muere. El primero lo sabe. El segundo está cerca, pero lo ignora. Por eso eligió este lugar para esconder su fortuna. Esa fecha está ligada a su deseo de perdurar y trascender.

—¿Sabes una cosa?

—Si no me la dices, no.

—Que estás resultando más inteligente de lo que yo sospechaba.

—O sea que creías que era medio tonto… Te diré algo más. Los druidas adoraban a la encina y sobre ella crecía el muérdago, la piedra filosofal, que les servía como cura para muchas dolencias y ritos mágicos. En torno a ella se debatían los problemas de las tribus. El carácter sagrado de los bosques facilitaba que los huidos se escondieran en ellos buscando asilo y protección. Recuerda la historia de Robin Hood y el bosque de Sherwood en Nottinghamshire.

—Cuantas cosas sabes —dijo con cara de admiración una Isabel absorta con tanta explicación.

—Los druidas eran los hombres de la encina, así se les conocía en la Antigüedad. Se trataba de los sacerdotes celtas que vivían en Britania y en la Galia, y que gozaban de conocimientos relacionados con la medicina, astronomía y predicciones futuras. A veces ejercían como maestros y jueces dirimiendo situaciones de confrontación entre las personas que componían la tribu. Tenían un gran poder y sabían ejercerlo. Las montañas, los ríos y los valles eran sagrados y

apoyándose en la simbología de la encina conectaban con toda la magia. La palabra druida viene de la palabra *der* que quiere decir encina o roble, ya que este árbol canaliza la energía necesaria para transformarse. Esto lo hacían en tres grados, el primero era el de los *bardos*, los que tienen la inteligencia de saber vivir, de saber callar y de saber hablar cuando es necesario. Recuerda el mono de la sabiduría: no ver, no oír, no hablar. El segundo grado es el *ovate*, que viene de la palabra *ofidio*, serpiente. Era la astucia. El tercer grado era el de *druida*, el maestro, el juez, el jefe religioso que encarnaba el conocimiento máximo.

—Que bien me lo explicas.

—¿Comprendes ahora lo que te digo? En este lugar es donde se realizaban los ritos sagrados y aquí es donde presumo que está el secreto que buscamos.

—No me queda ninguna duda de que estamos en la solución del problema —respondió Isabel con cara entre asustada por lo que se le venía encima e ilusionada por lo que podía encontrar.

—¿Te das cuenta de lo que tenemos ante nosotros?

—¿Y cuándo crees que podremos ver lo que hay debajo de la encina sagrada? —Isabel manifestaba su impaciencia por momentos.

—Creo que lo prudente es esperar que los que nos vigilan se olviden.

—¿Crees que lo van a hacer?

—Por el momento no, pero si regresamos a Madrid creerán que no hemos encontrado nada y a lo mejor se olvidan.

—Es buena idea. Debemos regresar.

Fuimos a la casa rural y recogimos las maletas. Tratamos de hacer ruido y que se nos viera para que nuestros vigilantes tuvieran la certeza de que regresábamos. Antes de enfilar hacia Madrid decidimos ir a almorzar al mesón en el que habíamos estado el día anterior. Nos gustó y nos pareció original el planteamiento gastronómico. Lo primero que hice, nada más entrar, fue mirar si estaba la moza, de la otra noche, sirviendo comidas. «Una buena hembra» pensaba mientras trataba de acomodarme en una de las mesas del rincón.

—Parece que si está tu moza —dijo Isabel sardónica como en sus mejores momentos.

—Sí. Ya la he visto —contesté de una manera adusta. Nunca me había gustado que me controlaran y ese comentario era una prueba de ello.

—Pues llámala para ver qué nos da de comer —insistía en su ironía.

Al poco rato, cuando aún no nos habían servido el cochinillo y solo paladeábamos el vino, entraron los dos ciudadanos que nos explicaron, la otra noche, las grandezas de la villa. Al vernos, se acercaron con cierto desparpajo demostrando una innegable

familiaridad derivada de todas las explicaciones que nos dieron.

—¿Creíamos que os habíais ido? —dijeron con una cara a medias entre la extrañeza y la incredulidad.

—Pues seguimos aquí. Tenemos intención de regresar después de finalizar este cochinillo tan suculento que hemos pedido —contesté mientras me servía un vaso de vino.

—Esperamos que la visita haya estado a la altura de las perspectivas que teníais.

—Por supuesto. Ha sido muy enriquecedora —añadió Isabel que no perdía nada de nuestra conversación.

—Y la visita de Ojo Guareña, ¿cómo resultó?

Me quedé unos segundos pensativos. No recordaba haber comentado en ningún momento nuestras intenciones de visitar la ermita.

—Todo fue a pedir de boca. Muy interesante. —Les di una respuesta ambigua, tratando de ganar tiempo para ver cómo respondían.

—Es un lugar interesante. Encierra…

—Muchos secretos, ¿verdad? —corté su réplica.

—No me salía la palabra…

—Sí. Ya me di cuenta. Por eso me adelanté —toda mi ironía vino al encuentro.

—¿Y ahora regresan? —la pregunta la hizo el otro que había estado callado hasta ahora.

—Así es. Hay que trabajar en Madrid. No creo que volvamos —remaché dando más fuerza a mis palabras

La verdad es que no sabía sus nombres y eso que estuvimos un buen rato charlando acerca de la villa y de los personajes que vivieron en ella. Sin embargo, ahora que les observaba por segunda vez, me estaba dando cuenta que la relación con nosotros era distinta de la del otro día. Había algo así como una pared que se interponía. Un muro que nos separaba. Lo que me hizo sospechar fue el hecho de por qué sabían que habíamos ido a Ojo Guareña cuando en ningún momento hablamos de ello. Tuvimos especial cuidado en este tema. En la conversación que tuvimos otro punto llamó mi atención. Pusieron demasiado interés en conocer las razones por las que regresábamos a Madrid. Yo, por ello, me afané en insistir que nuestra visita turística había finalizado y teníamos otras obligaciones que cumplir. Después de unas palabras de cortesía se retiraron a una mesa junto a la escalera. «Ya habían conseguido información suficiente y no era necesario continuar con la farsa», pensaba mientras me servía el cochinillo que un camarero solícito se afanaba en trocear.

—Seguro que tienen algo que esconder —avanzó Isabel que no había perdido ripio de la conversación y que sospechaba lo que yo.

—Eso mismo pienso.

—¿Qué crees que quieren? —recabó Isabel, mientras miraba con embeleso el plato recién servido y presto a ser engullido.

—No lo sé, pero seguro que es algo —dije al tiempo que los jugos salivales hacían su trabajo.

—¿Tendrán algo que ver con los ruidos que hemos oído esta mañana en el hotel? —A ella siempre tan sagaz en sus apreciaciones no se le había pasado por alto este detalle.

—Es posible. También lo he pensado. Es mucha casualidad que hayan venido, de nuevo, a este mesón, habiendo estado hace poco.

—No es normal que dos vecinos de esta villa vengan a comer dos veces tan seguidas.

—Que algo se traen entre manos no hay duda. Hace dos días no lo pensé, pero ahora estoy seguro. Estos no son residentes del pueblo.

—Bueno, vamos a degustar este cochinillo que tiene una estupenda vista.

Comimos en silencio bajo la atenta mirada de los paisanos que no nos dejaban de observar. El espectro de los fantasmas nos acariciaba el pensamiento. Los artilugios tecnológicos para espiarnos, los ruidos del pasillo y la persecución a la que nos tenían castigados eran elementos disuasorios a los que nosotros no estábamos dispuestos a claudicar. Nuestra intuición nos decía que íbamos por la cuerda floja, y que en cualquier momento podíamos caernos. Por eso teníamos que avanzar con cautela y perspicacia para, sin traspasar la línea roja, llegar a cumplir nuestro objetivo de la mejor manera, que no era otra cosa que encontrar el patrimonio de Alonso de Alvarado. En ese momento no era oportuno regresar a la ermita. Lo primero que había que hacer era despistar a nuestros perseguidores y, además, teníamos que volver con herramientas adecuadas. Seguramente habría que desenterrar las riquezas escondidas a una buena profundidad, lo que nos llevaría un buen tiempo. Concluimos la comida y sin más dilación nos acercamos a la mesa de nuestros vecinos y nos despedimos.

—¿Piensan volver por aquí?

La pregunta tenía una gran carga de profundidad. Teníamos que dejarles claramente que no pensábamos regresar.

—La visita nos ha gustado mucho, pero hay tantas cosas que ver que no creo que volvamos por aquí —contesté tratando de despejar cualquier duda que hubiera quedado en el aire.

—Quién sabe si dentro de un par de años volvemos, pero ahora tenemos varios viajes en preparación. Algunos a Sudamérica —Isabel quería dejar claro y sin duda de cualquier tipo que el campo estaba despejado y que no pensaban volver.

—Es una lástima hay tantas cosas que ver...—dijo uno de los tipos que no dejaba de observarnos.

—Nosotros ya acabamos la visita —corté tajantemente la

conversación—. Esperamos verles por Madrid.
—No le extrañe si les volvemos a ver —y al decirlo arrastró sus palabras tratando de remarcarlas.
—Será un placer —contesté al tiempo que les hacía un saludo de despedida—. Hasta la próxima, entonces —quise devolverles la pelota.
Salimos del mesón sin volver la vista atrás. Un cierto nerviosismo nos invadía, pero estábamos contentos de haber podido aguantar el envite.
—Con toda seguridad estos tipos tienen algo que ocultar — dije nada más entrar en el coche.
—¿Serían los de esta mañana que hacían tanto ruido?
—Posiblemente —contesté con una cara de preocupación que no podía disimular.
—Te veo preocupado —afirmó Isabel mirándome a la cara
—No es para menos. Estamos siendo vigilados todo el tiempo. Incluso no me extrañaría que… Vamos a tomar un café ahí enfrente —manifesté.
De pronto me vino a la cabeza que podían haber colocado uno de esos artefactos técnicos desde los que se podía oír lo que hablábamos. Era necesario que se lo comentara fuera del coche, en el bar mientras tomábamos un café.
—¿A qué viene este deseo de tomar un café, si ya lo tomamos en el mesón? —preguntó con cara de extrañeza.
—No lo sé, pero me da la impresión que han colocado uno de esos chismes para conocer nuestra conversación. Ahora no podemos hacer nada así que cuando estemos dentro del coche hablaremos de cosas intrascendentes. Nada de Ojo Guareña ni de la carta. Es más, lo que digamos les debe convencer que no tenemos nada que ocultar y a lo mejor se olvidan, de esta manera, de nosotros.
—Me parece buena idea.
—Cuando lleguemos a Madrid revisaré el coche en el taller para ver si han colocado algo.
—Si hay algo, quizás lo mejor sea dejarlo. No tenemos necesidad de hablar nada dentro del coche, y así se darán cuenta de que no tenemos nada que ocultar —señaló Isabel dentro de la prudencia con la que siempre actuaba.
El regreso a la capital fue rápido. No hubo demasiada circulación y nuestra conversación giró acerca del tiempo que teníamos y lo bonito que había sido la visita a Espinosa de los Monteros y Ojo Guareña.
—Me ha gustado mucho la villa de Espinosa y todo lo que nos han contado nuestros amigos sobre los descubridores — manifestó Isabel mientras me sonreía y hacía señas para que continuara con el diálogo.
—Tengo que decir que han sido muy amables con lo que nos han explicado. Han dedicado mucho tiempo a los comentarios del

conocimiento popular. Lo que no aparece en los libros.

—El paseo que hicimos después de cenar fue muy interesante— apostilló Isabel—, y el detalle de abrirnos la pastelería para que compráramos los sobados y las pastas italianas fue muy de agradecer.

—Eso es lo que más te ha gustado —reía yo mirándola como se comía una de ellas—. Déjame alguna para cuando lleguemos.

Así fue nuestra conversación, intrascendente, tratando de evitar lo más comprometido, y aunque queríamos comentarlo hicimos todo lo posible para evitarlo. Cuando parásemos en Aranda de Duero hablaríamos sobre el tema.

En el pueblo de Aranda paramos un buen rato. Teníamos necesidad de hablar y comentar todo lo que habíamos descubierto.

—Entonces ¿estás seguro que debajo de la encina está el tesoro? —preguntó Isabel curiosa de tener una respuesta más exacta.

—No me cabe la menor duda —contesté sin dar lugar al menor atisbo de duda.

—Entonces tenemos que venir con herramientas adecuadas. Estará enterrado a una cierta profundidad.

—Sin duda. Alonso no dejaría que su proyecto se viera abocado al fracaso por un hecho tan fútil como el dejar su tesoro en superficie. Una buena capa de tierra seguro que tiene por encima.

—Lo que me parece es que tenemos que dejar mucho tiempo sin venir ya que estos estarán preparados para seguir con la vigilancia. No creo que puedan mantener ese ritmo durante varios meses.

—Ahora me dedicaré a escribir la novela y tú a tu vida anterior y si te apetece a corregírmela. Cuatro ojos ven más que dos.

—Ya estás con los refranes populares, como el marqués de Villena.

—Todo se pega —corté sardónico al tiempo que me introducía, de nuevo, en el coche —y ahora a decir tonterías y banalidades ¿de acuerdo?

Isabel asintió con la cabeza al tiempo que con la boca ponía un mohín cariñoso.

El viaje de regreso se caracterizó por una conversación intrascendente. Ya entrando en Madrid, en un descanso fuera del coche, rompí el silencio con una propuesta lapidaria que sonó sino extemporánea si, al menos, rompedora.

—Te propongo que te vengas a casa a vivir conmigo. En la tuya, sola, estarás a expensas de estos delincuentes. Ya has visto que no es solo uno los que están en este tema

A Isabel la propuesta le vino como un jarro de agua fría. No se la esperaba y, sin embargo, le gustó. Dejó unos segundos para contestar. Quizás era el tiempo que consideró que una mujer honesta debería utilizar para la respuesta.

—Me gusta la idea —dijo con una sonrisa que dejaba traducir un

sentimiento de emoción.

—Mañana vamos a tu casa a recoger tu ropa. Esta noche ya tenemos lo necesario. Ahora cada vez que vayas a tu domicilio te acompañaré hasta arriba. Es peligroso que vayas sola.

—Me parece muy bien.

Isabel estaba orgullosa de mi comentario y no sabía cómo disimularlo.

Nos montamos de nuevo y seguimos el corto trayecto que nos separaba de nuestra casa. Había sido una experiencia extraordinaria. Era necesario sedimentar todo lo que aprendimos y comprobamos.

17

Año 1995

Isabel se instaló en mi casa y durante este tiempo se dedicó a leer y ampliar sus conocimientos sobre el siglo XVII y el XVIII, mientras que yo escribía la novela y visitaba, asiduamente, al editor para entregarle distintos capítulos. Un día recibí una llamada a horas intempestivas. Era de la editorial. El jefe quería hablar conmigo sin dilación. Esto significaba que no más tarde de media hora debería estar sentado en su despacho aguantando su fría mirada y su impertinente conversación. Esta imperiosa orden fue cumplida a rajatabla y aún no habían sonado las campanadas de las ocho de la mañana cuando traspasaba el dintel de la puerta de su oficina.

—Llevas varias semanas entregándome capítulo a capítulo la novela y aún no sé cuándo piensas terminarla. Todavía no se en que acabó la visita a Ojos Guareña y si el tesoro ha sido rescatado o no.

—Veo que la está leyendo con interés y que no se le escapan los distintos aspectos de la trama.

—Cuando algo… me interesa… me interesa y no hay nada más que hablar —contestó de una manera desabrida al tiempo que se quitaba el sudor de la frente.

Este último detalle no me pasó desapercibido dado que eran las ocho de la mañana y el día no era muy caluroso.

—Trataré de acelerar… pero ya supondrá que hay días mejores y días peores —se atrevió con la respuesta que llevaba tiempo dándole vueltas.

—Cuando yo quiero una cosa, la quiero y ya está. Todos los días tienen que ser buenos. No me ha quedado claro lo de la encina sagrada y que es lo que contiene el baúl. Además, quiero saber también lo del altar de san Tirso y qué es lo que estaba escondido ahí.

Cuando terminó la conversación regresé a casa y en el camino pensé la razón por la que Damián había dicho lo de la encina sagrada y lo del altar, si yo en la novela aún no lo había descrito. Dos detalles que parecen sin importancia, pero muy significativos para las dotes de observación. Un buen escritor debe ser buen observador. Estaba deseoso de llegar a casa y comentárselo a Isabel, que como mujer inteligente, seguro, que me daría una explicación convincente.

—Isabel, siéntate en el sofá y sírveme un buen vaso de ron — dije nada más entrar por el pasillo.

—¿A estas horas? —se oyó que contestó.

—Lo necesito. Cuando te lo cuente me vas a dar la razón.

—Desembucha ya —cortó con una frase lapidaria—. Estoy deseando saber qué es lo que te ha dicho

—Acabo de venir de la editorial. He tenido una conversación con Damián que no me atrevería a llamarla agradable, aunque sí sugestiva.

—¿Sugestiva? —me parece un poco cursi tu definición de la entrevista.

—Quizás no sea la palabra más adecuada, pero a mí me lo pareció.

—Bien. Dime cómo se desarrolló la entrevista.

—Cuando veas lo que me dijo lo entenderás. Estuvimos unos minutos hablando de la novela. Ya sabes que no dedica mucho tiempo a los temas y, de pronto, me pregunta que no ha recibido los capítulos que hablan de la encina sagrada y del altar de san Tirso.

—¿No se los distes?

—No. Todavía no están terminados. Faltan detalles y algunas correcciones y, siempre, me gusta dar las cosas terminadas.

—¿Qué le contestaste?

—Me quedé pensativo unos segundos y después lo primero que se me ocurrió. No entendía cómo me hacía esas dos preguntas si no le había dicho nada de estos aspectos.

—¿Qué cara ponía mientras te hacía la pregunta?

—Ninguna en especial. Ya sabes que cuando habla parece que juega al póquer.

—Debieron ser unos instantes angustiosos.

—Yo diría más bien suspicaces. Me puse en guardia y a partir de ese momento mi conversación giró alrededor de la falta de tiempo para escribir los capítulos que continuaban y dar constantes evasivas a sus preguntas. Trataba, simplemente, de ganar tiempo y de salir del despacho lo antes posible. No quería romper el hilo de nuestra endeble relación, pero tampoco dar más información de la precisa. Tenía excesivo interés en saber cómo continuar el relato de algo que yo ni siquiera había descrito.

—¿Cómo explicarías la reacción suya?

—No tengo ni idea. Que hiciera preguntas sobre el diario lo entiendo, así como que preguntase por Espinosa de los Monteros y sobre la carta que nos encontramos en la habitación de la casa rural, pero los interrogatorios, de algo que yo no había escrito, es lo que me mosquea y no sé a dónde quiere llegar.

—A partir de ahora tienes que dosificar las entregas —dijo Isabel, rebulléndose inquieta en el sillón.

—No te preocupes —señalé ya que me había dado cuenta de la situación nerviosa de ella—. Trataré de manejar el escenario lo mejor posible. A partir de ahora mediré mis palabras minuciosamente. Le iré dando cuerda poco a poco.

—Tienes que medir no solo tus palabras, sino también tus escritos.

—Se me ocurre que podía seguir los capítulos con informaciones equivocadas para ver cómo se mueve. Yo no sé si sabe algo más que lo que oculta, pero no tiene todos los datos correctos.

—¿Quieres decir que conoce más datos de esta historia del mapa, el diario y lo que está enterrado en Ojos Guareña?

—No me atrevo a asegurarlo, pero diría que sí —cortó Fernando mientras se levantaba del sofá para servirse una copa de ron.

—Ahora me explico lo que me contaste de una de las veces que fuiste a verle y que te dijo que era muy importante que le dieras cuanto antes el manuscrito y que no lo leyera nadie antes que él. —Isabel no hacía nada más que moverse inquieta.

—Eso podía ser porque quería tener la primicia de ser el primer lector de la novela.

—O también porque no quería tener más partícipes de ella.

—Puede ser. Yo en ese momento no lo interpreté así.

—Pues sea una u otra cosa, lo que hay que tener, a partir de ahora, es prudencia en lo que dices, pero sobre todo en lo que escribes —Isabel siempre tan sensata en sus afirmaciones.

—Ahora veo claro porque tanta insistencia en que le entregara el manuscrito. Tiene varios para leer y editar y parece que solo le interesa el mío. Y además ¿cómo interpretas que estaba sudando a las ocho de la mañana cuando me hacía las preguntas?

—Es un dato verdaderamente extraño. No sé explicarlo. Es como si la conversación no fuera algo normal y tratara de ocultar información. Nadie se pone a sudar cuando la entrevista va por los derroteros habituales, pero parece que en este caso se salió del argumento. Un asunto especialmente escabroso, pensaría, y sus nervios le delataron. No podía disimular su estado anímico.

—Pero ¿qué es lo que está ocultando? No se me ocurre nada. Solo se me ocurre pensar que pudiera tener alguna relación con el diario, pero ¿cuál?

—Es posible que alguien le haya hablado antes de esto. Pero ¿quién? Nadie conoce esta historia.

—Que nosotros sepamos —atajé sin dar tiempo a la duda.

Un silencio espeso invadió la estancia. Quedamos petrificados sin saber que contestar ni que decir. Cualquier cosa que dijéramos no tendría sentido y preferimos callarnos. Fuera, en la calle, la lluvia producía un sonido en el pavimento. Nubes grises presagiaban un día incierto, lleno de incógnitas y de preguntas. Los minutos se hicieron

eternos y hubieran continuado de no ser porque Isabel interrumpió la quietud de la situación con una frase contundente.

—¿No estará involucrado en esta trama?

De nuevo el silencio, las miradas inquisitivas y expectantes y las interpretaciones gestuales.

—Espero que no tenga nada que ver —contesté, cada vez menos convencido en mi afirmación—. ¿Por qué dices esto? —me atreví a decir en voz alta la pregunta que llevaba rondándome la cabeza un buen tiempo.

—Está muy claro. Si tú no le has dado aún el capítulo de la encina sagrada ¿cómo sabe él que hay una allí y que tiene cierta significación en la trama?

—A lo mejor ha leído algo sobre este lugar. Ya sabes que lee mucho.

—O bien alguien que no sabemos se lo ha contado.

—¿Quién puede ser? —me atreví a inquirir ya que conforme avanzaba en la conversación menos dudas me cabía de que Damián ocultaba algo.

—¿Qué sabes del perfil de Damián?

—Prácticamente nada. Me lo presentó Óscar, ya te lo dije. Le pregunté si conocía alguien con quien pudiera comentar la novela que escribí el año pasado y me dio la dirección de este tipo. La verdad es que me recibió al día siguiente de llamarle. Pensé que mi amigo tenía mucha fuerza con él, pero un día cuando se lo pregunté me dijo que casi no le conocía, que se lo habían presentado en una reunión y que, cuando le habló de mí y de quien era, puso mucho interés en concertar una cita. El primer manuscrito que le entregué, casi en dos días, lo aceptó. Me extrañó tanta celeridad, pero no le di más importancia. Ahora veo que lo que quería era congraciarse conmigo y llevarme a su terreno. Me insistió mucho cuando le conté la idea de esta novela en que siguiera con la trama e incluso me dio un adelanto sin venir a cuento. Solo con la idea. Esto no es normal.

—Pues ya ves que algo tiene entre manos. Síguele la idea, dale cuerda y que se confíe. Veremos cómo sale el sol por Antequera.

Había pergeñado una idea original y no quería, de momento, hacérsela saber a Isabel. Si tenía éxito descubriría el entramado que se cernía sobre su persona. Sin mediar más palabras me levanté y con cierto aplomo dije a Isabel:

—Voy al despacho para continuar con la novela. Escribí lo siguiente:

> Un buen día, nuestros protagonistas regresaron al lugar donde estaba, en el bosque, enterrado el tesoro. Recorrieron un par de kilómetros desde el santuario. Habían traído, en esta ocasión, una camioneta grande donde se pudiera ocultar el baúl. Ya en un lugar apartado de la carretera descansaron y lo abrieron. Estaba lleno de monedas de oro y alhajas entre las que se

encontraban esmeraldas y rubíes, principalmente. Una pieza de gran valor, que causó asombro en Isabel, fue un collar de esmeraldas que parece que perteneció a la mujer de un jefe indio de la tribu de los aymaras, cercana a la ciudad de Cuzco. Los nervios hicieron mella en sus personas, pero tuvieron la suficiente calma para volver a cerrar el baúl y cubrirlo con una manta.

Se dirigieron a la casa de Isabel donde guardaron el baúl en un trastero que tenía en el piso superior.

Al texto le añadí otros datos de interés como el esfuerzo que tuvieron que realizar para desenterrar el baúl. Con cierta astucia identifiqué el lugar a una distancia suficiente de la ermita. Nunca podrían identificar el lugar exacto. Omití cualquier referencia a la encina sagrada. La descripción del camino de regreso también ocupó dos páginas, así como la enorme expectación que les causó la simple visión del tesoro. Aquí quise regodearme en exceso para tratar de estimular su avaricia, pensando con buen criterio que era una de las características que acompañaban a su interés por la novela.

Cuando hube acabado este capítulo se lo llevé a la editorial y al no encontrar al director lo dejé en un sobre a su secretaria con el mensaje de que era urgente que lo leyera, pues había demostrado mucha preocupación por la continuación de la obra. Esta nota manuscrita a mano tenía una fina ironía que el editor, sabía a ciencia cierta, no sería capaz de entender. Los dobles sentidos, los equívocos estaban lejos de su nivel intelectual.

Una vez hecho esto llamé a Isabel para citarme con ella en un restaurante, y celebrar la entrega del capítulo que consideraban les iba a sacar de dudas.

Pasó una semana y un buen día, a primera hora, recibimos una llamada. Cogí el teléfono.

—¿Podemos hablar con Isabel?

—¿Quién la llama?

—Soy el comisario Fernández. ¿Está ella en su casa?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta? —dije con una punzada de ansiedad.

—Eso es un tema de ella. Dígala, por favor, que se ponga.

Al ponerse Isabel a la comunicación, el comisario le dijo que la iba a ver en una media hora y que no se moviera. Ante la sorpresa no tuvo tiempo de reaccionar y al otro lado del hilo telefónico se oyó un clic abrupto.

—No tengo ni idea de lo que quiere y cómo me ha localizado aquí —dijo Isabel totalmente extrañada por la llamada.

—Esta gente lo sabe todo. Si te ha dicho que viene a verte, en un rato saldremos de dudas.

—Ciertamente la llamada ha sido insólita.

—Sí. A mí también me lo parece. No creo que sea una mascarada.

Estábamos en estas disquisiciones, en especial Isabel sumida en un

desafío a la claridad que entraba por las cortinas semiabiertas que mandaban cuchillos de luz al salón, donde sentada sorbía los últimos restos de un café matutino.

—No apagues la cafetera, a lo mejor al comisario le apetece un café —dije.

No habían pasado veinte minutos cuando sonó el timbre de la puerta.

—Creo que te han llamado desde abajo y no desde la comisaría —señalé con cierto sentido del tiempo y del espacio—; un comienzo con mentira era un mal comienzo.

—Puede ser, pero el hecho es que están aquí y hay que abrirles.

No obstante estar avisados de la visita no fue obstáculo para observar por la mirilla.

Flanqueada la puerta entraron dos personas con la identificación en la mano.

—Comisario Fernández, y mi ayudante es García.

«Sendos apellidos policíacos», pensé al ser presentado por Isabel.

Los policías eran típicos personajes de película y totalmente diferentes pues si el comisario era una persona pagada de sí mismo, paradigma del jefe, el ayudante, sin embargo, tenía una personalidad más bien pacata y tímida, testimonio del colaborador ansioso de servir al superior. Polos contrapuestos, pero que deberían ser complementarios, al menos, en los interrogatorios y este momento era uno de ellos. La estolidez del primero contrastaba con la mirada clara y diáfana del segundo. Estaba seguro de que en el trabajo la diferencia de personalidad era necesaria. Uno haría de hombre bueno y el otro de hombre malo. Esto era lo característico de las películas y a mí, como escritor, esta distinta personalidad no se me había escapado.

—¿Les apetece un café? —preguntó Isabel como una manera de romper el hielo.

—A estas horas negarse es una equivocación. Se lo agradecemos.

—Pasen al salón y lo preparo mientras toman posesión… de su casa —dijo Isabel con la duda de que había ofrecido algo que no era suyo.

En esos momentos, nervioso me dedicaba a trasegar con los libros de un lado a otro.

—Veo que es escritor —lanzó una afirmación pregunta de sopetón —. Se había informado antes de a qué personas iban a visitar.

—Parece que está más o menos claro —contesté con cierta indiferencia.

Otra vez el silencio y el rumor del tiempo, que se abalanzaba sobre ellos, mientras Isabel se afanaba en preparar lo solicitado.

—¿Azúcar o sacarina? —se oyó la pregunta desde la cocina.

—Tomaremos sacarina. Conviene cuidar la dieta —dijo el comisario mientras señalaba su abultada barriga—. Son muchas comidas fuera

de casa.

—Está bien —contestó Isabel que no perdía ripio de nada.

Isabel sirvió dos tazas de café y dejó la cafetera sobre la mesa por si querían repetir. Ante esta circunstancia el comisario reaccionó rápidamente para sentirse muy complacido por ver que podía repetir la taza de café.

—El día siempre acaba con varias tazas —dijo sin que nadie se lo preguntara.

—Bueno, pues ustedes dirán, qué se les ofrece. —Isabel se rebulló en el sofá junto a mí que ya había dejado de mover libros de un lado a otro.

—Parece que esta visita es un tanto extraña, pero cuando acabe verán las razones de ella —señaló Fernández ante la atenta mirada de su compañero.

—Explíquese, por favor —apuntó Isabel sumida en un mar de dudas.

—¿Desde cuándo vive en esta casa? —la pregunta era directa a ella.

—Hace poco tiempo, pero esto es personal y no creo que le interese a nadie.

—En eso estamos totalmente de acuerdo, pero el hecho de que le haga esta pregunta tiene su especial significación.

—E importancia —añadió el compañero que hasta ese momento estaba callado y quería señalar su presencia en la conversación.

—Le hago la pregunta por lo siguiente. Usted vivía antes en la casa de su familia y se trasladó aquí exactamente hace diez días. Ha dejado su casa a expensas de los ladrones y ha sido violentada hace dos días.

—¿Me han robado? ¿Han entrado en mi casa?

—Cálmese, se lo ruego.

—No se han llevado nada, pero han dejado todo patas arriba.

—¿Cómo sabe que no se han llevado nada? —Ahora era yo quien hacía la pregunta.

—Al menos a simple vista, déjeme terminar.

—¿Y cómo me han localizado aquí? —aludió Isabel, con cara de preocupación.

—No ha sido sencillo, pero solo hay que utilizar la inteligencia…

—Y la experiencia —remarcó García. La voz de resonancia que terminaba las frases o simplemente las perfeccionaba.

—Había notas en la mesa y unos capítulos de una novela, suya imagino —ahora se dirigía a mí.

Isabel recordaba que, al principio de su relación, días antes de ir a Ojos Guareña, yo le había dado unas páginas de mi novela para que tranquilamente las leyera en su casa y me diera su opinión. No me las había devuelto. Con toda la prisa que prepararon el viaje se le olvidó. A la policía no le costó mucho ver en alguna parte el nombre del autor

y conocer el domicilio. Por fuerza tenía que tener alguna relación con ella si le había dado su novela, aún inconclusa, a leer.

—¿Es conveniente que vaya a ver qué es lo que falta en la casa?

—No solo conveniente, sino necesario —remachó el comisario mientras sacaba un pitillo y lo encendía—. Con su permiso. Este vicio va a acabar matándome. Mi mujer me lo repite todos los días. A ver si tengo tiempo y lo dejo.

No esperó a recibir respuesta y en un par de segundos ya estaba el cigarrillo encendido y era aspirado profusamente. Después de un par de bocanadas continuó con el interrogatorio.

—¿Tiene alguna persona de la que sospeche? Este robo, o mejor intento de robo, tiene unas características especiales que le hacen ser…

—Chocante —parecía que el ayudante tenía que decir la última palabra.

Yo no sabía si esto era parte del guion o era improvisado, pero de cualquier manera era una forma original de investigación. A estas alturas de la conversación García no había tomado su café y su mirada iba de uno a otro, tratando de estudiar las respuestas y los caracteres psicológicos de los interrogados. Sospechaba que había algo más, pero no lo tenía nada claro.

—Tenemos serias dudas de si este intento de desvalijamiento de su casa obedece a algo más que a un simple expolio que, por otra parte, no se ha realizado, aunque eso nos lo tendrá que decir usted cuando vayamos a su casa. Tenemos allí vigilando…

—Un par de números de la policía —otra vez la voz del ayudante terminaba la frase.

«Esto es especialmente molesto» pensaba mientras me disponía a acompañar a Isabel y la policía a la casa.

—Tenemos el coche abajo —especificó el comisario—. No creo que esto nos lleve más de dos horas.

Ante la eventualidad de que entraran en mi casa de la misma manera di dos veces la vuelta a la llave, lo que no pasó desapercibido para Fernández que preguntó si sospechaba que iban a entrar en mi casa también.

—No lo creo, pero no está demás ser prudente.

—Yo de usted tendría, a partir de ahora, ciertas precauciones —señaló el ayudante. Había sido la única frase completa del interrogatorio y por eso la tomé más en consideración.

El coche de la policía nos llevó, en apenas quince minutos, a la casa de Isabel.

La entrada no estuvo exenta de emoción dado el desorden que existía. Allí se encontraban los libros desparramados por el suelo junto con la ropa que habían sacado de los armarios. El dormitorio fue la

estancia más caótica. Toda la ropa estaba por los suelos. Isabel iba de uno a otro lado, tratando de supervisar, como podía, todo el ajuar, documentos y lugares donde se pudiera esconder el baúl.

—Parece como si hubiesen estado buscando algo de tamaño grande, pues iban muy deprisa y sin entrar en detalles pequeños. Las joyas están revueltas ¿nota en falta alguna? —preguntó el comisario a Isabel.

—Está todo completo. No noto que falte nada.

—Ahora vamos a subir al trastero que está en el piso superior —dijo Fernández manteniendo la calma.

—¿Cree que también estuvieron allí? —preguntó Isabel ya algo más calmada.

—Tenemos que cerciorarnos de que no falta nada.

En un momento me quedé rezagado con Isabel, y mientras el comisario y su ayudante subían por la escalera le dije al oído:

—Recuerda que en el capítulo que entregué a Damián estaba la referencia del trastero. Allí fue donde colocamos el material.

—¿Suben? —La voz del comisario retumbó en la escalera.

—Ya vamos —contestó Isabel que subía los escalones de dos en dos.

El trastero estaba abierto y la puerta entornada, pero el interior todo revuelto como el piso. Isabel no echó en falta nada. Era un lugar donde había acomodado muebles que no utilizaba y un armario de caoba de su abuela que estaba abierto de par en par y vaciado su interior. Ni habían encontrado nada ni se llevaron nada. Todo de lo más normal.

—Pues si no echa de menos nada tendremos que concluir que lo que buscaban era algo que no han encontrado y que ustedes están en peligro hasta que aparezca.

Un frío temblor recorrió nuestros cuerpos, que desde el descansillo de la escalera observábamos aterrorizados la inspección.

—¿Qué sugiere que debemos hacer? —me atreví a preguntar ya que ella no podía articular palabra.

—En primer lugar, contarme todo desde el principio. Después pensar qué es lo que podían estar buscando y en tercer lugar trataremos de ponerles escolta día y noche, pero siempre que sepamos la verdad.

—Lo que sabemos es poca cosa. No podemos imaginarnos qué es lo que estaban buscando. No se me ocurre nada más que algún documento valioso de la colección de la familia de Isabel —señalé de una manera un tanto atropellada.

—No me cuadra lo que me dice y puede estar seguro que lo averiguaremos. En mi larga carrera en la policía no me ha quedado un caso sin resolver. Pronto o tarde llegará la solución — señaló el comisario con una voz resuelta y un punto impostada —. Y ahora nos

vamos. Tendrá noticias nuestras.

—Más bien pronto que tarde. —El ayudante, fiel a su costumbre de remachar las explicaciones, apostillaba con la terquedad del perro fiel.

Me quedé mirando fijamente a Isabel que estaba ensimismada sin saber qué hacer ni a qué carta quedarse. No tenía experiencia de cómo reaccionar en estos casos.

—¿Qué opinas de todo esto? —soltó la pregunta que llevaba dentro.

—Pues que Damián tiene algo que ver. No sé si él directamente o alguno de sus colaboradores que haya podido leer el manuscrito. ¿Has visto como han entrado también en el trastero? —manifesté mientras cerraba la puerta de la calle.

—Sí. Esto es lo que me ha hecho sospechar más de la cuenta.

—Pues está claro. Está implicado. Por eso tenía tanto interés en que continuaran rápidamente los capítulos siguientes.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó una Isabel ansiosa de tener una respuesta que la satisficiera y tranquilizara.

—Estoy como tú. No encuentro el camino adecuado.

—Tendrás que ir a verle con otro capítulo, a ver qué te dice. Tendrá que reaccionar de una u otra manera; notarás algo en su mirada o en sus gestos —señaló Isabel, para quien las contracciones faciales eran muy significativas—. Ya sabes que la cara es el espejo del alma y por ella se pueden llegar a muchas conclusiones.

—No quiero ni pensar que me tengo que sentar enfrente de su sillón y someterme a un interrogatorio de las características que utiliza. Es inhumano. Una persona despiadada, ruda, cruel. No hay epítetos para definirla. No la conoces, pero si lo hicieras no olvidarías su cara nunca.

—Vamos a tu casa y te pones a escribir el capítulo siguiente. Mañana se lo llevas. Lo utilizaremos como señuelo para ver cómo reacciona. Es muy importante para conocer, a ciencia cierta, el terreno en el que nos movemos.

—Está bien. Haré de tripas corazón, pero el terreno en el que estamos ya me lo conozco.

18

Siglo XVIII

Una mañana, al alba, Alonso, Alejandro y el resto de la comitiva salían de la calle Arenal con destino y objetivo solo conocido por ellos. El grupo de defensa estaba formado por el cochero, Ricardo, y los sujetos que fueron recomendados por el marqués. Uno de ellos solía adelantarse, de vez en cuando, con el fin de saber si el camino estaba expedito.

Las paradas se hicieron en diferentes posadas que ya Álvaro tenía anotadas por consejos de algunos amigos, a los que preguntó, dando por supuesto que eran para un conocido que quería hacer un viaje al norte de España.

Comenzaban su viaje al amanecer y descansaban a media mañana ya que las caballerías deberían estar siempre frescas. Este descanso les servía para tomar un refrigerio y poder continuar, con fuerzas, para llegar a la posada con tiempo suficiente de que no anocheciera en el camino. A pesar de que iba un buen grupo era necesario extremar las precauciones. En estos tiempos los asaltos y robos en los caminos estaban a la orden del día y no era prudente correr riesgos innecesarios. Durante el trayecto Alonso y Alejandro tuvieron tiempo de hablar y completar el proyecto. Iban solos en la cabina y no podían ser escuchados por el cochero y Ricardo que iban en el pescante. El resto del grupo iba a caballo delante y detrás del carruaje.

—¿Piensas que Ricardo será leal con lo que vamos a enterrar? —preguntó Alonso a Alejandro que era quien le conocía.

—Conmigo siempre lo ha sido, pero no estará de más que no sepa lo que vamos a esconder. Que se limite a hacer el hoyo. Seremos nosotros los que escondamos el baúl.

—¿Qué te parece si le hacemos que haga varios hoyos en ese lugar para que le despistemos y no sepa cuáles son nuestras verdaderas intenciones?

—Me parece una idea genial. Le podemos decir que vamos a enterrar varios huesos de algunos familiares que murieron en el Perú y que los tenía en casa sin saber qué hacer con ellos. ¿Qué te parece?

—Y que como son de diferentes personas vamos a hacer varios hoyos.

—Por ahora, no se me ocurre nada mejor —sentenció Alejandro—. Si se me ocurre algo mejor ya te lo diré.

Cuando llegaban a las postas lo primero que hacían era solicitar que les prepararan un buen cabrito y unas jarras de vino. Mientras el mesero se disponía a cumplir los deseos, ellos tomaban un baño y se aseaban. El polvo del camino era considerable. Se preocupaban, también, de que las caballerías tuvieran lo necesario, así como el resto del grupo, que ocupaba tres habitaciones más aparte de las suyas. Cada uno quería tener su intimidad por lo que requerían dos en el piso superior y en una zona tranquila. Los ganapanes de la posada se ocupaban de todo lo relacionado con el carruaje y las caballerías, así como de subir los baúles, bajo la atenta supervisión de Alonso, a las habitaciones correspondientes. Departían la cena todos juntos en agradable camaradería. Habían conseguido mantener, durante el trayecto, una amable relación, que era fundamental para conseguir un clima adecuado, teniendo en cuenta que, en el viaje, de ida y vuelta, iban a invertir no menos de dos semanas. Se acostaban temprano ya que, al día siguiente, antes de que amaneciera ya deberían tener ensillados los caballos y preparado el carruaje.

—¿Todos preparados?

Era la voz de Alonso para iniciar la marcha. «Una legua detrás de otra y siempre adelante». Como siempre uno de los acompañantes se adelantaba una distancia conveniente para ver si el camino estaba limpio. Si hubiera algún problema había quedado en disparar al aire un tiro de manera que les pusiera en alerta. Regresaría rápido para unirse al grupo y preparar la defensa. Afortunadamente no hubo oportunidad de que surgiese ningún peligro por lo que la marcha del grupo se hizo con total normalidad.

Habían comenzado el trayecto con una luz mortecina, pero según avanzaban la claridad se iba perfilando. El sol, que aparecía en lontananza, siempre les alcanzaba cuando ya llevaban un par de horas de viaje y les mandaba, a modo de recibimiento, sus irisaciones más intensas. Su fuerza lumínica doraba los valles ubérrimamente. El carruaje vadeaba con soltura evitando las grandes guijas que impedían hacer un viaje en línea recta, aunque el conductor trataba de que se moviera en los límites del camino. A veces, al pasar por un pueblo, un luctuoso entierro les interrumpía su avance un buen rato. Después tenían que azuzar las caballerías para aumentar el ritmo. Esta coyuntura no evitaba que la media que hacían al día fuera homogénea. Las partes más inexpugnables eran sorteadas, con soltura, por el cochero que tenía buena experiencia en este tipo de trayectos.

Alguna vez pudieron ver, junto al camino, un adarve semiderruido, testimonio de una fortaleza que hubo en el pasado; una defensa contra los moros que asolaron la Península. Los pequeños promontorios eran

evitados por el riesgo de tener un percance con las ruedas. Esa era una de sus mayores preocupaciones pues les amargaría el viaje. Cerca de los pueblos, tuvieron oportunidad de ver alguna pendanga, en suave contoneo y mirada melosa, recostada sobre un tronco en busca de un cliente. La casa la tenía cerca, al abrigo de miradas indiscretas. Los paisanos iban y venían transportando grandes serones bien sobre los hombros o bien sobre burros. Allí llevaban parte de la cosecha; caminaban herméticos, cabizbajos dejando entrever una mirada taimada y recelosa hacia los pocos viajeros con los que se cruzaban. Algunos de ellos eran clientes de estas mujeres.

—Allí hay un regato frente a ese claro del bosque —la voz de Alonso al cochero más que una solicitud era una orden que fue cumplida sin objeción.

Junto a unos árboles estaban dos barbianes que al ver al grupo compacto que se dirigía hacia donde ellos estaban, pusieron tierra por medio sin ganas de entrar en liza ni discusión. La fuerza numérica les disuadió. El diáfano terreno que habían divisado estaba rodeado de una zona arriscada. Encontraron, olvidado, un rico brocado, en oro y plata, posiblemente la cosecha de un robo que los rufianes perdieron al irse con tanta prisa.

—Esta es una buena zona en la que podremos abroquelarnos en caso de que esas nubes descarguen con fuerza. Allí hay una buena gruta —señaló el cochero mientras extendía unas mantas para que se pudieran sentar. Conocía la renuencia de su señor a sentarse directamente sobre la tierra.

—No creo que nos llueva —señaló Ricardo, que en esto de las opiniones meteorológicas era ciertamente morigerado.

Los acompañantes trasegaban con las viandas y los condimentos con la idea de prepararse un pequeño festín. Habían madrugado y desde entonces no habían probado bocado y aunque eran beligerantes en su manera de vivir, no por eso le hacían ascos a un buen almuerzo.

—Barrunto que aquí vamos a estar bien —señaló Alejandro que hasta este momento había estado observando el entorno y la albariza junto a la entrada de la gruta.

—Los años se me resbalan de las manos y por eso doy a estos momentos una gran importancia —dijo Alonso.

—El paso de los años es ineluctable —concluyó Alejandro.

—Allegaros a este lugar donde hay más pitanza y vino para el gaznate —gritó el cochero a los soldados que se habían quedado, por cortesía, algo más alejados.

El cielo, ahora, aparecía más entreverado de nubes grisáceas que, aunque pudieran ser sospechosas de lluvia no parecía que esta fuera inminente. El celaje ponía una nota bella al entorno. La ligera brisa que se levantaba, cimbreaba las cañas de bambú en la orilla del río. La

sinestesia visual, olfativa y acústica era una nota musical en el ambiente. El grupo estaba verdaderamente saboreando el almuerzo en su auténtica intensidad. El cochero y Ricardo ponían su mejor acucia en atender a los señores.

Después de terminar el almuerzo se recostaron en las mantas para olvidar el ajetreo del carruaje. Eran bastante incómodos los caminos que tenían que atravesar; sin poder siquiera dar una cabezada pues cuando lo intentaban una piedra en el trayecto bamboleaba la carcasa con tal fuerza que daba la impresión de que iba a volcar.

—De esta manera es imposible echar un sueño —repitió varias veces Alonso durante el trayecto.

—Ya recuperaremos el descanso cuando lleguemos a la posada —contestaba impertérrito Alejandro.

Y así día tras día hasta que una mañana, a eso de las doce, después del descanso de la jornada avistaron Espinosa de los Monteros.

—De aquí han salido muchos personajes para la conquista —señaló Alonso que conocía bien el tema—, aunque de mi pueblo Barcarrota también salieron personajes muy importantes que dieron días de gloria a España.

—Aquí podemos descansar y mañana salimos para Ojo Guareña a cumplir con nuestro cometido —señaló Alejandro.

—Esta era la idea. De aquí a las grutas no hay más de cinco leguas que podremos cubrir en poco tiempo. Busquemos una buena posada y descansemos hasta mañana.

La posada era una de las mejores de la zona que presumía de hacer un excelente cabrito. Un cartel en la puerta afirmaba que el vino que se servía en el interior era uno de los mejores caldos de la región.

—Parece que el posadero se vanagloria de la carne y del vino —afirmó Alejandro.

—Veremos si es verdad. De momento vamos a lavarnos ya que el camino era muy polvoriento y así le damos tiempo para que vaya preparando las viandas. Le adelanté una propina para que se afanara adecuadamente en sus menesteres. Parece que no le puso ascos y que le engrasó bien.

—No hay nada como un buen dinero para que te pasen la mano por el lomo —dijo Alejandro más prosaico en estos negocios.

Esa noche se acostaron pronto. Querían descansar para el día siguiente en el que tendrían más trabajo que el habitual ya que pensaban que Ricardo hiciera varios hoyos y decirle que querían enterrar los huesos en la intimidad por lo que era necesario que se fuera lo más lejos posible. Pensaban dejar el carruaje a una prudente distancia y llevar el baúl entre los dos. El séquito quedaría abajo, junto al coche y en la cima solo estarían los dos junto con Ricardo hasta que terminara de hacer los hoyos. Después les dejaría solos.

Al día siguiente todo sucedió como lo habían planeado. Ricardo preparó diferentes hoyos para enterrar, según le dijeron, los huesos de varios familiares y se bajó al carruaje a esperarlos junto con el resto del grupo.

—Creo que vamos a utilizar este que es más profundo —dijo Alonso señalando el que estaba más alejado.

—Yo también opino lo mismo. En los otros pondremos piedras para rellenar los huecos.

La maniobra no les llevó más de una hora y al cabo de este tiempo ya estaban todos los hoyos cubiertos. Nadie podría afirmar, sin miedo a equivocarse, que allí se había enterrado algo. El baúl reposaba junto a la encina sagrada, que era la referencia que estaba señalada en el mapa que habían ocultado en el altar de san Tirso. Ricardo no se dio cuenta de nada.

Con paso lento y tranquilo, por haber realizado el proyecto a pleno éxito, se dirigieron a donde estaba esperando el resto del grupo junto al carruaje.

—Estas cosas siempre le dan a uno una nota nostálgica —se atrevió a señalar Alonso.

—La familia es muy importante —concluyó Alejandro.

—Si ya está hecho todo lo que nos proponíamos, podemos regresar —sentenció Alonso que no quería dilatar las cosas más de lo necesario. Mientras tanto Alejandro le daba las herramientas a Ricardo para que las colocara en el carruaje y dispusiera todo para el viaje de vuelta.

Tiempo después Ricardo, antes de morir, dejó una carta a sus hijos donde explicaba la presencia de un mapa en el jardín del palacio de Anglona, que solo se podría abrir en caso de necesidad económica extrema. La suerte quiso que esa carta permaneciera sin abrirse durante varias décadas hasta que, un buen día, un delincuente que murió en la cárcel, por asesinar a dos personas la abrió sin cumplir la promesa, que se transmitió generación tras generación, y la relacionó con un diario que había robado en casa de un aristócrata. Ese diario desapareció; fue encontrado por el comerciante Luis Alonso, en la Posada del Peine, que se lo vendió a un librero. Ambos murieron asesinados y el diario se perdió en la jungla de los avatares diarios.

Años después, Alonso de Alvarado entregaba su alma a Dios en presencia de Alejandro y sus amigos, que le acompañaron en todo momento. Sus últimos deseos fueron cumplidos y parte de su patrimonio entregado para obras de caridad. La casa, como dejó escrito, para las monjas que eran vecinas y con las cuales trabó una intensa amistad. Los muebles deberían venderse y el dinero obtenido repartido entre los pobres de la calle del Arenal. A Alejandro le dejó su rica biblioteca adquirida en los años en que regresó del Perú.

También dejó una importante colección de libros para la Academia de la Lengua que tantas veces había visitado y a cuyas sesiones asistía con regularidad. Su recuerdo perduraría durante siglos. Aunque nunca llegó a imaginar que el diario que, con tanto amor, escribía día tras día, llegaría a un lugar extraño, lejano y en plena conflagración.

19

Año 1995

Nada más llegar a casa me afané en escribir un nuevo capítulo. En él relataba los acontecimientos de los protagonistas cuando, pasado un tiempo, se decidieron por utilizar el patrimonio que tenían escondido en el trastero. Comenzaron por algunas de las alhajas pequeñas, pero de gran valor. Se las pagaron muy bien por su gran calidad y originalidad. Eran diseños que no se veían en Europa. En síntesis, el objetivo era estimular la codicia de Damián.

—Tienes que describir el tesoro de la manera más profusa posible. Si tu editor está pensando en él, puede ser un buen reclamo, una carnaza. Seguro que reaccionará de alguna manera inexplicable. Será la respuesta que esperamos —advirtió Isabel, que desde el principio tenía una sospecha grave.

—Mañana iré a verle a la oficina. Esta tarde acabaré el capítulo.

—No te olvides en explayarte ampliamente en el oro y las joyas. Es la mejor manera de excitar su avaricia.

—Estaba pensando —dije— si no estará relacionado con los tipos que nos siguieron en Espinosa de los Monteros.

—Pudiera ser. Nada es descartable en estos momentos. Ahora tenemos dos problemas —Isabel mostraba su dosis de juicio—: confirmar si tiene alguna responsabilidad y tratar de dar alguna explicación plausible al comisario. Esta mañana se fue con la sospecha en la cara. No había nada más que verle.

—Tenemos dos frentes abiertos. Ahora vamos a intentar controlar el primero.

El manto negro de la noche pronto se extendió por la casa. Todo era señal de presagio y conjetura. Nada había de cierto y las especulaciones estaban a la orden del día. Fernando pasó un buen tiempo teorizando sobre las diferentes posibilidades que se les presentaban. Ninguna les convencía. Si alguna era demasiada arriesgada, la otra era menguada en su planteamiento. Una cosa tenía claro: era necesario esconder el mapa y el diario. Si la casa de Isabel fue allanada no corría menos peligro la de Fernando. Lo que no podía imaginar el editor si este fuera responsable, es que el tesoro seguía en su lugar. No había sido aún expuesto al exterior. Por eso era necesario

poner a salvo todo lo que pudiera ser una pista para encontrarlo.

—Hasta ahora lo único que tiene es el capítulo donde describo el escondite en tu casa, pero nada más. Si encuentra los mapas, con toda seguridad tendrá vía libre para todo —señalé con buen tino.

—Tienes toda la razón y ¿dónde sugieres que los escondamos?

—Tiene que ser un lugar que no se pueda imaginar.

—Se me ocurre que en casa de una amiga mía. Nada que tenga relación directa con nosotros —señaló Isabel.

—Me parece bien. Cuanto antes, mejor. Llámala ahora.

Se levantó como un resorte y marcó su teléfono. Al otro lado de la línea telefónica su amiga le daba toda clase de facilidades. Quedaron en verse en una media hora.

La casa no estaba muy lejos, aunque, por prudencia, optaron por tomar un taxi. Llegaron en quince minutos y después de las consabidas presentaciones de rigor y la explicación conveniente, decidieron que el mejor lugar era un cajón secreto en un mueble-licorera que tenía en el salón. No era factible que la identificaran con ellos, y los diarios y el mapa podrían estar en este lugar el tiempo que quisieran, y en especial, hasta que todo se aclarase.

Regresamos pronto a casa, ya que al día siguiente quería estar descansado pues era una entrevista muy complicada.

No había amanecido, cuando atravesaba el umbral de la puerta del despacho del director. Le encontré con la misma cara de siempre, un cigarrillo en la mano y una taza de café en la otra. Parecía que leía un manuscrito y que cuando me fijé más intensamente vi que era el mío. Debía estar dando vueltas al tema todo el tiempo.

—Bien ¿qué me traes hoy? —preguntó con cara de pocos amigos.

—Un nuevo capítulo —contesté con voz titubeante. No me llegaba la camisa al cuerpo.

—Al anterior creo que le faltaba consistencia.

Damián no sabía cómo sonsacarme más datos ya que los que tenía en el manuscrito no eran completos.

—He podido ver que es un capítulo sin fuerza, hay datos demasiado… como diría, frágiles. Es necesario imbuir confianza a los lectores. Por ejemplo, cuando esconden el tesoro. No se especifica nada más, es algo cómo fantástico, irreal. Es necesario explicar más este aspecto ¿me entiendes? —Damián sudaba tinta para decir lo que deseaba sin descubrirse—. Entrar en los detalles —concluyó.

—Sí. Creo que lo voy entendiendo. Trataré de rehacerlo.

—Eso es lo que quiero. Explica con más detalles todo lo relacionado con la riqueza enterrada. El lector necesita estar confiado en que el asunto es totalmente real.

A estas alturas de la conversación ya me había percatado claramente de que Damián estaba al cabo de todos los aspectos del

tesoro. Quería saber con precisión el lugar al que habían llevado el baúl.

—Bien. Lo escribiré de nuevo de acuerdo a tus indicaciones.

Parece que mi frase dio en el clavo. Su expresión cambió de una manera atrayente. Había picado el anzuelo. Tan era así que apresuradamente apagó el cigarrillo y me acompañó hasta la puerta. Algo impensable semanas antes.

—Te espero mañana a esta misma hora.

Damián, sin lugar a dudas, tenía prisa en saber toda la historia.

Yo no quería estar más tiempo en su presencia por lo que con un gesto, todo lo amable que podía en estas circunstancias, me despedí hasta el día siguiente. Traspasado el umbral de la puerta, aún retumbaban las últimas palabras: «No pierdas el tiempo, te espero aquí a la misma hora».

Al llegar a casa, me faltó tiempo para contárselo a Isabel. Ya estaba completamente seguro. El editor estaba enterado de todo, o mejor dicho de casi todo. Había algunos flecos que se le escapaban. Afortunadamente los más importantes.

Damián, nada más perder de vista a Fernando, tomó el teléfono y marcó un número. Al que le contestó le dijo de sopetón:

—No sé si sospecha algo, pero el caso es que no me ha dado el capítulo con los datos que esperaba.

—En la casa de ella no había nada. De esto estamos seguros —se oyó al otro lado de la línea telefónica—, hemos mirado concienzudamente.

—Entonces, donde puede estar —preguntó con impaciencia aplastando el cigarrillo contra el cenicero.

—Esa información la tendrás que dar tú. Eres el que está con su novela, sonsacándole datos.

—Pues o me engaña o no me cuenta la verdad. No sé si desconfía de mí y me está dando largas. Me malicio que algo esconde, pero no sé qué es.

—Tendrás que descubrirlo. Esta parte de la película es tuya. Nosotros ya hicimos nuestro trabajo. No fue fácil colocar los micrófonos en su casa y en el hotel de Espinosa.

—Debo reconocer que esto fue genial. La idea no pudo ser mejor.

—Cuándo mi padre me dio parte de la información, recibida de mi abuelo que estaba en la cárcel, no imaginé que esto iba a ser tan complicado —señaló Damián, recordando la conversación que tuvo hace años.

Desde entonces, Damián, se dedicó en cuerpo y alma a descubrir la trama del diario. Sabía que había algo importante, pero nunca imaginó que lo fuera tanto. Pasaron los años y, un buen día, por casualidad, entró en el círculo de Isabel, a través de unos amigos.

Uno de los comentarios que se hicieron, en cierta ocasión, fue la existencia de un diario que Isabel guardaba de su bisabuela. Entonces lo relacionó con lo que le dijo su padre que, a su vez, le había dicho el suyo, desde la cárcel, sobre la existencia de un diario que contenía información sensible. Desde ese momento no perdió de vista a Isabel y, siempre que las circunstancias lo hacían posible, trataba de mantenerse en contacto con el grupo de amigos para tener toda la información asequible.

Un día, después de varias semanas, se enteró de que Isabel se había puesto en contacto con un tipo, que presumía de escritor, y con el que había intimado. Posiblemente, pensó, le había dado alguna información. Pasó unos días investigándole y llegó a la conclusión de que era descendiente de una persona bibliófila que tenía una gran biblioteca, y que le gustaba coleccionar manuscritos antiguos.

Por ello se le ocurrió la idea de hacerse pasar por el director de una editorial para entrar en contacto con él y solicitarle que escribiera una novela pensando que, como buen escritor, plasmaría sus inquietudes y vivencias en un manuscrito. Todo fue ponderar su manera de escribir y azuzarle para que le diera más capítulos. El primer libro se lo editó para congraciarse con él. Cuando, en una de las entrevistas, le contó la idea de componer una novela sobre un tesoro escondido en el siglo XVIII, no lo dudó y pensó que ahí podía estar la respuesta que tanto esperaba. Así entró en contacto con él y supo todos sus desplazamientos. Constantemente les seguía allá donde fuesen. No realizaban nada que no conociera por adelantado. Sus amigos le ayudaron con los micrófonos con lo que supo todos los movimientos. Pudo, por lo tanto, saber que un día irían a Espinosa de los Monteros y el lugar donde se iban a alojar. De esta manera, se adelantó, reservó una habitación y sus amigos pusieron los aparatos necesarios para conocer todo lo que pensaban hacer. No le fue fácil que ellos estudiaran un poco la historia de Espinosa y entablaran contacto en el mesón. Ofrecerse a la visita turística fue fácil. En Ojos Guareña uno del grupo, a quién no conocían, les siguió y les tuvo, en todo momento, localizados. Damián llegó a la conclusión de que allí debía estar el tesoro. Por ello a los dos días de esta escena hizo que su secretaria me llamara para pedirme los siguientes capítulos y citarle en el despacho del jefe.

Comencé a sospechar algo, aunque nunca la realidad de la cuestión y, por ello, decidí darle un material equivocado. Hasta ese momento le había dado toda la verdad de la historia, pero el lugar exacto, la encina sagrada y su contenido, permanecía en los pliegues de la memoria del escritor. Esa parte nunca la diría.

—No se me ocurre qué tipo de material debo darle el próximo día que le vea —señalé con cara de preocupación. Es un momento clave el

que tengo… tenemos ahora.

—Ya lo pensaremos despacio —dijo Isabel más prudentemente.

—El tiempo apremia y no se me ocurre nada.

—¿Y si le pusiéramos contra las cuerdas?

—No entiendo a qué te refieres, ni qué es lo que tratas de decirme —. Yo era más objetivo y deseaba hechos concretos. En mis planteamientos era más bien cartesiano.

—Muy sencillo. El siguiente episodio podrías escribirlo de tal manera que resulta que hay un delincuente que lo que busca es quedarse con la fortuna enterrada. ¿Qué te parece? —preguntó Isabel con cara de satisfacción por la idea que le había surgido.

—Esto tiene mucho riesgo. A partir de este momento estamos jugando con las cartas boca arriba; solo nos quedaría huir.

—Eso en el caso de que acuse el golpe. Pudiera ser que continuara con la farsa. No tienes que especificar quién es el delincuente.

—¿Y si se da por aludido? —pregunté seriamente preocupado por cómo iba evolucionando la situación—. ¿En ese caso qué pasaría? —No cabía de asombro por la idea que, aunque le pareció genial, tenía tal dosis de peligrosidad que había que reflexionarla—. Debemos ponerles frente a las cuerdas, pero esto puede ser más negativo que otra cosa, aunque por otro lado puede ser definitivo.

—Vale la pena intentarlo —sentenció ella, siempre jugando más con el riesgo que con la seguridad.

Con la conversación se había echado la noche encima. Ya no esperaba poder escribir más por lo que le dije a Isabel:

—Mañana terminaré las notas que he tomado; se lo llevaré pasado mañana. Conviene ponerle un poco nervioso.

—Pero sin pasarse. No vaya a hacer una barbaridad.

—Y nos coja a nosotros por medio —sentencié con una media sonrisa.

—Es muy posible que te llame para insistirte en que le lleves el texto. Debe estar muy nervioso.

—Pues mucho mejor. Sus nervios son tantos que juegan a nuestro favor.

—Si nos vieran nuestros bisabuelos en estas lides. ¿Qué pensarían? —soltó a quemarropa Isabel remarcando, con la sonrisa, el efecto que la pregunta tendría sobre mí.

—No creo que llegaran a imaginarse el carajal que tenemos. Si levantaran la cabeza no sé qué hubieran pensado.

—Esta es una pregunta que me la he hecho en estos días.

—¿Y qué te has contestado?

—Por más vueltas que doy no encuentro la respuesta adecuada —contestó una Isabel confusa.

—Creo que se hubieran puesto en manos de la policía.

—Pudiera ser, aunque no descarto que hubieran tirado hacia delante y tratado de llegar hasta el final.

—¿Es esto lo que sugieres que debemos hacer?

—No he dicho tal cosa. Solo digo que era una posibilidad que hubieran elegido nuestros antepasados. Eso no quiere decir que nosotros optemos por ella —contestó Isabel mientras se afanaba en preparar un café—. ¿Quieres uno?

—¿Qué?

—Un café. Lo estoy preparando.

—Es que no veía lo que estabas haciendo.

—Con el café se razona mejor —hizo caso a mi comentario.

—¿Me estás diciendo que si tomamos una taza de café vamos a encontrar mejor la respuesta?

—Pudiera ser. Lo que está claro es que estamos dando vueltas como el cangilón en la noria.

—Al menos con este sistema se saca agua. —Mientras tanto, me dedicaba a pasear inquieto de un lado a otro de la habitación.

—¿Puedes estarte quieto? —señaló Isabel, un tanto molesta por mis nervios.

—Poder sí, pero prefiero que no —contesté de una forma incisiva.

—De esta manera no creo que encontremos la solución adecuada.

—Y correcta también —apostillé.

—Con tantos devaneos y tantas vueltas como hemos dado no hemos conseguido, aún, tomar una decisión. Dijimos que teníamos que ponerle frente a su propio espejo, de cara a sus propias contradicciones y tratar que diera una respuesta — sugirió Isabel que insistía en hacerle reaccionar.

—Admitamos que esta me parezca la decisión que adoptamos. ¿Qué crees que tenemos que hacer de una manera concreta?

—Redactar el capítulo como si unos delincuentes te siguieran y te presionaran para que les dijeras el lugar del enterramiento. Tienes que poner todo el énfasis en este extremo y en que tú quieres mantener el secreto a ultranza, pero, de momento, lanzas el señuelo de los delincuentes. Esto tiene que ser definitivo. A ver cómo responde.

—Pues puede que descubra sus cartas y las ponga boca arriba o puede que me siga dando cuerda a ver si me sonsaca algo más, conforme vaya avanzando la trama.

—Cualquiera de los dos caminos son complicados para nosotros.

—Tampoco son un camino de rosas para él —insinué ya que no acababa de ver las cosas tan claras como ella.

—Otra cosa que podíamos hacer es seguirle. Me has dicho que al mediodía sale de la editorial y va a comer a un restaurante cercano. Es posible que allí se vea con alguien.

—Me parece buena idea, pero a nosotros nos conoce.

—No estaba pensando en nosotros sino en un primo que tengo que es detective y tiene mucha experiencia en este tipo de trabajos.

—Puede ser una buena idea. —Las ideas que ponía Isabel sobre la mesa siempre me parecían interesantes.

—Pues tendríamos que llamarle ahora. Mañana sería un buen día, para que empezara a trabajar, ya que tú no le llevarás material y tendrá tiempo de hablar con sus compinches.

Isabel fue al dormitorio a buscar la agenda de teléfonos y marcó un número.

—¿Eres Luis?

—Sí, ¿quién llama? Se oyó al otro lado del hilo telefónico.

—Soy yo, Isabel.

—¡Tanto tiempo! ¿Dónde te escondes?

—Estoy aquí. No me he movido, pero siempre liada con una u otra cosa. Necesitaría verte. ¿Te apetece un café ahora?

—Me coges con la tarde libre. En un rato estoy en tu casa

—Espera, espera. No cuelgues. Yo estoy en otro lugar. Toma nota de la dirección. Ya te contaré más despacio.

—Está bien. No me queda lejos. Nos vemos en media hora.

—Gracias. Hasta ahora. —Isabel cortó con cara exultante por la consecución del objetivo: su primo estaría dentro de un rato sentado con ellos.

—Tenemos que explicarle todo desde el principio —señalé rápidamente ya que no había perdido nota de la conversación—. ¿Y qué le vas a decir de nosotros?

—Pues la verdad. Que estamos…

—Enamorados. Dilo sin miedo.

—Pues eso y que me he venido a vivir contigo. La historia se repite parcialmente entre nuestros bisabuelos.

—Ellos no vivieron juntos. Simplemente eran amigos.

—Creo que le hará gracia —sentenció Isabel.

—Pues le haga gracia o no, la realidad es inamovible.

—Voy a preparar la cafetera. Mi primo es un adicto al café.

—Pues yo me tomaré un ron.

Estando en estas disquisiciones no habían pasado ni veinte minutos cuando se oía el timbre de la puerta y apareció Luis. Un tipo de unos treinta años, ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado. Todo en su punto medio, con gafas de concha que le daba un aspecto algo atildado sin llegar al plano cursi. Tenía una mirada clara, amplia, sonriente que daba una sensación de empatía y cercanía. Nada más franquear la entrada le dio dos besos a Isabel como si no la hubiera visto en los últimos meses, cosa que así era en realidad.

—Te presento a Fernando, mi… novio.

—Que callado te lo tenías —afirmó con la seguridad que da ser de

la familia y el afecto que se tenían—. Quien se lo iba a imaginar de aquella mocosa que jugaba a las muñecas, hace poco.

Isabel enarcó las cejas al tiempo que unos sonoros coloretes aparecieron en sus mejillas. Había llegado el tiempo del arrobo y no supo disimularlo.

—La estás poniendo nerviosa. No está acostumbrada a estos comentarios —avancé saliendo en defensa de mi chica.

—Veo que tu novia sigue igual que siempre y eso me gusta. Cuando éramos pequeños y algún chico le decía algo, un piropo o una gracia, ella se ponía roja como una amapola. Bueno, contadme. ¿Desde cuándo sois novios? Si se puede saber, claro.

—Hace muy poco. Unas semanas, pero lo mejor es que, no te lo puedes ni imaginar, su bisabuelo y nuestra bisabuela fueron amigos de toda la vida. Se intercambiaban libros y secretos y por ellos estamos los dos aquí —explicó Isabel, que tenía ganas de que su primo supiera toda la historia cuanto antes—, aunque podrás escuchar todo el relato con una buena taza de café.

—Tráete la cafetera, si no te importa.

—Tú no has cambiado para nada. Sigues enganchado al café.

—Si no fuera por ello, no aguantaría el ritmo que llevo.

—Espera un rato que en seguida estoy con vosotros. Mientras tanto vete preguntando a Fernando lo que quieras, que ya sé que eres muy curioso.

—Tampoco en eso he cambiado —replicó Luis, mientras sacaba un pitillo— ¿te importa? Este es mi otro vicio. Café y tabaco son los dos en los que mi mundo se mueve.

—No te preocupes. Yo no fumo mucho, pero de vez en cuando lo hago, así que te aceptaré uno.

Se había roto el hielo y ambos lo sabían. El primer contacto era ciertamente difícil, pero una vez que se rompió la frialdad del instante todo fue a pedir boca.

—Si quieres puedes acompañar la taza de café con un vaso de ron —sugerí de una manera displicente.

—Te lo iba a pedir, pero no me atrevía.

—Pues aquí está. Sírvete lo que quieras. Estás en tu casa. — Concluí.

Cuando Isabel entró en el salón con la cafetera y unas tazas, se encontró a dos amigos de toda la vida.

—Veo que os conocéis —advirtió Isabel con una media sonrisa—, os dejo solos y ya estáis como si fuerais compañeros del colegio que llevan tiempo sin verse.

—Es que tu primo es muy abierto y eso allana el camino.

—Tu novio en estos prados tampoco es manco. —Luis tenía la costumbre de acabar sus expresiones con alguna frase lapidaria que

diera más fuerza a lo que decía. Era una costumbre adquirida, a lo largo del tiempo, por el contacto con sus clientes.

—Bueno. Ahora tenemos, por fuerza, que entrar en materia —explicitó Isabel, más versada en comenzar las exposiciones dialécticas. Para ello siempre estaba dispuesta y esta era una ocasión que lo requería—. Te habrá extrañado que después de tanto tiempo te haya llamado ¿verdad? Pues es más sencillo de lo que te imaginas —continuaba hablando sin interrupción por parte de ninguno de ellos —resulta que como te dije antes, el bisabuelo de Fernando y nuestra bisabuela eran amigos. Los dos eran amantes de los libros y tenían sendas bibliotecas. Un buen día Álvaro, que así se llamaba el bisabuelo de Fernando, encuentra en una de sus correrías un diario y de su lectura saca varias conclusiones, pero la principal fue que en un jardín del centro de Madrid, el palacio del príncipe de Anglona, estaba enterrado un mapa. Antes de que tuviera tiempo de investigarlo se lo dijo a nuestra bisabuela, que a su vez, lo escribió en su diario personal. Este que tengo aquí es el de la bisabuela y el otro el de Álvaro —y en ese instante se los ensañaba a Luis que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Quieres decir que a través de un volumen que encontró en un anticuario nuestro familiar llegó a esa conclusión?

—Así de sencillo es. Pero la cosa no acaba ahí, sino que el librero que le vendió el libro-diario fue asesinado, lo mismo que un comerciante, que a su vez, se lo había vendido al anticuario. Nuestro bisabuelo salió, por los pelos, indemne de un atentado. Fue una suerte ya que iba acompañado de un detective que le defendía, pues sospechaba que su vida corría peligro. Y así están las cosas. Un día se lo contó a nuestra bisabuela y aquí estamos nosotros —al decir esta frase me cogió cariñosamente la mano.

—Es necesario que sepas que este diario que tenía Álvaro, y que en este momento está a tu vista encima de la mesa, es un libro en el que se contaban anécdotas y sucesos de la época del marqués de Villena, primer director de la Academia de la Lengua. Con el tiempo fue pasando de mano en mano y cada cual anotaba de la historia del momento lo que creía conveniente. En una parte de él, aparecen anotaciones de un tal Alonso de Alvarado, rico hacendado que viene del Perú. Es el que escribe los datos del escondite pues, según sus deseos, aspira que el que lo encuentre sea una persona de bien, inteligente y con tesón. En un escrito que lo acompaña expone su esperanza de que su espíritu trascienda —revelé tratando de completar la información— algo por otro lado inherente a las personas, todos queremos traspasar las fronteras de la vida terrenal.

—¿Y qué es lo que pinto yo en este entierro? —Luis llevaba tiempo escuchando y sin decir frases solemnes.

—Esperaba esta pregunta hace tiempo —soltó Isabel sirviendo la tercera taza de café.

—Es que con tanta información no me habéis dejado casi preguntar.

—Tu presencia en este asunto es fundamental —señalé—. Resulta que desde hace tiempo nos vienen siguiendo. Hemos seguido el hilo de la trama hasta llegar a un pueblo que se llama Espinosa de los Monteros…

—Lo conozco.

—Nos pusieron micrófonos en la habitación y nos vigilaron en la zona de Ojos Guareña, donde se sospecha que está enterrado el tesoro.

—¿Y cuál es mi papel en esta película? —insistió con la pregunta.

—Tratar de averiguar quién es en realidad Damián, el editor de la novela de Fernando. Pide información sobre esto y sobre lo otro de una manera un tanto sospechosa. —Isabel quería dar toda clase de explicaciones para que su primo no tuviera ninguna duda en el papel que iba a desempeñar.

—¿Debo seguirle entonces? —preguntó ante el asentimiento de ambos —. Eso no es difícil para mí. Solo necesito una foto y unos datos del lugar de trabajo y de sus horarios.

Desmenucé concienzudamente lo que le pedía Luis. No le pude dar una foto, pero le hice una descripción de su físico tan pormenorizada que fue suficiente para comenzar el trabajo.

—Mañana me pongo manos a la obra. Estoy acostumbrado a este tipo de trabajos. Me llevaré la máquina de fotos para ver con quien se reúne. Creo que en una semana os podré dar un informe completo de este tipo y de sus amistades. Eso es lo más importante. Al acabar la disertación se escanció la segunda copa de ron. Ya había terminado todo el café.

—Para nosotros esto es fundamental. Queremos saber qué es lo que pretende y hasta donde está dispuesto a llegar… — especifiqué.

—Teniendo en cuenta que su abuelo se llevó a dos por delante y murió en la cárcel —precisó Isabel que no quería que su primo se fuera sin ninguna duda del sujeto en cuestión.

—Creo que por este día ya tengo suficiente información y puedo comenzar el trabajo. Mañana a primera hora estoy en ello. Estad tranquilos que tendréis cumplida referencia de todo. Me pondré en contacto con vosotros, no me llaméis de no ser una urgencia. Prefiero estar incomunicado. Me muevo mejor de esta manera.

—Como quieras. Ya sabes cuál es mi teléfono y el de Fernando lo tienes en esta tarjeta —le dijo Isabel dándole una pequeña cartulina con el nombre completo, dirección y teléfono. Debajo del nombre rezaba la palabra *escritor*.

—Cerrad la puerta y no la abráis bajo ninguna razón sin cercioraros de quién llama y qué es lo que quiere—. No está de más extremar las

precauciones.

Cuando se cerró la puerta detrás de Luis, nos quedamos más tranquilos. Había sido una conversación muy fructífera y que nos satisfizo por los resultados que ameritaba el proyecto. Habíamos llegado a un punto en el que el retorno no era posible, y la única salida era hacia delante. No podíamos dejar que un delincuente se hiciera dueño de la situación, máxime cuando era heredero de un asesino y sabe Dios si este no tenía, también sangre entre las manos.

Aún me quedé un par de horas escribiendo. No quería que el tiempo se me echara encima; había calculado que, al día siguiente, por la tarde, tendría todo acabado con el fin de visitar a Damián al otro día. Decidí seguir los consejos de Isabel y ponerle contra su propia evidencia. Tenía que sacarle de sus casillas, tratar de arrebatarle sus convicciones, ver lo que estaba pensando y, de esta manera, caminar varios pasos por delante de él, anticipándose a sus decisiones. Era la única forma de tener controlada la situación. Me acosté al filo de la medianoche, cansado, contento y con ideas renovadas para controlar el escenario en el que se estaba moviendo.

Los personajes de mi novela y ellos mismos habían tomado forma en una misma unidad y si peligraban aquellos, estos también. Todo sucedía en un mismo entorno vital, un mismo ambiente, una atmósfera que les envolvía a todos de una forma mágica. La realidad se confundía con la ficción y el espacio dejaba de ser algo concreto para tornarse ficticio. ¿Sería Damián fruto de este quimérico relato? ¿O existía de una manera efectiva? La situación se me estaba complicando con cada capítulo en el que avanzaba y ya no sabía deslindar lo que era real de lo que era artificioso. ¿Un sueño? Pero Isabel era indiscutible y su primo que se había marchado hacía un rato también lo era. Lo cierto es que estaba muy confundido y necesitaba aclarar las cosas. Dormir sería bueno y al día siguiente, con seguridad, vería todo más claro, más diáfano y sin la confusión que ahora me embargaba. Esta crisis por la que estaba pasando ya me había sucedido en alguna ocasión. Recordaba aquella circunstancia, en mi primera novela, en la que el personaje principal se transmutó en el escritor y todo lo que sucedía en la novela era mimetizado por el autor en la vida diaria y viceversa. Así nunca supe distinguir lo que era real de lo ficticio y cuando terminé la novela tuve que recluirme en una residencia de descanso pues había perdido la capacidad de diferenciar lo fantástico de lo verdadero. Mi imaginación había alcanzado cotas inimaginables. Había perdido la capacidad de sentir la corporeidad y no podía diferenciar lo imaginado, lo soñado, de lo que existía realmente. Mi vida se transformó en una serie de escenas imaginarias y confusas sin poder deslindar la realidad. Ahora me estaba empezando a suceder algo parecido. Me introduje en la cama con

Isabel. Pensaba que los hechos concretos me llevarían a manejarme en el plano real, dejando la ficción para otros momentos.

Al día siguiente me levanté con un fuerte dolor de cabeza y tuve que tomar una aspirina. Isabel, junto a mí, preparaba un desayuno suculento.

—¿Cómo has dormido? —pregunté sin dejar de elaborar un zumo de naranja.

—Con pesadillas y dolor de cabeza, alternados durante toda la noche.

—Para lo primero no sé qué puedas tomar, para lo segundo una aspirina.

—Ya lo hice. Habrá que esperar un tiempo a que haga efecto.

—Ahora tómate el zumo de naranja. Te vendrá bien.

—Tengo que empezar a trabajar. En el día de hoy debo finalizar el capítulo de la novela.

—A propósito, te ha llamado la secretaria de la editorial. No quise despertarte. Te movías muy inquieto en la cama y pensé que era mejor que descansaras.

—¿Qué es lo que quería?

—Que pasaras por la oficina. Ya le dije que hoy no podías y que lo harías mañana.

—Dijo que sin falta. Que el jefe estaba nervioso y lo pagaba con todos.

—Pues que se vaya acostumbrando que no siempre se puede obtener todo en el momento. A veces, es necesario esperar. Ahora lo que necesito es despejarme. Así no puedo escribir. Tengo la cabeza que todo me da vueltas, y no sé dónde me encuentro en realidad.

—Pues junto a mí —contestó una Isabel melosa desde el lugar donde se encontraba.

—Pero ¿existes o eres un fantasma?

—Estás empezando a desvariar.

—He pasado una mala noche. He llegado a confundir todo. Ahora empiezo a ver más claro. Dame un café cargado y seguro que me despejo.

Me tomé la bebida, más como brebaje que como degustación y comencé a entender la situación que me rodeaba de una manera más serena. Todo el entorno estaba sosegado. Afuera, en la calle, llovía ligeramente. Todavía no eran necesarios los paraguas. Era un *chirimiri* o *calabobos* de los que no llegan a calar, pero mojan. El pavimento estaba deslizante y las ventanas dejaban gotear un agua cristalina que limpiaba el ambiente. «Esto es una realidad», pensé mientras me asomaba al exterior. No hay nada de ficción en esta lluvia mirífica. Creo que todo ha sido un mal sueño y que tengo que volver al trabajo como si no hubiera ocurrido nada.

La secretaria llamó dos veces más en la mañana para recordar la cita del día siguiente.

—Mucho interés tiene este tipo, creo que le hemos puesto contra las cuerdas —se atrevió a afirmar Isabel que no paraba de ir de un lado a otro.

—Espero que no te hayas equivocado y no sea esto negativo.

—Nunca lo puede ser. Pudiera ocurrir que no sirva para nada, pero negativo no.

A mediodía llamó Luis para ver cómo iba todo. Él ya estaba trabajando desde primera hora de la mañana.

—Cuanto más tiempo estéis en casa mucho mejor —aconsejó vivamente —. Así evitaremos que os sigan. Ese será mi trabajo a partir de ahora.

—Entendido. Yo solo saldré mañana ya que tengo la cita con el editor y no debo faltar a ella —señalé en el auricular.

—Me quedo más tranquilo. Anoche estuve preocupado por lo que me dijiste. Me dediqué buena parte de la noche a leer en internet sobre el abuelo de Damián. Muy interesante ese tipo. Cómo me dijisteis murió en la cárcel, pero fue enjuiciado no solo por los dos asesinatos que me hablasteis. Llevaba a sus espaldas alguno más. Por ejemplo, se cargó a otro librero pensando que era también el que tenía el diario y antes fue a la Posada del Peine y asesinó al dueño del local, después de que le dijo quién había sido el cliente de la habitación 126. Como veis un auténtico sujeto dispuesto a cualquier cosa. Murió en la cárcel, pero antes le dio toda la información a su hijo, y no solo unos pliegos sino toda la historia y el nombre del bisabuelo tuyo y el de nuestra bisabuela y dónde habían vivido. Toda la información completa. Pero su hijo tampoco era un angelito. Indagó toda la historia y entre hurto y robo, trató de llegar a estas familias. Murió en extrañas circunstancias, quizás por el alcohol o por las drogas en las que estaba metido. Damián, el sujeto sobre el que recae mi investigación, es su hijo, se introdujo en los ambientes de Isabel, tal y como me dijo. Empezaré por este detalle. Quizás descubra algo más.

—Has aprovechado bien el tiempo —especificó Fernando.

—Tenía, por fuerza, que situarme y ya lo hice. A partir de ahora la investigación será directa. Sobre el terreno, vamos.

—Estamos en casa para cuando quieras venir o llamar. Gracias por todo. Isabel está dando una cabezada, por eso no se pone. Yo trabajando en la novela.

—No os preocupéis. Conmigo nada de protocolo. Adiós.

Se oyó un clic al otro lado del teléfono.

«Para llevar unas horas con el encargo la información era muy completa. En efecto, conocía muy bien su trabajo. Un buen profesional, no cabía duda» pensé mientras daba la última chupada al

cigarrillo y apuraba el sorbo final del ron.

Iniciado el día, seguí paso a paso las instrucciones que me dio Isabel. Unos forajidos, que llevaban tiempo detrás de él, entraron en su casa y le amenazaron con matarle si no les decía el lugar donde había escondido la fortuna. Le dieron un plazo de veinticuatro horas, al cabo de las cuales regresarían o se pondrían en contacto. Por supuesto que no debía decir nada a la policía ya que su vida corría peligro y ellos no estaban identificados. Adorné todo lo que pude este episodio. Isabel no estaba en ese momento en la casa por lo que se libró de la desagradable visita. Para hacer más atractivo el capítulo y aumentar el anzuelo, se me ocurrió relatar profusamente que encima de la mesa, donde estaba trabajando, había un collar de esmeraldas que habían cogido como recuerdo del cofre. Los delincuentes lo vieron e incrementaron sus amenazas, pero se llevaron el collar («un pago a cuenta» dijeron con una risa sardónica y al tiempo amenazante). «Esto le hará recapacitar y quizás pierda los estribos cuando lo lea» pensaba mientras me servía una copa de ron. Volví a leer lo que había escrito. Corregí algunos términos, puse algunas comas, mejoré algunas de las expresiones vertidas y decidí que ya estaba preparado para su entrega. El capítulo final estaba por escribir y eso dependería, en gran medida, de la reacción de Damián. «No tenía idea de cómo iba a acabar la novela, pero de lo que sí estaba seguro era de que Damián no se llevaría el gato al agua». Ahora era yo el que terminaba las argumentaciones y las ideas con frases hechas.

20

Año 1996

La llegada a Estados Unidos no fue fácil. El servicio de inmigración nos requirió una serie de documentos que, afortunadamente, teníamos en regla. Nos instalamos en un hotel relativamente modesto del barrio de Brooklyn. Nos dieron un visado para tres meses. Luego había que renovarlo. No había pasado una semana cuando, un día, Isabel me dijo que había encontrado una casita para alquilar. No era muy grande, pero para nosotros suficiente. A través de unos peldaños se accedía a la entrada donde una escalera daba acceso a una serie de puertas para los distintos apartamentos. Nosotros nos quedamos en la planta baja. Era más barato y no teníamos grandes pretensiones. Yo me pasaba el día escribiendo la novela e Isabel daba clases de español, al principio a los niños del barrio y más tarde la contrataron unas manzanas más lejos, en una escuela pública. Nuestra vida se enmarcaba en un mundo pequeño, pero éramos felices y estábamos con vida, pues de haber seguido en Madrid no sé qué hubiera sido de nosotros. Ganábamos el dinero suficiente para ir tirando. Nada de excesos, pero sí un digno pasar.

Un cura que conocimos en la iglesia del barrio nos casó. La celebración fue muy sencilla. Vinieron a casa unos matrimonios amigos. Fueron los primeros que tuvimos nada más llegar y que nos ayudaron a sortear toda clase de obstáculos, que al ser de otro país se nos presentaban a menudo. Los visados, la residencia, el número de la Seguridad Social, los documentos obligatorios para estar en ese país; todo lo necesario fue orientado y aconsejado por nuestros amigos.

Isabel estaba ya embarazada cuando la boda y no quería que el niño o lo que viniera lo hiciera sin que estuviéramos casados. Era la cultura que habíamos recibido y a ella teníamos que ser fieles.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté a Isabel un día que estaba sentada, junto a mí, leyendo un libro

—Muy bien, pero ya lo siento en mi vientre.

—¿Cómo quieres que lo llamemos?

—Fernando —soltó de sopetón y sin pensarlo.

—¿Estás segura?

—No hay vuelta atrás. Esa es mi decisión inapelable —contestó

Isabel con una mueca entre seria y risueña. Sabía cómo manejar sus armas.

—Como decidas. Al fin y al cabo, eres tú la que lo lleva encima —al decir este comentario mostraba mi alegría por esta decisión. Me gustaba la idea de que se llamara como yo. Fernando era nombre de reyes. Muy ligado a la historia de España y, de esta manera, manteníamos la relación con la madre patria.

Los vecinos nos trataban muy cariñosamente. Venían frecuentemente a la casa para ver si necesitábamos algo. La novela iba avanzando. Ya en Madrid tenía una gran parte escrita y aquí gozaba de todo el tiempo del mundo. Isabel salía temprano a dar sus clases y yo me quedaba con mi ordenador escribiendo y corrigiendo. Al mediodía, Isabel se pasaba por nuestra vivienda para tomar algo ligero, y después de un corto descanso continuaba. Tenía varias familias en el barrio y daba clases de español a los niños. Ganaba suficiente dinero para nuestras necesidades que no eran muchas.

Un buen día decidí que había terminado la novela. Un amigo del barrio, al que conocí dando un paseo, me orientó en lo que tenía que hacer. Durante muchos días conversamos acerca de la literatura y el modo de escribir. Él también lo hacía pero de una manera más como afición que como profesión. Dábamos grandes paseos, hasta que en uno de ellos me atreví a solicitar su ayuda para la publicación de mi novela. Tenía experiencia pues se reunía, de vez en cuando, con unos amigos en una tertulia a la que me invitó a asistir varias veces. Se portó muy bien ya que me presentó a un editor judío que tenía su despacho unas calles arriba de mi casa. Le dejé el manuscrito con cierto temor, ya que no tenía experiencia de cómo eran estas cosas en ese país. Sabía muy bien español ya que había estado trabajando, varios años, en una editorial en la ciudad de Córdoba. Gracias a esto pudo leer mi novela fácilmente y darme su opinión a las dos semanas.

Un día, ya habían pasado varios meses desde nuestra llegada y habíamos tenido que renovar nuestro visado, cuando recibí la llamada del editor. Habían pasado varias semanas. Le había gustado. Me propuso traducirla al inglés. Lo harían personas especialistas que se dedicaban a esto.

—Este tipo de novelas históricas tienen mucho éxito en este país —me comentó mientras me extendía un cheque de adelanto.

Era el primer dinero que ganaba en Estados Unidos y me serviría para poder ocuparme del niño que iba a nacer pronto. Había que tener en cuenta los gastos extras que comportaba un recién nacido, a pesar de que los amigos nos ayudaron en todo momento con ropas, el cochecito, la alimentación especial que necesitaba y multitud de pequeños detalles. Los meses pasaron rápido y vino el parto y vino el éxito de la novela. Se hicieron muchas ediciones. Tuve que presentarla

en los hoteles y centros de reunión, firmar, dar conferencias. Salí en muchos periódicos. Me llamaban el Español. Un escritor que vino del otro lado del Atlántico.

Al niño le llamamos Fernando. Nació rápido y sin problemas y fue el gozo, no solo nuestro, sino de todos los amigos y parte del vecindario que querían verlo.

Mientras el niño crecía, yo cobraba las sucesivas ediciones de la novela y además las distintas colaboraciones en los periódicos y revistas. No es que nos sobrase el dinero, pero entre los dos podíamos vivir con cierta autonomía financiera.

—En este país se paga bien lo que escribes —me dijo un día Isabel.

—Afortunadamente. De esta manera podremos darle una buena educación y que vaya a una buena universidad.

—Son muy caras —me contestó Isabel.

—Trataremos que vaya con beca. Si eres muy buen estudiante, en este país, puedes estar becado fácilmente. A las universidades les interesa tener alumnos excepcionales.

—¿Crees que será excepcional? —preguntó Isabel con un punto de curiosidad.

—Le prepararemos para eso —dije sin inmutarme.

—Espero que tengamos suerte. Me gustaría que estudiase Medicina. En este país los médicos están muy bien considerados —señaló Isabel de una manera práctica.

—A mí también. Me parece una carrera muy humana. Además, podemos ser sus pacientes cuando seamos mayores — apunté con una sonora carcajada que Isabel acompañó con gestos de sarcasmo.

Los meses fueron pasando y también los años. Nuestro hijo se aplicaba en el colegio y sus notas eran las más altas de la clase. Los profesores siempre le ponían como ejemplo de conducta y comportamiento. Al final del curso siempre le daban las mejores medallas. Yo seguía con mis entrevistas en los periódicos y colaboraciones. Gracias a esto el dinero entraba, aunque no en grandes cantidades, sí de forma constante. Todo servía para que las ventas aumentasen y con ello mis derechos de autor. Las entrevistas giraban alrededor de los acontecimientos históricos del siglo XVIII. En este país, que no tenía tradición, cualquier cosa que remedase un hecho histórico era muy bien acogido por el público en general. Por eso mis conferencias eran muy atractivas y muy bien pagadas. Asistían, generalmente, unas doscientas personas y siempre se realizaban en algún hotel de la ciudad. Al final había un coloquio y un vino. Muchas veces el editor enviaba un comercial que vendía mi novela y que yo firmaba al final. Alguna vez llegaron a venderse ciento cincuenta unidades, que teniendo en cuenta que en la sala había unas doscientas personas, era todo un éxito. Estas conferencias,

generalmente, se realizaban los viernes. Era un buen día ya que los neoyorkinos habían terminado la semana y se preparaban para el descanso. Isabel alguna vez me acompañaba cuando teníamos la posibilidad de dejar el niño al cuidado de algún vecino. Siempre se prestaban a hacernos este favor. Al acabar la firma de los libros, nos íbamos los dos a celebrarlo a un restaurante. Era nuestra única salida que usualmente era mensual. Así transcurrieron los años, entre los libros, nuestro amor, el hijo y los recuerdos del ayer.

—¿Qué habrá pasado de nuestras casas? —preguntaba muy frecuentemente a Isabel.

—Piensa que estás con vida. Eso es lo importante —contestaba desde una posición realista.

—Sí, pero los libros… ¿Qué habrá sido de las bibliotecas? — insistía una y otra vez.

—Mi primo el detective se habrá hecho cargo. Le escribí cuando llegamos aquí y le dije que se fuera a vivir a mi casa. Es soltero y vive de alquiler por lo que le vendrá muy bien. Tiene dos casas para estar. La tuya y la mía. Acuérdate que antes de salir le dejamos las llaves.

A las pocas semanas de esta conversación recibimos una carta de Luis porque tenía un comprador para la casa de Isabel. Si cerraba el contrato se iría a vivir a mi casa. Cuando estuvieran todos los papeles preparados en la notaría, Isabel viajaría estrictamente unos días para la firma. Nadie se daría cuenta de ello. Con el dinero podíamos preparar, hasta que consiguiéramos una beca, el ingreso de Fernando en la universidad.

Me pareció muy buena idea. Lo único que le dije es que queríamos que la biblioteca del bisabuelo de Isabel se trasladase a mi casa. Había sitio de sobra. Así tendríamos unificados los libros en un solo lugar. Él se podría quedar el tiempo que quisiese. Nos quedaríamos ese piso por si alguna vez nuestro hijo quisiera vivir en Madrid. De los muebles de Isabel solo nos interesarían los que son verdaderos recuerdos de la familia, las porcelanas y los objetos de las vitrinas. Los otros se podían vender con el piso. De esta manera por correo y por teléfono quedó cerrado el contrato. Nos debería avisar cuando estuviese todo preparado y solo con la condición de que Isabel no estaría más de dos o tres días para la firma. Había pasado poco tiempo desde las amenazas de Damián y no me quedaba tranquilo. Si hubiera algún problema lo arreglaríamos aquí con la embajada. Serían trámites normales entre los países.

Unas semanas después Isabel se preparó para viajar. El aeropuerto Kennedy la recibió con el tráfico acostumbrado. El vuelo era relativamente cómodo por Iberia. Tardaba unas seis horas. Luis la recogería en Barajas y la llevaría a un hotel cercano a la notaría. De esta manera no estaría mucho tiempo en la calle. Además, su primo se

comprometió a acompañarla siempre que quisiese salir. No debía de haber problemas.

Todo salió tal y como se había programado. El día señalado a las once les recibió el notario. La firma no duró más de media hora. Luis se quedó el cheque para hacer una transferencia en dólares a la cuenta que les indicamos. Eran mayores los miedos que la realidad de lo que pasó. La emoción de Isabel a regresar a su ciudad y encontrarse con el único familiar que le quedaba no tenía límite. Fueron momentos indescriptibles pues ya sabía que sería la última vez que vería su ciudad. Al principio le costaba expresarse. Estaba acostumbrada a hablar inglés y el español se le hacía, a veces, cuesta arriba.

—Tienes que venir a visitarnos. Ahora estamos ya más tranquilos económicamente. En casa tienes una habitación y cuarto de baño para ti. Es un barrio muy alegre. Viven cantidad de judíos en la zona. Nuestros vecinos y amigos son muchos de ellos de esta religión.

—La verdad es que me apetece visitar esa ciudad y pasarme unas semanas con vosotros. Si la invitación va en serio, me animaré a dar el salto.

—Por supuesto que va en serio. Te gustará. Además, para cuando vayas ya tendremos un coche. Con este dinero, de la venta de la casa, podremos comprarlo.

—Espero que te dé para algo más —me contestó con una amplia sonrisa.

—Queremos guardarlo en un fondo para cuando el niño quiera ir a la universidad.

—Bueno, en unos meses me tendréis ahí. Una buena época será el mes de mayo.

—Esa es la mejor fecha para visitar Nueva York. Central Park está precioso. El despertar de los cerezos que allí le llaman Cherry Blossom es un espectáculo. Está el Sakura Park que tiene más de dos mil cerezos que trajeron de Japón en 1912. También hay tulipanes y otras flores, pero no puedes olvidar el jardín botánico de Brooklyn, donde vivimos. Muchos sábados paseamos por este lugar. A mí una de las cosas que más me gustó cuando llegué fue el día de san Patricio, el 17 de marzo; un desfile lleno de gaitas irlandesas y gente pelirroja, con pancartas que dicen que «todos son irlandeses». Se celebra una gran misa en la catedral de san Patricio y el desfile es por la Quinta Avenida. Nosotros hemos ido dos veces seguidas. Es una preciosidad y se te ponen los pelos de punta.

Isabel estaba exultante relatando su corta, pero intensa, experiencia en Nueva York.

—Está bien. En primavera me esperáis. A principios de mayo. Ya os diré exactamente la fecha. Ahora tienes que despedirte y pasar el control. El avión no espera.

—Ha sido corto pero emocionante rememorar mis vivencias. Ahora las tengo mezcladas con las americanas. Te esperamos con mucha ilusión.

—Para mañana ya tienes el dinero en tu banco. Buen viaje y llámame cuando llegues.

Isabel y Luis se dieron un efusivo abrazo y se despidieron no sin antes derramar alguna lágrima.

Al llegar a Kennedy, yo estaba esperándola con el hijo y la sorpresa de que había comprado un coche de segunda mano en muy buenas condiciones y estado. Me lo había vendido un vecino que quería cambiar por uno más moderno. Fue una grata sensación la que tuvo Isabel. Ya no eran unos inmigrantes sino una familia convencional americana, con su hijo y su coche.

Con el dinero de la venta del piso pudieron darse algún capricho como, por ejemplo, poner visillos en las ventanas, comprar una cama para su hijo que pronto dejaría la cuna, comprar una lavadora para que Isabel no lavara a mano la ropa. Pequeñas cosas de la vida cotidiana que te hace todo más cómodo. Los vecinos les invitaban los fines de semana a merendar en sus casas por lo que cada vez se encontraban más identificados con la vida en ese país.

El niño iba creciendo y dando alegrías a los padres. En el colegio felicitaciones y muy buenas notas y, casi sin enterarse, un buen día se prepararon para llevarle a la universidad. Eligieron el centro médico de la Universidad de Nueva York que tenía fama de estar en buena posición en la investigación y docencia. Estaba situada en el 550 de la Primera Avenida. Las autoridades desde el primer momento mostraron interés en que Fernando eligiera ese centro y le ofrecieron beca para toda la graduación. No lo pensaron más. Allí completaría su educación y posteriormente elegiría un buen hospital para su especialización.

Los padres no cabían de gozo cuando regresaban en el metro. Habían rellenado la aplicación y ya no había marcha atrás. La secretaria del decano tuvo la gentileza de enseñarles las instalaciones. Conocieron todo el recinto e incluso les explicaron que había alrededor una serie de centros médicos, cardiología, infantil, urgencias, donde podría asistir para completar su formación.

—Esta noche nos vamos los tres a cenar para celebrarlo — dije en un arrebato de alegría.

—No te olvides que, aunque no paguemos la matrícula, el transporte hasta la universidad es caro. Necesitamos ir ahorrando. El dinero del piso está a buen recaudo en un fondo por si vienen mal las cosas —contestó Isabel algo más prosaica y realista que yo.

—No te preocupes mujer. Si lo necesitamos el chico puede hacer algún trabajo y ganarse algunos dólares.

—Si no es totalmente imprescindible no quiero que trabaje. Que se

centre en los estudios. Ya buscaremos la manera de que no tengamos problemas económicos —afirmó una Isabel totalmente decidida a defender su posición.

—Bueno, de momento, esta noche nos vamos a cenar — insistí machaconamente—. El lunes me tienen que pagar una colaboración en el periódico que cubre ampliamente esta cena.

—Espero que esta y otras más. Me dijiste que te pagaban bien.

—Deja que sea yo el que lleve las finanzas.

—Ya salió el machismo español —contestó Isabel con una sonrisa.

Esa era nuestra vida. Sencilla y auténtica. Fernando a las dos semanas de hacer la solicitud, un día del mes de septiembre se despidió para ir a su primera clase. Al regreso nos estuvo contando las bondades de la universidad. Había conocido cantidad de compañeros que le agradaron desde el principio.

—Es muy importante que desde el principio elijas a los mejores alumnos. Enseguida te darás cuenta. Ellos te ayudarán y tú a ellos. Seréis como una piña, pero procura no equivocarte. Son para toda la vida —le dije mientras se tomaba un café conmigo. Este consejo me lo había dado, también, mi padre hacía muchos años y lo recordaba como si fuera hoy.

—Deja al chico, no le agobies desde el primer momento. Ya sabrá lo que tiene que hacer —Isabel condescendía en todo lo relacionado con su hijo.

Cuando ya había pasado casi todo el curso con muy buen aprovechamiento, a finales de abril, nos llegó una carta de Luis, en la que nos anunciaba su visita. Pensaba llegar por Iberia al aeropuerto Kennedy unos días después. Nos dio los datos de tal manera que fuimos a recogerle con el coche. No lo utilizábamos mucho, pero para estas distancias era práctico. Entrar en Manhattan era imposible. Muy caro ya que había que pagar un impuesto y el aparcamiento tenía unos precios desorbitantes, por lo que era aconsejable utilizar el servicio público, especialmente el metro.

El encuentro con Luis fue muy agradable. Nos traía algunos recuerdos de la casa de Isabel antes de venderla. Eran los más pequeños pues los más grandes los llevó a mi casa. Nos trajo varias porcelanas, que sabía que a Isabel le agradaban mucho y que las tenía mucho cariño.

—¿Hubo alguna visita desagradable de Damián o de sus secuaces? —pregunté de sopetón.

—Nada. No aparecieron nunca. Se debieron convencer de que habíais desaparecido del mapa.

—Así fue en realidad —contesté con un cierto grado de serenidad, aunque de sabor agridulce. La emigración no gustaba a nadie.

Ya en el coche nos estuvo contando aspectos de la política de

España, de las obras que se estaban realizando en la ciudad, de lo mucho que había crecido. En fin, nos puso al día. Habían pasado ya casi dieciocho años desde que salimos por piernas. La cuenta era fácil ya que Fernando nació a los pocos meses de llegar y la semana pasada fue su cumpleaños. Isabel había estado hacía poco, pero yo llevaba mucho tiempo alimentado solo con mis recuerdos.

—¿Qué pasó con los libros de Isabel? —Era una cuestión que me preocupaba.

—Todo quedó muy bien. Uní las dos bibliotecas. Recuerda que en la tuya había bastante sitio libre pues era muy grande. Los libros de Isabel los coloqué en su misma biblioteca. Un ebanista me hizo un buen arreglo y pudimos colocarlos en la biblioteca adaptada. Así que cada librería está en una habitación distinta. Está todo muy ordenado y bien colocado.

—Olvida ahora las preguntas. Ya tendremos tiempo de hacerlas. Ahora deja a Luis que descanse —señaló Isabel que se estaba dando cuenta de que su primo estaba cansado. Después de un viaje tan largo era comprensible.

Al llegar a la casa le mostramos su habitación y le dejamos que descansase unas horas. Le despertaríamos para la cena sobre las siete de la tarde. Al día siguiente pensábamos llevarle a Central Park. Los cerezos estaban en su pleno apogeo vistiendo sus mejores galas.

El paseo por Central Park no nos defraudó. Yo lo había hecho dos años antes. Siempre me parecía un espectáculo imborrable; majestuoso. Admiramos los cerezos, los tulipanes y las rosas. Todo el paseo estaba cubierto de estas flores que daban una nota de color. El parque tiene forma rectangular y es uno de los parques urbanos más grandes del mundo. Después de dar un paseo de más de tres horas recorriendo sus rincones, tomamos un coche de caballos y tuvimos una perspectiva diferente. Luis quiso invitarnos al coche. Al terminar el paseo recorrimos la Quinta Avenida en dirección sur. Admiramos los majestuosos edificios que perfilan esta gran avenida y los maravillosos comercios. Allí se mostraban, uno detrás de otro, Abercrombie, Saks, Rolex, Gucci, Cartier, Louis Voitton, Búlgari y la famosa tienda Tiffany de la película *Desayuno con diamantes*. Nosotros habíamos recorrido la calle muchas veces, pero Luis no daba crédito a lo que estaba viendo. Estuvimos dando vueltas por el Centro Rockefeller que a esa hora estaba lleno de gente. Era un sábado y este espectáculo era una diversión para los neoyorkinos. Llegamos por la Quinta Avenida hasta la Biblioteca Nacional en la quinta esquina entre las calles 40 y 42.

—En la época de la depresión económica el alcalde de la ciudad denominó a los leones que hacen guardia en la fachada principal como Paciencia y Fortaleza, para significar las dos cualidades que tenían que

tener los habitantes de la ciudad ante los problemas que les acuciaban —les expliqué.

—Tantos años en la ciudad y no sabía esto —dijo Isabel extrañada por la explicación que acababa de dar.

Antes de llegar a la Biblioteca Nacional, en la esquina con la calle 51 entramos a ver St. Patrick's Cathedral.

—Es la catedral de la ciudad —avancé yo —; una catedral católica de estilo neogótico muy relacionada con la familia Kennedy. Ahora si os parece podemos tomar un refresco en la plaza que está detrás de la biblioteca y después nos vamos a casa. Por hoy ya está bien. Luis tiene mucho tiempo para pasear solo por estas calles, una vez que se oriente y conozca el metro.

—Totalmente de acuerdo. Hay que dejarle libertad. —señaló Isabel con buen criterio

21

Año 1944

A principios de junio, concretamente el día 10, unos días después de realizarse el desembarco de Normandía, sucedió uno de los hechos más luctuosos de la segunda guerra mundial. Fue la destrucción total del pueblo de Oradour sur Glane perteneciente al departamento de Alto Vienne de la región de Lemosín. En aquella fecha se asesinó a más de seiscientas personas de la población civil. Niños, mujeres y personas de todas edades y condición murieron fusiladas en la plaza y quemadas en la iglesia. El río Glane se tiñó de la sangre de un pueblo acogedor y apacible con una agradable campiña, donde muchos artistas franceses pintaron en sus lienzos sus paisajes bucólicos.

Días antes, el 6 de junio se realizó la operación Overlord, el desembarco de las fuerzas aliadas en las playas de Normandía. Una campaña que trataría de liberar el noroeste de Europa de la ocupación alemana. La destrucción de Oradour fue la venganza de los nazis ante el éxito del desembarco. Ante la noticia de la invasión del ejército aliado, los nazis se revolvieron como fieras heridas y quisieron dar una lección. Sin duda que la dieron. Masacraron todo un pueblo que quedó como mudo testigo de la historia. No se rehízo. No se movió una piedra o un edificio derruido. Nada se construyó. Todo quedó como cuando miles de bombas lo arrasaron y cientos de soldados acabaron con cualquier vestigio de vida humana. El presidente De Gaulle dio órdenes de conservar la memoria de este pueblo, dejando que las ruinas se mantuvieran vivas para la posteridad. La historia demostraría, de esta manera, el sufrimiento de todo un pueblo. La resistencia incrementó su labor de sabotaje en la región y el continuo hostigamiento de las tropas alemanas hizo que la venganza y el ejemplo destructor anidaran en este pueblo.

Antoine y Juliette llegaron días antes con una misión importante. Tenían que realizar un sabotaje en las dependencias militares que los nazis tenían cerca del pueblo. Al mismo tiempo deberíamos poner a salvo a dos pilotos que estaban refugiados en una granja a un par de kilómetros del centro de la ciudad.

Juliette, al entrar en el pueblo y ver la destrucción, cerró los ojos. Dejó volar a su imaginación. Era un día nublado, en el que se

desdibujaba una luz tenue que perfilaba un horizonte lánguido y sereno. Unas gotas de lluvia indicaban que se avecinaba una tormenta. No llegó a tanto. Los niños se apresuraban para ir a la escuela. El sol había salido hacía rato. Los días, en esa época, eran más largos y el clima invitaba a madrugar. Pronto vendrían las ansiadas vacaciones. Era la época de los exámenes y había que aprovechar cualquier momento para recuperar el tiempo perdido. Salían rápido de las casas. Llegaban tarde a clase. No era el momento de recibir una reprimenda por llegar tarde. Las madres se afanaban en darles prisa. Algunos niños volvían por un momento a recoger en la casa el bocadillo del mediodía que se les había olvidado. Los hombres habían salido, hacía tiempo, a las faenas del campo y los que tenían algún comercio lo hacían en ese momento. Todo parecía normal. Algunos se movilizaban con bicicletas, los más andando. Casi no circulaban coches y los que lo hacían eran puros trastos viejos que con mucho ruido servían para transportar muebles y enseres de un lado a otro. Todo era normal en un día normal. El silencio del pueblo era absoluto, solo interrumpido por los gritos de los chiquillos al entrar en la escuela. Algunos se quedaban algo más rezagados dando los últimos puntapiés al balón. Al final la campana llamaba a la inexorable entrada. Todos hacían fila y entraban, más a regañadientes que otra cosa, pero siempre dispuestos a que fuera un día como los otros.

De pronto, un ruido ensordecedor de motos y acorazados interrumpió el silencio y la bonanza de esas calles. La plaza se llenó de militares que bajaban de los camiones y se distribuían por las calles aledañas. La placidez se había trastocado en un completo caos. Todo eran gritos y órdenes, entradas en las casas, en la escuela, en los comercios. Se agruparon en la plaza y ahí empezó la confusión. Unos a la iglesia cuyas puertas cerraron los nazis, otros reunidos en la plaza y las casas violentadas con las puertas destrozadas a machetazos y culatazos. Alguna madre, en un intento de salvar a algún hijo pequeño lo encerró en un armario o en un altillo pensando que ese escondite les salvaría. Nada más equivocado. Muchas casas fueron pasto del fuego, así como la iglesia que ardió como una tea con el pueblo dentro. Nadie se salvó. Los hombres fusilados en la plaza o en los muros del cementerio. Una total destrucción. Juliette abrió los ojos. Unas lágrimas surcaron sus mejillas.

—Primero buscaremos a los aviadores y les llevaremos al bosque; un lugar que mis contactos me han indicado que está muy resguardado y que los alemanes no conocen —dijo Antoine—, para continuar después con el plan de sabotear la base de armas que tienen cerca del pueblo.

—¿Qué te han dicho que hagamos en la base? —inquirió una curiosa Juliette.

—Pondremos unas bombas que explotarán cada veinte segundos en distintas partes.

—¿Y los soldados?

—Habrá muy pocos ya que todos están ocupados con el desembarco de hace unos días —señaló Antoine.

—¿Cuánto tiempo tendremos entre las explosiones y nuestra retirada hacia donde están los pilotos, recogerlos y llevarles hacia la frontera?

—Ya he pensado en eso. No mucho pero tampoco tendremos que ir apurados. Me han preparado las bombas para darnos un tiempo de dos horas, suficiente para recoger a los aviadores, llegar al tren que sale treinta minutos después de que coloquemos los explosivos.

—Es decir que para cuando se produzcan las explosiones ya estaremos lejos, ¿verdad? —Juliette siempre pensaba en tener la retirada cubierta.

—Imagino que el tren habrá recorrido una buena distancia en hora y media. Nosotros ya no tendremos ningún problema ni nadie nos podrá achacar nada.

—Parece que el plan está bastante bien.

—Ahora conviene que descansemos. Todo debe estar perfectamente medido. A primera hora reuniremos a los pilotos y les llevamos a una casa cerca de la estación de tren —comentó Antoine—. Tendremos a nuestra disposición una persona que nos recogerá cerca de la base, cuando terminemos el trabajo, y nos llevará a buscar a los aviadores y directamente a la estación. Tenemos exactamente media hora para coger el tren.

—Comprendido. Vamos a dormir que comenzamos al amanecer.

Esa noche estaban nerviosos. Era la primera vez que se embarcaban en una aventura tan peligrosa. Entrar en la base cortando la alambrada, poner las bombas y salir rápidamente no lo habían hecho nunca. Su labor se limitaba a trasegar con los aviadores desde el norte al sur del país. Eso lo conocían perfectamente y lo hacían muy bien. Lo de las bombas era ya otra cosa. Se enfrentaban a una serie de casualidades que no podían controlar. Tendrían que ir improvisando sobre la marcha.

Juliette soñaba en los días en que conoció a Antoine en la escuela y después dando clases. Allí es cuando se enamoró de él, al verle tan comprometido con la lucha de liberación francesa. La resistencia fue para ellos su vida, su razón de existir. No tenía familia directa. Sus padres murieron cuando ella era muy joven y se había educado con un tío que murió poco antes de que ella entrara en la resistencia. Tenía una prima, pero cuando empezó la guerra desapareció. Le dijeron que había huido a América mientras ella estaba en la resistencia. Los padres de Antoine fueron fusilados cuando las tropas entraron en su

pueblo. Hablar de esto era imposible. Su cara se fruncía en un gesto duro, de odio, de rencor y era necesario terminar la conversación. No se le podía recordar nada de esta época de la vida. Así fue su juventud. No tenía más de veinte años y parecía que había vivido toda una vida llena de experiencias. Su fuerte carácter era consecuencia de la vida que ambos llevaban. Muy pocas veces hablaban de la boda, de tener hijos, de vivir en paz en una casita de un pueblo, enseñando en la escuela. Esas no eran conversaciones para ellos. Solo hablaban de pilotos, bombas y sabotajes. Ambos tenían una pistola cada uno y aunque no habían tenido oportunidad de usarla, estaban dispuestos a ello si la ocasión lo demandara. Dormían junto a su Sten MkII, una pistola ametralladora del calibre 9mm Parabellum que portaba un cargador con 32 cartuchos que podían alcanzar con gran precisión los ciento cincuenta metros. Era de procedencia británica regalo de dos aviadores a los que pusieron a salvo en el consulado en España.

A la mañana siguiente un filo de luz les alcanzó de lleno. Despertaron con tiempo suficiente para desplazarse a la granja, recoger a los pilotos y llevarles a una casa cercana a la estación de tren. No eran más de las siete de la mañana. No había controles en el pueblo ya que el contingente de fuerzas se había desplazado, en días anteriores, a Normandía. Una vez que dejaron a los británicos, tomaron un café que les ofrecieron en la casa y se dirigieron andando a la base. Estaba a unos dos kilómetros que cubrieron en apenas media hora. El dueño de la casa les recogería en una hora en un punto prefijado. Ellos tenían media hora para andar el camino y otra media hora para colocar las bombas. El tren pasaba alrededor de las nueve. Tenían que estar en la estación unos minutos antes. Todo muy cronometrado.

A buen paso enfilaron el camino hacia la base por una zona que les dijeron que no pasaba nadie. En apenas veinticinco minutos estaban ante la alambrada. Cortarla para introducirse no significó gran trabajo. Había un guardia a una gran distancia que no les veía por lo que pudieron poner cómodamente las bombas. Salieron despacio a través del agujero que hicieron en la alambrada.

—Alto, quién va —una voz alemana se oyó detrás de ellos.

Juliette estaba escondida detrás de unos matorrales por lo que era imposible que la vieran, pero Antoine sí que fue visto. Se levantó lentamente. El alemán le apuntaba con su fusil. Antoine trató de disparar su Sten y una ráfaga le acribilló. Cayó allí mismo ante los ojos de Juliette que se quedó impávida. Eso fue lo que la salvó. El alemán regresó a su garita y ella se encontró a escasos metros del cuerpo ensangrentado. Un gran charco le cubría. No tenía nada que hacer. Estaba muerto y ella tenía que seguir con el plan de actuación. Estaban preparados para estas contingencias. Si uno cae el otro debe

seguir y completar la acción. Una mano fuerte la arrancó de su mutismo. La llevo casi en volandas al coche que estaba preparado para llevarles a la estación. Recogieron los pilotos y fueron al tren con tiempo suficiente para subir. Juliette no hablaba. Unas lágrimas caían por sus mejillas.

—¿Qué ha pasado señorita? —preguntaban los británicos.

Ella seguía sin contestar. Estaba inmóvil mientras el tren avanzaba lento dejando las últimas casas en la lejanía. Todo aparecía desdibujado.

—¿Su novio ha muerto…?

—No pude cerrarle los ojos. No pude despedirme de él. Era todo lo que acertaba a decir.

Su voz entrecortada y sus ojos húmedos denotaban un sufrimiento. Los ingleses no sabían qué hacer. Eran los responsables de que hubiera muerto. Si no hubiera sido por ellos, todavía viviría y tendrían un futuro compartido. Todo estaba perdido.

El tren, ahora, marchaba a buena velocidad. A este ritmo en un par de horas harían el transbordo para coger el tren en dirección a Hendaya. De la explosión de la base se enteraron al llegar a Hendaya. Su contacto les dijo que la acción había sido un éxito. Dejó de hacer alabanzas al enterarse de la muerte de Antoine. Le conocían desde hacía un par de años con todos los transportes de británicos.

La operación terminó, una vez más, en el consulado. Juliette se despidió de los pilotos que no tenían palabras de consuelo para con ella. Al día siguiente regresó a París y habló con sus jefes de la resistencia. Lo dejaba todo. Ya había dado más que muchos franceses. Su sacrificio fue enorme. Los jefes lo comprendieron y a los pocos días la pusieron en un barco rumbo a Estados Unidos. Allí una prima se haría cargo de la situación.

Al llegar a pisar tierra americana tuvo que pasar una serie de controles aduaneros y sanitarios. Al cabo de dos semanas estaba ya en el piso con su prima.

—Debo decirte una cosa, antes que nada —fueron sus primeras palabras al entrar en la casa.

—Ahora debes descansar. Luego hablaremos. Lo principal es que olvides la guerra. Este es otro mundo.

—No. Insisto. Debo hablarte.

—Ya que insistes dime lo que quieras.

—Estoy embarazada. Antoine es el padre. Cuando acabase la guerra íbamos a casarnos y a crear una gran familia. Íbamos a ser profesores en una escuela de algún pueblo.

—Es muy bonito lo que me cuentas. Antoine se fue y te dejó un hijo. ¡Qué maravilla!

—A los servicios sanitarios no les dije nada, ya que solo es de un

mes.

—Aquí podréis vivir tú y el niño. Boston es una gran ciudad y hay oportunidades para todos. En estos años el crecimiento es importante. Hemos pasado la gran crisis y el país crece a buen ritmo. Podrás trabajar en lo que quieras y criar a tu hijo muy bien. Yo seré su tía.

Juliette no pudo por menos que abrazarla y llorar en su hombro.

—Antoine se ha ido, pero me ha dejado un regalo. Le hablaré de su padre, de lo valiente que era y de lo generoso que fue con todo el mundo.

Al quedarse sola en la habitación abrió la maleta. Unas fotos de sus padres, de su tío y de Antoine. Tenía un par de trajes y en el fondo el diario que encontraron en la librería de París. El diario de Alonso de Alvarado, el conquistador que regresó de Cuzco y puso su fortuna a disposición de quien la encontrara. Los recuerdos volvieron, de nuevo, a su memoria. Le gustaban estas evocaciones del pasado. Había tenido una vida tan intensa al lado de Antoine que no quería que se borrase; procuraba hablar de ella a su prima y a sus nuevas amigas. Entró en un grupo con los cuales hablaba de la guerra mundial y les contaba experiencias que para ellas eran extrañas y lejanas.

—¿Qué te parece la foto de tu padre? —Juliette se la enseñaba a su prima.

—Qué recuerdos. Los tengo como en una bruma. Ha transcurrido tanto tiempo que…

—Estaba frente a la iglesia de Notre Dame. Fuimos los tres, ¿lo recuerdas?

—Pasamos un buen día. Luego estuvimos dando un paseo por el Sena y acabamos comiendo en un restaurante del *boulevard* Saint Germain.

—Y esta, ¿qué te parece? —Ahora le enseñaba una de Antoine—. No le conociste. Tu padre había fallecido y tú te fuiste de París.

—Era un buen mozo —contestó con cara triste.

—Muy guapo y cariñoso. Una persona muy generosa que ayudaba a todo el mundo.

Una lágrima caía por las mejillas de Juliette que se echaba la mano al vientre. Allí estaba su regalo. Le cuidaría y cuando tuviera la edad de comprenderlo, le hablaría de su padre, le contaría la guerra y lo que hicieron en defensa de la libertad y cómo ayudaron a los aviadores. Esa fue la herencia que dejó Antoine. Lo demás eran palabras huecas.

Un día, después de varios años, recibió un paquete de París. Era la medalla póstuma para Antoine. A ella le dieron otra. Si quería podría ir a recogerla en persona. Contestó que la guerra había terminado y que con su fin quedaron sus recuerdos. Esos eran su medalla. Nada ni nadie podría superar esta paz interior. Sus nombres quedaron escritos


en la historia del ayer.

22

Año 1975

Pasaron varios años en los que Juliette se alimentaba de sus recuerdos criando a su hijo con el amor y esmero que solo una madre sabe hacerlo. Antoine estudió ingeniería. Ella vivía con su prima en un apartamento del centro de Boston. No era de lujo, pero para los tres suficiente. Fue una época de una familia en la que faltaba uno, pero en la que el cariño supo sustituir su ausencia. Trabajó como profesora de español en un colegio y su hijo una vez graduado encontró un buen trabajo en una empresa de la ciudad, por lo que los tres vivieron juntos muchos años. Cuando se casó con una americana, licenciada en Historia y Filología Hispánica, vivió en un apartamento a escasos metros. La relación entre madre e hijo siempre fue muy íntima. Aquella le hablaba de su padre, de su valentía, de las veces que le acompañó para transportar a los soldados británicos y ponerles a salvo. Desgraciadamente, le decía, en el pueblo de Oradour sur Glane, en una de las operaciones de la resistencia, le acribillaron. Murió allí mismo. A mí me llevaron en volandas y me sacaron del lugar. Si no hubieran hecho esto, estaría muerta también. Hoy en día es un pueblo fantasma. No existe.

Un buen día cuando su hijo cumplió treinta años le dijo:

—¿Quieres que hagamos los tres un viaje a París? Han pasado tantos años que creo que no lo conoceré, pero me gustaría volver a los recuerdos.

—Sería una buena noticia. El mejor regalo que me puedes hacer —contestó su hijo.

Un día de primavera Juliette, su prima Amelie y su hijo Antoine tomaron el avión directo de Boston a París. Juliette desde el principio quiso llamar a su hijo con el nombre de su novio, Antoine, que significa «el que se enfrenta al adversario». Era el mejor regalo que le dejó antes de morir.

Al llegar al aeropuerto de Orly se dirigieron a un hotel del barrio de Saint Michel. Desde allí podían visitar todos los lugares de sus recuerdos. Un día dieron un gran paseo y atravesaron el Sena y cruzando varios distritos subieron hacia el norte por la *rue* de Renard y *rue* de Beaubourg hasta llegar a la *rue* de Vertbois por detrás del

Consevatoire National des Arts et Metiers. Allí, Juliette les llevó a la casa donde vivían. La fachada estaba pintada. No había ningún vestigio de la guerra. Estos años fueron suficientes para la reconstrucción de la zona. El portal estaba cerrado, pero afortunadamente una señora entraba en ese instante. Juliette lo aprovechó para preguntarle qué es lo que había en el segundo piso. La señora le dijo que ella vivía en ese lugar. Juliette le contó su trabajo en la guerra y que ella vivió una época allí.

—Me gustaría verlo de nuevo si no es inconveniente. Este es mi hijo. Mi marido murió en la resistencia en el pueblo de Oradour sur Glane. Viene con nosotros mi prima que también es de París, pero ahora vivimos todos en Boston.

—Es un honor para mí conversar con usted. El sacrificio que hicieron merece todo mi respeto. Estaré encantada de invitarles a un café en mi casa. No puedo negarme a su deseo. Es lo menos que podemos hacer con personas como ustedes que se sacrificaron por hacer un mundo mejor. Lo pasamos tan mal… que el solo recuerdo nos produce temor.

Subieron por unas escaleras de madera. Rotas y desvencijadas. Eran oscuras. Se veía que era una casa de trabajadores que no habían tenido dinero para arreglarla por dentro. Solo pintaron la fachada pues los estragos de la guerra la dejaron destruida. Las paredes estaban desconchadas y en algunos lugares la pintura había desaparecido totalmente. El piso se mostraba como cuando lo dejó Juliette. Los muebles habían sido cambiados y la cocina y los cuartos de baño remozados, pero, a todas luces, se veía que todo era muy sencillo y humilde. Juliette sintió una gran emoción al entrar en el piso, en especial cuando llegó al dormitorio. Allí es donde Antoine y ella durmieron, hicieron el amor y allí fue donde se gestó el hijo que ahora estaba a su lado. Todos se dieron cuenta de la emoción que desprendía Juliette paseando por la casa. Finalmente se sentó en la mesa del comedor y esperó el café prometido. Su emoción cortó sus palabras.

—Veo que la impresiona estar, de nuevo, aquí —dijo la señora mientras servía el café.

—No lo sabe bien. Es algo muy especial. Aquí pasamos varios años. Veníamos de las operaciones de apoyo a los aviadores y descansábamos un par de días, para volver a comenzar en otra operación.

—Fueron unos valientes y el mundo entero, y en especial Francia, les debe tener agradecimiento por todo lo que hicieron.

—Mi marido murió en una operación en Oradour. —Juliette acompañó la frase con unas lágrimas que no pudo reprimir.

—Ese pueblo fue totalmente destruido. Lo han dejado para que la

historia sea testimonio de lo que allí pasó. Yo nunca me atreví a visitarlo. Creo que no podría soportarlo. Me han insistido algunos amigos que fuera a verlo, pero no he tenido fuerzas para ello —terminó su alegato.

—Allí perdí… a mi marido. Fue horrible. Aún lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Un silencio espeso cubrió la estancia. Nadie articulaba una palabra. Se podía oír el vuelo de una mosca. Esta calma solo fue interrumpida por el tintineo de las cucharillas del café al ser removido en las tazas. Ninguno se atrevía a quebrar la paz sepulcral que reinaba en la estancia. Parecía que volvían los bombardeos que hacían callar a los moradores de la casa. La conversación fue sustituida por las miradas. Un sollozo de Juliette interrumpió la quietud del momento. No pudo reprimirse. Había sido superior a sus fuerzas. Tanta emoción contenida, tantos recuerdos que afloraron súbitamente, fueron suficientes para romper el momento de sosiego.

Al cabo de unos minutos, que para todos se hicieron eternos, el hijo de Juliette la tomó de la mano y le dio un beso. Fueron momentos de emoción desbordada, de sentimientos contenidos durante muchos años, de penas clavadas en el corazón. Habían pasado muchos años y todo el sufrimiento afloraba en un instante.

—Muchas gracias a todos —acertó Juliette a balbucear estas palabras entrecortadas.

—No te preocupes, mamá, ha sido muy bonito venir aquí. Tenía ganas de conocer este entorno. Era un paso obligado en mi vida y había que darlo alguna vez. Me gustaría ir, ahora, a la librería en la que os reuníais.

Durante muchos años Juliette le había contado a su hijo la historia y tanto él como su prima la conocían.

—Pues si nos os importa iremos dando un paseo. Hace buen día y nos vendrá bien pasear algo. Espero no olvidarme del camino.

Se despidieron de la señora, dándole las gracias por su amabilidad y se dirigieron por distintas callejas hasta llegar al lugar de encuentro de la célula de la resistencia. Juliette tuvo algunas dudas; en algún momento tuvo que retroceder buscando la calle adecuada, pero sin más impedimento llegaron al cabo de una media hora. El entorno estaba bastante cambiado. Las casas pintadas, se veían importantes reformas. Todo más moderno. Las calles asfaltadas y bien señalizadas. Nada hacía pensar que allí, muchos años antes, había ocurrido una guerra, bombardeos y muertes. Una tragedia inigualable que nadie pensó que adquiriera esas dimensiones.

La fachada de la librería estaba remozada, pero Juliette no tuvo ninguna duda para reconocerla. Habían cambiado la puerta, no era la combada de su recuerdo, pintado el escaparate, ordenado los libros

que aparecían en el mismo. Las contraventanas de un color verde aceitunado daban una nota de agradable colorido. Un gran cartel rezaba con letras azules: *Librairie*. Antes de entrar se quedó unos segundos frente a ella, tiempo en el que los recuerdos se agolparon nuevamente en su cerebro. Con paso titubeante cruzó el umbral y entró en el interior. Su hijo y su prima la seguían sin hacer comentarios. Nada más entrar vio los mismos anaqueles que hacía treinta años, pero ordenados y limpios. Todo el conjunto del local presentaba un orden exquisito. ¡Qué diferencia con la guerra! Al fondo un gran mostrador con una caja registradora que a Juliette se le hizo como un instrumento de tortura. El diseño general era el mismo, aunque todo más limpio. En el país en el que vivía ahora, las cajas registradoras tenían otro diseño; eran más aerodinámicas, más estilizadas, sin duda de otro porte. Un señor de mediana edad, con gafas de concha y cara amable la envió la mejor de sus sonrisas. Juliette no sabía cómo empezar. Se quedó parada unos segundos.

—Buenos días —comenzó con un francés ya casi olvidado por el tiempo que hacía que no lo practicaba—. Seguramente le extrañará esta visita —continuó balbuciendo palabras entrecortadas y nerviosas —, pero yo estuve aquí hace treinta años, cuando la resistencia.

Los ojos del librero no daban crédito a la conversación que estaba oyendo. No podía imaginar tener frente a él a una persona que le contaba, de sopetón, esta historia. En un principio se puso en guardia, pero al instante se relajó al ver la cara amable de su interlocutora. La dedicó una sonrisa animándola a continuar.

Juliette tomó aire, se relajó y continuó con la presentación.

—Esta librería estaba totalmente destruida. Los alemanes entraban, tomaban los libros que querían y los quemaban. ¿Qué es lo que hay en la trastienda? —continuó como si tal cosa.

—Nada. Es una habitación que uso para la contabilidad —el librero no quería sincerarse ante la presencia de una mujer a la que no conocía ni sabía cuáles eran sus intenciones.

—No me refiero a esa habitación sino a la que está detrás del mueble-biblioteca. Ya sabe que hay un resorte en uno de los anaqueles y que el mueble se gira para dar paso a otra estancia más estrecha y angosta.

El librero, después de este comentario, ya no albergaba dudas de la persona que se encontraba frente a él. Pondría, también, sus cartas encima de la mesa.

—Veo que conoce el lugar. En efecto, así es. Yo soy hijo de unos integrantes de aquel grupo que se reunía aquí y ¿usted quién es?

—Me llamo Juliette y mi novio se llamaba Antoine, el padre de mi hijo —y al decirlo señaló a su primogénito—. Aquí nos reuníamos, recibíamos órdenes y preparábamos proyectos. Muchos pilotos se

refugiaron en este lugar y desde aquí salimos muchas veces a cruzar los Pirineos. Siempre volvíamos a recibir nuevas órdenes.

—Recuerdo a mi padre hablar de una pareja implicada en la célula. También me contó que el novio murió en una de las acciones que realizaron en el pueblo de Oradour. Cada vez que hablaba de ellos lo hacía con un respeto reverencial rayano en el misticismo. Eran unos héroes. La mujer —me decía— al regresar sola de Oradour decidió abandonar la célula y salir para Estados Unidos. Mi padre sé que la ayudó a tomar un barco.

Un silencio espeso se adueñó del ambiente. Solo fue roto por las palabras del librero que fueron esculpidas en el corazón de todos: *Dulce et decorum est pro patri mori* —y añadió sin descansar—: dulce y honorable es morir por la patria. De una oda de Horacio —sentenció con un gesto reverencial.

—¿Qué pasó con el grupo? —preguntó Juliette entrecortada sin saber qué contestar.

—Estuvieron trabajando unos meses más y al acabar la guerra se disolvió. Mi padre murió de cáncer hace dos años y creo que del grupo solo quedan dos que viven en Toulouse.

—Son muchos años… ¿Puedo ver el escondite?

—Por supuesto. Faltaría más.

Juliette sin mediar más palabras se acercó al anaquel que recordaba que tenía el resorte.

—¿Puedo? —preguntó educadamente.

—Ya la dije que está en su casa.

Al mover la palanca el mueble giró sobre sí mismo y dejó visible un estrecho paso que daba a una estancia de unos veinte metros cuadrados. Lo primero que hizo fue mirar el lugar donde estaban depositados los manuscritos. Nada había que lo recordara. Todo estaba en orden. Eso sí, la misma camilla y las mismas sillas alrededor. Una alacena algo más moderna presidía la estancia.

—Esta era la mesa en la que nos sentábamos para conversar. Yo me sentaba siempre aquí —y al decirlo se sentó en la silla que ocupaba la posición escogida.

—Veo que lo recuerda bien.

—Todo lo tengo grabado como si fuera ayer. El sufrimiento de aquellos días cinceló mis recuerdos para toda la vida. Nunca se me olvidarán las escenas de estos momentos.

—Mi padre me contó muchas cosas sobre el grupo.

—¿Qué pasó con los manuscritos y libros antiguos que estaban desparramados en este rincón? —Juliette señalaba esta parte de la estancia como si estuviera viviendo en esos días.

—Algunos de los dueños regresaron a por ellos. Otros se vendieron para poder levantar, de nuevo, la librería.

—¿Sabe si vino alguien reclamando un diario antiguo?
—¿Un librito de 1700?
—Sí. De esa época. Veo que se acuerda.
—Recuerdo que alguien me habló acerca de un diario. Vino a verme. Era de un familiar y lo había perdido con el comienzo de la segunda guerra. Parece que se lo dejó olvidado en un tranvía. Me dijo que perteneció a un tal Alonso de Alvarado que vivió en el siglo XVIII. Le dije que no tenía ni idea. Los vientos de la guerra arramblaron con todo. Se fue tan rápido como vino. Era un importante coleccionista español de libros y documentos antiguos. Me dijo que se llamaba Álvaro. No sé nada más.
Juliette decidió en ese momento que entregaría estas memorias al familiar que viviera y que tuviera relación con Álvaro. A partir de ese momento se dedicó a encontrarlo. Le dijeron que unos descendientes de unos aristócratas tenían gran parte de la información. Vivían en Madrid.
—Cuando regresemos a Boston —le dijo a su hijo— me tienes que ayudar a encontrar a esta familia.
—Me gustaría ir al pueblo donde murió papá.
—A mí también me gustaría. Mañana iremos en tren. Son algo más de cuatrocientos kilómetros si no recuerdo mal. Será un día duro pero necesario para cicatrizar definitivamente una herida que tengo abierta desde entonces.
El día amaneció con bruma. Una suave lluvia acariciaba los ventanales de la habitación de nuestro hotel. La idea era dejar las maletas en la recepción y trasladarnos esa mañana al pueblo. Regresaríamos en un par de días. Después del desayuno se encaminaron a la estación de Austerlitz de donde salían los trenes a Limoges; allí tenían que tomar un autobús que les dejaría, en poco más de media hora, en la ciudad de Oradour sur Glane.
El trayecto en tren, de unas tres horas, sirvió a Juliette para recordar los múltiples viajes que hizo acompañada de Antoine para salvar la vida de los pilotos. Eran otros trenes y otra época, pero el recuerdo permanecía estable. Cerraba los ojos y veía sentados frente a ella a un grupo de militares que la increpaban y le gastaban bromas. Recordaba como un joven nazi, rubio y bien parecido, le sonreía despectivamente y hacía comentarios con sus amigos. Incluso la ofreció una bolsa de caramelos. Juliette no conocía el idioma, pero se imaginaba que las observaciones eran procaces. Al menos esos ojos libidinosos con que la miraban. Al llegar a la estación, tuvieron que esperar cerca de una hora para poder contactar con el autobús que les llevaría al objetivo deseado.
La entrada en Oradour significó un fuerte golpe emocional. Era un memorial en forma de pueblo. Se oía un sepulcral silencio. Todo era

fantasmagórico. Unas ruinas mantenidas por orden del general De Gaulle para dar testimonio de la crueldad de las guerras y de la capacidad destructiva que puede tener el hombre en su lucha contra otros hombres.

Parece que el tiempo quedó parado, congelado, aquel fatídico día, en que una división del ejército alemán entro en el pueblo en venganza por el desembarco de Normandía, y por una serie de actividades y sabotajes que había realizado la resistencia francesa. Los soldados se esparcieron por todo el recinto separando a los hombres de las mujeres y de los niños. A los primeros les llevaron a las afueras donde fueron ametrallados y rematados en el suelo y a los otros les encerraron en la iglesia donde con granadas de humo y ametrallamiento no dejaron uno vivo. El sonido de las ametralladoras era infernal. Las madres agarraban de las manos a los hijos que lloraban y se dirigían presurosas al recinto de la iglesia. Allí pensaban que estarían a cubierto. Nada más equivocado. Minutos después de entrar, se cerraron las puertas y empezaron a caer bombas de humo a través de las ventanas y unas ametralladoras, convenientemente colocadas, empezaron con su traqueteo mortífero. El estruendo era ensordecedor. El traqueteo de las metralletas se escuchaba por todas partes mezclándose con el humo y los lloros y gritos desgarradores de las mujeres y niños. Los hombres, en silencio, caminaron a la salida del pueblo donde fueron asesinados por grupos. Aquel día murieron más de seiscientas personas. A las pocas horas la quietud del pueblo era total. Era un gran cementerio. Donde antes corrían los niños para ir a la escuela y se afanaban los hombres en las tareas del campo o de los distintos negocios, ahora era un camposanto. El pueblo había dejado de existir. El reloj se paró aquel día. Se podía ver la hora en el campanario de la iglesia.

Juliette miraba el entorno y pensaba sobre la historia que le habían contado. Había leído mucho sobre este pueblo y con cada página le caía una lágrima. Durante muchos años, la destrucción y la barbarie hicieron correr ríos de tinta. Los periódicos hablaban de historias tremendas en las que los protagonistas eran los muertos.

—Es inmenso el poder destructivo que tiene el hombre — dijo Amelie.

Quiero ir fuera del pueblo, donde murió Antoine —expresó Juliette embargada por la tristeza del recuerdo.

Durante veinte minutos fueron caminando hacia la base que utilizaron los alemanes como depósito de armas y que fue saboteada por Juliette. Según se iba acercando la mirada estaba perdida. Los ojos trémulos y llorosos, la voz entrecortada y a punto del desvanecimiento, pero se sobrepuso y terminó los últimos metros que la separaban de la alambrada. Tuvo que apoyarse en el brazo de su

hijo, que se daba cuenta de lo que estaba pasando. Se acordaba de todo. Era una película, la de su vida, que se estaba proyectando en este momento. Llegó con total seguridad al hueco de la alambrada. Aún estaba tal y como lo dejaron hacía treinta años. Por ese hueco entraron para poner las bombas y por ese hueco salieron. Nada más salir es cuando el alemán vio a Antoine y le ametralló. Juliette pasaba sus manos por el lugar de tierra donde cayó muerto. Acariciaba el sitio mientras en un triste monólogo iba desgranando la letanía de su muerte.

—Justo en este lugar murió tu padre —dijo Juliette entre sollozos señalando un hueco—. Han pasado treinta años y lo recuerdo como si fuera ayer. Estaba tendido, cubierto por un charco de sangre. El alemán se había retirado —continuó—. Le tomé el pulso. No latía. Pude cerrar sus ojos y le di un beso. El beso más profundo que se puede dar. El de la despedida a un cuerpo que aún estaba caliente. Unas manos me cogieron en el aire y me llevaron al coche que estaba a unos metros. Cerré los ojos. No me di cuenta de nada más. A los pocos minutos estábamos sentados en el tren camino de Hendaya. La operación terminó cumpliéndose. Antoine se quedó en el camino.

Se quedó unos minutos en silencio arrodillada en el lugar en el que cayó. Su hija y su prima guardaron un reverencial respeto rayano en el misticismo.

Era tan grande la emoción que tenía Juliette que cayó en un mutismo total que solo desapareció cuando su hijo se abrazó a ella. Amelie le dio otro abrazo y así terminó un recuerdo que tenía que aflorar un día. No podía estar en la profundidad del corazón sin salir a la superficie. Fue la mejor medicina. Dejar que aflorase todo lo que durante treinta años tuvo en los pliegues de su memoria. Rezó un Padre Nuestro. Regresaron en silencio al hotel. Anochecía. Se había levantado una suave brisa que acariciaba los cuerpos. Juliette no quiso mirar atrás. Allí le dejó y allí siempre estaría su recuerdo. No volvería al pueblo. Esa fue su despedida. Cuando murió no pudo hacerlo con la tranquilidad necesaria. Las circunstancias eran otras. Había vuelto para cumplir un deseo nunca olvidado. Ahora podría vivir con el recuerdo mitigado y morir habiendo cumplido la promesa de despedirle en silencio y en sosiego. ¡Y qué cosa mejor que hacerlo en presencia del hijo común! Pronto volverían a estar, de nuevo, juntos.

El regreso a París fue en silencio. Sus recuerdos les perseguirían el tiempo que vivieran. Era la contribución a la historia.

A los dos días ya en el avión con dirección a Boston, unas palabras que no fueron premonitorias martilleaban el cerebro de Juliette. «Cuando acabe todo esto, iremos muy lejos, tendremos una familia y viviremos en el campo y en paz. Daremos clase en una escuela y nos sentaremos, rodeados de niños, en el porche a la caída de la tarde.

Olvidaremos este infierno». De cumplirse, qué bonito hubiera sido. Cerró los ojos y se durmió. Ya no volvería a Europa. Había cumplido con un deseo abismado en su corazón durante treinta años. Por unos instantes salieron a la superficie, pero, de nuevo, se hundieron en sus evocaciones.

23

Año 1995

En una casa lóbrega, oscura, de escaleras desvencijadas y puertas combadas se reunían en una tarde de tormenta un grupo de delincuentes al servicio de Damián. Los truenos no paraban y la lluvia, que caía sin cesar, daba un tono tenebroso al ambiente. Desperdigados alrededor de una mesa, desencuadernada, rota por el paso del tiempo, sobre la que reposaba indolentemente una botella de whisky y unos vasos, discutían más que hablaban sobre los pasos a seguir. El humo del tabaco no dejaba traslucir los gestos de nerviosismo del jefe ante la impotencia de los acontecimientos. Estaban seguros que en algún lugar del paraje conocido como Ojos Guareña debía estar enterrado lo que ellos buscaban. Sin embargo, la pareja había descendido del lugar con las manos vacías. O bien la búsqueda fue infructuosa o bien quisieron dejarla para mejor ocasión sospechando que les seguían. Con ambas posibilidades no adelantaban nada por lo que lo único que les quedaba era que el escritor al día siguiente les diera el capítulo y con ello una pista para seguir. Aquí es donde debía entrar la astucia del jefe. Damián, hasta ahora, no había hecho grandes progresos a excepción de ganarse la confianza de Fernando. No era mucho, pero para empezar era algo. A partir de este momento tenía que llegar a cosas concretas. Para eso era el jefe y tenía que hacer honor a ese nombre.

La lluvia arreciaba fuertemente contra los cristales. A cada embate seguía un ruido ensordecedor que daba una nota de misterio solo sustituida con los tragos que, uno detrás de otro, amenizaban la reunión. Los rayos, de cuando en cuando, iluminaban fugazmente la escena que a los pocos segundos quedaba en penumbra, solo alumbrada por una triste bombilla que se balanceaba al ritmo de las circunstancias. El silencio se podía cortar con un cuchillo y de pronto la voz del jefe atronó en la habitación.

—¿Alguno de vosotros se le ocurre alguna idea mejor que la de pedirle la novela? —preguntó con cara de paciencia.

—Nosotros hemos hecho todo lo que nos has pedido. Hemos puesto los receptores en su casa y en el hotel, les hemos seguido, nos hicimos los encontradizos en el mesón y les explicamos la historia de Espinosa.

¿Qué más quieres que hagamos?

—Quiero una respuesta concreta. Qué pasa con los diarios, ¿dónde están? Y con lo que está enterrado, ¿qué hay de cierto? —señaló Damián ligeramente alterado.

—No te sulfures jefe —dijo el más avezado en la persecución. Había llevado el protagonismo hasta ahora.

—Quiero respuestas, ¿lo entendéis? Respuestas. Nada más.

—Las tendrás. Ya queda poco para ello.

—Tenía que tenerlas ya. Habéis puesto toda vuestra atención en los capítulos de la novela ¿y qué pasa si no aclaran nada? ¿Qué hacemos entonces? ¿A alguno se le ocurre una idea? Aunque sea pequeña pero que aporte luz a este galimatías en el que estamos desenvolviéndonos.

Un trueno ensordecedor atronó en la calle. A los pocos segundos un rayo partió el cielo y una tromba de viento y lluvia bajaba llevándose por medio todo lo que encontraba a su alcance. Alguien del grupo se atrevió a escanciar el alcohol en los vasos y con los nervios tiró uno de ellos. El ruido del cristal al romperse contra el suelo levantó las miradas hacia el jefe esperando que si ese era el rayo cómo sería el trueno.

—¿Y si entramos en su casa y les atracamos? —comentó uno de ellos, rompiendo la escena y su silencio. Hasta ahora había estado callado, pero no por eso menos atento.

—Eres un bestia. Todo lo arreglas a golpes. No creo que eso solucione nada. Lo mejor es esperar acontecimientos y ver cómo continua con la novela. A lo mejor nos da luz —arguyó Damián con más sentido práctico y con una voz atronadora.

Todos estaban atemorizados. Nadie se atrevía a levantar la vista de su vaso. Los cristales, esparcidos por el suelo, permanecían sin recoger. Cualquier movimiento sería perjudicial y ellos lo sabían. Lo mejor era esperar que escampara tanto fuera como dentro. Los paseos de Damián por la habitación eran lo único que rompía el entorno de silencio y quietud.

—Lo que está claro es que en casa de Isabel no había nada. En el trastero del piso superior tampoco. Lo revisamos a conciencia —señaló el comisario—, nunca he inspeccionado algo con tanta minuciosidad como en esta ocasión.

—La situación no es fácil. Si lo fuera ya la habríamos tenido en cuenta —cortó abruptamente Damián mientras encendía un cigarrillo.

Este fue el momento para que todos se animaran. Los cigarrillos dieron paso de una crispación a un ambiente distendido.

Era el jefe y era quien tenía que dar las directrices. Y ahora no se le ocurría nada. Era un mal ejemplo para el grupo. Ser su director y no marcar las líneas de trabajo era decepcionante. Hasta ahora lo había podido hacer, pero estaba en un momento en que las ideas no fluían y

había llegado a un punto en el que se levantaba un muro infranqueable. Había que encontrar la manera de sortear esta contrariedad. Dejó que el cigarrillo se consumiera lentamente. La habitación se llenó de humo. Era un momento crucial en la reunión. En esos momentos no era aconsejable hacer ningún comentario y dejar que fuera el jefe el que marcara la pauta a seguir sin hacer ninguna objeción. El silencio era total. Solo se oía el tintineo de las copas y el suave rumor del whisky al escanciarlo en ellas. Las miradas eran profundas, de preocupación, sin saber que era lo que tenían que hacer ahora. Damián volvió a encender lentamente otro pitillo, aspiró con fruición y expelió el humo con una parsimonia particular a la que su banda no estaba acostumbrada. Fue en ese momento cuando sin volverse a sentar se dirigió a ellos y les dijo:

—Esperaré a que mañana me entregue el capítulo a ver por dónde sale y a partir de ese momento tomaré una decisión.

Damián quería, a todas luces, ganar tiempo pues estar frente a su grupo sin dar órdenes no era lo mejor para un jefe. El que se hizo pasar por comisario era su lugarteniente y tampoco le ayudaba con las ideas. Estaba seguro de que Fernando tenía mucho que ocultar. Las conversaciones grabadas así lo atestiguaban y el viaje al norte de España lo demostraba claramente. No había lugar a dudas. Estaba claro que en la casa de Isabel no había nada. Tendría que repetir la misma inspección en la de Fernando.

Sus contactos en la judicatura: tenía una amiga secretaria de un juez y le procuraría un documento falso para que el comisario entrara en el piso con la excusa de encontrar una prueba en un asesinato que acababa de ocurrir el día anterior. Le sería fácil poder ver, a vuela pluma, si estaba el dinero y las joyas en algún lugar de la casa o en todo caso si veían el diario. De cualquier manera, se darían cuenta de la reacción de ellos ante esta investigación y cómo respondían. Si no ponían pegas es que en la casa no tenían nada y habría que dirigir los pasos en otra dirección.

—Salvador, tenemos que hablar. Ven a mi despacho —el que se hizo pasar por comisario se levantó como un resorte y le siguió hasta donde decía.

—Tú dirás.

—Mañana vienes a las ocho en punto aquí y te daré un documento que te facilitará la entrada en la casa de Fernando para que veas si hay algo sospechoso, dinero, joyas, diario. Cualquier cosa que te haga desconfiar. Utilizas la misma técnica que en la casa de Isabel. Estará sola ya que el tipo ese vendrá a verme para entregarme el capítulo. Nada más salir de mi despacho con el escrito te vas a su casa y esperas en la esquina a que te llame yo. Ese es el momento en que Fernando está en mi despacho y tú tienes la vía expedita. Te llevas al mismo de

la otra vez. Cuando salgas de la inspección te vienes directamente aquí no sin antes llamarme por teléfono para ver si ya se ha ido. ¿Está claro?

—Como el agua cristalina.

—Pues ya te puedes ir —cortó ásperamente.

Salvador salió de la habitación no sin antes echar una mirada en derredor. Todo lo tenía claro, pero dudaba del éxito de la operación. Para él existían muchos flancos débiles, que Damián no había sabido cerrarlos. O a lo mejor no podía. Esa era también otra posibilidad. Seguía pensando que el secuestro era la mejor solución.

24

Año 1995

Después de desayunar me dirigí a la editorial. Al salir no me percaté de que en la esquina de mi casa había dos figuras que me observaban detenidamente. Esperaban a que saliera para entrar con el documento falso que les facultaba a realizar la inspección. Esta maniobra les llevaría aproximadamente un par de horas, el tiempo que habían calculado para que recibieran la llamada de Damián con el mensaje de que debían de salir de la casa.

Era una mañana clara. La luz se reflejaba en el pavimento húmedo de la lluvia de la noche anterior. El ambiente era limpio y templado. Me apetecía dar un paseo. La distancia caminando a la editorial no era más de media hora. En un día tan importante, era una oportunidad dar este paseo que me iba a facilitar la posibilidad de reflexionar mientras completaba mi deambular en dirección a mi destino. La temperatura era agradable. Me crucé con varios paseantes en dirección a su trabajo, aunque algunos, se veía claramente, habían comenzado su paseo diario y no tenían como objetivo ir a su ocupación. Portaba una pequeña cartera con mi manuscrito. Ahora le iba entregando, poco a poco, distintos capítulos, pero al final tenía pensado darle la copia completa después de repasar concienzudamente lo que había escrito. Tenía, por costumbre, corregir y leer varias veces lo que escribía. Siempre encontraba una coma de más o de menos, una expresión que podía ser cambiada para mejorar la intensidad de lo que quería decir, una palabra que se repetía más de la cuenta. Siempre había cosas. Isabel me ayudaba con las correcciones y, de cuando en cuando, se detenía en una escena y la comentábamos juntos para dar una mayor claridad expositiva. Su objetivo era emocionar al lector. No quería que mis novelas fueran leídas por personas estáticas, sino, más bien, dinámicas. Que se confundieran con los personajes, que actuaran al mismo ritmo que el autor. De esta manera se imbuían totalmente de las diferentes esencias de la trama. Un buen lector era aquel que se identificara con lo que estaba leyendo. Para mí eso era lo más importante y lo único que podía estimularme a seguir escribiendo. Por eso, el capítulo que llevaba bajo el brazo transmitía entusiasmo, una cierta fogosidad

intelectual que era básica para mantener la llama del interés.

Estando en estas disquisiciones no me había percatado de que estaba en la puerta de la editorial. Había llegado en menos tiempo del previsto. Era un poco temprano por lo que decidí entrar en la cafetería, que estaba a unos pasos, y tomar un café. En mi casa había tomado solo uno y tenía por costumbre tomar varios en la mañana. Al cabo de unos quince minutos me decidí a subir a la oficina. Estaba algo nervioso pues no sabía cómo Damián iba a reaccionar con la lectura. Normalmente dejaba el capítulo encima de la mesa para leerlo después, cuando se hubiera ido del despacho. En esta ocasión no sabía lo que haría. Con cierta timidez, no exenta de miedo llamé al timbre y sorpresivamente fue el mismo Damián quien me abrió la puerta. Su cara presentaba una leve sonrisa. Quería ser amable, eso se notaba desde lejos. Sin embargo, su sonrisa era impostada. Se veía claramente que estaba forzando el gesto. No obstante, era otra persona la que me recibía, nada parecida a la de los días anteriores.

—Pasa y siéntate. La secretaria aún no ha llegado —dijo sin saludarme.

—Gracias —me atreví a contestar con un balbuceo temeroso.

—¿Te apetece un café? —la pregunta me extrañó por la amabilidad que traducía. Nunca había expresado algo parecido.

—No quiero molestar —estaba cohibido y no quería causar mala impresión.

—No molestas —cortó ásperamente la conversación—. Supongo que habrás hecho tu trabajo y traído el capítulo.

—Claro. Por eso vengo.

—Preparo el café y enseguida vengo.

Damián estaba cambiado. A mis ojos era otra persona, no demasiado amable, pero en su punto. Pude ver como salió del despacho y durante unos minutos, que se hicieron interminables, repasé todo lo que tenía que decirle, pues sin duda me haría preguntas sobre los datos de lo que le interesaba: el dinero. Era su única obsesión. La calidad de la novela no le importaba, aunque lo disimulaba con comentarios elogiosos.

Cuando entró me encontró mirando distraídamente su biblioteca, donde se arracimaban los libros en un completo desorden. Su mesa de trabajo era igual. Nada estaba dispuesto de una forma estética. Cada cuartilla estaba a su aire, alejada del resto, incomunicada. El cenicero lleno de colillas y una taza de café a medio terminar junto al bloc de notas, donde iba apuntando todo lo que se le ocurría. Un galimatías de despacho acorde con su cabeza que no paraba de establecer ideas y decisiones. Una personalidad arrolladora que amenazaba a todo el que se ponía ante su vista. Por eso, lo mejor era permanecer a una distancia prudencial y no llamar la atención.

—Supongo que habrás trabajado intensamente esta parte de la novela —soltó de sopetón y sin más preámbulos me dijo—: siéntate tranquilo, toma tu café que quiero leerlo delante de ti.

Era la primera vez que lo hacía. Tuve muchas entrevistas donde le entregaba partes de la novela y nunca hizo ademán de leerla en mi presencia. Me conminaba a dejarla en la mesa, y regresar por donde había venido. Es más, ni un solo café, palabra amable o mirada de afecto. «La entrevista de hoy era una excepción», pensaba mientras iba pasando las cuartillas lentamente.

Durante un buen rato se dedicó a leer lo que le había entregado y, de cuando en cuando, levantaba la mirada y la cruzaba con la mía y, sin decir nada, volvía a leer el capítulo. Fueron los momentos más interminables y que se hicieron eternos. Cuando acabó, dejó las páginas a un lado, tomó un cigarrillo y dio varias bocanadas antes de hablar.

—No me queda claro lo que quieres transmitir.

—¿A qué se refiere?

—A la parte en la que entran los delincuentes en la casa a buscar el dinero. Le falta fuerza.

—¿Y cómo lo redactaría usted? —me aventuré a contestar.

—No sé. Faltan datos. Qué encontraron. Cómo sospechaban que estaba en la casa. Todo está demasiado cogido con alfileres. Habría que concretar más.

—¿Quiere decirme que a la escena le falta concreción? Bueno me iré a casa y redactaré esta parte de nuevo. Se la traeré mañana, ¿le parece?

—Perfecto, pero no te pases del día de mañana. Ya llevamos mucho retraso. Necesito publicar algo este mes. Los otros escritores no han cumplido y me encuentro sin material —Damián mentía como si tal cosa.

—Como usted diga. Ya sabe que siempre seguí sus instrucciones.

—Mandatos, querrás decir —corrigió al instante.

Siempre era el mismo. No cambiaba. A pesar del café que me ofreció era idéntica persona la que se enfrentaba a mi mirada.

—En ese caso me despido.

Cuando estaba cerca de la puerta del despacho volví sobre mis pasos para recoger las cuartillas.

—Me las llevo para modificar la trama, de acuerdo a sus instrucciones.

—Hasta mañana sin falta —oí que decía cuando ya había traspasado el umbral de la puerta—. Y no se le olvide acudir al despacho. Estaré esperándole.

Al salir a la calle, inspiré una bocanada de aire puro, aire en libertad. Me sentía constreñido ante la presencia de este tipo. No

merecía darle un nombre. Estaba con empeño de llegar a casa cuanto antes. Tenía que comentar con Isabel la entrevista para ver qué es lo que me decía, y cuáles eran los próximos pasos a seguir. Por mi parte no tenía idea de lo que tenía que hacer. Me había pedido ligeros cambios en el capítulo. Simplemente los que eran necesarios para que él tuviera los datos correctos sobre el dinero. Y yo no sabía cómo tenía que hacerlos sin cumplir el mandato ni contravenir el objetivo planteado por nosotros. No podíamos darle más datos, pues cualquier aclaración complementaria era lesiva para nuestros intereses.

Isabel me abrió la puerta con cara inquisitiva. Llevaba la pregunta en los labios. Tenía verdadera prisa por hacerla, pero esperó a que me sentara en el sofá y descansara unos instantes. Había venido rápidamente. Recorrí la distancia que separaba la editorial de mi casa apenas sin descansar. Subí las escaleras de dos en dos y cuando encontré la puerta de mi piso expedita, sin apenas saludarla, me dirigí al salón para echarme desfallecido. Cuando pasaron varios minutos se hizo la pregunta obligada.

—¿Qué ha pasado? ¿Es que viniste corriendo? Parecía que te perseguían.

—Tenía ganas de volver y contarte, pero ahora déjame que respire un poco.

—El tiempo que quieras. No hay prisa.

Había empezado a llover. Durante mi camino era una simple llovizna, pero ahora arreciaba intensamente. Me levanté y miré por el balcón. No había paseantes y los pocos que había o estaban refugiados en los portales o habían tenido la precaución de llevar consigo el paraguas. Apenas eran instrumentos útiles pues el viento los abría y cerraba acompasadamente.

—Prepárame un café y te cuento —le dije mientras miraba con descuido a través de los cristales.

—Lo tenía preparado pues sabía que me lo ibas a pedir. Enseguida te lo traigo.

—No sé cómo empezar para que te hagas una idea exacta de la entrevista.

—Pues cuenta tal y como pasó.

Le describí todo, desde el momento en que salí de casa hasta que abandoné la editorial. No interrumpió mi relato en ningún momento. En su cara se reflejaba la ansiedad de lo que iba desgranando. Su mirada era de auténtico interés al tiempo que de preocupación. Cuando acabé solo se atrevió a preguntar:

—¿Y ahora qué?

—No sabía que contestar. Medité unos instantes mientras tomaba el café que no había probado hasta este momento, sumido en la inquietud del momento. Estaba frío. No comenté nada. Un detalle sin

importancia ante el problema que teníamos ante nosotros. Miré a través de los cristales de la ventana. Afuera, en la calle, todo normal al tiempo que nosotros tratábamos de encontrar una luz en el túnel, un camino a seguir. No teníamos ni idea de lo que era necesario para mantener la tensión de la trama, pero algo había que hacer.

—¿Qué propones que hagamos ahora? —La voz de Isabel interrumpió mis cavilaciones.

—Dime tú —trataba de ganar tiempo por ver si se me ocurría alguna idea.

—Pues como no se te ocurra a ti que eres el escritor, ya me dirás a mí que soy lectora.

—A veces los autores necesitamos ideas de nuestro público. Y aquí podías entrar tú.

—Echando balones fuera eres un portento —me dijo con una media sonrisa.

Isabel no sabía cómo empezar para contarle que se había presentado un comisario y su ayudante en la casa para inspeccionar no sé qué cosa en relación con un asesinato, según le dijeron.

—Lo más curioso es que era la misma pareja de policías que estuvieron en su casa hacía dos días. El comisario parece que les está siguiendo, pero no dijo el porqué.

—¿Se llevaron algo? —inquirí con extrañeza.

—Nada. Estuvieron una hora revisando todo. Entraron al poco tiempo que te fuiste. Parecía que estaban esperando a que yo estuviera sola en la casa. No lo sé. Esa es la impresión que me dio.

—¿Dijeron algo? ¿Dieron alguna explicación?

—Nada de nada. Entraron. Revolvieron y se fueron tal y como entraron. Eso sí, todo con educación. Sin levantar la voz.

—Bueno sería que encima hubieran gritado. Cada vez estoy más seguro de que estaban mandados por Damián. Es mucha casualidad que entrasen nada más salir yo.

—Sí, parecía que habían estado esperando —señaló Isabel con gran acierto.

—No tiene otra explicación.

—A partir de ahora tendremos que estar con los ojos bien abiertos. Pueden surgir en cualquier momento y tenemos que estar preparados para entonces.

—Bueno no nos desviemos de lo más importante: la novela.

—Importante es todo. En especial que entren en mi casa, que me atemoricen, que violen mi intimidad —cortó Isabel un punto molesta, por no haber dado importancia a la entrada de los compinches.

—No te enfades. Quiero decir que la entrada intempestiva ya ha sucedido y ahora tenemos por delante los pasos a seguir.

—Por supuesto, pero no olvides que la que estaba en la casa cuando

entraron era yo y estaba sola. Fue muy desagradable, aunque en todo momento, debo decirlo, estuvieron correctos —expuso Isabel, algo más calmada.

—Se me ocurre que ya que no ha funcionado, en el capítulo que le di, lo de que los delincuentes entraron en nuestra casa, podíamos desarrollar otra táctica —manifesté viendo que el episodio de la inspección de la casa había cicatrizado.

—¿Cuál? —preguntó Isabel ciertamente confundida.

No podía sospechar ninguna solución factible ni teoría para desarrollar en el momento crucial en el que estaba. Todo se le hacía una montaña. Unas ideas venían y otras iban sin quedarse ninguna. Tomé un cigarrillo con la esperanza de que el tabaco abriera mi imaginación y pudiera dar una respuesta adecuada. La certidumbre era una de las cualidades que más me gustaba de Isabel, pero a veces, me llevaba a la exasperación por no poderla satisfacer en sus preguntas.

—Hemos intentado traerle a nuestro campo y no ha funcionado. Ahora te propongo que vayamos nosotros al suyo.

—¿Podías ser algo más concreto? —preguntó con un punto de ironía no exento de curiosidad.

—Muy sencillo. Le hemos dado diferentes versiones del capítulo de la novela más importante para él y parece que no hemos dado en el clavo. Ahora solo queda ponerle un señuelo determinado para que caiga en él.

—¿Y a qué te refieres exactamente? —Isabel estaba extrañada de mi planteamiento.

—Pues a algo que verdaderamente le llame la atención.

—¿Como qué?

—Los ladrones se llevaron una alhaja que estaba encima de la mesa, pero con las prisas se cayó al suelo.

—¿Y?

—Pues que aparezco yo con el capítulo modificado y la alhaja en la mano y se la doy. Eso le va a desconcertar y veremos cómo reacciona. Pondremos a prueba su avaricia y su inteligencia. De su manera de responder podremos sacar muchas conclusiones.

—¿Y qué alhaja le darás? —inquirió Isabel ciertamente estupefacta por la solución.

—Alguna de las tuyas que parezca antigua y sea muy recargada como las que había antes en el Perú.

—En este caso estás confundiendo la realidad con la ficción de la novela.

—En efecto. De eso se trata. Envolverle, desorientarle y que no sepa qué es lo que está pasando.

—Parece una buena idea. ¿Crees que funcionará?

—No estoy muy seguro, pero no se me ocurre otra cosa. Al menos a mí.

—A mí tampoco. Eso es lo que tenemos, así que manos a la obra, buscaré algo en mi joyero. Hay algunas alhajas de mi bisabuela que pueden cumplir con los criterios que me has dicho.

—Haré unos pequeños cambios en el texto, simplemente estéticos, y lo llevaré, de nuevo, con la pulsera. Le diré que la dejaron en la mesa junto a la máquina de escribir. Lo fundamental será ver la reacción que tiene cuando se la dé.

—Eso puede ser definitivo. Fíjate bien en su cara. Sobre todo, en sus ojos; la mirada dice mucho en estos momentos —señaló Isabel atenta a todo lo que decía—, y ahora siéntate y ponte a retocar el manuscrito.

El día pasó rápido. Trataba de escribir las mejores reacciones de los personajes de mí novela. No quería que nada se me escapase. Cualquier pequeño detalle era básico para el éxito de la operación. No pretendía dejar nada al albur. Era el último cartucho. Si no funcionaba tendríamos, por fuerza que adoptar soluciones más drásticas y esto se me hacía más difícil. Pondría en peligro nuestras vidas, y en especial la de Isabel. En ese caso, quizás tendríamos que salir de la ciudad. Irnos lejos y olvidar, de momento, el tesoro escondido en la encina sagrada. Volveríamos, pasado un tiempo prudencial, a recogerlo, pero ahora no era la ocasión. Una decisión que estará en conjunción con la entrevista de mañana. La noche vino en silencio. Nada presagiaba la situación tan sórdida en la que me encontraba. Un tiempo con muchos interrogantes, dudas, vacilaciones que no presagiaban una solución en el próximo tiempo. Habrá que esperar una coyuntura favorable. Ahora era mejor poner tierra de por medio.

Al día siguiente madrugué, pues estaba nervioso. Antes de salir y mientras tomaba el café dije a Isabel:

—No abras la puerta a nadie, aunque vengan con un mandato judicial. Ya has visto que es muy raro lo que está pasando. En tu casa y en la mía hemos tenido registros, ¿no te parece extraño?

Le dejé en la editorial el manuscrito y la alhaja. Mientras le explicaba la aparición de la misma en la mesa de mi despacho, trataba de estudiar su mirada, su reacción ante lo que le decía. No hizo ningún comentario. Simplemente me dijo que tendría noticias suyas.

Regresé a casa imbuido de un temor cerval. No se había creído nada de lo que le dije. El tesoro seguía bajo la encina y teníamos que poner tierra de por medio. Nuestra vida estaba en peligro. Recogimos los diarios y el mapa de casa de la amiga de Isabel y fuimos al aeropuerto rumbo a Estados Unidos.

No sabíamos cuando regresaríamos, pero lo cierto era que teníamos que poner a salvo nuestras vidas.

25

Siglo XXI

Miro el jardín sin pensar en nada. El cielo está gris. Parece que va a llover. La residencia a la que me han traído mis hijos es muy agradable. Es limpia y no me falta de nada. Está situada… no recuerdo casi nada. Ellos hablaban del Upper West Side, pero no estoy muy segura. Mis evocaciones son muy confusas. Un coche que atraviesa una verja, un camino lleno de hojas del otoño. Dicen que este año el frío llegará más tarde. Un frenazo en seco delante de una gran puerta con unas escaleras que dan acceso al edificio. Subo con cierta dificultad ayudada por mi hijo y una enfermera, uno a cada lado. Mi nuera supervisa la operación de una forma fría y calculada. En el dintel nos espera la directora, que es muy amable y se deshace en elogios hacia nosotros. Entramos en su despacho situado en la planta baja. Una gran mesa de caoba ocupa gran parte del espacio. Siempre me habían gustado este tipo de mesas. Hay dos ventanas, una a cada lado de la mesa. Sobre ella gran cantidad de papeles. Al fondo una biblioteca repleta de libros y manuscritos. La oficina es espaciosa y muy luminosa. Claro a esa hora del día, habrá que ver cuando llegue el invierno. Aunque me parece que ya he pasado alguno aquí. He perdido la cuenta. Recuerdo la nieve como caía y chocaba contra los cristales de mi ventana. Este repiqueteo era como una música rítmica y, en cierto modo, estridente.

La directora nos dice que aquí me encontraré muy bien atendida, que enseguida tendré amigas, que mis hijos podrán venir a verme siempre que lo deseen. En fin, que todo son facilidades. Los asistentes a la reunión callan, asienten a todo. Mi hijo saca la chequera y extiende un talón. Todo en un pulcro silencio, en un intercambio sutil. Una transacción apropiada y rentable. Enfocada sobre la base no de los números sino de la tranquilidad que proporciona.

Aún resuena en mis oídos su pregunta: «¿Puede cubrir esto los primeros tres meses?». Parece que no quieren pagar más por mi estancia, no sea que no dure tanto y hagan un mal negocio. ¿Tan mal estoy? Yo me encuentro bien, pero los médicos cuando me exploran ponen mala cara o a lo mejor es la que tienen. Siempre me queda la misma duda. Dos enfermeras, que asistían en silencio a la reunión, se

hacen cargo de mi persona. Me llevan por un corredor muy largo al que se abren muchas puertas. Mis hijos intentan acompañarme, pero les dicen que es mejor que vaya sola y entre en mi habitación por mí misma en solitario. Dentro de media hora, cuando me acomode, dice la directora, podrán entrar a ver el cuarto y a despedirse. «Les gustará la decoración. Todo muy sencillo pero funcional. Ahora tendríamos que hablar los tres», dice de una manera muy precisa y perentoria.

Seguía mirando por los cristales de la única ventana que tenía mi habitación. Comenzaba una suave lluvia. Habían pasado los meses y para mí era como el día que acababa de llegar. Me había convertido en una mujer fabricada de silencios. Alguien que tosía toda su vejez por la única habitación que conocía a fondo. Algunos de los residentes, que eran mis compañeros, regresaban con cierta premura pues el cielo amenazaba con un torrente de agua. Ahora lo tenía algo más claro.

Me acuerdo de que unas voces en el pasillo me anunciaban que mis hijos venían a dar el visto bueno a mi cuarto y a despedirse. No era nada del otro mundo. Una bonita cama, una mesilla de noche, un armario para mis pocos trajes. Me dijeron que no iba a utilizar muchos así que me pusieron tres diferentes. Tomaban las decisiones por mí. Yo no tenía nada que decir. Veía pasar el mundo a mi lado, pero no podía dar opiniones. Eso lo dejaban para otros. No tenía personalidad. Era un trozo de persona que iba de un lado a otro sin decidir nada. Había también un mueble cajonero y dos sillones, así como una lámpara de pie por si quería leer. Hacía tiempo que no leía. Desde que Fernando se marchó. Han sido tantos años los que hemos compartido la vida que todo me parece una nebulosa. Antes leía sus escritos, sus novelas, sus participaciones en los periódicos. No sé si fue verdad o una fantasía aquella historia de un diario que nos indicaba la existencia de un tesoro. Fuimos juntos a un jardín del centro de Madrid. ¡Qué lejos queda todo! Repaso en mi cabeza unos parterres, una fuente en el centro, un mapa y al día siguiente fuimos al norte. ¿Es verdad todo esto? En un altar había unas notas que indicaban una encina sagrada. No puedo recordar más de lo que pasó. Fernando escribía una novela y de pronto salimos de viaje. Algo muy rápido y casi sin preparar. Lo dejamos todo. No tuvimos tiempo de ordenar nada. Pensábamos que era un viaje por unos meses y la realidad fue que llevamos aquí más de cincuenta y cinco años. No lo sé exactamente. He perdido la cuenta, pero por lo que comentan los que hablan conmigo debe ser la cifra aproximada. Un avión, este país tan distinto, un trabajo, una casita pequeña en Brooklyn y un hijo. Era un médico famoso. Su consulta estaba llena de personas con dinero que tenían la posibilidad de pagar sus altos honorarios. Su mujer alta ejecutiva de una empresa de Wall Street. ¿Así se dice? Nos costó mucho tiempo acomodarnos,

pero poco a poco, pudimos subsistir y dar carrera a nuestro único hijo. Una eminencia. Vivía en la mejor zona de Manhattan. ¿Estuve unos meses con ellos? Creo que sí, pero no lo recuerdo bien. Su mujer parecía que siempre ponía pegas a mi presencia. Les oía disputar y siempre era yo la que estaba en el centro de las discusiones. Un buen día, ella se presentó con unos catálogos de la residencia y me los enseñó. «Aquí vas a estar muy bien, ya lo verás». Mi hijo, al principio no quería, pero poco a poco se fue convenciendo de que esta era la mejor solución. Los folletos explicativos del lugar estuvieron durante mucho tiempo encima de la mesa del despacho de mi hijo. No quería tomar una decisión apresurada, pero cada vez que los veía, me miraba con cara de pena y volvía la vista a otro lado para ocultar una lágrima que le rodaba por la mejilla. ¿Se creía que no lo notaba?

Oigo unas voces acompañadas de unos pasos que se detienen en el umbral de la habitación. Eso lo recuerdo perfectamente. Vienen a ver el cuarto y a despedirse. Pero esto ya lo había pensado antes. Mis recuerdos se agolpan y confunden. No logro precisar el momento en el que me encuentro.

—Aquí estarás muy bien, mamá. Ya lo verás —repitieron al unísono ambos.

Sus voces resuenan en mis oídos. Me sonaban vacías, pero era mi hijo, no lo podía evitar. Conocía sus inflexiones, sus distintos matices. Desde pequeño le cuidamos. Primero Fernando y yo. Le llevábamos al colegio, al parque, al cine. Siempre con los dos. Cuando ya era médico famoso solo yo. Fernando se fue. No lo sé…

—No os preocupéis por mí. Estaré bien a donde quiera que me llevéis —me adelanté a sus pensamientos.

—Si hubiera visto papá esta habitación le hubiera encantado. Mira el jardín. Estás rodeada de otras personas de tu misma cultura y formación.

—¿Dónde está ahora? —pregunté sin tener demasiada confianza en la respuesta.

Hubo un silencio espeso. Nadie contestó. Quizás era una pregunta inapropiada. Nadie me lo dijo. Opté por no repetirla. Más adelante alguien me contestaría.

Seguía mirando por la ventana. En el jardín ya no había nadie. La lluvia les echó del paseo. Un gran montón de hojas se acumulaban en un rincón. El jardinero las estaba limpiando cuando comenzó la lluvia y tuvo que retirarse. Los enfermeros iban de un lado a otro, instando a todos los residentes para que se pusieran a cobijo. Más tarde saldrían de nuevo. Había que esperar a que escampase.

Les miré en silencio. Nadie se atrevía a romper esta calma sepulcral. Se oía el ruido de una mosca que iba de cristal en cristal, de objeto en objeto.

—Bueno mamá, nos tenemos que ir. Los niños están solos en casa y tenemos que recoger a la pequeña del colegio —dijo mi hijo con una voz entrecortada que presagiaba dolor. Fue un mal trago que no se lo recomiendo a nadie.

Tenían prisa. No querían alargar este momento crucial en que se cortaba, por segunda vez, el cordón umbilical de dos vidas, la de mi hijo y la mía. No era un buen momento en que alargarlo significara alegría. Había que cortarlo cuanto antes. Lo que tenía que llegar que llegase lo antes posible. El dolor pronto se olvidaría, pensaba al menos para él; yo lo tendría toda la vida.

¿Niños? Sí. Varios nietos. Creo que eran tres o cuatro no lo recuerdo bien. Al principio los llevaban a casa. Fernando disfrutaba mucho con ellos, pero un buen día, todo acabó. Fernando se fue y a mí me dijeron que no podía estar sola en la casa y que debería ir a vivir con ellos. Fueron pocos meses. Enseguida su mujer tomó parte en el asunto y dijo que yo no podía vivir todo el tiempo allí. Tenían viajes, las vacaciones, trabajo y ¿qué es lo que deberían hacer conmigo? Además, daban cenas en casa y yo era… No podían tener esa responsabilidad. Estaban mucho tiempo fuera de casa y el servicio no estaba preparado para mi cuidado. Era un contratiempo. Tenían que buscar un lugar conveniente donde se ocuparan de mí. Una residencia que tuviera personas con capacidad de hacerse cargo, de cuidarme, darme las medicinas, sacarme de paseo. Ahora siempre que ella hablaba de mí decía que era un contratiempo. ¿Sería que en ese país a los extraños les llamaban contratiempos? Estuve casi sesenta años y esta parte no la aprendí. Tantas cosas en la vida no comprendí, que hoy, a mi edad ¿ochenta años? ¿Ochenta y cinco? ¿Noventa? No lo sé a ciencia cierta. Me parece que, si volviera a aquel Madrid de los años 1995, actuaría de otra manera. ¿Qué fue de mi casa familiar? ¿Y de la de Fernando? Un día me dijo mi hijo que hace muchos años se hizo cargo. Un notario parece que le ayudó. Se trajo todos los libros. Hoy adornan su biblioteca. Una gran habitación, con una biblioteca de nogal, donde duerme toda la historia de mi familia y de la de Fernando. Nuestros bisabuelos dieron vida a esos libros y ahora descansan en un bonito piso de Manhattan. ¡Qué pensarían ahora! No lo puedo imaginar. Allí encontramos los diarios que dieron comienzo a nuestra relación. Recuerdo cuando en la calle, al paso de Fernando, arrojé unos papeles, tratando de llamar su atención. Me acuerdo de casi todo, aunque en una nebulosa, un tenue velo que cubre mis evocaciones se extiende por la habitación. ¿Qué pasaría con el editor? Damián, creo que se llamaba. Mi hijo me dio, hace muchos años, un recorte de periódico donde se hablaba de la detención de un grupo de personas relacionadas con una editorial. El jefe se llamaba igual que con el que hablaba Fernando cuando quería vender su novela. ¿Sería el mismo?

Recuerdo cómo mi hijo se agachó y me dio un beso en la mejilla al tiempo que sus ojos contenían las lágrimas. Yo no pude llorar. No me quedaban lágrimas desde el momento en que Fernando se fue. Mi nuera hizo como si me diera un beso que se perdió en el aire. No llegó a su destino. Es ese beso que se da sin deseo de que llegue a su objetivo.

—Si necesitas algo no dudes en llamarme. En la recepción tienen mi teléfono privado.

—No te preocupes. Estoy muy bien —contesté de una manera automática. No quería que se fuera preocupado. Tenía que poner una cara alegre.

—Vendremos el fin de semana a verte —dijo con una voz vacilante y rápida.

—Si no podéis no os inquietéis. Me van a tratar muy bien. En Navidad iré a vuestra casa. Los niños ya serán muy altos para entonces —por nada del mundo quería verle sufrir. Quise poner una cara alegre.

Mi hijo no podía hablar. Eso lo recuerdo muy bien, pues sacó un pañuelo y se limpió los ojos. Era muy dura para él la decisión que había tomado, pero no era responsable. Fue su mujer la que decía que yo era un contratiempo en su vida. Otra vez daba vueltas en mi cabeza la palabra. Tenía que preguntar a la enfermera qué significaba ese término. De nuevo volvía a oír los pasos en dirección contraria. Se alejaban del cuarto.

Ya no llovía. Los residentes volvían a salir al jardín acompañados, esta vez por los enfermeros que les indicaban dónde había charcos de agua. No era conveniente que se resfriaran. Entró una enfermera para preguntarme si necesitaba algo. Dije que no, que me pusiera la televisión. Vería algún programa que me distrajera.

En mi cabeza aparecía machaconamente la pregunta de los inviernos que llevaba allí. Creo que habían pasado cuatro nieves. Mi hijo venía, regularmente al principio. Más tarde fue espaciando las visitas y últimamente venía cada tres meses con el talón a hacer efectivo el pago de la residencia. Siempre pagaba por adelantado. Era un buen precio, pero esto no era un problema para mi hijo. Al menos eso es lo que me repetía cada vez que le veía. En Navidades teníamos en su casa la comida de la familia. Algún año también me llevaron el día de Acción de Gracias, el *Thanksgiving Day*, lo llamaban allí. Casi todos los residentes salían con sus familias. Solo algunos que no las tenían pasaban el día medio adormilados, esperando que alguien les dijera algo. Los niños me decían algo que no comprendía demasiado. Estaban siempre con unas máquinas infernales mandando mensajes y hablando por ellas. Se veía a otras personas que hablaban desde otros lugares. Todo muy confuso. No estaba preparada para este tipo de

cosas. Estados Unidos me dio una historia y otro pasado, pero yo no podía olvidar el que un día tuve, en el que nací y pasé mi juventud, con mi familia y amigos. A Fernando le dio el éxito literario y el reconocimiento del público. Mi vida en este país, por el contrario, estuvo vestida de silencios y marcada de renuncias. Parecía que habían pasado dos ayeres de tiempo y, sin embargo, llevaba muchas décadas tratando de olvidar y de empezar de nuevo. El recuerdo, sin embargo, persistía.

> Aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello que en mi juventud me deslumbraba. Aunque nada pueda hacer volver la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores no debemos afligirnos, porque la belleza siempre subsiste en el recuerdo.

Ese poema de Wordsworth que Fernando me recitaba cuando me veía triste y deprimida y, ahora, me venía a la memoria, como un bálsamo suave para las heridas de mis nostalgias, de mis tristes evocaciones de un pasado que sabía, a ciencia cierta, que no volvería. Tuve muy buenos momentos cuando acompañaba a Fernando a las conferencias y presentaciones de su novela, cuando nació nuestro hijo y cuando le acompañamos a la universidad para que iniciara la carrera de Medicina. Ahora solo quedaba desolación y una habitación que miraba tristemente al jardín, a la caída de las hojas en el otoño, de la nieve en el invierno y del ropaje de flores en la primavera. De vez en cuando me caía en los socavones de la memoria, pero me levantaba rápido para ver, de nuevo, florecer la vida a mi alrededor. Allí, donde nunca habitaría el olvido pues estaba mi recuerdo rebosante de historias, experiencias y evocaciones. Había espejeado mi vida tantas veces que dudaba que toda ella fuera verdad, pero aun así seguía con la ilusión de que mi hijo y mis nietos vinieran a verme.

Me quedé dormida. En mis sueños leía un diario con distintas notas del siglo XVIII. También veía, entre nebulosas y duermevelas, a Fernando que iba y venía a una editorial, donde un director llamado Damián le presionaba para que le diera una información. Nos mandó unos delincuentes que entraron en nuestra casa y nos amenazaron. Tuvimos que salir rápidamente. Me desperté sobresaltada. Estaba llena de aquella España que se me antojaba tan lejos en el espacio y en el tiempo.

Eran casi las ocho de la tarde y la enfermera me invitó a seguirla para ir al comedor. Allí estaban otros residentes, de ambos sexos. Me colocó en una mesa con cinco personas más. Eran mesas de seis personas. De ellos dos eran americanos de origen y el resto éramos hispanos. Uno de Puerto Rico, otro de Perú, el tercero de Guatemala y yo que creo que era de España. En mi memoria había importantes lagunas que no había podido remediar. ¿Dónde se habrá metido

Fernando que no viene a cenar? No le han puesto una silla, pero no le voy a esperar. Espesaba su recuerdo en mi memoria. Empezaré a comer y él vendrá cuando pueda. Luego me dirá que tiene hambre.

26

Siglo XXI

En una primavera adelantada, ya llevaba un tiempo en esta mi nueva casa, estaba mirando por la ventana que se había convertido en mi pasatiempo favorito, cuando una limusina se paró frente a la puerta principal. Un chófer totalmente uniformado, de la cabeza a los pies, se bajó y abrió la puerta. Salió mi hijo solo. No iba a acompañado. Me llamó la atención el respetuoso saludo que le hizo al abrirle la puerta del coche. La mujer, pensé, se quedaría descansando en la casa. O a lo mejor se había ido de compras con las amigas. Cualquier posibilidad podía ser posible. Últimamente, según comentarios de las revistas del corazón, era lo que hacía más a menudo. Según había oído la mujer no le acompañaba casi nunca. Las publicaciones hablaban de cierta divergencia en sus vidas. Parece que cada uno hacía su vida sin contar con la del otro. Incompatibilidad de caracteres, añadían. Mis compañeras de residencia me trajeron varios reportajes que hablaban de ellos, de su vida anterior y de su vida actual, de sus discrepancias frecuentes, algunas en público, lo que había dado lugar a ciertos comentarios negativos en los semanarios del corazón. Sentía pena por mi hijo, pero yo no podía hacer nada. Estaba presa en esta jaula de oro, donde no me faltaba nada, excepto la libertad. Vivía muy lejos. No sabría llegar sola. Y aunque llegara a su casa no sabría qué debería hacer. Era tan mayor que había perdido el control de los acontecimientos. Cuando era joven sabía cómo hacer frente a ellos, pero ahora lo tenía todo en una nebulosa… Era difícil seguir el devenir de los eventos que marcaban la vida. Ante un hecho puntual, hace años lo solucionaba fácilmente e incluso Fernando se maravillaba de cómo había dado respuesta a un problema preciso, pero ahora… ahora todo es más complicado, más espeso, más duro de comprender. Los viejos somos más sensibles, más débiles. La fuerza ha desaparecido con los años. Yo me encuentro bien de salud, pero la anemia que dicen los médicos que tengo, me debilita y hace que sea más lenta en mis pensamientos. Son muchos años… He pasado mucho en la vida, primero con Fernando tratando de descubrir una historia… no recuerdo mucho en este momento, pero me parece que era algo que estaba enterrado en un lugar extraño, en una ermita.

Recuerdo cuando paseaba con Fernando por las calles de Madrid, ya hace muchos años y me decía que quería escribir la novela de su vida. El editor le engañó. Quiso robarnos y quizás algo peor. Tuvimos que salir con lo puesto. Afortunadamente yo tenía dinero de mis bisabuelos y de esta manera empezamos una nueva vida en este país. Al principio no fue nada fácil. Fernando trabajó como profesor de español en una escuela y yo corregía, en casa, textos de libros también en español. Era lo que sabíamos. Aprendimos inglés. A veces nos costaba alguna expresión, pero nuestra vida cotidiana en este idioma era perfecta. Todo cuesta al principio. Después fue más sencillo. Nació nuestro hijo. Estudió Medicina. Fue un buen estudiante. Triunfó con sus pacientes. Eran los mejores de todo Nueva York, los más pudientes, de un nivel económico alto. Era el médico de moda. Ganaba mucho dinero. Su apartamento de la calle 66, muy cerca de Central Park, estaba lleno de piezas de arte y muebles de alta gama. Su nivel de vida era muy alto. A mí me gustaba cuando salíamos de la casa y el portero se descubría a modo de saludo. Era muy elegante todo. Sin embargo, lo viví poco ya que enseguida me trajeron a este lugar. Parece que enseguida me transformé en un estorbo. Un jarrón chino que nadie sabe dónde poner.

Un día de otoño, Fernando se fue. Nunca le volví a ver. Ignoro si volverá. Mi hijo me llevó a vivir a su casa, donde estuve unos meses, pero su mujer hablaba de mí como su contratiempo por lo que decidieron que viniera a esta residencia de lujo y aquí estoy, rodeada de amigas. Dicen que a esta residencia vienen personas con dinero, supongo que también vienen con contratiempo. No lo sé, pero la verdad es que me encuentro muy bien atendida. Soy feliz, dentro de las circunstancias, aunque Fernando no viene a verme. Y eso me entristece. No sé cuál es la razón para que no me visite. Le necesito tanto…

Mi hijo subió las escaleras a un buen paso y se dirigió al despacho de la directora. Me imagino que fue para el cheque de los tres meses. Nunca se le olvidaba. Unos pasos en el corredor me indicaron que iba a entrar de un momento a otro. En efecto, al cabo de unos segundos, su figura se dibujó en el umbral de la puerta. Había engordado desde la última vez que le vi. Algunas arrugas surcaban su cara. Su pelo era más blanco. Las canas le avejentaban, pero seguía teniendo la misma figura de siempre. Me pareció ver entrar a Fernando, con aquel porte que le daba un aspecto marcial. Caminaba derecho y hablaba directo. Sin ambages. Igual que su padre.

—¿Cómo te encuentras? —me soltó de sopetón, mientras me daba un beso.

—Muy bien. Estoy muy bien —dije sin demasiada certidumbre.

—Me alegro mucho. Te echo de menos —me dijo en un instante de

sinceridad.

—Tú en cambio has engordado y tienes el pelo más blanco, ¿qué te pasa?

—Nada mamá, los problemas de la vida. —Miró para otro lado. No quería que le viera llorar.

—Hay algo importante que te está afectando. Te conozco como…

—Como si fuera hijo tuyo —contestó con un punto de sonrisa no exenta de sorna.

Quería aparentar normalidad, pero a mí no me engañaba. Era su madre y le conocía bien. Le llevaba al colegio, le recogía todos los días. Le enseñé español y le corregía los deberes hasta un momento en que me sentía incapaz de continuar con ese cometido. Eran difíciles y tuvimos que ponerle un profesor particular. Los estudios me superaban. Al final conseguimos que fuera un gran médico. Su padre estaba muy orgulloso de él.

—Me voy a separar —me soltó de golpe.

—Lo suponía. Hace mucho tiempo que tu mujer no viene a verme —contesté de una manera imprecisa.

—Hace semanas que estamos preparando los papeles del divorcio. Intentamos darnos un tiempo, pero la cosa no funcionó. Estuvimos dos meses viviendo separados. Yo me fui a un apartamento que alquilé. Cuando regresé a casa no duramos más de una semana. Al cabo de la cual me dijo que su decisión era definitiva y no había marcha atrás.

Me quedé pensativa unos segundos. Aunque me lo imaginaba, era una noticia fuerte para la que no estaba preparada.

—¿Y qué va a pasar con los hijos? —pregunté con miedo a la respuesta.

—Ya son mayores. Lo entenderán y se acostumbrarán a la nueva situación. Son muy jóvenes y a estas edades la cicatrización de las heridas es rápida. Pasarán unos días con ella y otros conmigo. En eso estamos de acuerdo. En lo del dinero también. No vamos a discutir por nada. Trataremos que sea una separación civilizada; es lo que se lleva ahora. —Terminó de hablar y en su cara se veía el dolor que le producían estas palabras.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Seguía hablando.

—Con el tiempo yo regresaré a mi casa pues allí tengo la biblioteca y los libros. A ella le compraré un apartamento donde quiera vivir. Dice que Miami es una buena opción. Hace buen tiempo. Lo estudiaremos, no queremos precipitarnos en la decisión que tomemos —explicaba de manera automática tratando que le comprendiera.

Aprovechó para quitarse un suave gabán, propio de la primavera neoyorkina. Lo dejó, con sumo cuidado, en la silla junto a mí. Desde pequeño era, siempre, muy cuidadoso con las prendas, muy aplicado y diligente en sus estudios. Muy ordenado en su vida. Llamaba la

atención en el colegio. Entrar en su cuarto era un espectáculo. La mesa de trabajo estaba cuidada, los juguetes muy bien colocados, los trajes en su percha. Todo muy metódico y sistemático. Ya de mayor, también era así en su quehacer. Se esmeraba en hacerlo todo muy bien y eso le había dado una cierta fama entre sus pacientes. En la mañana acudía puntual al hospital. En la tarde a la consulta que tenía en uno de los mejores lugares de la ciudad. Sobre las ocho de la tarde llegaba a casa. Veía a los niños y si se terciaba salía a cenar dos o tres veces a la semana. El fin de semana estudiaba en el despacho de la casa y llevaba a los niños a practicar algún deporte o al cine. Después cenaban todos fuera de la casa, en algún lugar de moda. Todo muy correcto, muy exacto, muy americano. En las vacaciones iban a algún parque nacional donde alquilaban una cabaña y hacían deporte de montaña. Paseaban, pescaban y hablaban. Todo lo que no había podido hacer durante el invierno: hablar con los hijos.

Cuántas veces, cuando era pequeño, he paseado con él por Central Park. Le llevábamos Fernando y yo. Caminábamos por las praderas, los lagos artificiales, las cascadas y hasta un parque zoológico. Uno de los recorridos que más nos gustaba era acudir al estanque principal, el Reservoir, que lleva el nombre de Jacqueline Kennedy Onassis. Nuestro paseo terminaba en el castillo de Belvedere, de un bonito estilo victoriano. Mientras nuestro hijo montaba en bici, y hacía sus primeros escarceos con ella, nosotros sentados en un banco evocábamos nuestras peripecias en España. De cuando en cuando una ardilla saltaba ante nosotros. Luego tomábamos un helado. A él le gustaba el de chocolate.

Recordaba, aunque lo tengo algo difuso, cuando visitamos un lugar en el norte. No recuerdo su nombre. Me acuerdo de algo así como una gruta donde había una capilla y un altar. No recuerdo el nombre de los santos a los que estaba dedicada. Sí que me acuerdo de una encina sagrada, donde había no sé qué. Era algo importante, pero lo olvidé. Nada más. Después regresamos a casa y allí tuvimos unas experiencias desagradables y pocos días después salimos huyendo. En el equipaje teníamos unos diarios. Creo que los dejé en mi maleta que traje a la residencia. Tendré que buscarlos un día y volverlos a leer. Creo que uno es de la familia de Fernando y otro de la mía, pero no estoy muy segura. También Fernando trajo el manuscrito de su novela. La publicamos aquí en español y luego los editores hicieron la traducción al inglés. Tuvo bastante éxito y de ella pudimos vivir varios años. Se hicieron muchas ediciones y la gente lo compraba en las librerías y grandes almacenes. Todo lo tengo en una neblina, una bruma que me aprisiona. Mi cabeza es como un celaje en un crepúsculo dorado. Un auténtico galimatías. Pero ¿dónde se habrá metido Fernando que no viene?

—Ahora vivo solo —me soltó abruptamente, rompiendo el transcurso de mi pensamiento.

—Tienes que cuidarte —no supe más que decirle. Hacía tiempo que nuestras palabras quedaban en la cabeza sin ser emitidas—. Ya no eres un niño.

—Ahora trabajo menos, me dedico más a pasear y hablar con mis hijos, con la gente. El dinero ya no es mi prioridad. La semana pasada, a mitad de la mañana, di un paseo por el High Line Elevated Park. ¿Recuerdas que fuimos a verlo tú y yo con los niños hace años? Papá también nos acompañó. Ese día tenía que dar una conferencia en la universidad. Todos fuimos a escucharle. —Seguía hablando sin solución de continuidad—. Va desde la calle Gansevoort hasta la calle 34 y como hay bancos en su recorrido me senté un rato en uno de ellos a ver la gente caminar. Hacía mucho tiempo que no observaba a mi alrededor lo que pasaba. Es interesante verles y pensar en lo que ha sido su vida antes de venir a esta ciudad. Seguramente ha sido muy diferente a lo nuestro, en especial a vuestra experiencia, pues yo, al menos, nací aquí. Lo tuve todo mucho más fácil. Gracias a vosotros que os sacrificasteis. Después fui a Washington Square Park y me senté de nuevo en la plaza. Un lugar muy interesante del barrio de Greenwich Village. Hay toda clase de personas. Nunca he tenido la sensación de que era dueño de mi tiempo. Antes se me escapaba de la mano sin darme cuenta, ahora lo aprieto y dejo que sea yo el que lo libere de acuerdo a mis experiencias y deseos. El arco de Washington Square es muy interesante y merece la pena pasar un buen rato viendo el entorno. Me compré un helado, de chocolate como cuando era pequeño. Es mi preferido. No sabía que había puestos de venta callejera. Había muchos niños jugando. Frente a la plaza la universidad de Nueva York. Allí estudié, pero nunca me había sentado en la plaza. Salía de las clases y directamente iba al metro con dirección a Brooklyn, donde vivíamos. No me fijaba en lo que había a mi alrededor. Por la mañana entraba rápido en el aula. Nunca me fijé en la gente que deambulaba por la plaza. Es un espectáculo que bien merece la pena observar. He tardado muchos años en darme cuenta y he necesitado un divorcio para verlo. Ahora veo la vida con otro prisma, tengo otros objetivos, otros afanes.

Le dejé, durante un buen rato, hablar. No quise interrumpirle. Mezclaba los recuerdos con el presente, pero eso también me pasaba a mí y no tenía importancia. Era bonito ver cómo pensaba ahora, como veía la vida pasar. Había experimentado, en su forma de pensar, un giro de ciento ochenta grados. Ahora era más mi hijo. Antes también, pero un poco más extraño. Me daba la impresión de que se estaba acercando más a mí.

Hace años fue a España. Conoció a mi primo Luis que, por orden

mía, había vendido la casa de Fernando. Se trajo las dos bibliotecas, la mía y la suya. Así estaba, de nuevo, el ayer en la memoria. Las dos familias unidas. El cordón umbilical que nos unía al pasado. Con ese dinero pasamos los últimos años de vida. Fernando padre estaba ya enfermo. Había recaído de su cáncer de pulmón. Desde siempre fumaba mucho. Creo que le conocí con un pitillo en la mano. La novela la escribió a base de cigarrillos. Uno detrás de otro y página va y otra viene. El dinero de la venta de su casa sirvió para contratar un cuidador de día y otro de noche. Yo no podía hacerme cargo. Estaba ya muy mayor. Un día, en un amanecer lluvioso, entró la enfermera para decirme que había fallecido. Se fue y aún no lo he podido olvidar. Han sido tantos años… tantas alegrías, y tantas experiencias en busca del ayer que es imposible que le pueda olvidar. Pronto estaremos, otra vez, juntos.

—El dinero ha pasado a ocupar, en mi vida, un segundo puesto —continuaba con su monólogo—. Veo el amanecer y oigo el canto de los pájaros y los veo posarse en el alféizar de mi ventana. Es un apartamento muy bonito y luminoso. Nunca imaginé tener algo así. Es muy grande para mí solo, pero me gusta vivir de esta manera. Los niños vienen a verme cada dos semanas. Pasan ese fin de semana conmigo. Les llevo a algún musical en Broadway y después cenamos en un restaurante en Times Square. La semana pasada les llevé a ver Wall Street. La bolsa de Nueva York. Ya sabes que es la más importante del mundo y después cogimos el ferri de Staten Island hasta Brooklyn y allí dimos un paseo hasta el River Café donde almorzamos. Fue un sábado muy bonito. Me acordé del primer día que me llevasteis al River Café. Solo entramos, no nos quedamos a comer pues era muy caro y no podíais hacer ese gasto, pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer —terminó sus explicaciones con un suspiro de pena.

—Hace mucho que no venías a verme —callé lo que estaba pensando, que solo vivía para su visita, que contaba las horas y los días que quedaban para verle. Siempre me la anunciaba previamente. Esta vez se presentó de improviso. Al fin y al cabo era una banca varada en una habitación solitaria.

Por la mañana me despertaba pensando que ese día tendría su visita y me acostaba con la idea de que vendría al día siguiente.

—¿Te has dado cuenta de que esta vez no te he anunciado que venía a verte? —me dijo mientras daba un paseo por la habitación.

No se atrevía a romper el hilo de lo que pensaba decirme. Me había dado cuenta. Era su madre y sabía que quería decirme algo y no se atrevía a comenzar.

—Ha sido una gran sorpresa. Sabes que me gusta que vengas. Los niños hace tiempo que no los veo. ¿Estarán muy altos ya? —no le dije

que llevaba mucho tiempo sin verme.

—El mayor casi tanto como yo. El año que viene va a la universidad. Es muy estudioso y, seguramente, podrá hacer una buena elección. Esto es muy importante para el futuro de ellos.

—Que tengan tanta suerte como tú —contesté de una manera distraída.

—Los niños lo pasan muy bien conmigo —continuó sin hacer caso de mi comentario—. Me gustaría que estuvieran más tiempo, pero el juez decidió que solo debía de ser dos fines de semana al mes. Trato de aprovecharlos al máximo. Desde el viernes al mediodía hasta el domingo por la noche. Les recojo en casa. No subo. Salen a la calle y al regreso les dejo en el portal y suben solos. Se me parte el alma al llegar al portal, saludar al conserje, que le conozco de muchos años, y entrar en el coche sin mirar atrás. A mi exesposa hace meses que no la veo. La última vez fue en el abogado para cerrar unos temas, pero como te dije todo muy civilizado. Firmamos el documento y con un hola y un adiós terminamos la reunión en unos minutos. Es triste llegar a esto. No sé por qué ha sido, pero la realidad es que así ha sido.

—La vida es muy complicada y triste —le dije acariciando su pelo entrecano—. Yo, en cambio, recuerdo a tu padre cada segundo. ¿Cuándo se fue?

No me contestó. Se quedó callado. No se atrevía a decirme nada. No tenía una respuesta agradable y prefirió prescindir de ella. Le miré sin que se diera cuenta. Estaba llorando. Su padre fue su ejemplo y él no supo seguirlo. Esto le tenía que destruir por dentro y además en su vida familiar había fracasado. Eso sí, tenía mucho dinero, pero ¿para qué? ¿De qué le servía? Dejé que pasaran unos segundos que se me hicieron eternos, pero eran necesarios.

—Hay una razón por la que no te anuncié mi visita —preguntó sin darme una contestación. Quizás no la tenía.

—¿Cuál?

—Ayer llegó un paquete para vosotros —me dijo con cara de pena al pronunciar la palabra vosotros.

—¿Un paquete?

—Sí. También a mí me llamó la atención. Venía de Boston, de una tal Juliette.

—¿Juliette? No conozco a ninguna persona con ese nombre —contesté como movida por un resorte.

—Me lo trajo su hijo. Un joven ingeniero que vive en Boston. Se llama Antoine, según me dijo, en honor a su padre muerto en la segunda guerra mundial. Ambos estuvieron luchando en la resistencia francesa. Parece que su madre se lo dio, antes de morir, con el ruego de que os buscara y os lo entregara, sino personalmente, al menos a

alguien de la familia. Él quiso hacerlo en persona y se desplazó a mi casa.

—¿Cómo nos localizó? —hice la pregunta sin esperanza de contestación.

—La dirección donde vivíais se la dio la editorial que publicó la novela. Esto le puso en la pista de que vosotros eráis los herederos del paquete que os quería entregar. Parece que leyó la novela. Según me dijo, hace muchos años Juliette fue a la antigua casa de Brooklyn. Quería conoceros. Los nuevos inquilinos, los que la compraron, le dieron mis señas. Luego cayó enferma y se olvidó del paquete y de la dirección. Pasaron muchos años. Parece que perdió la memoria, pero unos días antes de fallecer, llamó a su hijo y le instó a que os buscara y os lo entregara. Tuvo unos minutos de conciencia. La memoria le vino durante muy poco tiempo, pero el suficiente para decirle a su hijo que tenía que localizarnos. No quería irse de este mundo, según me dijo su hijo, sin cumplir este deseo. Él no sabía cómo hacerlo ya que las señas de nuestro domicilio no las dejó escritas. Durante muchos años estuvo buscándonos y hace unos días, de manera casual, cayó en sus manos la novela escrita por mi padre. Eso le llevó a la editorial y allí le informaron del resto. A su madre le fallaba la cabeza. Murió con cien años en el año 2020. Tenía mucho interés en que lo recibierais. También me insistió enque su padre se llamaba Antoine y que murió en la segunda guerra mundial. Ambos pertenecían a la resistencia francesa. Parece que esto le marcaba mucho. Me lo repitió varias veces en la conversación. El paquete encerraba un diario escrito por una persona del siglo XVIII. Apareció en una librería que utilizaban sus padres como refugio en la época de la segunda guerra mundial. Según me contó cuándo visitaron, años después, al librero les dijo que lo había perdido un coleccionista español que regresó al acabar la contienda para preguntar si tenían noticia.

A Isabel le vino todo a la memoria. Era su bisabuelo el que había regresado a la tienda, el que había perdido el diario, el que, sin duda, lo había encontrado en España en una de sus múltiples correrías por las librerías del Madrid antiguo. Su madre se lo contó más tarde. Ahora lo recordaba con total precisión. Y mira por donde, el ayer volvía con machacona repetición a golpearla en sus más profundos recuerdos.

—Hace tiempo que quería contarte la historia de nuestra vida. Te la hemos relatado a trozos, pero no de una manera completa. Has leído la novela y allí puedes encontrar todas las respuestas menos una.

—¿Menos una? —dijo de una manera automática.

—Sí. La respuesta final por la que Damián hizo todo lo posible por obtenerlo. No tuvo éxito. No sé lo que pasó con él y su grupo. Probablemente serían detenidos por la policía. Hace años que leí una

noticia de este tipo.

A Isabel parece que durante unos minutos le vino el juicio. Ahora salían las palabras a borbotones, recordaba cada paso, cada decisión, cada comentario. Todo lo veía de una forma precisa y clara. Era una película en blanco y negro que se había transformado, de repente, en color. Se había puesto, en marcha, la moviola de su cerebro y su vida pasaba como diferentes fotogramas encadenados unos a otros. Tan pronto se acordaba del encuentro con Fernando en la calle cuando le tiró al suelo la carta para llamar su atención, como cuando leían, sentados en el sofá con una copa de ron o un café, los diarios de los bisabuelos, el mapa y la historia de Alonso de Alvarado. El jardín de Anglona ocupaba buena parte de sus ideas. Todo aparecía en su mente de una forma cabal, precisa, con los distintos tiempos encadenados de manera ordenada. Tenía que aprovechar este momento en que se acordaba de todo para dar a su hijo toda la información. Más tarde, no sabría qué podía pasar.

—El tesoro de Alonso de Alvarado sigue enterrado. En la novela no se precisa exactamente, pero recuerdo perfectamente que está debajo de la encina sagrada. Allí lo encontrarás, si decides ir a buscarlo. No va a ser complicado. Tienes que seguir las instrucciones que aparecen en la novela. Son muy fieles a la realidad, excepto como te digo, la localización exacta del enterramiento. Toma la decisión que quieras. Si no eres tú, puede ser uno de tus hijos. La otra posibilidad es dejarlo que siga viviendo el sueño de la historia. Esa será tu decisión.

—No te preocupes de eso ahora. Lo importante es que te pongas bien —cortó Fernando, preocupado por el estado de salud de su madre.

—Abre el paquete. Vamos a ver qué es lo que hay —dijo Isabel con voz trémula y nerviosa por volver a las evocaciones del pasado. Volvía a enfrentarse al pasado.

Era un diario. El tesoro de Alonso de Alvarado seguía enterrado. No fue posible sacarle de su encierro.

—Cuando venga Fernando se lo tengo que decir. Se va a llevar una sorpresa cuando le diga que tengo el diario de Alonso. Estuvo buscándolo mucho tiempo. Recorrió todas las librerías de libros antiguos de nuestra ciudad. Ya veremos qué hacemos. Somos él y yo los dueños del ayer. Nadie nos puede usurpar este papel en la historia…

Fernando solo tuvo tiempo de cerrarle los ojos y musitar unas breves palabras. Se quedó durante muchas horas junto al cuerpo de su madre, evocando los años de su infancia y juventud, los sacrificios de ambos y la terrible sensación de haberse dado cuenta tarde. Había pasado el ayer sin sentirlo y ya no volvería. Una voz en el cerebro de Fernando retumbaba con los versos que recordaba de su padre:

> Aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello que en mi juventud me deslumbraba. Aunque ya nada pueda devolver la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no hay que afligirse, porque la belleza siempre subsiste en el recuerdo.

Fernando quiso mirar, un tiempo, por la ventana. Tenía en el límite de su mirada la pena del adiós. Ese lugar en el que su madre había estado los últimos años de su vida evocando sus recuerdos, sus vivencias y sus ausencias. Daría lo que fuera porque la moviola de su vida se rebobinara, fuera hacia atrás y repitiera, de nuevo, esas sensaciones que no pudo asumir y que dilapidó inconscientemente. Esa hora ya no volverá. Se fue con sus padres, con sus memorias, con los recuerdos que le contaron de su lejano país, con aquel esplendor en la hierba, con aquella gloria en las flores. Para que, al final, solo quedara eso: el recuerdo del ayer.